

ESPASA  HOY



EXTRAVÍOS

Ricardo Llamas / Francisco Javier Vidarte

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

I Exabruptos. Integraciones e interacciones

1. HETEROS

¿La heterosexualidad en crisis o haciéndose la tonta?

2. AMIGOS

«No son bichos raros los homosexuales. Somos seres humanos»

3. MUJER

¿Qué nos sobra, qué nos falta?

4. PARIAS

Grandes partidos, pequeñas expectativas

5. PRIVADO

Cuando los famosos (no) salen del armario

II Exclusiones. El orden heterosexual

6. EXILIO

Maricones errantes

7. LUTO

(g)Ritos de amor y muerte

8. RICOS

Escenarios de falsos oropeles. La Comunidad saneada

9. CRIMEN

Matar lo suficiente. Casquería y pornografía

III Expectativas. Augurios y Futurología

10. CIBORG

El nuevo hombre (gay)

11. “GATACCA”

Cómo ser una marica armaria y acabar en la luna Titán

12. VISIBILIDAD

¡Cómo hemos cambiado!

13. JACQUES DERRIDA: “ORA PRO NOBIS”

Los baluartes metateóricos de una minoría

PRESENTACIÓN

Extravío es desorden. Apartarse de la norma. Abandonar el camino trazado y adentrarse por los senderos de la perdición. *Extravíos* es tal vez el único término que describa con exactitud estas reflexiones nuestras que intentan por todos los medios apartarse de un pensamiento, de una forma de vida, de unas costumbres, de una moral, de una comunidad *straight*: rectos, derechos, sin mácula ni desviaciones. Nuestros intentos de hacer *teoría queer*, teoría torcida si se quiere, no podían dar a luz más que estos *Extravíos*.

Extraviarse puede ser una fatalidad azarosa, una mala jugada del destino, puede ser fruto de un despiste pasajero, de falta de atención. Como Hansel y Gretel canturreando y paseando distraídamente, se les echa la noche encima y allá que se pierden en medio del bosque. No queda excluido que a veces se nos haya podido ir el santo al cielo por puro descarrío, pero sinceramente no apuntábamos a este tipo de desbarro. Extraviarse sólo comienza a resultar verdaderamente interesante cuando es fruto de una decisión previa, de un acto voluntario. Extraviarse es una estrategia tan válida como cualquier otra para escapar del tan cacareado consenso democrático y del descorazonador desierto de la ensayística rosa nacional, oscilantes ambos entre la rabia contenida y el denso silencio.

El extraviado, aunque su desnortarse sea fruto de una decisión paciente y meditada, no por ello se verá nunca libre de la angustia, de la incertidumbre, de la inseguridad que supone cada paso en falso, cada pisada fuera del luminoso sendero oficial, pero no hay otro modo de llegar a tropezarse por fin con la casita de chocolate. Sólo una banda de extraviados (criminales) pudo llegar a América. Lo mismo es hora de volver a intentarlo desprovistos ya de colonizadores instintos asesinos. Aunque, paradójicamente, la América *queer* y todas las cosas interesantes que por allí se hacen cada vez queden más lejos de estas espartanas latitudes.

Extravíos suena a provocación y quizás lo sea, mas también es un diagnóstico y un pronóstico. La sospecha de que gays y lesbianas andan últimamente como vaca sin cencerro, convencidos además de lo inútil y poco glamouroso que a todas luces resulta llevar colgada del cuello una enorme campana. A este gato no hace falta ponerle cascabel porque lo llevamos desde hace demasiado tiempo y hora es ya de sacudírnoslo. Nadie tiene necesidad de ir escuchando nuestro cuadrúpedo y ridículo tintineo. Más vale ser vaca extraviada, la única vaca que ríe y que no termina hecha quesitos. Andamos pues en busca de nuevos pastos afrontando lo imprevisible y aceptando los riesgos que supone carecer de una identidad,

siquiera de un auténtico proyecto. Gays y lesbianas no tenemos las cosas claras en muchos aspectos y precisamente por esa falta de claridad, por ese no ver la luz nos hemos apartado de la autopista hacia el cielo extraviándonos a conciencia y confiando sin demasiado afán en el machadiano volver la vista atrás y ver la senda que nunca se ha de volver a pisar.

Los únicos hitos fijos en nuestro deambular son unos cuantos oasis, unas pocas convicciones recurrentes, algunos temas de conversación mascados una y otra vez sobre los ondulantes lomos de los camellos que soportan nuestra conversación beduina. Y junto a estos temas, que también se nos irán olvidando del mismo modo que hemos dejado ya de hablar de tantas y tantas cosas de puro empalago y tedio, tampoco cambian los enemigos, reconocibles nada más despuntan por el horizonte, siempre los mismos, siempre con lo mismo, siempre igual de fachas y de torpes, siempre tan odiados y tan prescindibles.

El hastío y el fastidio nos han hecho dejar de escribir sobre algunos asuntos que damos por zanjados, que de puro mascados hemos escupido como tabaco de vaquero y ello nos ha permitido volcarnos sobre cosas algo más nuevas y refrescantes. Sin embargo, no faltará quien encuentre en estos *Extravíos* un eco más o menos lejano de aquellas otras *Homografías* que vieron la luz tampoco hace tanto. Por el tono, porque en el fondo ni nuestras *Homografías* podían ser las *Heterografías* de la especie dominante, ni estos *Extravíos* pueden ser trayectos, viajes, recorridos, singladuras ni periplos, sino tan sólo vagabundeos, andanzas, errátiles deambulares, nomadismos.

Por ello, toda lectura extraviada que se haga de estas páginas será por fuerza bienvenida y recibida con agrado. No será necesario añadir que, por otra parte, sería imposible leernos (cor)rectamente. Los argumentos y los extravíos se agolpan de tal modo y se desajustan lo suficiente como para echar por tierra cualquier hipótesis de conjunto que quisiera meternos en una batidora y vendernos como si fuésemos sopa enlatada lista para calentar y servir a gusto de cualquier consumidor al que, por supuesto, le gustase la sopa espesa.

La carcajada, la incoherencia, la contradicción, la desmentida, la desmemoria, la ironía siguen siendo nuestras armas más poderosas y eficaces —no otra cosa es precisamente lo *queer*—, que envuelven a nuestros lectores más inseguros, necesitados de tranquilizadores y marmóreos bloques de pensamiento con apariencia de seguro refugio, en una maraña de la que quedan presos sin saber cómo. En cualquier caso, como cantaba Whitman, siempre podremos excusarnos inteligentemente y decir aquello de: “No me contradigo, es que habitan en mí multitudes”.

Por todas estas razones, en caso de que a alguno se le solivianten los ánimos o de que algún otro se quede tan prendado de *Extravíos* que lo confunda con una especie de verdad revelada, en todo momento estaremos dispuestos a sostener lo contrario de cuanto hayamos podido decir aquí, no con voluntad conciliadora ni de consenso, sino con el decidido propósito de profundizar aún más en el desacuerdo y borrar las huellas de nuestros pasos para no hacer camino ni compañeros de extravío.

Acaso este libro sólo trasmita una incontrovertible enseñanza: *cada cual busca la perdición a su manera.*

HETEROS

¿La heterosexualidad en crisis o haciéndose la tonta?

En un país donde se piensa bastante poco -y, de ese poco, el 10% de las maricas debemos utilizar nuestro 10% de capacidad cerebral, nuestro 10% de derechos, nuestro 10% del tiempo que nos dejan libre las agresiones y los sofocos para parir alguna ocurrencia brillante-, la mayoría de las ideas vienen de fuera y las trasplantamos aquí como buenamente podemos, aprisa y corriendo, con resultados bastante desastrosos. Una de esas ideas compradas en el *duty free* o, como decía una amiga nuestra bastante bruta aunque viajaba mucho, en el *tutti free* de cualquier aeropuerto es la fiebre de lo “pos”: posmoderno, posqueer, poscapitalismo, posindustrial, posheterosexual, posrosa. “¡Pos rosa!”, “¡Pos azul!”, “¡Pos rosa!”, “¡Pos azul!”, “¡Pos rosa!”: se gritaban Fauna y Primavera mientras se peleaban por cambiar con sus varitas el color del traje de la Bella Durmiente. Al final, debido al exceso de polvos mágicos que se escaparon por la chimenea, la bruja mala logró averiguar dónde habían escondido a la pálida niña y allá que la ensartó con el huso. Esto de lo “pos” nos da un poco de risa y nos resulta un tanto demasiado barato. Vivimos en la era pos-Disney. Esto, dicho así, resulta una tontería. Pero basta que se diga que vivimos en una sociedad posindustrial para que aquello suene a filosofía, sociología y a cosa sesuda. El problema no es el pos, o el pues, sino la rueda.

¿Qué es lo que un hombre con prácticas homosexuales debe ser en una sociedad poscapitalista y pos-industrial? ¡Pos maricón! Está claro. O, si se prefiere, con guión: posmaricón, y ya tenemos un nuevo término científico para la sociología. Las más cursis pueden utilizar otra variante, sustituyendo el proletario “pos” por el más pijo “pues”: “pues-maricón” y hablar de “sociedad puesindustrial” o de “puescapitalismo tardío”. Algo parecido se dice que les ocurre a los heteros: en una sociedad posindustrial se convierten en “posheterosexuales”. Sin precisar, porque no se sabe ni se puede saber si ello significa que la heterosexualidad está en las últimas o sólo en su más reciente fase.

Lo más problemático de esta fiebre generalizada de lo “pos” es que, más que constatar mejora real alguna, deja traslucir la prisa y el interés por olvidar el pasado y adornar el presente. Lo peliagudo del asunto surge cuando la gente empieza a creerse eso de que vivimos en una sociedad posmoderna y posindustrial (¿Trebujena?, ¿Talavera?, ¿Tolosa?), y que eso afecta al respectivo grado de tolerancia de los sujetos. Unos toleran y otras comulgamos con ruedas de molino: perfecto equilibrio.

Sinceramente, hablar de “posheterosexualidad” nos parece una peligrosa ocurrencia. Que Manuel Fraga se hiciera en su día una foto con Carlos Alberto Biendicho, dirigente de la simbólica -ya que carece de representatividad alguna en el partido- Plataforma Popular Gay, no es un síntoma de que el heterosexual de toda la vida esté cambiando o de que la heterosexualidad esté en crisis: crisis la que nos dio a muchos cuando vimos la foto. Ser gay y fotografiarse con Fraga es lo mismo que hacerse una foto con la momia de Lenin, con la Torre Eiffel o con la Giralda. No es lo mismo, es mucho peor: políticamente es un desastre para nosotros. Cabe preguntarse si Fraga, el mismo año en que se mostró tan dispuesto a bañarse en Palomares para demostrar que allí no había radioactividad capaz de traspasar su inefable modelito de bañador, se habría sumergido, ataviado con la misma prenda, en una fiesta de la espuma de escamas de jabón Lagarto para mostrar su solidaridad con las maricas de cuando Franco. Puede ser que en alguna parte del mundo, que lo dudo, la heterosexualidad esté en crisis, pero aquí en España a lo más que han llegado los heterosexuales es que algunos de ellos se han quedao con el corazón partío tras un *outing* a lo bruto.

El problema de lanzar a la palestra benevolentes hipótesis y análisis grandilocuentes como los que pretenden demostrar que los heterosexuales están cambiando sus hábitos familiares, sexuales, homofóbicos y agresivos, unido todo ello a la consolidación mundial de la democracia (?), es que dibujamos en el horizonte un engañoso y utópico mundo feliz, como la sociedad comunista de Marx, el cielo cristiano, o la zanahoria delante del burro: pos-opio para las maricas. Los grandes discursos y las grandes teorías no nos sirven de consuelo, ya que a la postre todas han sido mentira y son incapaces de explicar lo que pasa en los rincónitos en que cada uno nos movemos. Foucault, que no era nada tonto y que demasiados ensayistas gays se empeñan en abandonar con una prisa que hace sospechar, se fijaba en los pequeños detallitos, en la microfísica del poder, en cómo el “régimen de la heterosexualidad” extendía sus tentáculos por cada resquicio de la sociedad hasta llegar a los matorros de los parques, a los sitios de *cruising* más variados, a cada pueblo, a cada iglesia, a cada equipo de fútbol..., dando sus análisis resultados mucho menos esperanzadores que la tan traída y llevada crisis de la heterosexualidad que a algunos está adormeciendo como cancioncilla salida de la flauta de un encantador encantador de serpientes.

Pos eso, quien quiera meterse a filósofo, que lo haga, pero decir que la heterosexualidad como régimen de poder y administradora de la democracia y de nuestros derechos ha cambiado de modo significativo y que encima ello es una conquista durable, nos parece algo precipitado. Nosotros, mientras no veamos signos de un verdadero cambio que no

se reduzca a concesiones lastimeras, tolerancia y condescendencia mezcladas con alguna palicita, alguna patadita, algún insulto que siempre se escapa -es de comprender, ¡algunos son heterosexuales, pero no santos!- preferimos pensar que la democracia es heterosexual y no dejamos de sentirnos gobernados por otra especie que nos trata como a animales, valga decir, ecológicamente, a lo *Greenpeace* y no a lo Jesulín de Ubrique. También la España rosa va bien, la España pos-tiza que abre *Windows* lo mismo que María Ostiz abría su ventana en la mañana y se quedaba tan a gusto mientras llovían chu(la)zos de punta.

Por ello, antes de lanzar las campanas al vuelo y proclamar la caída de la heterosexualidad lo mismo que si de la crisis del Imperio Romano se tratara, incluso aunque fuera cierto, dicha crisis tiene pinta de durar aún un par de siglos, con lo que ni la veremos ni la disfrutaremos, lo más oportuno entre tanto, será intentar comprender algo más de cerca a nuestros compañeros de planeta para lograr con ellos una convivencia más armónica basada en el mutuo conocimiento y comprensión. De la mutua ignorancia todos sabemos ya cuál ha sido el resultado, aunque su ignorancia -por no llamarla algo peor, ojalá nos hubieran ignorado en vez de hacernos otras cosas peores- sobre los gays y las lesbianas es mucho mayor que lo que podamos desconocer nosotros de los heteros. Profundicemos, pues, un poco más, si cabe, en el conocimiento de nuestros vecinos, que nada perderemos con ello y saldremos ganando no poco al poder anticipar sus respuestas y comportamientos, enterándonos de paso hasta qué punto nuestras vidas se dejan influir por el heterosexual de turno y en qué medida la heterosexualidad habita en nuestro inconsciente y se adueña insensiblemente de nuestras fantasías y proyectos de felicidad. No hay que fiarse de los supuestos síntomas que indicarían una supuesta crisis heterosexual a todos los niveles. Tal vez no sea más que una estratagema para bajar un poco la guardia, hacerse los desprevenidos y mostrársenos más accesibles, ahora que nuestro interés por ellos ha decrecido sensiblemente y se sienten un tanto abandonados como objeto de deseo, según veremos más adelante en nuestro ensayo de fenomenología heterosexual.

Tomarles la palabra

La historia avanza (lo mismo que retrocede) a pasos agigantados. Hace veinticinco años tan sólo, en un Reino de España con un Rey recién recuperado, saliendo de una larga dictadura para ingresar en la modernidad, las maricas eran objeto de estudio y curiosidad por parte de docto(re)s heteros, cuya fundamental preocupación no era otra que ayudarse de la ciencia y la experimentación para acabar con nosotros lo más rápidamente posible.

Efectivamente se trataba, en el peor de los casos, de terminar con esa extraña subespecie de laboratorio o, los menos ambiciosos, encerrarnos, controlarnos y reeducarnos en la medida de lo practicable, justo hasta llegar a ese punto en el que la marica deja de gritar de dolor y se vuelve más dócil, incluso siente alguna atracción por el sexo opuesto (en la medida en que se lo permita la ausencia de su extirpado lóbulo frontal) y desea comportarse en su vida sentimental de modo semejante a sus torturadores. Lo que Freud llamaría “identificación con el agresor”.

No tratamos aquí la historia de esa represión, aunque dicha historia sigue vergonzosamente sin hacerse, ni nos ocupa el alcance limitado de esa atracción por el otro sexo fomentada o exigida, pero sí queremos incidir en esa relación propia del síndrome de Estocolmo; esa relación heterodoxa con la mayoría que por entonces ya andaba bien asentada en el imaginario gay.

Con el tiempo, en solo un par de años, gays y lesbianas decidieron tomar la palabra y acceder al discurso en primera persona, hablar en público y por escrito de sus problemas, de su vida, en narrativa, fanzines y ensayo, denunciar las agresiones, tomar las calles de vez en cuando, crear agradables guetos donde poder esparcirse y desparramarse a gusto y en libertad, arrebatarle espacios a los heteros: nada de parques por la noche, sórdidos urinarios, jardines solitarios ni lúgubres garitos, sino “sus” piscinas para tomar el sol y besarse en el agua, “sus” calles, plazas y barrios enteros ¡a plena luz del día!

Luego, en esta apresurada cronología, fueron los heteros los que ya en tiempos muy recientes accedieron al discurso en primera persona y empezaron a tener que declararse heterosexuales por primera vez en la historia de la raza humana. Y no sólo eso, sino que comenzaron a reivindicar el carácter monopólico de sus derechos matrimoniales, de pareja estable y consagrada, su derecho exclusivo a la adopción, por encima de los nuestros y bien antes de que nosotros los hayamos logrado, sintiéndose muy agraviados comparativamente. El ejercicio de cinismo no tenía desperdicio y resultaba a todas luces patético.

En la confluencia entre estas dos etapas se halla exactamente el punto en que nos encontramos ahora. Pero parece que todavía faltara una vuelta de tuerca. Entre nosotros, no sé si por esa extraña identificación con nuestros antiguos agresores o por venganza, seguramente, en pos del rigor científico y el avance de la cultura, ha comenzado a aparecer otro tipo de discurso no ya *queer*, sino lo bastante (re)torcido como para observar clínicamente a los heteros desde afuera y describir un poco lo que se ve, aquello que más salta

a la vista, que más llama la atención y despeja, en parte, los mecanismos, manías, vicios y fantasías ocultas del varón heterosexual.

A nosotros, este tipo de estrategia y motivación revenida y revanchista nos parece demasiado espesa, corta de miras y en absoluto somos partidarios de la simple inversión de una situación jerárquica heredada del pasado. No es, pues, la temida inversión de la jerarquía homo/hetero lo que nos mueve, aunque sólo sea por una razón: ¿Qué sería de nuestro precario y delicado imaginario si en él “el hetero” no encontrara ya otro acomodo que no fuera el de la posición subordinada? Bastante difícil es ya todo como para confundir nuestra liberación con un absurdo panorama que dejara a los heteros en una situación sumisa e inactiva. Observémoslos, por tanto, mas sin rencor ni revanchismo.

Será que están por todas partes, pero a los gays y lesbianas casi nos resulta imposible no observar el comportamiento, a veces tan llamativo, de nuestros compañeros de planeta. La curiosidad, la sorpresa, la admiración son mejores aliados a la hora de decir una palabra desapasionada sobre la impresión que algunos heterosexuales nos producen, que tratarlos como conejillos de Indias. Es algo tan sencillo como dejar la mente en blanco y limitarse a verlos moverse, hablar, divertirse, actuar, entre ellos y con nosotros, fijarse en las cosas que consideran importantes, en sus dominios y en los nuestros, en su grandísimo gueto y en nuestra partecita de ciudad. *El varón heterosexual es una realidad observable, y su indolente contemplación suscita tamaña curiosidad y extrañeza en el maravillado espectador que éste debe ponerse manos a la obra de modo irremisible para comprender una realidad que se le escapa.* Alguno podrá pensar que esta constatación es baladí, pero a nosotros no nos lo parece, por inusual, desusada y nada llevada a la práctica. No sabemos a ciencia cierta cuál será la sorpresa de los heteros al darse cuenta de que están ya rodeados de ojos como platos y abiertas bocas risueñas, ni qué grado de malestar o desasosiego alcanzarán a soportar. Habrá individuos (dirán los pesimistas) que pierdan la calma y lleguen a resultar peligrosos, tomándose fatal, hasta llegar a la paranoia, esta sensación de sentirse observados. ¿Paranoicos? Habida cuenta de las circunstancias, muchos heterosexuales son, como poco, susceptibles.

Existe un claro precedente cinematográfico de este comportamiento típico del heterosexual paranoide: *El planeta de los simios*. El varón hetero ha llevado al cine su peor pesadilla en el monumental cabreo que se agarra Charlton Heston al sentirse observado clínicamente por la monísima doctora Zira, buscando en él algún rastro de inteligencia. Menos mal que la mona no vio *Ben-Hur*, *El Cid*, *La ley de los fuertes* ni *Los diez*

mandamientos, porque, si no, jamás hubiera sacado de la jaula a su rarísimo antropoide macho. Nosotros, por el contrario, no corremos riesgo alguno de volvernos paranoicos. Siempre hay un heterosexual observándonos, incluso más de uno con aviesa intención y dispuesto a perseguirnos. ¿Qué quieres, si son muchos y la mayoría sólo alcanza a soportarnos? La hipótesis contraria, definitivamente, es enfermiza. El hetero que llega a pensar y creer que siempre habrá por los alrededores un homosexual camuflado observándolo, intentando “ponerle la pierna encima”, presumimos que se ha metido él solito en serios problemas con el gran hermano. Ni somos muchos, ni nos camuflamos (porque cuando lo hacemos ya no se plantean esta absurda cuestión). Y en cuanto a lo de la “pierna encima”...

ENSAYO DE FENOMENOLOGÍA HETEROSEXUAL

“Arrimar el culo a la pared” (*Fantasías heterosexuales I*)

Darse un paseo tranquilamente por Chueca, por el *Eixample* o por los dos o tres pueblos en los que nos hemos hecho fuertes es algo que, si no se hace en exceso para no caer en el aburrimiento, puede llegar a resultar hasta agradable. Después de una agotadora jornada viviendo, trabajando, luchando en su inmenso gueto del que apenas pueden vislumbrarse los confines (no se pone nunca el sol en el imperio hetero), llegar a casa siempre resulta, cuando menos, relajante. Se baja la guardia, se destensan los músculos, se suaviza la mirada: las cervicales y la tensión ocular lo agradecen. A pasear despacito. Sólo que nuestros pueblos y barrios no son lugares cerrados. En verdad, están llenos de heteros que, si los contamos, siguen siendo mayoría. Únicamente, nuestra presencia se hace menos discreta; “se nos nota”, aunque porcentualmente sigan ganándonos casi siempre. En los pueblos y barrios gays también hay heteros que pasea como nosotros, a nuestro lado. Y a ellos también se les nota una barbaridad.

Éste sería quizá uno de los primeros mecanismos que más saltan a la vista de los heterosexuales varones: en presencia de un número de gays que ellos consideran sobrepasa los índices normales, adoptan una exacerbada pose heterosexualizante. También las chicas heterosexuales atan más corto a sus machos. Estos chicos, podríamos decir que también “sacan pluma”; pluma hetera: rebosan testosterona, alardean de virilidad y hacen ostentación desacomplejada de su ortodoxa opción sexual. Los síntomas son muy claros: hablan demasiado fuerte, arquean excesivamente las piernas al andar, avanzan dándose puñetazos en el hombro y palmadas en la espalda, se empujan, se ríen a carcajadas, nerviosos, mueven las

caderas de adelante atrás, pero nunca a los lados, no elevan las manos por encima del codo, hacen comentarios, se supone, de un entorno que les resulta extraño, profieren sonidos muy graves, ininteligibles, dando la escala más baja que les permite su garganta, como un mar de fondo.

Y entonces, en ocasiones, llega el comentario: (serie de sonidos graves mascullados, ya comentados) “¡Oye tío!” (más sonidos, golpe en el hombro) “Aquí hay que arrimar el culo a la pared” (estrepitosas carcajadas). La reacción de la marica que oye semejante cosa, en primer lugar, es de estupefacción e indignación: “¡Malditos heteros!” Pero esto no nos lleva a ninguna parte. La pregunta del millón está aún por formularse. ¿Por qué los heteros en presencia de uno, dos o más gays preparan una salida a una supuesta situación apurada en estos sorprendentes términos? En caso de torcerse las cosas, arrimar el culo a la pared.

La consigna, más que ofensiva, resulta absolutamente esclarecedora y se da de narices con la fantasía homosexual del hetero macho y dominador. Pero confirma una sospecha: el hetero eventualmente “cazado” por un gay deja de serlo. Deja de serlo incluso antes de ser cazado. Nos echan a perder de este modo cualquier fantasía asumiendo (sin preguntarnos y sin preguntarse ellos mismos) que ha de ser uno quien tome las riendas, la iniciativa. El fantasma de la conversión (al que, según un extendido prejuicio, nos dedicaríamos sin descanso) se revela paradójico: son los propios heteros quienes sueñan con su propia conversión.

Ante un gay, el hetero verbaliza una fantasía inconsciente de penetración anal. Algo así como “Soy hetero porque (todavía) no me ha follado un maricón”. Evidentemente, disfrazada de amenaza y acompañada de una conveniente estrategia de evitación. Decepcionante. Uno supondría que, entre gays, un hetero sacaría pecho a lo USA *marine* y diría obscenidades del tipo: “Bueno, ¿a quién me tiro primero?”, o “¡Que se cubran bien la retaguardia, que allá voy!”. Pero, claro, esto pertenece a nuestra propia (y, como vemos, frágil) fantasía y al falso imaginario que los gays se han construido de los heteros. Sin embargo, su reacción es la contraria. Dos hombres, hetero y gay, cara a cara, fantasean con ser penetrados por aquél que tienen en frente, pero no de frente. Luego, se podrán defender con uñas y dientes, pero su lengua los ha traicionado. El hetero supone que el gay quiere penetrarlo. ¿El gay sueña con lo contrario? La pasividad inunda las fantasías de uno ¿y otro? y el encuentro se hace imposible.

Hay más combinaciones, por supuesto. Una, la más frecuente, acaba emparejando al hetero que fantasea con su penetración y a un gay dispuesto a hacerle un favor y quitarse de la

cabeza estúpidas creencias. Por otro lado, lo del culo contra la pared, por supuesto, puede declinarse también de otras formas. Por ejemplo. Duchas. El jabón se cae al suelo (o alguien lo tira descuidadamente): “Tío, coge tú el jabón que yo no me fío nada”. Considerando que los heteros no suelen acudir a saunas gays para ducharse, podemos concluir que esas fantasías de penetración no conciernen sólo a los gays, sino también a sus propios congéneres y a lo poco que se fían unos de otros.

Primer axioma: los heteros, en un contexto más o menos homosexual, tras adoptar una actitud de exacerbación viril, verbalizan fantasías inconscientes de ser penetrados, adoptando lo que tradicionalmente se conoce como una actitud “femenina”.

“Homofobia proletaria y deseo de clase” (Fantasías heterosexuales II)

Las fantasías que estamos exponiendo nunca son unidireccionales. Del otro lado están nuestras propias fantasías. La culpa del desaguisado se reparte a medias. Lo mismo que muchos gays son tan estúpidos que creen que un atributo inalienable del heterosexual es la actividad, habiéndose probado lo contrario, ya que nuestra confrontación les hace descubrir, a los más listos, su lado más “femenino” (para quien siga queriendo asociar feminidad y pasividad), las miradas que muchos de nosotros les dirigimos, babeantes y patéticos, creyendo estar ante el verdadero hombre, les hace caer a ellos en el siguiente error de apreciación.

Partamos de uno de los lugares más frecuentados por algunos heterosexuales y en los que parecen encontrarse a sus anchas: obras, andamios, socavones en el pavimento, asomando la cabeza por la boca de una alcantarilla, conduciendo un camión. Culpa, claro está de una mitología proletaria henchida (como la de otras clases sociales) de homofobia. Es ésta ya claramente una fantasía: ni la clase obrera en el ejercicio de su clase social es sólo heterosexual, ni el sexo *inter* clases aporta ningún plus de goce, ni un viandante que pase por delante de uno de estos lugares de trabajo tiene por qué ser gay. Valga esta elucubración, pues, sólo a efecto expositivos.

Evidentemente, si, paseando camino de cualquier parte pasa una marica delante del lugar de trabajo de una cuadrilla de obreros y, por el motivo que sea, saltan chispas, no podemos apresurarnos sin más a hablar de provocación por ninguna de las dos partes. Sencillamente, en el diario tráfago del bullicio urbano, dos o más miradas se cruzan, independientemente de la clase social de los propietarios de sendas retinas. Primera cuestión: está más o menos claro por qué mira el paseante marica. Ellos van sin camiseta, enseñando mucha, tostada y abultada epidermis y luciendo perladas sudoraciones. Si se le va la mirada,

no hay problema alguno en ello: un hombre (del tipo hetero que aquí nos ocupa), por muy estúpido y llevadero a los tribunales que pueda llegar a ser, no tiene por qué ser feo; a menudo, cuando trabajan en medio de la calle, se empeñan en estar particularmente atractivos.

Pero nosotros, que no vamos con el torso desnudo, sino arregladitos y bien vestidos o como buenamente podemos, de calle o más formales, ¿por qué se nos quedan mirando también ellos y nos sostienen la mirada; dejas de mirarlos, vuelves la cabeza y no han apartado la vista? En ocasiones, esta situación les hace proferir un insulto porque quién sabe qué frustración (acaso otra idea falsa que asocie “arregladito y bien vestido” con algo de pluma a “burgués opresor”) les obliga a descargar la tensión, incapaces de sublimarla ni de desviarla por otros medios más sociables. En otros contextos más burgueses (en el Consejo de Administración de una gran empresa, pongamos por caso), una cierta convención de clase anima al hetero homófobo a musitar tan sólo su desagrado, en voz baja: discreción de clase obliga. Volviendo al primer caso, podría surgir ante una homofobia de signo proletario una indiferencia clasista por parte de la marica insultada: no merece la pena perder el tiempo ajustando cuentas con una cabeza sudada que vocifera asomando desde un polvoriento hoyo que lleva escarbando toda la mañana en medio de la calle. Bastante tiene.

El campo de las preguntas estúpidas puede ampliarse sin tino: ¿Mira la marica al obrero porque piensa que es gay?, ¿porque lo considera hetero?, ¿porque es obrero y, con eso, basta? O bien, ¿le insulta este último porque lo considera un burgués?, ¿o porque le parece marica? En última instancia, ¿es homofóbica la lucha de clases?, ¿es clasista la liberación gay?, ¿por qué no se le plantean estas dudas a un viandante hetero?, ¿cómo las solucionaría un obrero marica? Continuemos el paseo.

Lo más interesante del asunto, siendo siempre criticable utilizar el clasismo (quien pueda) como arma arrojada contra la homofobia (el mayor factor de cohesión intra e interclasista) es que del hecho de piroppear a la mujer de turno a insultarnos a nosotros va un paso y las fronteras no quedan demasiado claras. No queremos decir con esto que si nos amenazan con clavarnos un piolet en la cabeza lo tomemos como un cumplido -hay históricos precedentes para desconfiar-; simplemente pudiera ser que el mecanismo libidinal que soporta esta actitud fuera semejante al del piropo soez, sólo que deformado por la represión. El asco del hetero ante la marica tal vez tenga algo que ver con una pulsioncita homosexual que, de pronto, aflora insospechadamente y, como son “gente sana”, rápidamente mudan en repugnancia y agresividad contra el objeto de deseo. Pero da igual el destino de la pulsión y

cómo ésta se descargue: lo importante es que está ahí. Siempre que la descarga no redunde en nuestro menoscabo físico.

Segundo axioma: los heteros incontaminados por un imperativo de prudencia, socializados y educados de mala manera, descargan sus pulsiones desordenadamente, resultando extremadamente difícil distinguir la componente erótica de la agresiva, solapándose ambas con frecuencia como mecanismo de (auto)despiste. De donde resulta un vano consuelo para algunos: me agrade, pero en el fondo está loco por mí.

“No quiero partirle el corazón” (Fantasías heterosexuales III)

En una de las muchas películas del inefable Arnold Schwarzenegger, *Eraser*, aparece una secuencia en la que el musculoso protagonista va a visitar a un amigo suyo que busca la mafia. Él, buen policía, con amigos en todas partes, lo ha conseguido camuflar en un bar gay, de camarero. Pero hay que irse y entonces el hetero camuflado le pide a Arnold unos minutos para despedirse de su compañero de barra que, como mandan los cánones, siendo gay, naturalmente se ha enamorado del hetero. “¿Para qué?” -pregunta Arnold. “Porque es buen tipo y no quiero irme así sin más y partirle el corazón” -responde el colega. Nada de homofobia. Buen rollito con los gays, que no son tan malos y se quedan prendados de nosotros. Una nueva fantasía para nuestra colección y otro error por nuestra parte. Otro tanto sucede a lo largo de una película estadounidense bastante más antigua, cuyo título se tradujo como *Vaya par de colegas* y que protagoniza Ryan O’Neil, en el papel de un hetero que ha de introducirse en el ambiente gay para desentrañar una trama de asesinatos en compañía de otro agente, éste sí, gay (John Hart). También aquí el gay cae irremisiblemente rendido de amor a los pies de un hetero que luce arma de buen calibre.

¿Nuestro error? El de siempre. No haber erradicado completamente al varoncito heterosexual de nuestras fantasías sexuales y seguir creyendo que su opción sexual puede aportarnos un inefable goce y mayor satisfacción en nuestra vida sentimental que un gay cualquiera. Esto podría ser, aparte de una necedad, un craso error político. Si fuéramos unos fundamentalistas cualesquiera (en la línea de las feministas anti-pornografía o los gays anti-*dark room*), hasta diríamos la burrada de que un gay, en nuestros días, no tiene derecho, ni siquiera en la privacidad de sus solitarias fantasías masturbatorias, a soñar con que un hetero colmara su soledad vital o su carencia afectiva como si aún viviéramos en siglos pretéritos. *El enemigo público no puede ser amigo en privado*. Sólo una mente retorcida (que no *queer*) como la de Carl Schmitt podía hacer semejantes distinciones. Es una herencia histórica con la

que habríamos de terminar, por muy arraigada que esté en cierta literatura homoerótica y en ciertos literatos gays, también ella y ellos hija(s) de su tiempo... Genet, Wilde, Pasolini, etc. Pero la prudencia ha invadido nuestras vidas y nuestro papel no es ya educar a nadie, y menos a los gays. Que se estrelle el que quiera viviendo en la insatisfacción permanente de no poder ser pareja de un hetero, o en el ridículo de considerar que eso es posible sin que el supuesto hetero deje, *ipso facto*, de serlo.

Que nadie se piense que existe aquí relación alguna de causa-efecto. Si ellos creen que únicamente con su arrebatadora presencia ya nos roban y parten el corazón como inalcanzable objeto de felicidad y deseo, no es porque alguna marica tonta fomente esta actitud. Se lo creen porque sí. Porque no tienen más remedio. Algo de su heterosexualidad les va en ello. Les hará sentirse más seguros: “Si yo, megahetero, no soy el sueño de cualquier marica que se precie, se me caen todos los esquemas”. Dejar bien clarito que sabemos que son un fraude y hacerles saber que no están en nuestras fantasías más que a un nivel de purísima abstracción es segarles la hierba bajo los pies, destruir por completo el esquema preestablecido de roles falocéntricos y machistas del que se alimentan.

Tercer axioma: los gays podemos renunciar a la fantasía de poner un heterosexual en nuestra vida porque es una imposición social de la cultura del macho, lo mismo que hemos renunciado a tantas otras monstruosidades heredadas; ellos, sin embargo, no pueden renunciar tan fácilmente a ser lo que más nos gusta en este mundo, porque esta fantasía forma parte de su estructura psíquica. Un hetero macho que no logre despertar mínimamente nuestra libido, irremisiblemente entra en crisis.

“No bajar nunca la guardia” (Fantasías heterosexuales IV)

Nuevamente nos encontramos ante una fantasía compartida por ellos y nosotros. Primero hagamos nuestro propio *mea culpa*. Rara es la marica que no cree firmemente que siempre es posible “coger al hetero desprevenido”, en sus horas bajas, en un momento de necesidad y lograr obtener de él todo tipo de favores sexuales sencillamente porque el hetero en cuestión se halla bajo de ánimos, está pasando por una mala época, está falto de cariño o necesita darle rienda suelta a sus instintos y no tiene a mano otra cosa más que la marica de turno oportunista a la que no se le pasa una y siempre está pronta a hacer un favor, haciendo gala de un alma inmensamente caritativa.

Bajo esta parafernalia se esconde una creencia aún más dañina y no por equivocada y absurda menos extendida: que, en el fondo, y sin apretar excesivamente las clavijas, todos los

heteros entienden y les gusta hacérselo con un tío, aunque sólo sea para probar. Como para mantener una creencia basta un refuerzo positivo de vez en cuando y hay heteros que caen insospechadamente en nuestras redes cuando menos nos lo esperamos, pensar que les va el rollo a todos ellos no va a ser cosa tan fácil de erradicar. Ello nos consuela, nos da ánimos, nos hace sentirnos “normales”, ya que todo el mundo “entiende”, sólo que, además, así nos sentimos menos reprimidos que ellos porque no necesitamos la excusa del cansancio o de “por una vez no pasa nada” para llevar a cabo nuestras fantasías. Tal vez, la convicción de que todos los heteros entienden sea la premisa más universal que subyace a todas las demás y que, en parte, las justifica y les da sentido.

Por su parte, si bien con que un hetero se enrolle con un tío una sola vez en cualquier tipo de circunstancia imaginable y por los motivos que sea, nosotros concluimos que sólo por eso ya es marica -y no sólo él, sino todos los de su condición-, sin embargo los sujetos implicados en estos escarceos de poca o mucha monta defienden a ultranza su heterosexualidad a la que, bajo ningún concepto, querrían renunciar. Las fronteras entre la homo- y la heterosexualidad se harían así muy difusas: un homosexual estaría siempre dispuesto a acostarse con otro hombre, mientras que un hetero sólo lo haría en un estado de leve somnolencia, de decaimiento, de escaso control de sus facultades psíquicas y mentales. Para el hetero esto es muy duro, ya que a poco que le entre sueño y baje mínimamente la guardia puede encontrarse en medio de una situación embarazosa de efectos devastadores para su identidad sexual.

Tanto es así que ya no sabemos a ciencia cierta si las típicas situaciones en que un hetero practica (o sucumbre al) sexo homosexual son fantasías nuestras para poder satisfacer nuestras ansias de hacérselo con un “hombre de verdad” o si, por el contrario, son una fantasía eminentemente heterosexual encaminada a la plena realización de los deseos más ocultos. Dos hombres en una isla desierta, un pelotón de marines perdidos en la selva, un montón de hombres encarcelados: ¿a quién le interesa más este tipo de situaciones, a la marica acechante o al hetero que las precisa como disculpa para dejarse ir? Una marica sabe cómo buscarse la vida. Sabe dónde encontrar un chulo, un amigo, un novio o lo que sea. Así que no necesita una cárcel ni una isla desierta para darse un desahogo. Sin embargo, el hetero no las tiene todas consigo si se lo quiere hacer con otro tío y el único recurso que le queda es imaginarse pobrecito y desvalido, casi forzado al sexo homosexual, porque de otro modo no sabe cómo ingeniárselas. Bajar la guardia de modo voluntario es claudicar y reconocerse marica sin más, con su indispensable monto de mala conciencia. Hay que inventar, pues,

situaciones en que esta bajada de guardia sea, cuando menos, excusable y comprensible por otros heteros: “¿Qué habrías hecho tú en esa situación, eh?” “No, probablemente lo mismo, en un caso límite como el que me cuentas, nunca se sabe. Se acaba cayendo aunque no se quiera”. Cualquier tránsex puede contar mil historias de ésas en las que el hetero sólo acierta a decir: “es que estaba muy borracho”. Hay otra versión, espeluznante, que no consiente esta caída pasajera, sino que la convierte en este horror que todos hemos oído alguna vez: “Un tío no se echa atrás ante ningún agujero”.

Cuarto axioma: No todos los heteros entienden. No todos los heteros bajan la guardia. Pero, dicen, hay situaciones en las que no les queda más remedio. Siempre es mejor y más rentable socialmente un despiste pasajero que una identidad estigmatizada. Lo importante es tener las cosas claras y no cogerle afición. Son cosas que, sin darte cuenta, te acaban gustando y...

“Siempre están pensando en lo mismo” (Fantasías heterosexuales V)

La contrapartida a la extrema debilidad heterosexual y su facilidad para caer en la tentación fantaseando complicadas situaciones es la pertinaz obsesión de la marica, siempre empeñada en lo mismo, que parece que no le queda tiempo para otra cosa. La marica, para el hetero, es un ser eminentemente sexual que dedica todo su tiempo, esfuerzos y encantos a ver qué saca. Y es que “siempre están pensando en lo mismo”. Te lo acaban de presentar y ya te da dos besos sin preguntarte nada y te deja con la mano en el aire que tú le habías tendido explícitamente oliéndote lo de los besos. No respetan nada. Están hablando contigo y te miran de forma extraña, como lasciva, con lo que la situación siempre acaba resultando incómoda. Muchas mujeres piensan lo mismo de los hombres, en celo permanente, pero este cambio de roles por parte del hetero que fantasea con verse acosado sexualmente ya nos debe ir sonando.

Tenemos algo de amenaza fantasma. Lo que no deja de levantar sospechas acerca de esta obsesión paranoica del heterosexual con nosotros. Yo no he sido, yo no tenía ni pizca de ganas de morder la manzana, pero es que el árbol se empeñaba y se empeñaba y acabé cayendo. Para justificar la propia caída no hay como atribuirse una flaqueza congénita heterosexual y unos poderes inauditos de seducción a la marica de turno. Todo ello acaba cuajando en una especie de pánico homosexual como si nuestra sola presencia fuera un irresistible canto de sirenas que los arrastra a los pobres hacia la perdición. Esta fantasía no tiene nada de gracioso, ya que, debido a la atribución de una naturaleza promiscua, seductora y acechante al homosexual que pone en riesgo el apacible y tranquilo mundo de la

heterosexualidad, se nos mantiene a raya para que no vayamos a causar estragos entre la población. El pánico y el miedo heterosexuales son nuestros peores enemigos y una de las razones por las que resulta muy conveniente mantenernos invisibles y con la boca cerrada: quien evita la tentación evita el peligro. Borrar del mapa cualquier tipo de existencia gay que pueda llamar la atención de niños, adolescentes y jóvenes es un seguro de vida o de heterosexualidad. ¿Militares gays, matrimonios gays, gays con éxito, padres gays, gays felices? Todo ello debe ser erradicado porque bastante fuerza tienen ya como para que les dejemos promocionarse y nos descarríen a medio mundo.

Uno piensa a veces que tanto protegerse del edén prometido por los gays desvela lo aburrida que los propios heterosexuales consideran su propia existencia. La vida hetero, sin embargo, no es tan mala ni tediosa. Deberían aprender de muchos gays que tanto la aprecian y quieren ser como ellos: casarse, tener hijos, ser respetables ciudadanos, soldados, sacerdotes. Al final vamos a tener que convencerlos de que el placer y la felicidad que -según creen a pies juntillas- les prometemos no es más que fruto de su propio engaño y que la vida buena es la suya, sea más o menos divertida. Los gays no nos pasamos la vida al acecho, ni nuestra existencia es una orgía continua ni todo es felicidad: que lo sepan. Cuando éramos invisibles, se permitían el lujo de denostar nuestra existencia y fantaseaban con callejones oscuros, lóbregas estancias, delincuencia, marginalidad y todo lo peor para alejar la tentación: no había vida más miserable e indigna que la de una marica. Ahora que nos ven más de lo que quisieran y, con muchos esfuerzos por nuestra parte, intentando mantener una perenne sonrisa en los labios, se han dado cuenta de la mentira en la que vivían al tiempo que han descubierto que hay otros mundos y que están en éste, muy cerca, al alcance de su heterosexual mano.

Quinto axioma: que nos permitimos robárselo a Leo Bersani quien, a pesar de su conservadurismo inocultable, tiene destellos preclaros de un inefable sentido del humor y de bastante poca vergüenza, lo que lo convierten en una marica conservadora loca con la que es imposible no partirse de la risa: “Los negros son una raza peligrosa e inferior, y pueden destruirnos. Pero ni siquiera los racistas podrían llegar a temer que aquéllos los indujeran mediante seducciones a convertirse en negros. La homofobia, por su parte, es precisamente eso: dejar que los gays sean francos con respecto a su condición, darles iguales derechos, permitirles decir quiénes son y qué quieren, es correr el riesgo de ser reclutado”.

¿Qué hacer, en suma, con los heterosexuales? ¿Cómo dar cuenta (y crédito) de lo insondable que anida en su alma? El problema no tiene fácil solución, estando como estamos los gays metidos hasta el cuello en la cuestión. Estando como estamos todos los varones,

heteros y gays, implicados en un entendimiento de género mutuo, solidario y soberano, es cosa de hombres, habiendo firmado insensiblemente, mal que nos pese, un “pacto entre caballeros” -independientemente de las disputas por ver quién se sube a la grupa de quién, quién es más caballo o caballero-, pacto del que se destila, primera y principalmente, una renacida y preocupante exclusión de las mujeres. Por si acaso, señalemos que tras estas elucubraciones viriles sobre la hostilidad y el deseo, lo que nos invade es un cierto sopor recíproco. Estamos ya acaso aburridos los unos de los otros. Entre heteros y gays, poco a poco, se va instalando un creciente desinterés. Al menos por nuestra parte. Por lo cual, dejaremos desde aquí y desde este instante de volver a hablar nunca más de los heterosexuales como objeto de hostilidad y/o deseo. Ojalá hagan ellos lo mismo.

Tan sólo una última inquietud: ¿Cómo han logrado ellos (muchos de ellos) mantener su interés por nosotros durante tanto tiempo? A nosotros, francamente, ya se nos han acabado las ideas y la curiosidad a este respecto.

AMIGOS

«No son bichos raros los homosexuales. Somos seres humanos»

Siempre le hemos dado mucha importancia a lo que se decía de nosotros. ¿Por qué? Básicamente, siempre han sido otros quienes nos han definido. Nos definieron pecadores y muchos aún se arrepienten de sus tentaciones. Nos definieron enfermas y muchas aún se preguntan si lo suyo tendrá arreglo. Nos hemos construido a partir de lo que se ha dicho de nosotros, luchando contra estereotipos. Ya lo decíamos en *Homografías*: somos hijos e hijas de una matriz heterosexual. En el vasto y en ocasiones tosco mundo de la prensa gay hay publicaciones de corte militante que quieren que nos definamos como comprometidos, y otras que nos presentan como rentables o contentos. Pero de uno y otro tipo aún hay ejemplos que ponen de manifiesto que nos asusta la idea de definirnos con todas sus consecuencias. Seguimos, parece ser, necesitados de que nos digan desde fuera cómo somos. Hablemos, pues, no ya de deseos y hostilidades, sino de palabras.

Así, los medios aún salen a preguntar su opinión a quienes más conviene: seleccionan las personas a quienes preguntar buscando respuestas precisas. Porque claro, no se trata de ir a darle la palabra al alcalde de Madrid, al obispo de Mondoñedo, o al director de *La Razón*. Para estos menesteres, uno acude a sus amigos, tanto más si están de promoción. Van al acecho del famoseo solida(r)ario, que opina sobre cualquier tema, para que nos diga que somos otra cosa de lo que siempre hemos sido, y que somos algo parecido a lo que queremos que la gente piense de nosotros. A ver si así nos lo creemos. Como si nuestras propias palabras, entre dubitativas y prudentes, no nos merecieran el suficiente crédito.

Aceptemos, casi a modo de licencia estilística, esa idea subyacente a estas estrategias, según la cual hay cosas que nos unen; elementos que todos y todas compartimos, aunque sea en la carencia («No son bichos raros los homosexuales»). Mantengamos, pues, un “nosotros/as” un tanto general y precario, y que se puede expresar en frases como la de la cita que hemos tomado prestada para titular este artículo; bien sea una proposición negativa y en tercera persona, bien sea una proposición positiva y en primera persona: «Somos seres humanos».

Vamos a revisar qué es eso que han dicho y dicen de “nosotros/as” esas gentes que ya no nos condenan. Hubo un tiempo en que costaba encontrar opinadores que no quisieran mandarnos a la picota, pero eso es hoy, afortunadamente, sumamente fácil. Aspiramos en

estas páginas a demostrar que lo que cuentan no es tan interesante; que no tienen las claves de lo que somos; de lo que podemos o queremos ser. Y con ello, pretendemos cuestionar esa estrategia de ir a buscar opiniones que nos justifiquen. ¿Qué necesidad tiene la comunidad gay y lesbiana de que le acaricien los oídos?; ¿y qué valor o consecuencias tienen para nosotros esas declaraciones? ¿Es esta estrategia una eficaz respuesta a esas identificaciones de “la homosexualidad” con el crimen o el suicidio, con lo lúbrico o lo grotesco? ¿Tenemos, en suma, que asumir sin rechistar esa nueva imagen de simpáticos, de amigos, de fieles seguidores e irreprochables ciudadanos que se da ahora de nosotros? Como es evidente, algunos no son (o no somos) así.

En definitiva, se trata de poner en cuestión esa existencia vicaria a la que accedemos a través de las palabras de otras personas. Como sabemos (y podemos comprobar en otro artículo de este mismo libro), no es buena idea que nuestras identidades o inquietudes transiten por los estereotipos de lo grotesco y lo criminal. Pero tampoco alcanzaremos independencia o autonomía alguna si para lograr una presencia pública legítima, nuestras vidas han de pasar por el filtro de opiniones condescendientes que (casi) siempre permanecen “al margen”. Al dejar de ser condenatorias, las apreciaciones que aquí comentamos dejan automáticamente de ser cuestionables para los medios que las recogen. Basta un poquito de buena intención para ganarse el reconocimiento. Baste que no tengan una intención insultante para que esas palabras puedan ser vacías o absurdas. En definitiva, vendemos nuestra aquiescencia tan barata que estamos dispuestos a permanecer en la paradoja o la vacuidad con tal de no ser demonizados. Si queremos algún día dejar de decir mentiras o estupideces sobre “nosotros/as”, tendremos que empezar por dejar de tragarnos las que nos sueltan a bocajarro, por más que éstas vengan con el disfraz del halago.

1. Palabra solid(arm)aria

Remontémonos unos años atrás. El vísperas del *Pride* de 1997, el Colectivo de gays y lesbianas de Madrid (Cogam) publicó un cuadernillo especial para anunciar los eventos que se avecinaban. Un elenco de famosas salió a la luz en aquel cuadernillo para dar cada cual su particular bendición al colectivo, a sus iniciativas o al movimiento gay y lésbico en general. «Los homosexuales estamos en todas partes y somos personas incorporadas plenamente en la sociedad», podía leerse en la portada. Y para demostrarlo, allí estaban las colaboraciones extensas de varios periodistas y literatos fuera del armario (Luis Antonio de Villena,

Leopoldo Alas, Eduardo Mendicutti y Terenci Moix); de otros en situación indefinida (Antonio Gala), y también, por último, las breves palabras de una política (Cristina Almeida) y de trece artistas. Nunca antes se había juntado tanta gente para darnos sus parabienes.

El nivel de “incorporación” a que se hacía referencia (al menos en lo que se refiere a los ámbitos de actividad laboral) es bastante escaso: sólo el periodismo y la literatura hablaban entonces en primera persona, y por boca de personas de sobrada solvencia. La fórmula no sólo peca venialmente de anacronismo (afortunadamente, la palabra “homosexual” está casi desaparecida de las publicaciones del movimiento lesbiano y gay) sino, sobre todo, de optimismo. No vamos aquí a comentar esos escritos más amplios, que evidentemente se escapan de nuestra intención, pero no podemos resistir la tentación de examinar esas trece breves dedicatorias que acompañan a las fotografías de sus protagonistas y que constituyen, en definitiva, la imagen más poderosa con la que el Colectivo daba a conocer los actos convocados. A fin de cuentas, Villena, Alas, Mendicutti o Moix tenían ya entonces una irrefutable trayectoria de compromiso a sus espaldas. Lo novedoso era que gente famosa sin antecedentes homo-solidarios nos diera su apoyo.

En sus palabras se esboza un paisaje un tanto peculiar en el que, aparentemente, deberíamos encajar con comodidad. Un paisaje que habría de reflejar el alma del movimiento, sus inquietudes y proyectos. Un panorama que construye la imagen que quiere dar éste ante la sociedad. Para el día del orgullo de lesbianas y gays, esta asociación nos proponía un caleidoscopio de opiniones y definiciones que se articulaban todas fuera del movimiento; fuera incluso de la comunidad gay y lesbiana. En ese espacio del orden con el que nos es necesario negociar tantas cosas; desde una ley que nos ampare al novio, hasta la tolerancia de una banda con hormonas descontroladas.

Vamos a empezar señalando la única dedicatoria que formalmente nos convence y nos gusta. La cantante y actriz Ana Belén escribe: «para el cogam con el deseo de que todas sus reivindicaciones (que hago más) se hagan realidad». Lo inequívoco de su compromiso, lo incuestionable de su implicación suple con creces la modestia con que se manifiestan. Será una formalidad, pero como tal nos parece convincente. Otra cosa es, efectivamente, lo que haya tras sus palabras. Porque no recordamos haber visto nunca a Ana Belén haciendo suyas públicamente las reivindicaciones del colectivo de gays y lesbianas. La Puerta de Alcalá, Mézclate conmigo, Agapimú, Abre la muralla... todo muy socialdemócrata, pero nada con lo que podamos hacer un icono de esos que tanto nos gustan (francamente, el “travestí” de ese himno capitalino y hippy que es la Puerta de Alcalá no basta...). Si su compromiso se reduce

a la esfera privada (cosa que no dudamos ni un instante), nos parece que compartir sus palabras con una asociación que teóricamente trabaja en el espacio público, constituye una ligereza o un desacierto. O bien nadie ha vuelto a requerir a Ana que manifieste su apoyo de manera consistente (que cabe en lo posible), o bien ésta no ha vuelto a tener una iniciativa en tal sentido.

A partir de aquí, incluso a nivel puramente formal, le vemos peros a todas las formulaciones. Por ejemplo, también la adorable Rosa Valenti da su «apoyo incondicional», y pide «una sociedad más tolerante». Ella, claro está, va del lado de quien tolera (para lo que no necesita hacer nada suyo), mientras que nosotras somos el objeto de su tolerancia o de la intolerancia de la sociedad. Su brindis también peca de falta de compromiso: no se pide una sociedad tolerante; se trabaja o se lucha para conseguirla. Y eso de la tolerancia, como sabemos, es un atraso. Un acto de mendicidad pasado de moda y contrario al principio constitucional de igualdad. “Tolerancia es represión” es un slogan demasiado antiguo; como de los ochenta. Los biempensantes han sustituido ya hace tiempo ese término por el de “respeto”. Recordemos al extinto ministerio de asuntos sociales del PSOE: “Por todos, por todas, un respeto”.

Del mismo modo, la espectacular Bárbara Rey apoya “nuestra lucha”; una lucha que no es suya, sino de ellos y ellas: de «gays y lesbianas, personas tristemente marginadas» a quienes «la sociedad debe intentar comprender». Pedir un intento de comprensión no es lo mismo que exigir justicia o igualdad. Y reducir la marginación a sus efectos tristes (a las lágrimas, improperios, despidos improcedentes o golpes) no parece políticamente efectivo. La marginación que a Bárbara Rey desagrada debe medirse en discriminación, ilegalidad, desigualdad, injusticia. Para señalar la instancia que margina y enfrentarla (con la ley y la ética en la mano) a su práctica de exclusión.

Las palabras de la actriz Emma Penella tienen, al menos, la virtud de ser divertidas. Dice ella: «por un camino de solidaridad, comprensión y aceptación, pero eso sí, por un camino SERIO». Y no se sabe bien si es ése el camino que ella ha emprendido o el que nos pide que tomemos. Con mayúscula seriedad, eso sí, su discurso nos mantiene encerrados en la misma dinámica de solicitar que se nos permita vivir. La Chunga, temperamental como siempre, y que también nos da «todo [su] apoyo», cree que no importa si nos gustan los hombres o las mujeres; «lo verdaderamente importante es si [somos] buenas personas». Un comentario intachable, que sabe a sincero y honesto, aunque un tanto escaso. Bien parco y tibio es el mensaje de Victoria Vera, a quien en la seductora foto dedicada no le caben más

palabras que: «al colectivo cogam con afecto y solidaridad». En su caso también se puede agradecer la humildad de sus palabras.

Más generosa en opiniones y más arriesgada en su locuacidad es Concha (ye-ye) Velasco. «Con todo [su] cariño», la *showoman* sienta cátedra: «No hay que opinar sobre la homosexualidad como algo oscuro y siniestro, si no [*sic*] con mucha positividad y sobre todo naturalidad». Es decir, que sí hay que opinar. O, para ser más precisos, las y los heterosexuales tienen derecho a opinar. Preguntémonos (si se nos autoriza tal osadía después del capítulo precedente) cómo íbamos nosotros a opinar sobre la heterosexualidad con mucha positividad (no una poca, sino mucha); cómo lograríamos no ser embargados por tentaciones de considerarla oscura y siniestra (como la mente de un *straight serial killer*) y, sobre todo, cómo expresaríamos nuestras opiniones con naturalidad (es decir, sin que fueran un producto artificial; que nos salieran de dentro como un instinto, sin que la cultura, la historia o las convenciones sociales nos afectaran el juicio).

Al fin, tras algunos devaneos, entramos en el insondable reino de Cupido, donde el amor lo es todo. Jesús Puente, el de la sonrisa ancha, (cuyas palabras aparecen también en portada) escribe: «Ni heterosexuales, ni homosexuales ni lesbianas; lo fundamental es amarse, con amor todo cabe». Pues no señor. Lo fundamental es poder amarse tanto como poder sentir y hacer muchas otras cosas. Por ejemplo, poder vestirse como a cada cual le dé la gana. Poder soltar plumas (o no hacerlo) sin que ni una cosa ni la otra tengan consecuencias no deseadas. Y no perder el trabajo ni arriesgar la propia integridad física si no se cumple con los rígidos estereotipos de masculinidad y feminidad. No todo cabe; ni siquiera con el talismán del amor. ¿Le diría alguien a las asociaciones de víctimas de errores médicos, a Presencia Gitana, a los colectivos de parados, a los familiares de detenidos desaparecidos, a *Greenpeace*, Amnistía Internacional o Médicos Sin Fronteras que “lo fundamental es amarse, con amor todo cabe”?

Enrique del Pozo, *ex*-cantante del dúo “Enrique y Ana” que llegó a presentador televisivo y ahora se ha reciclado en contertulio del corazón polémico, sigue la misma línea: «siempre he creído [*sic*] en la libertad y por encima de todo en la libertad de AMAR». Un concepto de la libertad que, a la luz de su trayectoria personal, no compartimos. Y la simpática Marián Conde, cantante y contertulia televisiva, sentencia: «con amor todo se consigue». Una frase muy linda. Lástima que sea, sencillamente, mentira. Evitemos por no resultar abrumadores la lista de celebérrimas películas, novelas, obras de teatro, leyendas, poemas... que desde siempre nos han dado mil ejemplos de cómo la tragedia y el amor, en ocasiones, coinciden. Por ejemplo: *Romeo y Julieta*.

Emilio Aragón, actor en tránsito de la tradición circense a la ingeniería de la producción televisiva y la tecnología digital: «si los homosexuales se aman deberían tener libertad para casarse». Así pues, si bien introduce en su discurso un elemento nuevo (la dimensión discriminatoria de la legalidad vigente), en su opinión serán “los homosexuales” quienes deban portar la carga de la prueba del amor si quieren acceder a determinados derechos. Nadie es tan quisquilloso a la hora de condicionar el matrimonio heterosexual. En las Casas Reales, el interés de Estado tiene tanto o más peso que “el amor” a la hora de organizar enlaces nupciales. Que se lo digan a Carlos de Inglaterra, por ejemplo. Su postura no sólo peca de poco generosa, sino que además ignora profundamente los privilegios que le asisten en su pública condición de heterosexual. Y los lastres que, en ocasiones, esa condición entraña.

Ya por último, rizando el rizo; sumando al requisito de romanticismo sobre-edulcorado buenas dosis de surrealismo, y dejando el mundo del espectáculo para entrar en la arena parlamentaria (¿o quizás no?), Cristina Almeida, que a menudo demuestra su capacidad para hilar finísimo en cuestiones de ideología sin renunciar a expresarse con claridad meridiana, teoriza críticamente: «Ampliar la libertad de amar, es no restringir al sexo al que debes amar». Francamente, no comprendemos sus palabras. Conociendo su capacidad para expresarse de manera diáfana, su mensaje nos resulta —como poco— decepcionante.

Si hemos de tomar en serio tales manifestaciones, y basar en ellas la acción política de los colectivos de gays y lesbianas, más vale que empecemos a amar muchísimo y con mayúsculas. Y nada de deseo, ni de placer, plumas, cueros y otros modelos, ligues, risas, escándalo, banalidad cotidiana, reivindicación, igualdad de oportunidades, derechos, libertades o integridad física, ni nada de nada. Sobre todo, nada de esperar que nuestras famosas tengan algo constructivo, interesante o coherente que decir sobre el 28J o sobre el movimiento gay y lesbiano.

Y al primer problema que surja, recitemos una letanía que aún hemos de aprendernos y que puede sonar algo así como: “pero —en serio—, YO AMO. No estoy restringiendo al sexo al que debo amar; amo al margen del del sexo y todo lo consigo... Soy tristemente marginado, ¡pero tienes que tolerarme!”. Soltemos el *speech* en nuestros encuentros con los políticos. Pronunciémoslo imperturbables ante una banda de *skin-heads*. Enarbolemos dicho mantra ante una discriminación. Y que sea lo que Dios quiera.

No habrá de sorprenderle a nadie que el enésimo agradecimiento de Cogam (en este caso a quienes les dedicaron sus palabras y nos dieron a conocer sus opiniones), diga así:

«Gracias, os queremos». Nosotros también. Sabemos hasta qué punto es innecesario el juicio que os hacemos. Pero también somos conscientes de que podéis ser mejores aliados.

2. Famosas y divertidas

Hasta aquí, las palabras dedicadas a un colectivo en fiestas. De acuerdo. Es un tanto injusto hacerle también ese repaso al Cogam, que a fin de cuentas sólo quería animar la convocatoria a la manifestación de la Puerta de Alcalá. Una manifestación que acabaría, por lo demás, confirmando la ya aludida tonadilla de Ana Belén: «Un travestí perdido, un guardia pendenciero, pelos colorados, chinchetas en los cueros...». Allí, efectivamente (y pese a la ausencia de casi todos los hasta ahora mencionados), no faltó casi nadie. Hubo visibilidad, diversidad, incluso compromiso de interesados y solid(arm)arios.

Pero el sondeo del famoseo no es algo tan excepcional: desde hace ya algunos años, se lleva a cabo de manera más continuada en otros medios de la prensa gay. Esa encuesta no organizada sobre “¿Qué piensa usted de los gays (y las lesbianas)?” se pone de manifiesto mes a mes en multitud de entrevistas. Se pregunta a las famosas por su trabajo, su última película, disco u obra en escena, y (como para justificar la “tendencia” de la publicación), se suele hacer una preguntilla sobre “la homosexualidad”. ¿Cuáles son las características de estas iniciativas destinadas a construir una determinada imagen —sobre todo— de los gays?

Entre quienes son convocadas para establecer su verdad, como en el caso anterior, hay más mujeres que hombres. O, por decirlo de otra forma, las entrevistas a los hombres no dan tanto juego. Con los chicos se hace gala de un mayor respeto; no se les incomoda con preguntas de las que aquí nos interesan. O bien no se les saca tanta información, y el resultado no merece salir publicado. O se teme que se salgan por la tangente y echen por tierra el espíritu imperante de “la vida es maravillosa” y de “todo nos va de perlas” que con tanta frecuencia promocionan los medios de la Comunidad Contenta. En ciertos casos hay también, quizá, más miedo a la identificación y el estigma; un cierto pudor que impide que se les trate en primera persona: o no son gays y pueden salirnos por peteneras, o sí lo son y no nos atrevemos a pedirles que se manifiesten como tales.

Veamos algunos ejemplos. Una parte de los entrevistados resuelven la papeleta aludiendo a vagos principios de asunción del régimen legal vigente. Es el caso de Carlos Fuentes, actor: «Me mola más que el tema gay se trate de forma que se haga entender a la

gente que es algo que se debe respetar». Gracias. Acaso le mole, pero menos, que se trate de forma que se dé a entender que “el tema” no merece respeto alguno.

En otras ocasiones, la cuestión se evita apelando (¡lo han adivinado!) al derecho a la intimidad. Enrique Búnbury, cantante, *ex*-líder del grupo “Héroes del Silencio”, declara: «La elección de una tendencia sexual es algo tan íntimo que no concibo que se haga público. [...] En el fondo es una tontería con quién te acuestes. Lo importante es estar bien contigo mismo». O, alternativamente, se opta por el desinterés y la disolución. Así, Ricky Martin, cantante, dice: «Yo nunca hago distinciones de público. Mi música va dirigida a todo el mundo, de todas las edades, de todas las razas». También hay chicas que apelan a esa universalidad, aunque apelar a valores tan abstractos es una estrategia considerada “masculina”. Valga como ejemplo Amparanoia, cantante: «Creo que hago música para gente sin complejos [...] Ahí entra cualquier edad, sexo, religión, cultura o idioma. [Mi música] es más de abrirse el corazón y pienso que, tanto a lesbianas como a heterosexuales, si son sensibles, les llega».

Por último, algunas preguntas se resuelven en obcecadas, casi sospechosas, negaciones que cualquier prudencia anima a no comentar. OBK es un dúo musical compuesto por Jordi y Miguel; regentaban (según informaba el medio) un bar gay en Barcelona y son autores de canciones “vecinas” de “lo gay” como “Oculta realidad”, y de letras que dicen, por ejemplo, «qué difícil admitir, yo no quiero ser así». Al calor de sus éxitos a lo largo y ancho de la comunidad rosa palo, afirman: «No somos gays»; reiteran: «Nunca hemos fomentado [que piensen que somos pareja]»; insisten: «[el tema de la canción] no es nuestra vivencia personal»; repiten: «lo de la canción es algo ficticio»; sentencian: «no hace falta ser gay para tratar el tema gay»; concluye uno de ellos: «Yo fui el que compuse la letra [de “Oculta realidad”] y lo hice desde la perspectiva de otra persona»... Lo dicho: prudencia.

En cuanto a las chicas, hay algunos rasgos comunes que merecen ser señalados. Esos rasgos dan fe de la imagen de los gays que “nuestras amigas” dan al mundo. De entrada, que quede claro que ellas tienen amigos gays. Lo dicen como si fuera algo que debería reconocerse; como la confesión necesaria para que se pueda establecer una complicidad. Por ejemplo, la directora del Ballet Nacional de España, Aída Gómez, declaraba: «Me llevo muy bien con [los gays] y tengo grandes amigos». Y Paloma San Basilio, cantante y *showwoman*: «Tengo muchísimos amigos gays, y me parece que el mundo sin ellos sería un mundo muchísimo más triste». Una especulación cuya mera formulación resulta inquietante. Aunque la rechace como algo triste. Nunca se nos ocurriría decir: “tenemos muchas amigas cantantes

y creemos que un mundo sin ellas sería muchísimo más triste”. Si nuestras amigas tienen rondándoles la cabeza la idea de un mundo (triste) sin nosotros, mal lo llevamos.

Muchas son las que responden al entrevistador hablando de “los gays” en tercera persona; excluyéndoles de su discurso. Cristina Tárrega (locutora de radio, presentadora del programa “Sola en la ciudad”, tertulia de “Crónicas marcianas”...), le cuenta a Agustín Gómez Cascales: «Me siento muy agusto con [los gays], me río con ellos, hago *playback* con ellos...» Esperanza Roy, actriz, a Abel Arana: «Mira, es que es una gente que me vuelve loca». Los ejemplos pueden multiplicarse hasta donde se quiera. Un medio gay, un periodista gay, y resulta que nuestras amigas hablan de algo lejano. O sus entrevistadores no son gays, o ellas no se atreven a llamarles así, o son gays pero muy distintos de sus amigos... o sencillamente los gays son un ente que sólo puede nombrarse en tercera persona, incluso en los contextos más clamorosamente “gays”. Claro que no todos podemos hacer *playback* con Cristina ni volverle loca a la Roy. ¿Cómo sonaría una frase así en segunda persona; por ejemplo: “Mira, es que sois una gente que me volvéis loca”?

Están las que hacen una apología casi exagerada de las virtudes de los gays; y sobre todo de “la sensibilidad”. Mónica Naranjo, cantante, se expresa así: «Una de mis frases favoritas de toda la vida es: “Si no hubiese gays, el arte no existiría”. El gay es el que da vida a la vida». Esperanza Roy dice: «Es una sensibilidad distinta». Y Paloma San Basilio: «[El colectivo gay] es un colectivo con una gran sensibilidad para el arte y para todo lo que son las cuestiones liberales. Son los que probablemente mejor entienden el mundo del espectáculo». Hay muchas más; por ejemplo, Ana Torroja, cantante: «Los gays son unos fans superleales, que siempre te apoyan, que siempre están contigo; es una gente muy especial...» O, por no insistir demasiado, Nuria Espert, actriz y directora de teatro y ópera: «[la Callas es un ídolo para el público gay] porque era como una *superwoman* y eso despierta la admiración en las personas muy sensibles. También su vida desgraciada la hace muy próxima». Sensibles, emotivos, próximos a las vidas desgraciadas de las divas; así nos ven y así habremos de ser.

Aunque también están, rizando el rizo, las que desafiándolo todo son, ellas mismas, gays. O así se lo dicen sus amigos gays. ¿Transidentidad o misoginia? Cristina Tárrega, sin ir más lejos: «Mis amigos me dicen que soy más maricón que ellos, que soy un maricón con tetas». Pero también Aída Gómez: «Ellos me dicen que soy un poco mariquita. Me gusta estar con ellos porque tienen una visión de la vida diferente que me engancha». O Esperanza Roy, que afirma: «Detesto a la gente que no acepta a los homosexuales y a las lesbianas [...] ¿Mi éxito con los gays? Es que yo soy muy amanerada, muy plumera, muy barroca, tengo una

gran personalidad». Sigue el entrevistador, Abel Arana: «Vamos, que eres muy gay...» Y Esperanza responde: «La que más, ¡ja, ja, ja!».

“El lesbianismo”, siempre considerado ajeno a cualquier discurso social; al famoseo y a la cultura *pop*, supuestamente no necesitado siquiera de una (nueva) imagen pública, apenas se menciona. Casi nunca se les pregunta ni a ellos ni a ellas sobre “el particular”. En ocasiones excepcionales, las entrevistadas lo sacan a colación. A veces, aparece en términos negativos. Mónica Naranjo conjura el posible equívoco: «Dicen que soy la lesbiana del siglo XXI. La prensa, desde el momento en que no te ven con un tipo magreándote como una guarra en una esquina, pues ya dicen que eres una camionera, y yo... encantada de los nervios». La cantante, de paso, nos recuerda su relación con un hombre. Encantada, pero no tanto. Sin tanta voluntad de distanciamiento, Esperanza Roy declara: «Mira si soy [gay] que puedo presumir de que mis mejores amigas son lesbianas. Y yo encantada, por supuesto».

Pero el panorama no es del todo desolador. Si bien es cierto que no hay muchos que digan cosas sensatas, también es necesario señalar que entre los portavoces privilegiados que convoca la prensa gay para que nos digan qué o cómo somos, también hay posturas prudentes; acaso menos fáciles, pero más sinceras. Entre ellos, Alonso Caparrós, actor y presentador: «A mí la homosexualidad nunca me ha parecido una cosa rara, por lo tanto me he sentido encantado de dar vida a un homosexual. El teatro y el cine son cultura y, por lo tanto, los gays deben estar reflejados en ella». Pocas son las que se involucran en lo que dicen. Olvido Gara - Alaska, cantante, lo tiene muy claro: «Para mí lo gay no es un mundo ajeno en el que yo me divierta mucho, me ponga un día en un trono y diga: ¡vamos a reinar! Lo gay es mi mundo, es mi cultura».

Pocos reconocen abierta y honestamente la tibieza de su compromiso. Moncho Borrado, actor y escritor lo admite: «Las manifestaciones multitudinarias [del orgullo gay] son necesarias, pero existe el peligro de que se queden reducidas a un grupo de gente que no representa a la mayoría de los homosexuales. Si fuéramos todos, artistas, pintores, escritores, políticos homosexuales, el panorama sería muy distinto, pero no vamos». Pocos, poquísimos también los que se presentan como gays. Entre ellos y muy recientemente están Nacho Duato, Jesús Vázquez o Jorge Cadaval. Pero antes de ese 2000 que lo cambió casi todo, también estuvo Félix Sabroso, director de cine: «Creo que no me perjudica ser homosexual. Voy a los estrenos con mi pareja como si tal cosa». Y Juan Carlos Pérez de la Fuente, director del Centro Dramático Nacional, y al que le hemos tomado prestadas sus palabras para titular este artículo, pasa de la tercera a la primera persona: «No son bichos raros los homosexuales.

Somos seres humanos. Cómo es posible que esté acabando el siglo y todavía haya gente que se lleve las manos a la cabeza. Los gobiernos tienen mucho que hacer».

Y, sin duda, increíblemente excepcionales son las muestras de un compromiso político decidido. Sobre todo si el tema es de esos “controvertidos”. Beatriz Carvajal, actriz, es de las poquísimas que lo hace: «[La gente] dice que lo correcto es que el niño se eduque con padres heterosexuales y que si es parido, mejor. Pues no es así; yo creo que las cosas son de otra manera y que se tiene que luchar para que se vaya viendo el tema con más normalidad». Claro que ella es de las personas que han adoptado sin casarse y sin un hombre a su lado, y no podría hacer otra cosa que justificar un derecho de adopción sin exclusiones como el que ella misma ha ejercido.

El paisaje idílico que nos presenta la prensa rosa, donde todo el mundo es maravilloso, donde todo el mundo nos quiere, nos admira y nos respeta..., es una ficción interesada. Como también lo son la Comunidad Rentable, la Comunidad Contenta o la Comunidad Saneada. De acuerdo. Hay que dar visiones alternativas y “positivas” que sirvan de contrapunto a las recurrentes manifestaciones de prejuicio. También la Comunidad Neurótica o Deprimida, la Comunidad Asesina, etc., son ficciones. Pero cuando esas palabras amistosas son tímidas, desmedidas, contradictorias o absurdas, hay que señalarlas como tales.

Insistimos: hay gente que manifiesta sus opiniones sobre “la homosexualidad” de manera mucho más trascendente porque lo hacen fuera del espacio restringido de la prensa gay y porque apuntalan un prejuicio y una violencia que tienen efectos devastadores. Hay gente que, sin opinar, no hace sino apoyar el botón del “no” en el Parlamento cada vez que hay que votar por nuestros derechos. Hay gente que no sabe ni hablar y que se expresa con exabruptos y golpes. Hay gente peligrosa. Pero, precisamente para dar nuevas y más sólidas bases a las buenas intenciones de muchas amigas y amigos de la libertad, nos parece oportuno comentar sus opiniones.

Sin duda, pronto contaremos con famosas y famosos que asumirán como propias causas justas; que lo harán en todos los ámbitos y no cuando tienen al público comprado de antemano, y que dejarán de decirnos, precisamente a nosotros y nosotras, lo bien que les caemos, lo simpáticos que somos, lo insondable de nuestra sensibilidad... Porque, en definitiva, no hace muchos años, cuando eso de “lo gay” no estaba de moda, pocas, pero que muy pocas voces se comprometían con nada que tuviera que ver, ni de lejos, con “lo gay”. Y a nosotros, aún hoy, nos puede caber la duda y podemos pensar que acaso alguna de esa gente que de repente nos adora porque está invitada en la modesta casa de la prensa gay, se puede

olvidar de un día para otro y cuando más falta haga, de un compromiso que puede acabar confirmándose como puramente formal, cuando no descaradamente interesado.

Por otro lado, más nos valdría contar con una prensa que dejara de buscar definiciones condescendientes en bocas ajenas y halagos excesivos de cuya sinceridad podemos acabar dudando, y que le entrara un poco más a saco a quienes todavía piden públicamente nuestras cabezas. Para hacernos la pelota unos a otras como colectivo nos bastamos y nos sobramos. Afortunadamente, y en este aspecto aún nos queda mucho por hacer, también podemos marcar diferencias, poner objeciones, argumentar críticas, tratar de establecer diálogos que nos permitan cambiar las cosas... Ser, en definitiva, disidentes con respecto a esa imagen saneada, higienizada y un tanto tontorrón que, inesperadamente, muchas se han lanzado a defender.

MUJERES

¿Qué nos sobra, qué nos falta?

Palabras cruzadas

Mariquitas, amanerados, afeminados, amujerados: el heterosexual homófobo, tanto hembra como varón, nunca tuvo dificultades, al contrario, encontraba suma facilidad, en asimilar homosexualidad y feminidad. Por desconocimiento, para no perder tiempo en algo que no se lo merecía, porque era evidente y saltaba a la vista, porque no necesitaba más explicación, para insultar, para establecer con nosotros la insalvable distancia del género y para estigmatizarnos y mantenernos en una posición secundaria similar a la del sexo femenino.

La hembra homófoba nada quería saber de las mariquitas, interesada culturalmente en perpetuar su propia opresión por ignorancia e impotencia y nada dispuesta a solidarizarse con bujarrones ni mezclarse con sarasas de mala estofa: las Señoras De y las Señoritas aspirantes a Señoras De sólo podían ver entorpecida su carrera matrimonial y su ascenso social vía matrimonio por la frecuentación de estas peligrosas amistades. Entre maricas no iban a encontrar marido y si su (futuro) esposo las veía en semejante compañía huiría de su lado como poseído. A lo más que se dignaban y se dignan las buenas Señoras De es a esporádicos cotilleos, risas de complicidad, un saludo a la maricona por caridad cristiana y poco más. Por no hablar del otro tipo de relación estrictamente comercial que se establece entre la mariquita y la marquesa o con aires de aparentarlo: ven a palacio y decórame el ala norte, voy a tu salón de belleza y arréglame como tú sabes, se me casa la hija y qué flores ponemos en la iglesia, doy una fiesta, diseñame un modelito.

Del varoncito homófobo todos sabemos lo que se puede esperar: desde la indiferencia si tiene un buen día, al asesinato si el pobre está sobreestresado y no encuentra cómo desfogarse. M(altr)atando una marica uno llega a casa mucho más relajado y puede dedicarse a su mujer e hijos con la mayor entrega y derrochando cariño. Incluso puede ocuparse de los arreglitos caseros que tanta falta iban haciendo: un enchufito por aquí, la cisterna que gotea por allá. Para que luego digan que no contribuimos al bienestar social y de la familia heterosexual. Un poco de homofobia explícita durante y después de la dura jornada laboral del varón hetero posee un indudable efecto ansiolítico. Por lo demás, tradicionalmente, este tipo de sujetos nunca cruzó palabra con un maricón, ¿para qué?, ¿de qué puede hablar un hombre como Dios manda con otro que pierde aceite? El desinterés siempre ha sido mutuo,

con el agravante de que el hetero tenía una reputación que defender y la marica una integridad física que salvaguardar.

En resumen, tanto con unas como con otros, poco contacto hemos tenido nunca ni lo tendremos jamás. Y, caso de haberlo, siempre habrá una excusa de una y otra parte: “¿Quién era ese maricón que te ha saludado? Es mi tapicero”; “¿De qué conoces al nazi ese? Le doy clases a su hija”. Prescindiremos de los ya comentados escarceos sexuales con estos seres, dado que, evidentemente, no dan lugar a saludos callejeros, ni siquiera por cortesía. Pero andábamos en otras lides. Concretamente, acabamos de exponer el tópico de la marquesa y sus empleados mariquitas modistos, joyeros, decoradores, peluqueros y demás profesiones “propias” del estereotipo de la marica de siempre. Cierto es que las conversaciones sobre “cosas de mujeres” podían durar largo y tendido entre secadores, telas, perlas y otras lindezas. Hasta podríamos considerarlas verdaderas tertulias donde todo el mundo aprendía algo. Y aún se aprende, que no es esto sólo cosa del pasado.

Impensable es el amanerado en las charlas de café, copa, puro y escupitajo sobre cualesquier temas emparentados con la tauromaquia, el fútbol, las “mujeres” o la política. El mariquita no habla con hombres por principio, y menos de “cosas de hombres”. Sí parece en cambio que puede hablar con mujeres de “cosas de mujeres”. Secreta afinidad ésta de almas gemelas que sostiene el sempiterno vínculo entre homosexualidad y feminidad. Algo habrá o no habrá nada. Que esto sucede no es algo que se pueda desmentir sin más. El porqué de la cuestión es lo que debe tratarse de mujer a mujer. Ya que con ellos, ni nos hablan ni nos hablamos. Nada más embarazoso en la vida de una marica que el recuerdo de su padre llamándolo para tener con él un momento de privacidad y hablarle “de hombre a hombre”: un escalofrío subía entonces por la columna unido a una leve sudoración que nos sumían en el estupor más paralizante. Nada comparable a la privacidad de cortar cebolla con mamá y/o con la tata en la mesa de la cocina o viéndolas hacer ganchillo meciéndose a la puerta de casa en el primer frescor de la tarde. ¡También la manía de los padres de hablarnos de vez en cuando de hombre a hombre! ¡Si se aburren, que se echen una siesta: son ganas de fastidiar! Esta súbita toma de partido por la mariquita que ya de pequeña se pegaba a las faldas de mamá no tiene nada de personal: sencillamente nos parece más inteligente y lúcido agarrar el prejuicio por los cuernos para ver qué haya en él de cierto, sin ceder a la tentación, tan cómoda, tan falsa e hipócrita de mentir como bellacos y decir que nos hemos pasado toda nuestra infancia llenos de barro, abriendo cabezas en el patio de recreo, rompiendo trompos, robándoles los cromos a las niñas para quemarlos y siendo el terror del colegio. Nosotros hemos sido dos

“niños mariquitas” con sus más y sus menos. Lo que no quita para que, con el tiempo, unos Zipi y Zape cualesquiera puedan llegar también, pese a una modélica infancia heterosexual, a ser unos gays estupendos.

Hablar en femenino

Un síntoma muy claro de los estragos que causa el prejuicio entre los propios gays es la molestia que sienten algunos varones homosexuales cuando se les habla en femenino, el asco que sienten cuando oyen hablar a un gay en femenino y el desprestigio tan grande que creen que puede causar este hecho a la comunidad homosexual. Del otro lado, encontramos a quienes utilizan el femenino compulsivamente y, siendo amigos, son hermanas, siendo hombres todos se llaman niña y chillan como posesas cuando otro gay las recrimina por su actitud. El distanciamiento puede llegar a ser brutal: gays que hablan entre sí de hombre a hombre y gays que hablan entre sí de mujer a mujer. Gays que hablan entre sí de hombre a mujer parecería que es ya hilar demasiado fino. Además, el prejuicio lo prohíbe.

Si eres un tío hablas con tíos y como un tío, independientemente del género y la opción sexual; si eres una mujer hablas con mujeres y como una mujer, independientemente del género y la opción sexual. Como en las tertulias de toda la vida, vaya: café, copa y puro o anisete y pastitas. Tampoco es que hayamos avanzado mucho. Simplemente respetamos las estructuras heterosexistas que nos preexisten y nos acomodamos a ellas como mejor podemos. Menuda praxis revolucionaria. Por lo menos, y aquí nuevamente se nos ve el plumero, el varón gay que habla en femenino hace algo discordante, transgrede la norma, la ley del género, cada vez que dice yo lo hace como mujer saltándose las prescripciones sociales a la torera. El gay que, por ser varón, habla en masculino no cambia gran cosa. Siendo hombre no tiene necesidad de cambiar nada y prefiere disfrutar de las ventajas de serlo en una sociedad machista y falócrata. La mariquita que habla en femenino se expone a la barbarie, al escarnio, al desprecio y a la marginación de propios y ajenos. Bien es verdad que, con su actitud, refuerza el estereotipo de amujeramiento homosexual y, en este sentido, tampoco es que su praxis sea demasiado revolucionaria. Pero indudablemente es mucho más molesta, llama más la atención, se hace más visible y escandaliza. Tropezamos aquí con dos estrategias de lucha radicalmente diferentes dentro del universo gay: la normalización, la invisibilidad, la respetabilidad, el pasar desapercibido, que poco tiene de lucha y sí de conveniencia, colaboracionismo y aprovechamiento; y la visibilidad a toda costa, incluida la provocación, en aras del respeto por lo diferente y porque cada cual se comporte como le venga en gana.

Recapitulemos lo que tenemos hasta ahora. Por una parte, si eres un tío y hablas en masculino, no pasa nada: es lo que se hace y debe hacerse. Si eres varón y hablas en femenino, todo el mundo se molesta: no es lo que suele hacerse y contraviene la regla fundamental del género. Por otra parte, si eres un tío y hablas en masculino se desmiente el prejuicio de que las maricas somos afeminadas. Si eres un tío y hablas en femenino se confirma dicho prejuicio. La discusión y la polémica están servidas. ¿Cómo ser revolucionario ante esta alternativa contradictoria que no ofrece salida alguna ya que, si transgredimos esta norma de aquí, fomentamos ese otro prejuicio por allá? ¿Quién tiene la razón? ¿A quién le cortamos la cabeza? ¿Quién perjudica más a la comunidad? ¿Es posible una comunidad de mariquitas afeminadas y plumíferas dándose la mano con machos que se acuestan con otros machos porque todos son muy machos? ¿Cómo armonizar este coro de vicetiples y tenores? ¿Para qué?

En el fondo de cada cuestión un poco peliaguda que nos planteamos los gays, aparece el problema de la identidad y de la comunidad. Una identidad basada en cuestionarnos nuestra propia identidad y nunca darla por sentada ni considerarla nada definitivo, una comunidad centrada en cuestionar la posibilidad de constituirnos como comunidad, como grupo, siquiera como minoría más o menos afín. La identidad heterosexual es más monolítica. Nosotros siempre andamos (des)identificándonos y negándonos como san Pedro: “Yo no soy ésa que tú te imaginas. Esa niña sí, no, ésa no soy yo” o, peor aún, rozando las fronteras de lo absurdo, la negación total de cualquier parecido con cualquier ser humano que se acueste con otro individuo de su mismo sexo: “Yo no soy gay”. Verdad es que cada cual es un mundo, pero declararse no-gay o anti-gay resulta a todas luces un exceso de divismo por parte, precisamente, de quien no tiene en demasiada consideración a las divas ni a las reinas. Yo no soy ni hetero, ni gay, ni nada. Yo soy Fulanito Pérez: el único que es único. Pero no es éste lugar para tratar del egoísmo exacerbado y la megalomanía de algunos sujetos que, a fuerza de no querer formar parte de ninguna comunidad homosexual, gay, *queer* o del tipo que sea, acaban formando un numeroso grupito de gente absurda y completamente estúpida por su ánimo de significarse. Dice un sabio refrán que todas las minorías tienen su propia mayoría de imbéciles y, en el límite, la escisión progresiva de las minorías en grupos cada vez más minoritarios, al no poder evitar albergar en su estrechísimo seno una mayoría de estúpidos, acaban en un individuo solo que se cree a salvo de la estupidez de la mayoría y, sin embargo, es la cosa más tonta que pueda concebirse.

Como el problema de la identidad no se va a resolver de aquí a mañana y su fuerza estriba justamente en que no se resuelva y siga debatiéndose, al ser a la vez necesario y perjudicial para la comunidad (por una parte, es necesario políticamente tener una identidad, pero, por otra parte, es perjudicial por lo uniformador y discriminador que tal identidad pueda resultar), cualquier exclusión en términos identitarios o antiidentitarios parece un tanto peligrosa e inquisitorial. Soy una mujer, soy un tío, soy *queer*, soy gay, soy homosexual, qué sabe nadie, yo soy ésa, ni yo mismo lo sé... El error está en elegir entre las identidades dadas en el interior de una matriz heterosexista, machista, misógina y homofóbica sin someterlas previamente a una labor de cuestionamiento y redefinición que evite el encasillamiento, la reproducción de los mecanismos de control sistémico o, cuando menos, logremos habilitar y redecorar la casilla que vayamos a ocupar más a nuestro gusto. Quien se crea que no ocupa ninguna casilla va listo. Sólo cabe decir algo tan banal como prudente, que cada cual sea lo que quiera, incluso la marica de toda la vida si le apetece o no le queda más remedio, pero está claro que muchos ya somos cosas muy distintas de las sota, caballo y rey de siempre. En unos pocos años, en este país, se han creado y siguen proliferando identidades o modos de vida gays inimaginables hace unas décadas, que la generación que nos precede ni siquiera podía soñar y que en la actualidad son incapaces de comprender ni reconocer. Lo mismo que los esquimales tienen cuarenta o más palabras distintas para decir “nieve” según la textura, el color, etc., a papá y mamá el “maricón” se les ha quedado corto para nombrar la diversidad presente en el seno de nuestra comunidad. Quien nos tenga manía nos la tendrá siempre y seguirá llamando maricón tanto al que hable en masculino como a la que hable en femenino. Mientras estemos nosotros a gusto, nadie tiene por qué regatearnos nuestros derechos por ser como somos, ni tenemos la obligación ni el deber democrático de caerle bien a nadie ni de agraderle a nadie. Convivir en democracia no es vestir de lujosa levita a los criados porque así son más agradables a la vista ni enseñarles a hablar con educación y respeto; es no considerar a nadie como un criado, jerárquicamente inferior, y hacer más flexibles nuestro oído y nuestra retina, acostumbrándolos a nuevas percepciones.

Lo que sí da más asco es intentar ganar prebendas y respeto para uno mismo a costa de opresiones ajenas: “A las mariconas que las inflen a hostias por dar la nota y hablar en femenino. Yo soy homosexual pero no voy formando escándalo”, diría la marica machirula o: “Que te den de pedradas en tu curro porque te metan conmigo en el mismo saco de las travestis, cabrón”, diría la marica menos macha. No hay que llegar a tanto. Pero habría que recordar el poema aquél de Bertold Brecht, que decía más o menos así: hoy vinieron por los

judíos, ayer por la mujeres, anteaer por los comunistas y nunca hice nada porque no era ni judío, ni mujer ni comunista. Hoy vienen por mí.

En todo caso, lo que no se debe hacer es interpretar el hecho de que un varón hable o no en masculino dentro de unos parámetros tan estrechos como los del analfabetismo de muchos gays, que no todos son artistas, guapos, inteligentes y dotados de una extraordinaria sensibilidad. Hay homosexuales imbéciles, lerdos, feos, torpes e incluso homófobos. Que a un heterosexual de derechas (o de izquierdas, pero homófobo) le parezca mal que hablemos en femenino, pase: ¿es lo esperable?; pero que le parezca mal a un gay es lo último (a no ser que también sea de derechas, u homófobo, o de izquierdas, o tonto de capirote). No se puede ser gay y escandalizarse de la homofobia social instalándose al mismo tiempo de plano en la dicotomía hombre/mujer que dicha sociedad fomenta y sobre la cual cimenta su homofobia. Seamos más sutiles. Detrás del hecho de que un sujeto varón hable en femenino puede haber algo más. Y como no hay hechos, podemos interpretar éste de un modo menos romo y reduccionista. Pero ¿qué es eso de que o eres hembra o eres varón y según seas así hablarás utilizando el género masculino o femenino, quedando cualquier otra posible combinación descartada, desacreditada, proscrita, desprestigiada, estigmatizada y prohibida? La sociedad no puede exigir de los individuos lo que quiera y este tipo de censura parece pasarse de la raya. ¿Acaso una mente, por muy conservadora que sea, se atreverá a decirle a nadie que al hablar en el género que no le corresponde está estropeando una bonita y armónica convivencia? ¿No será más bien que lo que está estropeando es el sistema de valores represivos que esa mente conservadora ha creado para mantenernos a raya y marginarnos, haciéndolo pasar por normas de convivencia, respeto y buena educación?

Es curioso que habiendo varones homosexuales que hablan en femenino, no haya mujeres homosexuales que utilicen el masculino. ¿Nadie se ha dado cuenta? Cuando se discute sobre esta cuestión, nunca se habla de ello (“ello”: pronombre neutro, que colocamos aquí para darnos un respiro; terreno neutral éste del género neutro tan escaso en nuestra lengua y que nos obliga a polarizar el discurso en femenino o masculino; lo mismo que, cuando se trata de verbos, tenemos que elegir entre la voz pasiva y la activa, otro problema más, al no contar ya, tremenda desgracia para nuestro idioma, con la voz media; no hay lugar para pasarnos todo el día diciendo: “Ello entiende”, “Ello conduce”, “Ello, ¿te vienes al cine con ello?”; así que prosigamos tranquilamente). Nadie habla de ello, de que las lesbianas no utilizan el masculino. Tal vez porque el género masculino, la voz que se oye hablar a sí misma en masculino, implica siempre la presencia de un varón, el único que habla en

masculino y el mayor culpable de la homofobia, de la dicotomía cultural varón/hembra, de la sexuación heterosexual del cuerpo, del machismo, de la misoginia, de la homofobia, de la Inquisición, de las guerras, del hambre, de la peste, del colonialismo, de la Contrarreforma, del terrorismo, del paro, de la gripe, etc. El género masculino está tan contaminado por la secular historia de opresión que tiene a sus espaldas, que tan sólo con oír una voz que hable en masculino, ya se está participando de semejante basura.

La masculinización del discurso, lejos de resultar una molestia para los oídos viriles, podría llegar a verse por el varón como un impotente quiero y no puedo. Pues la marica va y hace exactamente lo contrario: “¡Puedo y no quiero!”, “Puedo hablar en masculino, mi voz es lo suficientemente grave porque no tengo una nuez defectuosa y, sin embargo, no me da la gana de hacerlo. ¿Pasa algo?” Claro que pasa, que mucho reaccionario, independientemente de su opción sexual, se lleva las manos a la cabeza. “Estas mariconas, para un privilegio que tienen, que es ser hombres, van y renuncian. Se hacen portadoras de un discurso feminizado y, de paso, se convierten en el más visible blanco de la homofobia por voluntad propia. ¡Un hombre que no quiere ser hombre!” Con la que está cayendo, tampoco es para asustarse. Un poeta, quizás diría que la voz de la mujer es la voz de los oprimidos. Con lo que resultaría más adecuada para oponerse a la ronca voz de la homofobia. Es posible. Baste, de momento, con indicar que la feminización que operan algunos gays en el discurso supone una desvirilización voluntaria que puede indicar su deseo, no de dejar de ser varones, sino de señalar, de viva voz, que son varones pero no heterosexuales y que no asumen la cultura del macho ni sus valores heredados; y que tampoco le tienen miedo, desafiando su homofobia, no con la ocultación o el disimulo, haciéndose pasar por uno de ellos, sino subrayando su propia diferencia mediante este recurso. Hay muchos otros.

La mariquita misógina

No obstante, hablar en femenino no es óbice para que se produzca la paradójica situación de ver a un varón homosexual que sostiene, en femenino, un discurso misógino. Aunque, todo sea dicho, es mucho más habitual que la misoginia, provenga de un homosexual o no, se vehicule en género masculino. Al fin y al cabo, entendamos o no, somos varones, y eso es algo que las lesbianas no nos perdonan, y hacen bien porque no se puede abdicar del sexo masculino de la noche a la mañana. Hay quien, por principio, no renuncia ni está dispuesto a ello y está resuelto a seguir siendo un varón blanco heterosexual racista machista y misógino toda la vida, gozar de las prerrogativas que ello implica y, además, acostarse con

todos los hombres que pueda, sin descartar ocasionales ráfagas, encima, de orgullo gay. Un poema, vaya. Y los hay a cientos, que no es éste el retrato de ningún perro verde. Otros prefieren limar la molesta retahíla de blanco, heterosexual, etc., en la medida de lo posible y quedarse con lo mínimo: varón y blanco. Para algunos, lo mínimo es blanco. Para otros, racista y misógino. En fin, todas las combinaciones posibles. Como siempre.

El caso es que la depuración que el varón gay ha de llevar a cabo de su virilidad, si decide hacerlo, hable o no en femenino, es una tarea descomunal. Y, por mucho que lo intente, no podrá evitar que, ocasionalmente, salga el lobo de debajo de su recién estrenada piel de cordero. Y las lesbianas están ahí para recordárnoslo. Menos mal. Porque, a veces, embebidos del orgullo por la feroz batalla contra la heterosexualidad que se viene de acometer, en el fragor de la lucha, uno acaba creyéndose que ha alcanzado la cumbre de la perfección y de la máxima dignidad humana que le está permitida a un hombre. Pero no, siempre habrá una mujer para decirle al autoentronizado activista gay que aún le quedan tics de macho misógino que se arrima al poder, ¡a miles!

Sólo queda la disculpa. A medio camino entre el cinismo y la sinceridad. Hay quien se niega en redondo a disculparse por la inevitabilidad de ser varón, aludiendo que, si las mujeres (los negros y los pobres) participan en la homofobia, un gay no tiene por qué disculparse de su sexo (su raza o su dinero)¹, pero a nosotros, menos partidarios de esta barbarie, nos parece ya un logro en sí mismo que alguna vez en la historia, por primera vez en la historia de la humanidad, un hombre se disculpe ante las mujeres y ante otros hombres, por ser hombre. Entiéndase lo de, “por primera vez”. Hay muchos hombres que se han disculpado en la historia por serlo, por ser hombres débiles, pecadores, cobardes. Pero se han disculpado ante Dios o ante otros hombres, en un marco de valores viriles que no pudieron alcanzar ni llevar a la perfección por causa de la fragilidad y finitud humana, precisamente por fracasar como varones. La experiencia personal de verse al borde de la disculpa porque toda una vida

¹ Es el caso de Leo Bersani: “Al mismo tiempo, también tendríamos que recordar que -por más privilegiados que seamos como individuos- pertenecemos a una minoría despreciada no sólo por los poderosos, sino también, a menudo con mayor vehemencia e incluso más santurradamente, por las víctimas raciales y económicas más desafortunadas de cualquier lugar del mundo.

Tenerlo presente puede ayudar a los hombres gays a dejar de disculparse por no pertenecer a una minoría racial (si somos blancos) o a una clase económicamente desvalida (si gozamos de una situación acomodada). A menudo, el orgullo gay parece idéntico a la vergüenza gay. Cuando se nos amonesta por hablar como varones blancos de buena posición, rogamos que quienes están señaladamente más oprimidos que nosotros nos instruyan. Aún más notable: se nos ha escuchado disculparnos por no ser mujeres”.

no basta para quitarse el barro que, como varones, llevamos encima porque nuestro discurso, de activistas gays, de escritores, de periodistas, de teoría *queer*, nuestras filigranas verbales y vitales nos siguen señalando con sospechosos amaneramientos viriles es algo que, a nuestro juicio, no tiene nada de cínico y sí mucho de sincero. No pedimos perdón por lo perdonable de nuestros actos o palabras de hombres. Pedimos perdón por lo imperdonable mismo, por aquello para lo cual es impensable siquiera solicitar el perdón: por ser hombres. Esta disculpa, probablemente, sólo podrá entenderla y, en su caso, llegar a aceptarla, una lesbiana y, en su defecto, cualquier otra persona inteligente, con lo que el destinatario del perdón no es universal, sino, como se ve, muy restringido.

En otro orden de cosas, como si el hecho de ser hombres no les bastara a los gays para ser portadores de una insufrible misoginia igual que la del resto de varones heterosexuales, éstos han inventado la fábula de que hay en el mundo alguien más misógino que el macho heterosexual maltratador y asesino de esposas: los maricones. Te voy a contar un cuento: “Érase una vez un hombre, nacido varón, que se negaba a serlo y hablaba en femenino, se vestía como una mujer, quería ser una mujer, todo él era afeminación y amujeramiento. Y claro, como es de suponer, odiaba a las mujeres porque sólo un verdadero hombre es capaz de amar a una mujer, etc.”. Este cuento, unido a muchos otros semejantes, es la base de la educación que todos recibimos cuando niños, sólo que adornados con habichuelas gigantes, caperuzas, pociones mágicas y otros artilugios encubridores de ideología. La mente heterosexual confunde la atracción sexual por el sexo femenino de algunos varones como una vacuna contra la misoginia. El hombre que mata a su esposa no es misógino, es un asesino, está loco, desesperado, en paro o su mujer le engañaba o era una perezosa. Pero ¿misógino un hombre que se siente atraído por las mujeres? ¡Eso nunca! Otra cosa es que reconozca la natural superioridad del varón sobre la mujer en fuerza, inteligencia, arrojo, etc. Sólo que eso no es misoginia. La misoginia es una enfermedad, una degeneración y sólo la padecen los enfermos y los degenerados, a saber, las maricas.

Y allá que va la ciencia o la cienciología a buscar por qué, no si somos misóginos o no, eso se da por descontado, sino por qué lo somos. La principal “causa”, motivo o razón para ello es, a lo bruto, que cómo vamos a acostarnos con ellas si las odiamos profundamente. El odio conoce también las versiones del asco, de la repugnancia. Y del miedo. La famosa “vagina dentada” en cuyo interior no nos atrevemos a depositar nada valioso no vaya a ser que se lo zampe. Y a una mujer, lo último que se le puede tener es miedo o asco. Contraviene sus dos funciones esenciales: el sometimiento y el sexo. Así que nos cuelgan el sambenito y

santas pascuas. Si se articula esto un poco más y se pone en bonito, se puede llegar a decir que el varón homosexual excluye a la mujer como objeto de deseo y, por tanto, es incapaz de depositar en ella ninguna otra investidura libidinal derivada de dicho deseo sexual. El homosexual experimenta un rechazo narcisista del otro, de lo diferente. Si sexualmente no interesa, no interesa en absoluto. El contraejemplo sería: por eso los heteros no tienen amigotes. Como sexualmente no les interesan los hombres, no les interesan en absoluto: ni hacen equipos de fútbol, ni forman peñas, ni nada. Estas monstruosidades son puros prejuicios irracionales que se caen por su propio peso confrontadas con el más mínimo análisis. Por eso son prejuicios, porque son irracionales. Y por eso hay que inculcarlos bestialmente desde pequeños, para que alcancen el estatuto de creencias y se consoliden en la firmeza de la fe.

Desde el XIX, se daba ya esta definición de la homosexualidad, en latín: *anima mulieris in corpore virile inclusa*. A saber, un alma de mujer encerrada en un cuerpo de varón. Cómo esta almita bella pudiera llegar a la misoginia era cosa complicada, a no ser que de puro estar encerrada se pillara un cabreo impresionante. O le diera por el autodesprecio al no ser una mujer de verdad y aterrizara, de este modo, en la más furibunda envidia: odio a la mujer que nunca podré llegar a ser. Tanto simplismo ya nos fastidia en demasía, aunque es lo que habita las mentes de la mayor parte de la población. Sin embargo, esta definición latina a veces es utilizada estratégicamente, desde perspectivas conservadoras que no tienen reparo alguno en hablar con quienes así nos denostan en su mismo idioma y en su misma lengua. ¿Cómo vamos a ser misóginos si en nuestra infancia preferimos identificarnos con mamá antes que con papá, si la preferimos a ella como modelo de identificación, si decidimos ser igual que ella? Y, por lo tanto, querer lo que quiere ella, a papá, y gustarnos lo que le gustaba a ella (de soltera), los hombres. Porque ahora sólo le gusta un hombre, su marido. Se desea lo mismo, a otro hombre, porque nuestro yo se ha identificado con lo otro, una mujer. Así que nos gustan tanto las mujeres que desearlas es poco, nos identificamos con ellas. El homosexual no aborrecería la diferencia sexual, sino que la pondría en práctica de otro modo: en vez de identificarse con el padre y desear a la madre, se identifica con ésta y desea al padre. Más sutilmente, para no admitir que somos, en el fondo, muy femeninas, cabe identificarse con el padre y, a la vez, con el deseo de la madre. Buenos argumentos para quien los quiera. Leo Bersani, haciendo piruetas en este mismo sentido, se muestra irónico hasta el punto de decir: “Una orientación exclusivamente heterosexual en los hombres, por ejemplo, puede depender de una identificación misógina con el padre y una equiparación permanente

de la feminidad con la castración”. Es decir, que como el niño se dio cuenta de la castración de la madre, de su inutilidad, de su inferioridad en todos los aspectos, se identificó con el padre a partir de este desprecio de la mujer. ¿Quién da más?

Monique Wittig, sin duda, siempre da más. Cuentan las malas lenguas que, en medio de una conferencia, alguien, desesperado por el discurso de una lesbiana revolucionaria mucho más lista que él (o que ella), llegó a preguntarle si tenía vagina. Evidentemente, la inefable Monique respondió que no. El conservador de turno que hiciera la pregunta consideraría de seguro que había acorralado a la conferenciante en el absurdo, habiéndole hecho confesar a una mujer (no operada) que no tenía vagina para poder seguir sosteniendo su discurso. Sólo que precisamente eso es lo que Wittig llevaba queriendo decir todo el tiempo y esta pregunta le permitió esclarecer más resueltamente: que el mero hecho de hablar de “mujer” sólo tenía sentido en el universo cultural heterosexual y que, por tanto, ella, como lesbiana ajena a dicho contexto, no se consideraba una “mujer” ni iba a dejar que ningún heterosexual la llamara “mujer” con las implicaciones que la sola utilización del término conlleva. Y si el hetero persiste en querer llamarla “mujer” a toda costa, aunque sólo sea porque tiene una vagina, ¡pues no tengo vagina! Soy cualquier cosa menos lo que a ti se te ocurra. Todo lo que se te ocurra que soy o puedo ser, es seguro que no lo soy. ¡Hay tanto que aprender de esta actitud! Rebelarse contra la heterodesignación, la heterodenominación, la heteroclasificación y, sobre todo, contra la heterocomprensión. No queremos que nos comprendan, en el sentido de que nos entiendan, que compartan nuestros sentimientos y nuestra *Weltanschauung*, ni que nos comprendan, en el sentido de que se muestren comprensivos, atentos y cariñosos con nosotros: basta con que nos dejen en paz y nos den todos los derechos que nos niegan sin imponernos más obligaciones que las suyas propias, perdón, las suyas propias.

PARIAS

Grandes partidos, pequeñas expectativas

Los grandes partidos políticos ocupan una de las instituciones fundamentales del sistema democrático: el Parlamento. Desde las Cámaras legislativas, los partidos (cuyos grupos parlamentarios a su vez mantienen al Ejecutivo, o le hacen oposición) actúan, critican, deciden, discuten y regulan. Pero también, al revés, en ocasiones optan por no hacer nada: obvian o ignoran unas u otras cuestiones, callan, otorgan.

Del Partido Socialista se pueden alabar algunas iniciativas legislativas desarrolladas cuando sus miembros electos ejercían las tareas de gobierno, y criticar la falta de interés o decisión que llevaron a otras medidas a quedárseles en el tintero. También se le pueden reprochar algunas tomas de postura por parte de sus dirigentes. Del Partido Popular sólo se pueden criticar algunos accidentes en medio de un vacío consistente apenas roto por votaciones coherentemente negativas a cualquier propuesta de reconocimiento de derechos, y denunciar, precisamente, esa ausencia: todo lo que no ha hecho y todo lo que no dice. Es éste un análisis más difícil del que se beneficia el partido actualmente en el gobierno.

Siendo la votación en las elecciones la forma de participación política privilegiada por el sistema democrático, cabe cuestionar las formas de adhesión y los grados de desafección que alientan tales silencios, inacciones, retrasos y deslices por parte de uno y otro partido. Cabe recordar, además, que votar no es la única forma de participar en política y que la protesta, la presión social, son las únicas vías que han abierto las puertas de la ciudadanía a los colectivos excluidos. Porque lo cierto es que “los homosexuales” ocupamos un papel de parias en el contexto del mundo político: se nos sitúa fuera del sistema de castas. No se nos considera, en suma, parte de las estructuras partidarias.

Se ignora que son (también) lesbianas y gays quienes presiden las Cámaras, quienes se sientan en los Consejos de Ministros, quienes se presentan a elecciones primarias y aspiran a candidaturas, quienes militan en los partidos, quienes redactan discursos... quienes votan y (o) quienes protestan. Algunos datos —sobre todo en las opciones de izquierda— apuntan al optimismo; por ejemplo, la salida del armario del diputado del PSC Miquel Iceta, el primer parlamentario en hacerlo, o las de varios miembros de corporaciones locales y concejales elegidos casi siempre en listas de izquierdas. Pero consolidar esa lenta evolución y acelerarla puede requerir saldar algunas cuentas con el pasado.

1. Mejor no meneallo: silencios y negativas del PP

Hay ciertos temas sobre los que un dirigente del Partido Popular prefiere no opinar. La idea de la democracia que prevalece en el partido del gobierno incluye una teoría y una práctica de la patata caliente. Hay temas tabú que es mejor no abordar (esa es la teoría). Para no entrar en el fondo de esas cuestiones, lo mejor es marear la perdiz. Evitar el debate en un trasiego de interminables burocracias. De oca a oca, del tingo al tango, de comisión en comisión (*voilà* la práctica). No hay más que repasar el *Diario de Sesiones* del Congreso o las hemerotecas para comprobar el prodigioso encaje de bolillos que tienen que hacer los PP-líderes cada vez que se trata de votar o de hablar de “homosexualidad”. La suya es una democracia como cuajada de “mejor no meneallos” que se salda, cuando no queda más remedio, con un rotundo nanai.

Hay que reconocerle a la oposición de izquierda una inusitada vocación por hacer hablar al PP de gays y lesbianas. Es éste un fenómeno sin precedentes. El chorreo de proposiciones de ley destinadas a regular las “parejas de hecho” no parece señalar sólo la vocación de esa oposición por concedernos graciosamente derechos. Si fuera ése el caso, ya lo habrían hecho cuando estaban en el poder, como hicieron sin tantas alharacas con la inclusión de la homofobia como agravante en el Código Penal. Se trata también de poner al gobierno contra las cuerdas. De obligarle a tomar una postura, y de que en el lance salga a la luz su talante homofóbico. Para recoger entonces el beneficio político de sus meteduras de pata. De otro modo no se explica ni la insistencia y la aparente indignación ante el *impasse* ni, sobre todo, la pobreza de temas e inquietudes o la parquedad de iniciativas que caracterizan la “agenda gay” de la oposición.

Cierto es que, cuando da a conocer sus posturas sobre cuestiones relativas a la igualdad o los sexos, el PP suele meter la pata. No hay más que recordar las ideas del padre espiritual del proyecto conservador, Manuel Fraga, sobre la valía de las diputadas socialistas en función del alcance de sus escotes (sobre las declaraciones políticas de una diputada del PSOE, el Presidente de la *Xunta* declaró que sólo le interesaba el escote que lucía). O las manifestaciones del presidente Aznar sobre las cualidades que admira en una mujer («que sea mujer-mujer», decía él). O las del primer Portavoz del Gobierno de Aznar, Miguel Ángel Rodríguez, al declarar en 1996, con motivo del 18 aniversario de la Constitución, que si ésta «fuera niña, se vestiría de largo; [y que] si fuera ciudadano, votaría». O, por último, y ya en

2000, las palabras del ministro de agricultura, que dijo que «a los regadíos hay que tratarlos como a las mujeres».

Pero claro, para los conservadores (aunque no sea éste sólo privilegio suyo), hablar de mujeres (o de “titis, tetas y tías”) es muy fácil; casi inevitable. Y cuando lo hacen, se les escapa (con más frecuencia que a la oposición) la grotesca misoginia y el sexismo ridículo que muchos de sus líderes llevan dentro. En este caso, la combinación de prejuicio y locuacidad; esa espontaneidad que paradójicamente les hace “populares” y campechanos, se les vuelve en contra.

Sin embargo, es muy difícil pillar al partido del gobierno en un renuncio hablando de gays y lesbianas. Lo cual no significa que no tengan opiniones o ideas preconcebidas, sino que éstas son convenientemente cauterizadas del espacio de las declaraciones ante la prensa y localizadas en el espacio de los chascarrillos de pasillo sin trascendencia. Cada silencio popular puede medirse, entonces, en función de dos criterios. Por un lado, según el nivel de barbaridad que presuntamente alcanzaría una opinión manifiesta. Si pudieran expresarse sin soliviantar nuestras quisquillosas dignidades, lo harían. Es decir, si callan es que temen que nos enfademos; que los montones de gays y lesbianas de derechas les retiren su apoyo en un arranque de despecho. Y que los que nos consideramos progresistas confiemos con más ganas en una pronta alternancia. Puede sorprender que esa precaución no se aplique con igual rigor cuando se trata de hablar de mujeres, pero cabe considerar que lo que dicen de “las chicas” no tiene mala intención; que se les escapa como si de un piropo desafortunado o una pluma heterosexual se tratara. Una señal de lo que puede anidar en el corazón popular fueron las manifestaciones del alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano en las que (en pleno 2000) señalaba que la violencia anidaba en “las parejas de hecho” más que en los matrimonios tradicionales.

Por otro lado, el silencio conservador puede medirse en función del nivel de ocultamiento e ignominia que esa ausencia de manifestaciones traduce. Es decir: cualquier manifestación no excesivamente “medieval”, pondría de manifiesto un radical aislamiento (cuando no una completa alienación) de quien la formulara. Por mucho que quieran disimular, la postura no explícita del partido conservador se halla a medio camino entre el espíritu de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y las posiciones alternativamente neo-inquisitoriales o pseudo-tolerantes de la Conferencia Episcopal. En el mejor de los casos, algunas de sus mujeres optan por una postura liberal; un *laissez-faire* en medio de una situación de discriminación efectiva que no se cuestiona ni se combate. El desapasionamiento

y la desideologización de Lorca por parte de Aznar (que reconoció admirar al granadino obviando que fuera rojo y marica), o la connivencia con las manifestaciones de Camilo José Cela de una diputada de su partido cuando el Nobel desestimó al mismo Lorca diciendo que él “no toma por culo”, son signos que abundan en esta hipótesis.

Poner en cuestión esas profundas y ancianas convicciones equivaldría, entonces, a emplazarse fuera de la ortodoxia y la tradición moral del PP y, peor aún, dentro de un espacio de “perversión”. La evidente presencia de mujeres en el proyecto popular lima las asperezas del machismo que expresan ocasionalmente sus compañeros. Pero claro, formalmente en el PP no hay gays o lesbianas, porque los que hay callan y sus líderes sólo los ven fuera, y los ven mal. O eso parece deducirse de la respuesta que dio Fraga a un comentario por parte de un dirigente socialista en 1991 que dijo que el PP estaba lleno de gente del *Opus Dei*, a lo que el gallego respondió que el PSOE estaba lleno de «masones y homosexuales». Así, en caso de que la homofobia se expresara con la soltura y vehemencia que otras cuestiones parecen autorizar, tampoco habría nada ni nadie que le quitara hierro al asunto en primera persona. Ésta es otra de las razones que explican el silencio “homo” del PP: no hay nadie dentro de la estructura del partido o en una posición relevante que pueda rebatir un hipotético desplante; todo el debate sería a beneficio exclusivo de la oposición.

Es decir, que a falta de más datos, podemos aventurar —aunque con bastantes indicios en la mano— que el PP está presuntamente cuajado de mentalidades homofóbicas, por un lado, y de tremendos armarios, por otro. Carlos Alberto Biendicho, el primer militante del PP que ha hecho política reivindicativa homo, cifraba en varias decenas el número de parlamentarios de su partido que son gays o lesbianas. En suma, esos silencios que a menudo imponen fuera son los mismos que imperan en su seno, y ello no sólo traduce una inusitada vocación censora, sino también mucha falta de respeto, autoestima, coraje y dignidad.

De hecho, podemos aventurarnos un paso más allá y creer que la única famosa del PP que empezó a hablar de gays y lesbianas sin decir barbaridades sea, quizás, la más heterosexual del partido. —Esperamos, por Dios bendito, que la malagueña no nos plante una denuncia por vulnerar con especulaciones sin fundamento su derecho a la intimidad—. Celia Villalobos, efectivamente, se convirtió en la *Lady-Homo* de la derecha, al votar en conciencia rompiendo la disciplina de su partido, y apoyar una de esas leyes de parejas que últimamente se lanzan a la palestra parlamentaria como salidas de la chistera de la oposición. Fue en la primera legislatura del PP. Fue, además, el único voto de su partido en favor de aquella

propuesta. La votación se repetiría a finales de 2000 y en esta ocasión el PP se manifestaría como un solo hombre (un hombre homófobo); es decir, en contra. Villalobos incluida.

No tenemos ningún motivo para pensar que la postura de Villalobos obedeciera en aquella primera ocasión a otra cosa que sus convicciones personales. O a un muy loable compromiso ético de Su Señoría con algún familiar, amiga o colega un poco mari (quita/macho). Pero sí parece claro que su rebeldía le hizo en su momento un inestimable favor a su partido. Villalobos se convirtió el perrito que nos ladraba. Por eso no le multaron, aunque los estatutos de su partido le permitieran hacerlo. Por eso en su marcial partido consintieron su indisciplina (o su no sometimiento; casi su “insumisión”). Sin estos detalles, no habrían acaparado en beneficio de la mayoría absoluta una buena parte del voto rosa en los segundos comicios ganados por su partido.

La actual ministra (¡premio!; antes sólo era parlamentaria-alcaldesa) alimentó esa idea de que, acaso, no aprueben nunca ni leyes de parejas ni nada de nada. Si fuera de verdad una cuestión de principios, habría entregado aquel aciago día su acta de diputada. Pero también alimentó esa otra idea según la cual, por mal que se pusieran las cosas, ella, con su aplomo de mujer con convicciones, se opondría con toda la fuerza de su relevancia política a cualquier iniciativa que pretendiera encerrarnos en calabozos. En los calabozos del miedo, por ejemplo. Como los que montaron en Sevilla prensa, fiscalía y judicatura, con la idea de que estábamos a punto de echar a perder la flor y nata de la juventud andaluza en un supuesto arranque organizado y masivo de lubricidad mal encauzada que se llamó “caso Army”.

Por eso, porque su actitud le servía a su partido, la diputada votó a su aire. Y por eso, también por esa misma razón, pronto dejó de hablar. Y no acudió a recoger el premio que por ese gesto le concedió (¡...lo que hay que ver!) un colectivo gay. No fuera que se excediera en su compromiso o que soliviantara a la fiera dormida que, en el fondo, seguía y sigue aspirando a quitarnos la alegría y las plumas — “el pendulazo”, como lo llamó en su momento Jaime Campmany— de un sopapo. El apellido de la Diputada desvela entonces una ironía: si se pasa en su papel de piel de cordero puede acabar cabreando al lobo que cubre. Y éste también quiere su minutito de fama y puede acabar enseñando los dientes. No ha habido que esperar mucho. Ya lo ha hecho. Y Celia con él.

Pero todo debe quedar bajo control. Ese enseñar de dientes, si no responde a órdenes desde arriba, es lo que sí parece dispuesto a castigar el PP. Tal debe ser el miedo que hay a que se convierta en un descarado e inconveniente lastre en ese supuesto “viaje al centro”. Por ejemplo, Jesús Pedroche, Presidente de la Asamblea de Madrid y miembro del Opus Dei, votó

la víspera del Día de la Hispanidad de 2000 en contra de una moción de su propio p(p)artido a una iniciativa de IU que solicitaba del Gobierno español la regulación de las parejas de hecho. Pedroche, anunciaba el Presidente del grupo parlamentario popular, sería sancionado. La oposición, masivamente y sin distinción, incluso el PP (a excepción de Pedroche), votó a favor de una moción que tampoco comprometía otra cosa que un gesto. Pedroche declaraba: «Soy consciente de que he roto la disciplina del grupo, y estoy dispuesto a asumir la sanción. Pero no podía votar a favor. No podía». En el mismo foro y por el mismo motivo, en 1995 Pedroche (entonces junto a Blanca de la Cierva y Cándida O'Shea) también votó en contra. Ya entonces no podía. No podía. Ni ellas tampoco; muy a pesar de las reminiscencias y evocaciones al mundo de Disney que puedan encontrarse en sus nombres. No pueden. No pueden.

Celia Villalobos, en última instancia, es la garantía de que nos van a tener a raya (como a la inflación o el déficit) sin que haya que meternos en cintura. Y el camino abierto por ella es hoy seguido por otras correligionarias. En efecto, posteriores manifestaciones de otras mujeres del PP (los hombres no están para estas cosas), y que podrían contarse con los dedos de una mano, parecen apoyar esa idea. Otra premiada, la actual Presidenta del Congreso de los Diputados, Luisa Fernanda Rudi, cuando aún era alcaldesa de Zaragoza, requerida por la revista *Zero*, se expresó en términos bien neutros: «Personalmente, tengo un absoluto respeto hacia el libre ejercicio de la sexualidad entre adultos» (... sólo faltaba). Y en parecidos registros se ha expresado alguna vez la Primera Teniente de Alcalde de Madrid, Mercedes de la Merced, dispuesta a contar con el voto rosa para renovar mayoría en el consistorio cuando le toque suceder a José Mari. Contra ellas, y entre muchos otros, los mencionados José Mari (Á. del Manzano) y Pedroche, y las Cándidas, Blancas y Rosas (Rosa Estarás defendió el último NO sin fisuras del PP en la Carrera de San Jerónimo en otoño de 2000).

Las aspiraciones de muchos son tan pobres que con unas escasas y taimadas palabras les basta. Y es que el silencio de unos y el de otras, como los armarios, o las pequeñas palabras de aquí y de allá, a fin de cuentas, se complementan. O coinciden.

2. El socialismo frente a la perdición

Si los próceres del PP son más bien reacios a manifestarse sobre un tema tan espinoso como “la homosexualidad” (ya sólo dicen NO apretando un botón), es indudable que las mentes

más abiertas del socialismo democrático tienen menos pelos en la lengua. Lo cual no significa necesariamente que en sus filas primen posturas de “tolerancia”; éstas se han ido abriendo paso con dificultades, y aún encuentran serios obstáculos para traducirse en hechos. Siendo el PSOE el partido que se considera naturalmente como posible alternativa, cabe esperar que estas reflexiones sirvan al menos para animar el debate en el seno de una organización que aspira a ser democrática, plural y progresista, sin considerar que esos valores significan hoy lo mismo que hace dos décadas. Tras el desastre de la era Borrell-Almunia, el último Congreso del partido (Catarsis en 2000), y el nuevo liderazgo de José Luis Rodríguez Zapatero pueden significar un punto de inflexión. ¿Pero hace realmente falta un giro en el PSOE hacia posturas progresistas en cuestiones relativas a lesbianas y gays? Para responder a esta pregunta, conviene echar la vista atrás para ver de dónde viene el PSOE.

Volvamos a la transición; a esa época en que el PSOE salía de la clandestinidad. Enrique Tierno Galván fue de las figuras más emblemáticas del socialismo durante los primeros años de democracia. El fundador del Partido Socialista Popular (un nombre que adquiere una inevitable connotación irónica en el presente), que más tarde se integraría en el PSOE; el profesor universitario desposeído de su cargo por su enfrentamiento con la dictadura; el mismo que alcanzó la alcaldía de Madrid y acompañó el proceso que llevó a la palurda sede del centralismo franquista al estatuto de capital de “la movida”, encarna un ejemplo temprano de prejuicio homofóbico democrático. Merece la pena recordar sus puntos de vista para tener una perspectiva del contexto en que se enmarca la situación actual.

En una entrevista con *Interviú* realizada en 1976, Marc Fontcuberta le preguntaba a Tierno: «Entonces... ¿hay que reprimir a los homosexuales?» Y su respuesta era la siguiente:

«No, no creo que se les deba castigar. Pero no soy partidario de conceder libertad ni de hacer propaganda del homosexualismo. Creo que hay que poner límites a este tipo de desviaciones, cuando el instinto está tan claramente definido en el mundo occidental. La libertad de los instintos es una libertad respetable..., siempre que no atente en ningún caso a los modelos de convivencia mayoritariamente aceptados como modelos morales positivos».

Nos encanta, de entrada, esa idea del instinto claramente definido en el mundo occidental; eso del “homosexualismo” debía ser para el viejo profesor algo exótico. Pero

sigamos. El periodista continuaba: «¿Entre esos modelos estaría la familia?», a lo que el dirigente socialista respondía:

«La familia y el matrimonio. Ya le he dicho que yo defino a la moral en virtud de un *consensus* mayoritario. Cualquier acto de desviacionismo sexual que pueda romper o atentar contra ese *consensus* habría que frenarlo».

Por último, por si quedaba alguna duda, preguntado sobre la actitud que tomaría en caso de que un hijo o hija suya manifestara «esas desviaciones», Tierno contestaba:

«Procuraría corregirlas. Tenemos experiencias muy radicales como las del Bajo Imperio Romano, en las que realmente se perdió el sentido pleno de cualquier jerarquía de valores por haber hecho unas concesiones totales en lo que se refiere a la moral. Desde el punto de vista público esto habría que frenarlo, e incluso castigarlo si atenta públicamente a lo que se admite como ético».

No vamos a rebatir aquí estos argumentos, pero sí queremos recordar que ya entonces sus palabras tuvieron respuesta en esa misma publicación. Ese *consensus* que Tierno defiende no fue otra cosa que una imposición de la dictadura. Sobre lo de la «desviación», el *Front d'Alliberament Gai de Catalunya* (FAGC) le recomendaba leer un poco a Freud, mientras que sobre lo de la decadencia del Imperio, le invitaba (al teórico marxista) a considerar «otras causas de índole política y, en última instancia, económicas» —una vez más, la homofobia excusa la ligereza teórica—. Por su parte, en una carta firmada por M. Abad y dirigida a la misma revista, se podía leer: «Por mi edad, yo podría ser su hijo, así que me demuestre cómo corregiría mi homosexualidad y por qué debería hacerlo». Y terminaba:

«Nosotros, como personas, pedimos (igual que usted), libertad y democracia para vivir dignamente; que bastante nos han perseguido, insultado y despreciado. No nos venga ahora con que hay que frenarnos: ¿más todavía?».

Pero como aquello sucedió hace ya muchos años, conviene volver a tiempos más recientes. De una figura importante en el seno del socialismo democrático español a otra, si cabe, más importante; y de la transición a, como quien dice, ayer mismo. Todo ello (y esto es

lo que conviene resaltar) sin cambiar un ápice el prejuicio. No hace mucho, en 1998, el ya fallecido Ramón Rubial, presidente del PSOE, a sus 91 años, militante socialista desde los 14, y con un historial de dos décadas de cárcel por su oposición al franquismo, concedía una entrevista a *El País Semanal*. Al hilo de la narración de sus impresiones sobre el largo plazo que pasó en prisión, la periodista Soledad Alameda le preguntaba escuetamente: «¿Y el sexo?» Y Rubial respondía lo siguiente:

«El sexo se nota. Y una barbaridad. Pasa lo mismo que en los colegios, que algunos se hacen homosexuales. Entre los políticos se ha dado poco, casos contados; supongo que debido a que tienen un concepto más elevado de sí mismos, de la vida; se recurría más que al contacto sexual, a la masturbación».

Así, el que fuera Presidente del principal partido de la oposición, el Presidente del partido que había gobernado durante más de una década y que aspira hoy (confiemos que renovado) a volver al poder, se expresaba con ingenua sencillez, y nos daba las claves de sus peculiares ideas sobre “la homosexualidad”. En sus palabras, la homofobia se nota. Y una barbaridad.

El que fuera presidente del PSOE parecía deudor de aquellos principios del anarquismo de los años veinte que defendían la co-educación con el argumento de que, si los chicos y las chicas estudiaban juntos, no caerían en “la homosexualidad”. Así que no se trataría de dar la misma educación o las mismas oportunidades, sino de favorecer una heterosexualidad en peligro; de poner a las chicas al alcance de los muchachos para que éstos no se echaran a perder.

Un ejemplo de ese coherente siglo XX. En 1928 (1928-1998: Siete Décadas de Prejuicio en la Izquierda), en los números de abril y junio de una publicación anarquista llamada *Revista Blanca*, Camillo Berneri publicó sendos artículos con títulos ilustrativos: «La degeneración sexual en las escuelas» y «El contagio moral en el ambiente escolar». En éste último, por ejemplo—y para demostrar que, aunque menos, “la heterosexualidad” de las chicas también era motivo de preocupación—, se podía leer:

«Varias personas que me merecen entero crédito me han afirmado que en los colegios femeninos franceses el safismo está muy desarrollado. También en esto, los colegios femeninos tienen más de cárceles que de laboratorios femeninos, donde además existe

un aire viciado e impera la obscenidad [...] El aislamiento, el destaque de la familia y del mundo es la causa principal de la pasionalidad y de las desviaciones de las educandas».

El Presidente del PSOE mantenía los mismos argumentos vigentes setenta años atrás (señalemos, de paso, que el autor de aquellos artículos se apoyaba en referencias de los siglos XIX y XVIII). Una constatación muy poco halagüeña; un espíritu muy poco progresista, más bien conservador de viejas perspectivas, que ni siquiera puede explicarse a partir del emplazamiento ideológico en que surgen: el pensamiento más reaccionario estaba, en este aspecto, muy en consonancia con lo que se defendía en las publicaciones anarquistas.

Sigamos el hilo argumental. Al igual que en los colegios segregados por sexos, la cárcel, decía Rubial, actúa como institución promotora de “la homosexualidad”. Si la privación de libertad es una parte del castigo, otro elemento, si cabe aún más cruel, es la incitación a “la homosexualidad”. Y ésta, entonces, no es más que el efecto perverso de instituciones entre rancias y represivas. La libertad llevaría “naturalmente” a “la heterosexualidad”. O, por decirlo de otro modo, “la heterosexualidad” es la manifestación más acabada del libre desarrollo de las potencialidades humanas; la meta de las más nobles aspiraciones, el *consensus* ético de Tierno. “La heterosexualidad” es la libertad.

Otro libro publicado en 1978 (1978-1998: *Dós Décadas de Prejuicio en la Izquierda*) y titulado *La angustia sexual en las prisiones*, de Salvador Sagaseta, sostiene esa misma idea. En él se habla constantemente de la «caída homosexual» como estrategia de la institución carcelaria para anular el “potencial humano” del recluso. En el prólogo, otro representante de ideologías progresistas ya también fallecido, Juan María Bandrés, presentaba el trabajo con estas palabras:

«Sagaseta descubre muy bien el proceso de degradación que la Institución impone al recluso para inocuizarle: regresión a la etapa infantil, masturbación y homosexualidad».

Puede que Rubial guardara buen recuerdo de aquella película titulada “Midnight Express” (“El expreso de medianoche”, también curiosamente de 1978), donde Brad Davis daba con sus huesos en una penitenciaría turca. Davis (que confirmaría su madera de icono gay en la versión que R. W. Fassbinder realizó del *Querelle* de Jean Genet), interpretaba el

papel de un norteamericano injustamente encarcelado. Y en una casi tórrida escena de ducha (vapores, intimidad solidaria entre los reclusos...), le hacía frente a las tímidas insinuaciones de otro preso también extranjero (es decir, blanco), resistiendo una tentación absolutamente fugaz. Eso, para Rubial, no es que no le apeteciera, o que sencillamente fuera un hetero de tomo y lomo. No. Eso es tener un elevado concepto de sí mismo. Y un elevado concepto de la vida. Así es “la heterosexualidad”. Lo que es tanto como decir que los maricones no tienen ni una cosa ni otra. Así es “la homosexualidad”.

La película de Pakula tuvo un gran éxito porque en ella, además, sale un moro grande, feo y bestia; de fuera del mundo occidental, como hubiera observado Tierno. A la amenaza del fantasma comunista tan típica de la cinematografía del Tío Sam se le une la amenaza otomana; al integrismo marxista, el integrismo islámico. El carcelero turco, el lacayo de un régimen sin libertades, sirve de contrapunto a la débil y patética maricona que trata entre vapores de echarle una mano al paquete del protagonista. Y el turco desvela esa otra “homosexualidad” brutal que el cine (y los *media* en general) se han empeñado en construir. Es decir, que el moro bruto intenta violar al héroe Davis, haciendo buenos los argumentos de Sagaseta y dando carta de naturaleza a sus temores. (Brad Davis, por cierto, parecía destinado a tener malas bestias a sus espaldas: recordemos una escena similar en “Querelle”, aunque en ese caso la embestida se consumaba contando con el absoluto consentimiento, casi la necesidad, de la —llamémosla— “parte receptiva”).

En el caso de “El expreso...”, el personaje de Davis (blanco, occidental, heterosexual) sale victorioso, evita la violación y acaba matando al carcelero. Para gozo de “la audiencia” (de ese ente en donde no caben “desviados”), el bruto muere penetrado en la nuca por un gancho que sobresale de la pared, no ya sólo por maricón, sino además por moro y por malo. La violación del hetero es justiciera y drástica (en lugar de indiscriminada y lúbrica), y (para evitar suspicacias) se consuma por medio de un falo que substituye convenientemente la parte de su anatomía en principio más indicada para tal fin.

En resumidas cuentas, Rubial parecía sintonizar como poco con esa posición de resistencia a la perdición que “El Expreso...” (entre tantas otras referencias) ilustra. Perdición que puede venir, alternativamente, por el engatusamiento y las malas artes del marica débil pero astuto, o por el intento de violación de su brutal *alter ego*. Para él, haber caído en “la homosexualidad” hubiera sido un signo evidente de falta de dignidad; de autodegradación (de “perder el concepto elevado de sí mismo”). Hubiera sido, prácticamente, un signo de suicidio (de “perder el concepto elevado de la vida”).

Lo realmente sorprendente de estas manifestaciones es que a esa homofobia ramplona se le añadieran ribetes clasistas. Porque no olvidemos que Rubial nos dice que “entre los políticos” esa vergüenza insoportable que a su juicio supone “hacerse homosexual” «se ha dado poco; casos contados». El resistente Davis de la cárcel turca, para que fuera realmente creíble, debería haber sido político, y no un pringado pillado a traición con un alijo de heroína que ni siquiera era suyo. Es más, debería haber sido militante socialista. Porque socialistas (o de izquierdas) eran los encarcelados por sus ideas políticas durante la dictadura. Y si en prisión había maricones, no es que el régimen reprimiera también la disidencia sexual, sino que andaba buscando la perdición definitiva de los disidentes políticos. Rubial, como Tierno, traiciona el socialismo; se muestra clasista o racista, pacta también con el *consensus* ético franquista... no respeta ni la teoría ni la ideología porque, de nuevo, cuando “la homosexualidad” entra en juego cualquier patinazo es posible y nadie alza la voz. Con asuntos de maricones, el rigor está de más.

Otro que olvidaba que, en esas mismas cárceles, había maricones; que éstos eran tales antes de entrar en prisión, que estaban privados de libertad, precisamente, por maricones, y por defender (casi siempre inconscientemente) su derecho al libre ejercicio de su opción sexual. Que algunos de ellos estaban comprometidos políticamente con la izquierda, con la democracia y con la libertad. Otro que desconocía que la estrategia carcelaria de represión, de anulación y de violencia (también sexual) se cebaba con los maricones más que con los socialistas; que con ellos se cebaba todo el mundo, paladines de la libertad y luchadores por la democracia incluidos.

Porque si Rubial, con la fuerza de sus convicciones de izquierda, resistió con igual empeño a la dictadura y a “la homosexualidad”; si el régimen franquista igual le quitaba la libertad que lo empujaba al abismo de la homo-perdición, entonces, habrá que suponer que, también en su reflexión, fascismo y homosexualidad se confundían en una misma entidad simbólica. Su lucha por la dignidad y por la vida, al parecer, habían de medirse tanto en su resistencia frente a la dictadura como en su resistencia frente a “la homosexualidad”. Realmente, en cuatro líneas no se pueden decir más despropósitos, ni mostrar de forma más consistente cómo coinciden en el prejuicio ideologías enfrentadas en casi todo lo demás; puntos de vista de hace casi un siglo con manifestaciones recientes; prejuicios articulados en la cultura popular con principios defendidos por dirigentes políticos...

Si la figura de Rubial como presidente del PSOE tenía una dimensión más bien protocolaria y honorífica, no está de más recordar que a lo largo de las legislaturas de Felipe

González, el presidente del gobierno no pronunció nunca la palabra “homosexualidad”. Algunas declaraciones de Joaquín Almunia (sucesor de González como Secretario General del PSOE) y de otros cargos de su partido dan a entender que puede haber en el Partido Socialista cierta voluntad de trascender esa tradición de prejuicio que en su seno (como en cualquier otro ámbito) se ha ido fraguando a lo largo de muchas décadas. Fue Almunia quien superó un silencio de González heredado también por Josep Borrell, el fugaz candidato elegido en unas primarias y que, pese a haber sido requerido por la prensa gay, lo más parecido a la “cuestión homosexual” que llegó a abordar fue una inesperada confesión que convertía a su colaboradora Cristina Narbona en “compañera sentimental” o “pareja de hecho”.

Almunia recalcó que el Código Penal (de Belloch) que penaliza la homofobia y la Ley de Arrendamientos Urbanos (de Borrell) que reconoce a las parejas de hecho fueron medidas socialistas contra las que votó el PP. También Rosa Díez, cabeza de lista en las elecciones al Parlamento de Estrasburgo y candidata derrotada a la Secretaría General del PSOE, profundizó en el compromiso de su partido con lesbianas y gays. Y varios cargos electos en la política municipal como Ernesto Gasco (concejal en San Sebastián) o Xavier de Balaguer (en el PSC) dieron la cara, allanando el camino para la llegada de Miquel Iceta, el primer parlamentario en salir del armario desde su escaño en el Congreso de los Diputados. Una actitud que suscitó un desmedido interés de la prensa. Se le echó en cara el oportunismo (la salida tuvo lugar en campaña electoral) y se le criticó con argumentos hipócratas como el de “a quién le importa”. Incluso *El Mundo* se sorprendía de que fuera gay... “y tuviera poder”. Pero también abundaron las felicitaciones y reconocimientos. A las puertas de las últimas navidades del milenio, Jerónimo Saavedra, senador, ex-Presidente del gobierno canario, y dos veces ex-ministro, en el emotivo prólogo escrito para un libro sobre *Outing en España*, salía él mismo del armario, convirtiéndose en la figura política más importante en la historia de España que hace pública su opción sexual.

Para que se supere ese estadio de incoherencia entre una tradición de silencio y prejuicio que apenas ha empezado a resquebrajarse con todo lo que un partido progresista debe defender claramente y sin fisuras, sería necesario adoptar medidas políticas. Primero, habría que sentar las bases para que se produjera un debate serio sobre la libertad sexual y sobre los derechos de lesbianas y gays. Sería conveniente que, de arriba a abajo, dirigentes y militantes se informaran y establecieran algo más que un parco compromiso con las mari-asociaciones existentes; un compromiso que hasta ahora se ha resuelto en un tratar de pillar

en fuera de juego al gobierno. El PP calla y disimula, y con eso le basta para sortear sin pena ni gloria el escollo de una comunidad gay y lesbica más bien tibia en sus demandas (tibia pero Contenta con su ocio y su poderío), aunque también, sin duda, cada día más resuelta, informada e influyente. Es decir, sería necesario que procuraran tener algo más que decir; que no creyeran que con un proyecto de ley de parejas ya está todo arreglado. Porque la “perdición” de la izquierda no es “la homosexualidad”, sino la tibieza, la desgana y la falta de coraje político que se arrastró a lo largo de varias legislaturas en el gobierno. En ese periodo se enterró un inestimable capital de credibilidad que le habían otorgado cientos de miles de gays y lesbianas y que aún está por recuperar.

En segundo lugar, cuando alcanzaran un proyecto mínimamente sólido, cuando en su programa se integrara una verdadera política hacia lesbianas y gays que hubiera surgido, de una vez, del talante progresista y de izquierdas del abundante número de cuadros gays y lesbianas socialistas, sería interesante que lo dieran a conocer, y que pidieran amablemente a sus locuaces dirigentes y honorables miembros que se lo estudiaran. Que se pusieran al día y que se comprometieran convincente y públicamente. Porque sobre “homosexualidad” las cosas han cambiado una barbaridad y lo que era “progre” hace tan solo un par de décadas, es hoy francamente reaccionario. Y lo que era reaccionario en tiempos de la transición es hoy, sencillamente, intolerable y delictivo. Porque “democracia”, “libertad”, “derechos humanos” o “progreso” no son términos absolutos o inalterables; afortunadamente —en la mayoría de los casos, aunque no siempre—, esos conceptos evolucionan con el tiempo en un sentido preciso. Se completan, se amplían. Porque, en fin, lo de Tierno o lo de Rubial (apellidos, de nuevo, como de película de Disney), o incluso el silencio de González, a estas alturas, son casi anécdotas. Pero tales anécdotas se repiten de manera recurrente y preocupante, y frente a ellas pierden credibilidad otros signos (Almunia en la campaña electoral, Rosa Díez con su presencia en las manifestaciones del orgullo gay...). Le queda al equipo de Zapatero demostrar que lo discutido y aprobado por el Congreso del PSOE no son bridis al sol. De la convicción con que defiendan esos compromisos se derivará la actitud política de gays y lesbianas no del todo hipnotizados por los oropeles de Chueca.

PRIVADO

Cuando los famosos (no) salen del armario

«Lo más importante para que todo surja, se desarrolle, tenga su curso es la naturalidad: el no forzar, el no imponer; sobre todo el no crear un cliché [...] No olvidemos que hay mucha gente que necesita un tiempo y un proceso, que no tiene que ser acelerado, que no busca la prisa sino sus pausas y sus tiempos. Querer imponer determinadas cosas, denunciar y, por lo tanto, acelerar esto, no le resulta el camino más fácil, sino el más arduo o incluso un bloqueo total, absoluto y definitivo».

Miguel Bosé

Parece que, hasta el momento, la definición del “armario” como institución represiva que impone el silencio, la discreción y el secreto, no ha bastado para animar a las gentes social, política, económica o culturalmente relevantes a destruir esa coraza de opresión y miedo. Se sigue considerando el armario como una circunstancia particular confundida con la intimidad, y no como una estructura social que encierra a todo un colectivo. Quienes sabemos de la importancia que tiene en una sociedad la presencia pública de personajes reconocidos abiertamente gays y lesbianas, seguimos sumidos en una paciencia impaciente a la espera de que se aceleren los *tempos* de los personajes públicos.

En nuestro entorno se han producido algunas, muy pocas salidas del armario. Ninguna de ellas había sido —hasta hace bien poco— socialmente relevante; ninguna había tenido un amplio eco en los medios de comunicación. Ello no se debía a que todo estuviera tan “normalizado” que los actos de salida del armario hubieran llegado a convertirse en algo banal. Se debía, más bien, a que no eran grandes estrellas las que habían dado el paso y, sobre todo, a que no eran grandes armarios los que habían sido destruidos. Ésta era la situación hasta que llegaron Nacho Duato, Jesús Vázquez, Jorge Cadaval y José María Sánchez Silva; tres pesos pesados de la cultura, la comunicación y el espectáculo, y un teniente coronel del Ejército. Cuatro entrevistas y cuatro portadas de la revista *Zero* que han cambiado drásticamente las reglas del juego. De 1999 a 2000 ya nada es igual. Pero como aún queda tanto por hacer, volvamos de nuevo —ojalá que por última vez— a tratar este asunto.

“Salir del armario” dejará de ser un acto políticamente significativo cuando no haya armario del que salir. Cuando se pueda ser públicamente gay o lesbiana desde el momento mismo en que uno o una se dé cuenta de que no es heterosexual; es decir, para la gran

mayoría, desde la adolescencia. Quienes a muy temprana edad han sido encerrados en el armario (en contra de su voluntad) y han vivido durante años rodeados de un halo de ambigüedad o de una falsa pátina de heterosexualidad (fomentada o impuesta desde fuera) no pueden evitar que ese cambio de estatuto adquiriera una importancia simbólica considerable.

Miguel Bosé es (hasta hoy al menos), decididamente, de los que se opone a las estrategias que buscan acelerar el proceso social y colectivo de salida del armario. En la primera entrevista concedida al mismo medio gay que después daría relevancia a las salidas del armario de Duato, Vázquez y Cadaval, denunciaba en 1998 el riesgo de que un exceso de “presión” pudiera alentar, precisamente, el efecto contrario al deseado. «Fanatizar —decía entonces Bosé— crea rechazo y pánico entre mucha gente que potencialmente estaría dispuesta».

En su razonamiento encontramos dos puntos problemáticos. Dice él, por un lado, que hay «mucha presión» y nosotros no lo creemos. Es más, consideramos que, en el contexto del mundo occidental, pocas comunidades gays y lesbianas son tan tolerantes con el armario como la nuestra. Aquí nunca ha habido *outing*; un término cuyo significado manifestaba desconocer el mismo Bosé en otra entrevista concedida a un periódico de distribución gratuita, *Shangay Express*, en 1999. Esa “presión”, como argumentaremos más adelante, hoy ya viene de otro sitio: de dentro —y no de fuera— del armario. Es decir, Bosé ve presión donde apenas hay, y deja de apreciarla, significativamente, allí donde a nosotros nos parece que realmente se sitúa en el presente.

Por otro lado, el cantante habla de fanatismo y de denuncia, y de nuevo nos parece que exagera. Defender la idea de que en nuestras sociedades hacen falta personajes públicos que le den la réplica a los interesados estereotipos que construyen y fomentan los discursos homofóbicos no nos parece que sea fanatismo. ¿Habríamos de callar esa idea que nos parece destilada naturalmente del más básico sentido común? El fanatismo es, a nuestro entender, intentar mantener esos referentes positivos en el secreto y proporcionar imágenes de “la homosexualidad” en el contexto del delito, el ridículo, la enfermedad... O sea, que también en lo que a posiciones fanáticas se refiere, somos de la opinión de que yerra en su análisis. Y se olvida de apuntar allí donde sí que hay prejuicio y fanatismo. A la luz de sus palabras, más preocupado parecería Bosé por las estrategias del movimiento o de la prensa gay y lésbica que por la pervivencia del prejuicio, de la violencia y de la homofobia.

Quizás repasando dos historias recientes de salida del armario que se han producido en el mundo anglosajón podamos comprender mejor los cómo y los porqués de la cuestión.

Las historias peculiares de Ellen De Generes y George Michael proporcionan argumentos para seguir profundizando en un debate que, lamentablemente, sigue sin estar resuelto.

1. Salida airosa: Ellen De Generes

Al filo del siglo XXI, el mundo de la televisión parecía tener superado el debate sobre la “presencia gay”. Sobre todo en Estados Unidos, donde series como *Urgencias*, *Policías en Nueva York*, *Dawson crece*, *Normal Ohio*, o *Will & Grace* (por no hablar de Smithers en *Los Simpson*, o del perro gay de *South Park*), incorporaron personajes “homo” sin problemas. Incluso el concurso *Survivor*, que arrasó audiencias en 2000, fue ganado por un gay de verdad y sin escándalo. Pero sólo un par de años antes, las cosas no eran tan sencillas. Sobre todo si (como en el caso del superviviente vencedor) ficción y realidad se confundían en un mismo personaje / persona.

La cosa se veía venir. Ellen tenía que salir del armario porque el rumor empezaba a ser ensordecedor. Es lo que sucede no cuando hay “mucha presión”, como sugiere Bosé, sino cuando el armario se va quedando pequeño y se aprovecha cualquier resquicio para escapar furtivamente del encierro. La actriz Ellen De Generes, a quien de pequeña tomaban el pelo llamándola Ellen Degenerate (degenerada), acabó al fin dando la cara y convirtiéndose en la enésima lesbiana famosa que puebla el escaso panorama de iconos bollos estadounidense (y prácticamente “mundial”). Se unía así a las Martina Navratilova, Chastity Bono, Anne Heche —hoy ex-novia de Ellen, por cierto—, k. d. lang y Melissa Etheridge (entre otras) que en su momento también dieron el crucial paso. Y se confirmaba una tendencia que va afianzándose: las lesbianas van saliendo del armario cada vez más deprisa que los gays. Y de manera mucho más airosa y elegante.

Al menos en Estados Unidos. Aquí también tenemos nuestras tenistas, actrices cómicas, cantautoras y rockeras lesbianas; profesiones que, decididamente, se consolidan a nivel mundial como *dyke-friendly*. Aunque aún estamos esperando a que alguna de ellas se decida a abandonar el encierro. La absoluta ausencia de resultados, a más de dos décadas del inicio del movimiento gay y lésbico en España, debería apuntar algún dato sobre la intensidad de la “presión”. En este sentido, la iniciativa de revistas como *Zero*, pero también de otras como *Marie Claire* o *Elle*, que en el otoño de 2000 intentaron que las lesbianas famosas hablaran, no han dado fruto hasta la fecha.

Elenita salió del armario en dos fases. Primero, ella misma concedió una entrevista en la que decía ser lesbiana. Navratilova, pionera en su momento, manifestaba su estupor ante el hecho de que su sexualidad se convirtiera en un asunto de dimensiones nacionales. Con los años transcurridos, la cosa parece haber cambiado poco: Ellen y sus novias, Ellen y sus preferencias sexuales, Ellen y sus pasiones más recónditas se convirtieron en el centro del debate y la polémica durante varios meses. América estuvo obsesionada con esta mujer rubia y delgada que, como diría cualquier abuela heterosexual, “parece tan normalita”. Una inquietud que, ahora que ya ha salido del armario, pierde todo el morbo. Porque lo que a “la sociedad” le interesa no es la tranquilidad y el relax del día después, sino el agobio y la angustia de los años, meses, días y horas previos.

Un 14 de abril de 1997, su foto ocupaba la portada de la revista *Time* y el titular anunciaba: “Sí, soy gay”. En aquella entrevista aclaraba muchas cosas. Por ejemplo, que no le gustaba la palabra “lesbiana” y que, en la línea del primer movimiento de los años setenta, consideraba el término “gay” como mixto. Que no quería ser “la actriz lesbiana” ni portavoz de ningún movimiento, algo que, por lo que aquí sabemos, nadie le había pedido ni a ella ni a ninguna persona que hubiera dado el mismo paso. Que le importaban un pimiento sus compañeras y compañeros armarios; que lo suyo no fue un acto político sino una decisión personal egoísta: que lo hizo por ella misma y no por ninguna otra razón. Que creía que la comunidad de lesbianas y gays debía lograr aparecer en toda su diversidad, y que no le gustaba que las camioneras y las *drag queens* fueran consideradas como prototipos representativos (manifestaciones que, por cierto, le valieron la crítica acerada de montones de lesbianas *butch* y gays *drag*). Que a lo largo de su carrera había tragado mucha homofobia y que ahora estaba en condiciones de no tragar más.

Pero quizás lo más curioso de esta historia es que Elena también salió del armario en su serie televisiva. Es decir, que no es ya sólo ella la lesbiana, sino que también entendía el personaje que interpretaba en una de las *sitcoms* estrella de la programación yanki. Se convirtió así en la primera lesbiana en torno a la que giraba toda una serie, ya que ella era su protagonista absoluta; el personaje con el que la audiencia estaba llamada a identificarse. De este modo, dejó en pañales a los personajes de segunda o tercera fila, como el Matt de *Melrose Place* y otros similares, que hasta entonces eran los únicos que escapaban al monopolio de la heterosexualidad en la caja tonta.

El episodio de marras en que el personaje protagonista salía del armario tiene hoy la misma trascendencia simbólica que aquel de *Star Trek* en el que, allá por 1968, apareció el

primer beso heterosexual pero interracial entre un intergaláctico blanco y una intergaláctica negra. O ese otro episodio de la serie *Maude* donde en 1972 aparecía un personaje que decidía abortar. O el de *Thirtysomething* (treinta y tantos) de 1989 donde salían dos chicos juntos en la cama. O el de *Murphy Brown* de 1991 donde la protagonista decidía tener un hijo sin estar casada. Cada uno de ellos fue motivo de controversia. Una controversia que en España, a caballo entre uno y otro siglo, no se ha suscitado cuando los guionistas introducen un romance gay en la adolescente serie *Al salir de clase*, o cuando le descubren su lesbianismo al personaje que encarna Anabel Alonso en *Siete vidas*.

Estamos, pues, ante otro capítulo más en las complejas relaciones entre la televisión y la sociedad (o entre la “ficción” y la “realidad”); ¿es la primera mero reflejo de lo que sucede en la segunda?; ¿o acaso es la tele la que determina lo que es susceptible de tener una presencia pública y, por lo tanto, un reconocimiento social? Sin duda, ambas ideas tienen parte de verdad. Ellen anima un debate que viene de lejos y, sin resolverlo, vuelve a colocarlo en el candelero.

La propia Ellen, que tenía 39 años cuando acabó con su esquizofrénica doble vida, luce pelo corto y no se deja ver nunca con falda, propició la idea de hacer de su personaje una lesbiana. Y cuando se filtró la noticia de que en un determinado episodio de la serie el personaje admitiría ante su compañera de reparto Laura Dern su lesbianismo, las especulaciones se desataron. Los periodistas ya habían sondeado a la actriz en varias entrevistas en las que ella se había deshecho de la cuestión apelando a su derecho a la vida privada. Pero entonces la cosa iba a ser distinta: no se trataba de la Ellen-actriz, sino de su personaje. Y éstos no tienen vida privada; su existencia es pública en todos los aspectos porque nacen para el público. Cuando se supo que, por primera vez en la historia, la protagonista de una serie televisiva sería una lesbiana, la cosa se hizo imparable. Realidad y ficción; actriz y personaje se confundieron ya irremisiblemente. Tanto la serie como el personaje en cuestión se llaman Ellen, como la propia actriz.

Ellen salió del armario porque estaba harta. Como ella misma admitía, no podía decir que es lesbiana y que ello no afectara al personaje que interpretaba y a toda la serie en su conjunto. En vista de que era su único trabajo y de que en él se confundía su vida privada, afirmarse como lesbiana y dejar su personaje tal cual hubiera sido tanto como decir que su personaje estaba todavía en el armario, y en caso de que éste se revelara en algún momento como hetero, perdería toda credibilidad. De hecho, tras una temporada de devaneos más o menos heteros sin demasiado resultado práctico, el personaje de Ellen había dejado de buscar

citas con chicos; la actriz decía que no creía que el fundamento de la serie fueran las relaciones sentimentales de su personaje, pero también era evidente que Ellen no quería hacer el papel de una chica hetera con la que, sencillamente, no se identificaba. No porque no pudiera, sino porque no quería. En resumen, o ambas Elenas eran lesbianas, o seguía el silencio. Y ella estaba harta del silencio.

El problema que señalaba la actriz de la hipotética falta de credibilidad de una Ellen-personaje-heterosexual que fuera interpretada por una Ellen-actriz-lesbiana no puede ser ignorado. Nadie se cuestiona nada cuando un actor o actriz heterosexual da vida a un personaje gay o lésbico. Es más, se suele reconocer su coraje y valentía al aceptar el reto. José Luis López Vázquez en “Mi querida señorita” o José Sacristán en “El diputado” son ejemplos de ello; otros más recientes son Javier Bardem y Jordi Mollá en “Segunda Piel” o Eduardo Noriega en “Plata quemada”, como también lo son la Carmen Maura transexual o la Bibiana Fernández lesbiana de “La Ley del Deseo”.

Acaso esa indudable “credibilidad” se deba a un *plus* de artificio con que se caracteriza a “la homosexualidad”, concebida frecuentemente como interpretación de atosigantes artificios. “La heterosexualidad”, en cambio, sería algo tan “verdadero”, tan “serio”, tan “puro” que no sería nunca susceptible de interpretación, sino de ultraje, violación, sacrilegio, blasfemia. Algo así le sucedió a Rock Hudson, que en otro estado de cosas hubiera ganado decenas de estatuillas por su interpretación de personajes heterosexuales. Cuando salió del armario para alertar a la sociedad norteamericana sobre el desastre del sida, se le echó en cara haber “engañado” durante años a sus admiradoras.

Uno de los frentes de actuación más importantes que se nos plantean en el ámbito de las artes escénicas y de la interpretación va a ser la destrucción de ese desnivel en lo que se refiere al “artificio”. O, lo que es lo mismo, va a haber que cuestionar seriamente esa “verdad esencial” que parece atribuirse a la heterosexualidad que, como opción sagrada, no podría ser interpretada por un homosexual, sino tan sólo encarnada por un hetero. De otro modo, este problema de la “credibilidad” se va a plantear en el futuro, y corremos el riesgo de ver a nuestros actores maricas y actrices lesbianas confinadas en la interpretación de personajes exclusiva y estereotipadamente “homosexuales”. O, como sucede en la actualidad, confinados en el fondo del armario. Actores encasillados en personajes gays (que nunca han declarado a la prensa que sean gays) como Roberto Correcher, Fran Boira o Javier Martín están prácticamente desaparecidos de las pantallas.

Pero volvamos a la polémica en torno a Ellen. Tras muchos meses de rumores, la cadena ABC (y la productora *Touchstone*, ambas parte del imperio Walt Disney) acabó anunciando en marzo que el personaje se revelaría como lesbiana en el último episodio del mes de abril de 1997. Se trataba de un especial de una hora donde aparecían a título testimonial las citadas k. d. lang y Melissa Etheridge, además de Demi Moore (una actriz que, como Sigourney Weaver, o como su propio ex-marido, Bruce Willis, tiene una acreditada imagen *butch*). La puerta del armario se abrió y Ellen podía quedarse más ancha que larga con sus portadas en *Time* y en otras publicaciones. Para envidia de los muchos armarios que pueblan los rayos catódicos hispanos, señalemos que la actriz dice ser ahora mucho más feliz, asegura que en cuanto salió del armario perdió peso y que la piel se le ha vuelto más tersa. Que no le teme a nadie y que ya no le importan los rumores. Que incluso en el caso de que su salida del armario tuviera repercusiones negativas para su carrera profesional (una hipótesis a la que no daba credibilidad alguna), le habría merecido la pena.

Ellen —personaje—, al fin, tal y como estaba previsto, salió del armario, y se le permitió un beso con una chica. Algo que ya había aparecido en series como *Rosanne* y *La Ley de Los Ángeles*. Por cierto, el “beso homo” televisado entre dos chicos se retrasó hasta un episodio de *Dawson crece*, emitido en 2000; el mismo año en que dos de los jóvenes protagonistas de *Al salir de clase* sellaban su amor con sus labios. La tele hispana perdió una oportunidad de oro con aquel inefable e infame *Tío Willy*, producto del Ente público, que apareció siempre con su desmedido “novio” mediando entre ambos una más que prudente distancia.

La salida del armario de Ellen, como todo lo que resulta novedoso en la televisión, levantó en armas a los sectores ultraconservadores. Ya el estudio de Burbank donde se rodaba fue amenazado de bomba el mismo día en que las cámaras registraban esa escena inédita (eso, por cierto, sí que es presión). Es más, algunos centros territoriales que emitían la serie suprimieron el episodio en cuestión. Al igual que el antes citado capítulo de *Murphy Brown*, la controversia desató las lenguas más bífidas. Entonces, fue el ultramontano vicepresidente Dan Quayle quien hizo uso de su cargo para intentar crucificar a la actriz y la serie. También la llamada “Asociación de la familia americana” amenazaba con promover un boicoteo de los productos que se anunciaran en el transcurso del citado episodio: más presión. Si *Chrysler*, por ejemplo, se retiraba del panel de anunciantes (que a fin de cuentas son los que pagan la serie), la polémica prometía un estupendo índice de audiencia, y en *ABC-Disney* no se preocuparon demasiado.

A pesar de las amenazas de los sectores reaccionarios, nada ha podido impedir que Ellen se haya convertido en la nueva heroína bollo. Todas las lesbianas (y en particular las más jóvenes, que ahora se sienten un poco menos solas), le agradecen su acto. En torno a la emisión del episodio E, el día D se organizaron montones de fiestas de salida del armario por todos los Estados Unidos. En bares de ambiente se colocaron televisores y miles de lesbianas y gays se sentaron ante ellos con la misma emoción de quienes asistieron a la llegada del hetero a la luna. En esta ocasión era una lesbiana la que lograba traspasar los aparentemente infranqueables límites del armario para alucinar (o alunizar) en el satélite *Queer*. Esa noche, todas las cadenas abrieron sus telediarios con la noticia. La audiencia, como estaba previsto, fue muy superior a la de otros días y el imperio Disney siguió sin tener razones para arrepentirse.

Ellen ya está fuera del armario. Será para siempre admirada por ello porque, todavía, su decisión sólo puede calificarse de excepcional. Confiemos en que pronto el hecho de que una famosa salga del armario deje de ser el pasaporte inmediato al panteón de los iconos lésbicos. Todavía, lamentablemente, el mero hecho de articular públicamente una frase tan sencilla como “sí, soy gay” puede tener en vilo a todo un país. Lo que no se acaba de entender es cómo no aprovechan muchas otras estrellas esta coyuntura kafkiana en que vivimos para salir del armario y, de ese modo, entrar en la leyenda con un esfuerzo realmente mínimo (y perder, de paso, peso; y ganar tersura de piel).

Aún hay quien prefiere desatar rumores y hacer como que no escucha esos susurros ensordecedores que acaban desatando sus devaneos en el mundo libre que hay ahí fuera, o esperar a que algún escándalo los señale con un dedo acusador. Lo realmente obsceno y pornográfico no es que se represente el sexo o que se llame a las cosas por su nombre. Lo intolerable es ese silencio que fabrica héroes y heroínas allí donde no hay otra cosa que gente normal y corriente. Lo inexplicable es que ahora que conocemos la silueta de sílfide y la tersura que le da a la piel la libertad, no salgan de sus armarios en masa las reinas y los emperadores.

2. Salir por un tropiezo: George Michael

«Para mí, lo que es sucio es que no se reconozca un mismo acto independientemente de quien lo haga, con el mismo valor y con el mismo precio; o que se reconozca con

reglas diferentes. Algo sucio es algo sucio siempre. Pero todavía hay diferencias, y hay matices dentro de esas cosas».

Miguel Bosé

Con estas palabras, el cantante le echaba un capote a otra celebridad, recientemente convertida en portagonista involuntaria de un lío mediático a causa de un desafortunado desencuentro con la policía, con la ley, con los medios de comunicación... y con el armario. Todo por una inocente incursión en el mundo exterior. Una incursión, no lo olvidemos, como las que llevan a cabo todas las personas que están en el armario... y es que éstas (porque no hay quien viva de otra manera), de cuando en cuando, se dejan ver por un parque tranquilo, por una sauna en Amsterdam, por una discoteca en Londres (... o en Madrid), o hacen oír su voz en una línea erótica, teclean en un chat o contratan los servicios de algún profesional. Nada que objetar, salvo que en esas incursiones radica un riesgo (que muchos de los interesados valoran como *plus* de excitación), y que ese riesgo puede dar al traste con el secreto... o convertirlo en rumorología fina. En el caso a que se refiere Bosé, fue una urgencia fisiológica (o psicológica) lo que le cambió radicalmente la vida a un famoso.

Desde que el dúo *WHAM!* se disolviera, las cosas no le iban del todo bien al cantante británico de origen griego Georgious Kyriacos Panayotou, más conocido como George Michael. Su carrera musical al lado de Andrew Ridgley había alcanzado una notoriedad incuestionable desde 1982 hasta mediados de esa década. Desde entonces, el camino emprendido en solitario y que se inició con el álbum "Faith" en 1987, no había estado cuajado de éxitos comparables. De hecho, le costaba mantenerse en el candelero. Hasta que tuvo lugar un incidente en unos lavabos públicos situados en un parque muy cerquita de *Beverly Hills*, uno de los barrios residenciales más ricos de Los Ángeles. Y entonces, involuntariamente, George volvió a ocupar los titulares de muchos medios.

Sólo que, en esta ocasión, no eran sus nuevos álbumes o sus actuaciones, ni siquiera sus querellas con los sellos discográficos (el abandono de la casa *Columbia* o la nueva etapa con los *Dream Works* de David Geffen) los que ocupaba la atención de los medios de comunicación. Ahora, los focos y las preguntas apuntaban a sus hábitos sexuales. O, para ser más preciso, a su identidad sexual. Al hecho de que sea gay. Algo que se había mantenido al margen de su imagen pública desde siempre. Un "espinoso" tema sobre el que nunca antes se había pronunciado con claridad. Aunque la duda revoloteaba a su alrededor desde el inicio de

su carrera, el cantante la había esquivado apelando a... (¡lo han adivinado!) su derecho a la vida privada.

Cuenta Miguel Bañón (el intrépido cronista musical de la revista *Zero*) que «la pluma siempre estuvo ahí; dependía de tu inteligencia y sabiduría reconocer lo que había detrás de tanta barba y tanto pelo en pecho». Una pluma que, como nos recuerda el sagaz periodista, se evidenciaba en muchos de sus vídeos y se materializaba, por ejemplo, en el *look* líder de “Bad boys”, o en el tanga blanco de “Club Tropicana”. De hecho, se supone que para apartar de sí las dudas, Michael protagonizó junto con la modelo Kathy Jeung un tórrido vídeo con el evocador y explícito título “I want your sex”. El caso es que, como tantos otros, también él había jugado con la ambigüedad, y que mantener el secreto le costaba cada vez más. Una hipótesis. Espérese un año tras la especulación sobre la posible homosexualidad de un cantante de pop, y éste se dejará caer con un video-clip de altísimo contenido heteroerótico y heterosexual. Consúltense en la videoteca más próxima “She bangs”, de Ricky Martin, y “Cuando nadie me ve”, de Alejandro Sanz, ambos de otoño de 2000.

Miguel Bosé y Mónica Naranjo, entre muchos otros artistas, han manifestado que mantener una cierta indefinición contribuye a esa imagen de “misterio” que a su juicio debe rodear a las estrellas. Bosé, por ejemplo, dice en *Zero*: «El cliché es algo que no existe, sino que creamos para encasillar a la gente con más facilidad, y nos perdemos parte de esas ramificaciones o de esas sutilezas que van a enriquecer a una persona, un individuo, un movimiento, una forma de vivir, de hacer las cosas, una forma de ser». Y en *Shangay Express* alimenta dudas al declarar: «me he pasado años saliendo con tías y teniendo novias». Naranjo, por su parte, agarrándose a eso del misterio tardó en contar que está casada, y lo hizo cuando se desataron rumores sobre su posible lesbianismo. En suma —en su caso—, una salida del armario heterosexual.

Es cierto que, por todo el mundo occidental, se está asentando un proceso colectivo de salida del armario. Las lesbianas y los gays cada vez nos escondemos menos, porque no pensamos que el secreto sea un “misterio” que nos añade un *plus* de encanto, sino porque nos parece que revela más bien una cierta vergüenza; que nos impone cortapisas, que nos limita nuestra libertad. Pero este proceso difícilmente puede calificarse de “presión”. Los rumores y los escándalos, las actividades policiales que buscan arrestar a los aficionados al *cruising*, al *cottaging* y a los *tea-rooms* tienen más de un siglo de existencia. La presión (ésta sí muy evidente) para que todo el mundo adopte públicamente el modelo heterosexual, tiene muchos siglos de historia.

Tampoco debe entenderse como efecto de esa “presión” las salidas del armario de Duato, Vázquez, Cadaval o la del teniente coronel Sánchez Silva. Cada uno de ellos se ha mostrado explícitamente respetuoso con las decisiones personales de cada cual. Otra cosa es que quienes siguen sin decir que son gays y lesbianas se sonrojen cada día un poquito más al comprobar que cada vez son más quienes abandonan el encierro, y que cada vez son menos los que van quedando dentro, compartiendo unas tinieblas y secretos que deben vigilar con mayor celo día a día. Más que de presión, convendría hablar del curso de la historia.

Esa “presión” está, pues, dentro de cada cual, o incluso dentro del armario en general. Es la que ocasiona la sensación de que las cosas pueden ser de otra manera. Es la constatación de que hay gente que no se esconde y no pasa nada; la angustia de romper con años de armario que no se han elegido y de tomar las riendas (por vez primera en lo que se refiere a la dimensión pública de los afectos o los deseos) de la propia vida. Es cierto que la gente que sigue en el armario está cada vez más aislada; que cada vez hay más gente fuera y que cada vez se deben sentir más solos dentro. Pero es un tanto injusto defender la idea de que hay presiones desde fuera. La sensación de opresión viene de dentro porque es allí donde se concentran de manera asfixiante los requisitos del secreto, los imperativos de la discreción, los miedos, las prudencias, los rumores, las amenazas, los riesgos, la negación de sí y de las personas a las que se ama... El armario es una olla a presión.

En última instancia, todas y todos tenemos o aspiramos a tener una vida afectiva y sexual satisfactoria de la que nos sintamos orgullosos y que nos dignifique a nuestros ojos y ante el mundo. El aquí caso de Ellen es ilustrativo. También lo es el de su ex novia, Anne Heche, que salió del armario a toda prisa cuando su padre, que era gay, murió de sida en medio de uno de esos densos y pesados silencios sociales. Entonces declaró: «Cuando una vida se construye sobre mentiras, todo se desmorona». Y a George Michael el armario le empezó a parecer insufrible después de una relación con un peluquero brasileño que también murió de sida. En circunstancias extremas es cuando el armario se hace aún más intolerable y cuando más claro se ve que hay que acabar con ese silencio. No por presiones, sino por la propia dignidad. El caso del senador socialista Jerónimo Saavedra, cuyo compañero murió en accidente de tráfico en 2000, encaja asimismo en este supuesto.

El pequeño incidente en los lavabos del cantante con el policía de paisano Marcelo Rodríguez, que desencadenó una oleada de especulaciones primero, y amplias declaraciones por parte del protagonista después, fue dado a conocer en un breve comunicado de la Agencia *Reuters*. Según éste, el cantante había sido detenido por el Departamento de Policía de Los

Ángeles el 7 de abril de 1998 en los lavabos del *Will Rogers Memorial Park* por desarrollar “actividades obscenas con otro hombre”. Lástima que sea un agente del orden el que, al final, haya “animado” a Michael a salir del armario, y que aquel novio brasileño o el que tiene en la actualidad no hayan bastado para darle la fuerza y el coraje necesarios. ¿Qué amor es ése que da pie a que se pronuncien frases como: “no me cojas de la mano —no me beses, no me mires así...—, que hay gente mirando”? ¿Qué siente por ti alguien que te pide que no le acompañes a algún lugar porque puede haber cámaras, y que ante las cámaras sólo sale con chicas? ¿Qué credibilidad tiene una relación basada en la negación pública de la persona “amada”?

Al parecer, el cantante estaba solo en los baños públicos cuando se dejó caer por allí el que luego resultaría ser un agente de la policía de incógnito y (nunca mejor dicho) de servicio. Cabe suponer que, al plantearse insinuaciones o propuestas de algún tipo, un segundo agente, por indicación del primero, procedió a su detención. Aunque no se sabe bien qué es lo que sucedió exactamente. Puede que el cantante se exhibiera o se masturbara. Puede que le dijera algo de significado inequívoco. Por increíble que pueda parecer, es posible que fuera el policía quien diera el primer paso y alguno más para hacerle caer en una trampa; puede incluso que se consumara carnalmente un fugaz romance. Nadie ha aclarado estos extremos. Sí se sabe que no era la primera detención que se practicaba en ese lugar ese mismo día.

Y así, el día 10 de abril, ante las cámaras de la *CNN*, George Michael nos abrió su corazón y su bragueta, desvelando lo que tantos años había mantenido oculto. Su corazón primero. «No tengo ningún problema con que la gente sepa que mantengo una relación con un hombre», y también: «No he tenido una relación con una mujer desde hace más de diez años». Su bragueta después. «Me puse en una situación extremadamente estúpida. No lo voy a negar. Ni siquiera voy a decir que fuera la primera vez que me ocurría». Desde entonces, la cosa ya es historia. Por consejo de sus abogados, Michael aceptó los cargos sin contratacar. Una multa y una nueva video-venganza: el clip del tema “Outside” (fuera) retrataba policías maricas seduciendo a distro y siniestro. El señor Rodríguez no aceptó la broma y demandó en 1999 a Michael por injurias y daños emocionales. El señor Rodríguez, según informa Felipe Cuna en *El Mundo*, visita semanalmente a un psiquiatra.

Comentaba Barry Walters en *The Advocate* que otros famosos como Hugh Grant (también británico) y Eddie Murphy (éste en cambio residente en Los Ángeles), han tenido grandes problemas para superar el bache en popularidad que les han supuesto sendos incidentes del mismo tipo; con una mujer el primero, y con una travesti el segundo. Un dato,

por cierto, que matiza las palabras de Bosé sobre la existencia de dos varas de medir. Aunque también ironiza la revista californiana señalando que la popularidad de Bill Clinton no ha sufrido un desgaste considerable después de meses y meses de tener que escuchar por doquier sus devaneos carnales con la becaria Mónica Lewinsky. Tampoco faltan ejemplos de brillantes carreras que prosiguen su curso fuera del armario (la de Elton John, pongamos por caso, o la de Rupert Everett).

Es evidente que en nuestra cultura no hay demasiada tradición de escándalos de este tipo. Aquí no hay campañas oficiales de incitación al sexo-como-delito tan evidentes y tan asumidas por las propias autoridades como las que aún hoy se practican en el mundo anglosajón. Cuando se producen “malentendidos” de este tipo, no suele practicarse una detención con la ley de la homofobia en la mano. La homofobia se expresa sin ley y se salda con una paliza o algún acto de humillación. Incluso cuando había leyes condenatorias, la mayor parte del prejuicio se gestionaba en espacios alegales.

Pero no nos engañemos. Esa vulneración de la intimidad o, para ser más preciso, esa precipitación de “la homosexualidad” en un contexto delictivo, tiene abundantes precedentes y muy recientes ejemplos en nuestras sociedades. Desde la aplicación de la legislación penal sobre escándalo público hasta el sempiterno caso Arny. Ésa sí es una presión precisa que busca sacar a los famosos del armario arrastrándolos de los pelos cuando más conviene. Como decía el Editorial de otra publicación gay, «esperemos que si todavía queda algún famoso por “salir” (que no serán pocos), al menos lo haga por decisión propia y no porque la vecina le pille en el rellano del portal en posición comprometida».

En esa misma revista, F. Franco escribía: «Cuando yo tenía dieciséis años, me hubiera ayudado mucho saber que George Michael era gay, y no sé muy bien qué efecto tendrá en los chicos que crecen ahora pensar que tienen que pillarte en un baño público desahogándote para asumir lo que eres». Si la propia autoestima no es un argumento suficiente para animar a la salida del armario, si no se valora suficientemente, acaso no esté de más apelar (un poquito) —y sin presiones— a la responsabilidad social. Porque todas y todos somos (un poquito) responsables de hacer lo que esté en nuestra mano para hacerles la vida más fácil y más feliz al resto de la gente.

EXILIO

Maricones errantes

«Más allá del exilio de los hijos de Eva y la deportación desapropiadora, ¿qué podemos pensar?

Quizá nos es dado pensar -don difícil, oscuro, como todo lo que es posible pensar- algo de un exilio que sea él mismo lo propio, sin dialectización en el sentido en que se ha mencionado. En efecto, la existencia como exilio, pero no como movimiento fuera de algo propio, a lo que se regresaría o bien, al contrario, a lo que sería imposible regresar: un exilio que sería la constitución misma de la existencia y, por lo tanto, recíprocamente, la existencia que sería la consistencia del exilio [...].

Se trata entonces de pensar el exilio, no como algo que sobreviene a lo propio, ni en relación con lo propio -como un alejamiento con vistas a un regreso o sobre el fondo de un regreso imposible-, sino como la dimensión misma de lo propio. De ahí que no se trate de estar: “en el exilio interior de sí mismo”, sino ser sí mismo un exilio».

(Jean-Luc Nancy)

Jean-Luc Nancy es uno de esos escritores que uno conoce de siempre, que lee con agrado, cuyo lenguaje le resulta familiar y ya no le resulta extraño. Su pensamiento es certero aunque avance a tientas y sin saber muy bien por dónde camina ni por qué senderos se adentra. Es lo que parece suceder en este pequeño fragmento acerca del exilio. Jean-Luc está cansado de hablar del exilio como lo hace todo el mundo; de sobra sabemos lo que es el exilio, lo hemos vivido, conocemos a quienes lo han sufrido o, por lo menos, creemos saberlo: partir de donde no nos quieren camino de cualquier parte. El exilio indica tradicionalmente un movimiento de partida de un lugar que se nos obliga a abandonar por la fuerza, con violencia, para salvar la vida o porque allí se obstinan en hacérsela imposible y todo es preferible salvo permanecer en tan desagradables circunstancias y compañía. Tras esta salida precipitada cabe o no la posibilidad de un regreso al lugar de origen, la esperanza de poder volver o, por el contrario, la imposibilidad del retorno. En el primer caso, el exilio es reapropiado, reintegrado dentro de la propia trayectoria vital, como una etapa más de la existencia, un tránsito, una prueba superada. En el caso del retorno imposible, el de la primitiva forma romana para escapar a la pena de muerte, o la deportación, el alejamiento será de por vida.

Míticamente, como señala Jean-Luc Nancy, el exilio más arraigado en nuestra cultura es la expulsión del paraíso. Y da la sensación de que tan sólo estas pinceladas bastan para pensar y entender el exilio: todo lo demás no serían más que variantes de lo mismo, sólo que en distintas épocas de la historia, por motivos diferentes y con víctimas que van variando (o no) a lo largo de los siglos. Sin embargo, el pensador ha olfateado su presa más allá de estas coordenadas. Algo ha oído. Algo presiente. Percibe que se puede pensar más allá, no sabe

muy bien qué, otro tipo de exilio que no implicara esta estructura de movimiento de salida de lo propio (el propio país, la propia familia, la propia gente) hacia lo extraño y la eventualidad del regreso. Un exilio que no fuera algo sobrevenido, que ocurriera de repente, un suceso puntual que establece un corte espacio-temporal: ahora estás exiliado, ahora no, aquí no estás exiliado, aquí sí. Jean-Luc llega a hablar del “sí mismo como exilio”, del “yo como exilio”, del “exilio como lo propio”. Y no sabe si está apuntando en alguna dirección o está diciendo tonterías. Simplemente deja fluir su pensamiento por si alguien, en alguna ocasión, decide leerlo y se descubre a sí mismo en sus palabras. Y he aquí que el exilio del que está hablando, ese exilio que él intuye y que apenas puede balbucear porque no sabe bien de qué se trata, no es más que la vivencia cotidiana de cada gay y de cada lesbiana del mundo. O, tal vez sin tantas pretensiones, de unos pocos de nosotros. Con menos pretensiones aún, por lo menos es la nuestra.

Es un lugar común hablar de la vida de los gays en términos de exilio, metafóricamente, quizás porque la noción habitual de exilio se adapta a nuestra peripecia vital, a veces con dolorosa precisión, a veces no tanto. Pero no cabe duda de que nuestro exilio, más allá de la metáfora, tiene un carácter peculiar: es otro exilio, una forma aún más radical de concebir la condición de exiliado como sugiere el texto que venimos comentando. Sólo que ¿exiliados de dónde? No se trata aquí del exilio de nuestra patria, de nuestra ciudad, de nuestro hogar familiar, de nuestro entorno. Lo que también sucede y de lo que tendremos que hablar porque es ésta también una vivencia muy nuestra que parece no llamar la atención de nadie. Cualquiera diría que ya no hay españoles exiliados o, si los hay, no vuelven porque ya no quieren. Pensar en los españoles exiliados lleva inevitablemente a pensar en otros tiempos, sesenta años atrás. Sin embargo, los hay: multitudes de gays que han sido echados de sus casas o que han preferido irse dado lo escasamente acogedor de su lugar de nacimiento y su entorno familiar. Volveremos sobre ello.

Existe una forma más radical del exilio, cuando el propio yo es el exilio, cuando la existencia es exilio, cuando lo más propio de la persona es su estar, o su ser exiliado. El pensamiento sin objeto del filósofo por fin lo ha encontrado: Jean-Luc Nancy estaba hablando, sin saberlo, de los gays. Lo más estremecedor de su reflexión es algo que parece imposible siquiera concebir: el exilio entendido no como un movimiento fuera de algo propio. Suena a filosofía, a retorcimiento del lenguaje para querer expresar lo inexpresable y lo impensable. No obstante, es lo más inmediato, lo más cercano, lo cotidiano. ¿De dónde nos han echado?, ¿cómo nos van a echar de algo, de un lugar que no nos es propio y vamos a

considerarnos exiliados? Si me echan de un lugar que no es el mío, no me puedo considerar exiliado, a lo sumo un pesado que llevaba demasiado tiempo de visita. Pero a las maricas nos han echado, hemos sido expulsadas de un lugar que, sin sernos propio, tampoco deja de serlo. Nos han echado de una patria que, sin ser del todo nuestra, en absoluto podemos considerarla ajena. Hemos sido desterrados de la heterosexualidad.

Para apreciar mejor las consecuencias de este destierro es preciso entender la heterosexualidad no sólo como una singular “patria”, un Estado, el Estado uno y único que es este planeta, sino también en los términos con que lo expresa Monique Wittig: “Según Rousseau, el vínculo social es una suma de convenciones fundamentales que, aunque nunca sean enunciadas explícitamente, no obstante se las da por sentadas por el hecho de vivir en sociedad. Y todos conocemos estas reglas, la palabra heterosexualidad las resume. Cada uno las conoce y las aplica como por arte de magia [...]. Para mí, los dos términos de contrato social y de heterosexualidad son superponibles, son dos nociones coincidentes. Y vivir en sociedad es vivir en heterosexualidad”.

El exilio gay no es un movimiento de salida de lo propio porque la heterosexualidad de la que somos desterrados no podemos considerarla como “propia”. El contrato social del que somos excluidos tampoco podemos entenderlo como “propio”. Precisamente es lo más ajeno, lo más extraño a nosotros: es “su” contrato, es “su” opción sexual. La heterosexualidad es “su” sociedad, de la que estamos excluidos. La heterosexualidad es “su” patria. Y nos han echado. El problema es que fuera no hay nada porque no hay ningún “afuera”. No hay otro contrato social, no hay un lugar en el mundo que no sea la heterosexualidad. La heterosexualidad no es el hogar, una ciudad, un país, un continente, tampoco es un planeta: tiene aspiraciones cósmicas. ¿Qué patria vamos a encontrar fuera de ella? Estamos condenados a vivir exiliados de una patria que ni siquiera es la nuestra y sin poder huir en dirección alguna.

Aunque ¿qué marica estaría dispuesta a decir seriamente que la heterosexualidad le es completamente ajena? Evidentemente, los gays nunca considerarán la heterosexualidad como aquello que les es más propio (dependiendo de su grado de alienación puede llegar a ser así). Pero tampoco la considerarán jamás como algo que les resulta absolutamente extraño. Sabemos tanto de la heterosexualidad como cualquier heterosexual: en ella vivimos, nos movemos y existimos. Lo sabemos todo acerca de ella. Sabemos ser perfectamente heterosexuales, conocemos todo cuanto hacen, dicen, les gusta o les disgusta, les hace reír o llorar. Hemos vivido desde embriones en su seno y la heterosexualidad no tiene secretos para

ningún gay. En cierto modo, es nuestra patria, a falta de ninguna otra. En cierto modo, nos es propia porque nos ha cuidado como a sus hijos. La conocemos mejor que ella misma aunque ella nos desconozca y nos niegue tres veces. Nos han echado, si no de nuestra patria, sí del lugar que mejor conocemos del mundo.

Lo conocemos tan bien como la homosexualidad. Igual de bien. Nuestro conocimiento de la homosexualidad es idéntico al de la heterosexualidad, incluso más breve en el tiempo. Pero ¿es la homosexualidad nuestro lugar de asilo, el lugar en donde por fin venimos a reclinar la cabeza? Las cosas no pueden verse de este modo porque la heterosexualidad, el lugar de donde hemos sido expulsados los gays, no es precisamente el sitio al que queremos retornar ni miramos hacia atrás con lágrimas en los ojos. El gay no quiere regresar a su lugar de origen, no cabe un retorno a la heterosexualidad (esto depende, naturalmente: hay gays que sueñan con volver a la patria heterosexual, otros que no quieren abandonarla nunca y hay quienes creen que nunca fueron expulsados de ella). ¿Acaso podemos decir que para un gay su patria es la homosexualidad, como audazmente propone Terenci Moix? En todo caso, nuestra segunda patria. Nuestra patria de adopción. Aunque es más patria que la primera, que no lo es del todo. Pero ¿cómo va a ser nuestra verdadera patria la homosexualidad, habiendo nacido en otra? Otra patria que además es una y grande, la más grande porque lo es todo y no deja lugar para pequeños nacionalismos insurgentes. La homosexualidad puede ser querida como patria pero no da el cobijo de una patria: porque no la dejan, porque no hay territorio para ella, porque constitutivamente la homosexualidad es exilio. Fuera de la heterosexualidad no caben segundas patrias ni estados fantasmas: sólo queda el exilio. Y ese exilio se llama homosexualidad. Y es un exilio sin retorno, estático, porque siempre habrá de moverse en el territorio heterosexual. La marica no necesita dar un paso para conocer el exilio. El hetero sí. La heterosexualidad sólo concibe el exilio dinámicamente, en movimiento, en marcha, huyendo. Los gays saben que lo que los heteros entienden generalmente por exilio es algo transitorio y accidental, no constitutivo ni esencial como el suyo (no se trata de menospreciar aquí el exilio ajeno en una absurda sobrepuja consistente en ver quién sufre un exilio peor, quién sufre más, sino de profundizar en lo que nuestro exilio tiene de más específico y que siempre se ha visto silenciado). Se puede estar exiliado sin salir de la salita de estar de casa viendo la tele con papá y mamá. Marchar a la capital para huir del hogareño horror no es más exilio que permanecer en él, tan sólo es una forma de mitigar el dolor.

Exiliados del contrato social heterosexual y, por tanto, privados de ciudadanía, mostramos nuestros indefensos rostros de refugiados. Una masa de refugiados sin territorio

propio. Incapaces de darse una patria por el exilio que los constituye. Ningún gay sueña con una tierra prometida. Su existencia es desterritorializante. El gay no arraiga, lo más que consigue llevar a cabo son tímidos intentos de reterritorialización, de acondicionamiento de espacios que toma prestados de la heterosexualidad y los convierte en simulacro de pequeña nación, embajadas de una patria inexistente: guetos de todos los tamaños, formas y colores. Desde el rincón de un parque hasta San Francisco: por todas partes vemos campos de refugiados. Los gays: mudéjares del siglo XXI. Viviendo como extranjeros de una nación que van adornando y levantando en un soberbio nuevo estilo, el “gótico gay”. Reconozcámoslo: llevamos una existencia mudéjar. Mal que nos pese.

La ventaja del exilio siempre fue la cultura. No se sabe muy bien por qué: lo mismo que salir al campo da hambre, nuestro exilio, cuando no es mortífero, es creativo. Una de las razones de por qué los gays se dice que somos tan estupendos e inteligentes tal vez se deba al mecanismo que pone en práctica el Cid Campeador camino de su destierro: «Es desterrado por su rey, es decir, echado de su tierra, la que le daba sustento, identidad y espacio vital. Su primera reacción al pasar los límites de Castilla es anunciar que volverá con “gran ondra”, verbigracia, su reacción instintiva es proyectar en un programa de acción política futura su propia vida: “volver con gran honor”. Si el destierro es deshonor, él lo convertirá en su opuesto, por méritos y gestas memorables; si el destierro es futuro incógnito, él lo dotará de un proyecto que lo haga certero. De este modo, la estima de sí mismo, el fundamento ontológico de su existencia, ha de ser aliciente para llenar de sentido el futuro con lo mismo que llenó su pasado, y al producirse en su conciencia este reflejo de auto-preservación, el personaje está protegiendo su propia identidad y dignificándola». Por supuesto, no todos los gays viven su exilio del mismo modo, pero a veces sorprende el inaudito despliegue de medios que llevan a cabo y que deja sorprendidos a propios y extraños. Como si le dijeran a los heteros: habéis desterrado a los mejores, y, sabiendo que ya no pueden volver, por lo menos los asombran y les demuestran su mudéjar desprecio.

La Nueva Sodoma

A los gays el discurso patriótico les resbala, al menos a los concienciados políticamente. A los exiliados de por vida, el nacionalismo les trae al fresco. Si ponen alguna bandera al lado de la matrícula de sus coches es la *rainbow flag*. Nacionalismo y patria son valores heterosexuales. Sólo los heteros tienen patria y cierta capacidad para echar raíces. La marica es más cosmopolita. Eso dicen. Tal vez porque en todas partes se sienta extranjera y

reciba el trato distante que se le da a los extraños. Los gays no tratan a los heteros desde la extrañeza y la lejanía. La hospitalidad heterosexual para con nosotros, sin embargo, deja mucho que desear. Y ello puede que, algún día, les cueste un disgusto muy serio, como se puede ver en este ejemplificador relato:

“Un día llegó a una ciudad manchega una pareja gay de aspecto singular. Por su aspecto y vestimenta, así como por sus maneras educadas se adivinaba que no eran del lugar. Habían acudido allí invitados por la comunidad gay de la ciudad que, nada más llegar, los recibió con gran alegría y celebró una fiesta en su honor. Pero los lugareños estaban furiosos con la comunidad gay de su pueblo y con los dos nuevos visitantes. Al anochecer, rodearon la casa donde se hospedaban enarbolando antorchas y exigiéndoles a los gays que les entregaran a los dos visitantes para casarlos con dos mujeres del pueblo. El presidente y la presidenta del colectivo abrieron la puerta, cerrándola tras de sí. Tras un infructuoso intento de diálogo con los heterosexuales allí congregados y ante la insistencia de que les entregaran a sus huéspedes para llevarlos a la iglesia y celebrar un doble matrimonio, decidieron ofrecerse ellos mismos para casarse con el hombre y la mujer del pueblo que les dijeran. Pero los ánimos ya estaban enfurecidos y no hubo modo: querían casar a dos de sus hijas con los visitantes a toda costa.

Entre tanto, oyéndose fuera a los heterosexuales vociferar y amenazar a los gays con quemarles la sede con ellos dentro, se apareció en la sala de reuniones del colectivo gay la Virgen de la Cabeza, ofreciéndoles su protección y un escarmiento a la gente del pueblo. Misteriosamente los sacó a todos de allí y pusieron rumbo a Badajoz. Les prohibió que, en su huida, volvieran “la cabeza” para ver cómo sus hostigadores eran castigados. Al alba, un enorme estruendo los sobresaltó en el camino. Sobre el pueblo llovían piedras de fuego y un huracán en llamás lo arrasó para siempre. Todas las maricas se volvieron, muertas de curiosidad para ver lo que sucedía y poder contarlo, quedando convertidas de inmediato en estatuas de mármol de Carrara. Pero las bolleras, que no hicieron caso, siguieron, preocupadas por levantar un campamento para pasar la noche en el lugar más idóneo y, como algunas iban convenientemente inseminadas, perpetuaron su estirpe y nos transmitieron el suceso. Aquel lugar siempre quedará en la memoria como el más claro ejemplo de lo que la justicia divina les reserva a quienes no son hospitalarios con los extranjeros gays”.

Este relato apócrifo tiene bastante similitud con otro, procedente de la Biblia, donde se narra cómo quedaron asoladas Sodoma y Gomorra por un delito de hospitalidad semejante. La fantasía heterosexual, cuando se desata, es capaz de ver a una horda de gays intentando forzar a uno de los suyos y magnifica su delirio hasta convertirlo en un relato mítico que todos conocemos. Sin embargo, mientras se les llena la boca con su propio sufrimiento bíblico, se les olvida que nuestro interés por forzar a un heterosexual es inexistente (*cfr.* cap. 1. “Heteros”) y que más bien responde a sus fantasías inconscientes, mientras que su deseo de heterosexualizarnos, de que nos casemos y tengamos hijos es algo que salta a la vista y es su único modo de relacionarse con nosotros. Pues que tengan cuidado con la Virgen de la Cabeza, sin par justiciera y abogada de los más débiles, no vaya a ser que la patria heterosexual, la aldea global heterosexual, la Nueva Sodoma, esté incurriendo, como de hecho así es, en el mismo delito de hospitalidad imputado a los sodomitas: muchos heterosexuales son del todo inhospitalarios para con nosotros y aporreean nuestras puertas para forzarnos desde el alba hasta el anochecer. El mayor crimen de la heterosexualidad a lo largo de su historia es no haber conseguido hacer de ella un espacio de convivencia: ni para nosotros, ni para nadie.

De la Ceca a la Meca: camino de cualquier parte

En nuestro exiliado deambular hemos ido dejándonos bastantes cosas en el camino mientras contábamos historias para amenizar nuestro duro éxodo que ahora hemos de retomar. Habíamos dicho que, debido a la universalidad y omnipresencia de la patria heterosexual, el exilio gay necesariamente había de ser estático por no tener adónde ir ni tierra no heterosexual que pisar. Efectivamente, ello es así. Vayamos donde vayamos siempre habrá alguien que aporree nuestra puerta provisto de una antorcha. Pero nuestro estatismo metafísico, nuestra imposibilidad de huir de la heterosexualidad, a veces se traduce en la vida real en una hiperkinesia desaforada que nos lleva de acá para allá, de la Ceca a la Meca, camino de algún paraíso gay o camino de ninguna parte. Otras veces, la estaticidad de nuestro exilio se manifiesta más tristemente en el sedentarismo más derrotista: ¿adónde voy a ir y para qué?, que puede confundirse con un falso arraigo. Hay gays que viven como los “topos” de la guerra. Son las sobrinas de Anna Frank. No apetece lo más mínimo, vaya por delante decirlo, hablar del exilio gay en los términos habituales. A saber, tener que marcharse de casa porque al papá fascista de turno le ha dado un arrebató de ira santa y no tolera que un hijo

suyo sea gay y viva encima bajo su mismo techo. Son escenas que deben ir quedando para el recuerdo, sobre todo, porque los padres fascistas van sucumbiendo al relevo generacional ante la inexorabilidad de la ley de vida: que nadie se sueñe que este tipo de entes inmundos es capaz de aprender nada ni de volverse un pelín menos intolerante. La realidad no consigue ser tan tozuda como su desierto neuronal rojigualda. Sin llegar a estos extremos, que no por extremos dejan de ser casi cotidianos, tampoco apetece comentar de nuevo la huida del campo a la ciudad en busca de un mayor anonimato y de menos vecinas y de más vecinos a los que poder tirarles un tejo. Deben ir interesándonos ya otro tipo de cosas, aunque todavía tengamos que hablar de ésta.

El hombre gay es un ser viajante, un nómada sin descanso y sin un rumbo fijo que lo máximo que consigue es recalar de cuando en cuando en algún oasis gay para reemprender el camino poco después. Bebe agua y continúa. Porque tampoco huye de nada ni va buscando nada mejor. Charla con otros gays, se entera de cómo viven en sus respectivos países y cómo de hospitalarios son los heteros por allí. Se despide y se marcha. Visitar a otros gays y conocer cómo viven los gays en otras partes del mundo es casi la única motivación que nos hace viajar. Los gays se desplazan por el planeta de comunidad en comunidad haciendo del exilio de los demás su propio hogar temporal. No hay un gay que pise otra tierra sin visitar la comunidad gay local. Casi se podría decir que, en el fondo, no hacemos turismo.

Nuestros viajes se centran más en el contacto con los gays que nos podamos ir encontrando que en visitar frenéticamente monumento tras monumento. Como mucho, mitad por mitad. Siempre hay excepciones, por supuesto. Pero nuestra forma de viajar y desplazarnos por el globo es absolutamente peculiar, debido tal vez a la extraña comunidad de exiliados que constituimos. Ningún gay viaja con una guitarra para cantar de vez en cuando cancioncillas populares que le recuerden a su tierra, y sale corriendo aterrorizado de espanto si, en un exótico país lejano, se cruza con un camión de Campofrío. Tampoco se le ocurre pisar un país y volver de él sin haber conversado con ninguno de sus habitantes, gays, claro. Ni se monta en un autobús para hacer un viaje organizado. Los viajes organizados están pensados exclusivamente para la población heterosexual. Nada de lo que ofrecen nos interesa. El extranjero no es para nosotros, ni mucho menos, extraño. Allí donde vamos buscamos el contacto con otros gays, a quienes no consideramos desde una lejana distancia. Hay un sutil reconocimiento de comunidad que nos hace decir: “otro montón de mariconas, sólo que viven aquí, entre esta gente extraña”.

La afinidad espontánea, la facilidad para conocernos, identificarnos, la hospitalidad entre exiliados disuelve en cierto sentido las fronteras heterosexuales y hace prevalecer nuestra propia distribución del espacio, en el que el mundo es un inmenso manto liso donde aparecen de vez en cuando, pliegues, lugares relevantes donde nos concentramos y que nos resultan de interés porque allí, en esos pliegues, vivimos nosotros y salimos a tomar unas cañas. La geografía heterosexual se reconvierte de este modo en una particular topografía homosexual donde sólo nosotros sabemos orientarnos, como si superpusiéramos sobre su mapa lleno de ríos, fronteras y montañas nuestro particular croquis del mundo pintado en un enorme celofán donde tan sólo aparecieran nuestros oasis, nuestras calles, nuestros bares, nuestros parques, nuestros barrios.

LUTO.

(g)Ritos de amor y muerte

Sería interesante que nos preguntáramos por las razones de la entusiasta participación de muchos gays y lesbianas en algunos acontecimientos ampliamente mediatizados que han tenido lugar en tiempos relativamente recientes. Y no es la participación lo que nos parece inquietante, sino el entusiasmo de la entrega. Si hay que defender firmemente la participación social, política y cultural de toda la ciudadanía (y de gays y lesbianas como parte de ésta), también debemos mantener un espíritu crítico, una reflexión y un cierto rigor. Sobre todo cuando el entusiasmo se refiere a una presencia visible de “la homosexualidad” en un contexto luctuoso.

Vamos a dedicar parte de este trabajo a rebatir un axioma con el que Jordi Petit acababa un artículo en una publicación gay, *Mensual*, cuando aún era co-Secretario General de la ILGA (la Asociación Internacional Lesbiana y Gay). Por entonces escribía: «cuanto más nos vean, más ganamos»; es más, el artículo al que nos referimos se titulaba: «Si nos ven, ganamos». Parece necesario, una vez más, volver a argumentar una posición divergente. Sobre todo cuando últimamente hemos vivido momentos de “gran visibilidad”, y sobre todo porque muchas han sido las voces que se han felicitado por ello, a nuestro modo de ver, de forma un tanto precipitada.

Nuestra intención aquí es revisar una serie de sucesos que originaron aquel año de 1997 (un año clave en esto de la visibilidad) verdaderas conmociones mediáticas y comuniones colectivas en ocasiones sin precedentes. En todos ellos puede hablarse de una importante “dimensión homosexual” que podría medirse según dos parámetros distintos. En primer lugar, en función de una presencia que sería destacable en los casos de las muertes de Gianni Versace y Lady Diana Spencer, así como en sus respectivos funerales. En ambos, la figura de Elton John cobra un protagonismo significativo. En segundo lugar, según una ausencia significativa en el caso de la boda entre Cristina de Borbón e Iñaki Urdangarín. Apenas un puñado de semanas transcurrieron entre esos acontecimientos decisivos para el imaginario colectivo.

Qué presencia y qué ausencia es lo que aquí nos interesa analizar, y para ello apelamos a esos ritos a través de los que la sociedad se reconoce en momentos de desgracia (funerales, entierros), o de dicha (bodas). Porque, a fin de cuentas, los ritos no son sino

formas de visibilizar y representar públicamente determinados valores. Así, hay ritos que dejan hoy ver la homosexualidad, y que son (g)ritos de dolor y pena; y otros que la esconden, y que son sólo (g)ritos ahogados de impotencia o rebeldía.

Ha transcurrido casi un lustro entre aquellos acontecimientos y el presente, y no ha vuelto a producirse una concatenación de sucesos equiparable. Sin embargo, apostamos a que volverán a repetirse los efectos en reconocimiento social y alienación que vamos a señalar cuando coincidan, como en los ejemplos que ahora comentamos, determinados elementos.

1. El discreto encanto de la necrofilia

Por establecer una analogía sencilla, las leyes no “son” sin más, sino que surgen en el contexto de un régimen de legalidad que establece qué leyes son posibles y cuáles son imposibles en un sistema político (en nuestro caso, un Estado social y democrático de Derecho cuya forma política es la Monarquía parlamentaria, y una serie de compromisos, tradiciones, precedentes...), y en unas circunstancias coyunturales concretas (mayorías o gobiernos de uno u otro signo). Del mismo modo, “la visibilidad” se establece en el seno de un régimen de la representación. Se puede hablar de una visibilidad social o políticamente trascendente cuando hay representación. Es decir, cuando se decide que algo perceptible (por un medio) es digno de ser percibido (por una audiencia); cuando se hace visualizable ante mucha gente algo que sólo era visible para una poca.

Del mismo modo que no se puede decir que “cuantas más leyes mejor”, porque hay leyes que encierran y otras que abren puertas (y otras de efectos imprevisibles), tampoco se puede decir que toda visibilidad sea, sin más, buena, conveniente, interesante o indudablemente “liberadora”. Por poner un ejemplo, la población negra de Estados Unidos pasó de no aparecer apenas en el cine de Hollywood a tener un lugar reservado en las películas de Tarzán en un marco preciso que venía determinado por los estereotipos del “primitivismo”, la agresividad o el canibalismo. De la inexistencia (o la invisibilidad) a una presencia (o una visibilidad) precisa, pero tan lejana de las vidas de la gente negra como alienante.

Diversas actuaciones policiaco-judiciales aún recientes, con el apoyo consolidado de prácticamente todos los medios de comunicación, han establecido en la carrera final hacia el nuevo milenio una visibilidad de “la homosexualidad” sin precedentes. El “Caso Arny” o el “Caso Raval” han sido, claro está, prototipos perfectos, pero muchos otros podrían citarse. En

esa visibilidad se mezclaban presuntamente famosos, secretos, prostitución, menores, abusos, etcétera; todo con una determinada “homosexualidad” como fundamento. Pues bien, no conocemos ningún medio informativo que haya señalado esa visibilidad como positiva para los gays, y bien pocos francamente que hayan señalado esa visibilidad como negativa, interesada o peligrosa.

Sin embargo, muchos han sido los medios que forman parte de la prensa gay (la única que sí ha condenado de manera consistente las manipulaciones de ciertos escándalos) donde, de uno u otro modo, se han alabado los efectos en visibilidad de dos sucesos concretos: la muerte de Versace y la muerte de Lady Di. Esa presencia alabada tiene, pues, una cierta dimensión necrófila. El mero hecho de que su origen sean sucesos luctuosos justifica, por sí solo, un análisis *a posteriori* más atento, ya que en su momento esta circunstancia no despertó apenas inquietud o desconfianza. ¿Por qué es ese espacio del luto tan relevante, incluso para las asociaciones y los medios gays?

2. Versace o la integración *post-mortem*

Todo comenzó con la muerte del diseñador de moda Gianni Versace. Gianni había llenado sus catálogos de bellezas explosivas, de erotismos sin concesiones. Sus mujeres eran, de repente (como escribe Natalia Espesi, especialista en moda del diario *La Repubblica*), «guerreras dispuestas a cualquier batalla y a cualquier rendición»; sus chicos, seductores conscientes de miradas de cualquier género. Un verdadero despliegue de «cuerpos estatuarios» retratados por los más prestigiosos fotógrafos (Herb Ritts, Bruce Weber, Richard Avedon...) en poses provocativas. Se había convertido así, por la contundencia y la arrogancia de las bellezas que exhibía, en uno de los símbolos de una cierta estética gay: miles de gays con posibles lucían sus modelos. Y detrás, evidentemente, estaban las creaciones exclusivas, confeccionadas para cubrir las carnes con alcurnia y pedigrí.

Su compromiso con la comunidad gay (su salida del armario en *The Advocate*, su colaboración en la lucha contra el sida al lado de Elton John), no nos engañemos, era desconocido para el gran público, y no fue nunca ni la causa de su éxito entre los gays, ni el motivo de la conmoción por su muerte. De hecho, al finalizar la investigación sobre su asesinato, todavía se incidía en la revelación de los secretos del fallecido; muchos tenían que descubrir aún que Versace era gay, y se les daría la noticia a través de una revelación policial hasta entonces inédita. *El País*, por ejemplo, titulaba: «El “caso Versace” se cierra con un

informe que desvela intimidades del diseñador». Entre ellas, por ejemplo, que «el modista, junto con su novio, Antonio D'Amico, solía contratar los servicios de prostitutas». Intimidades, “vergüenzas” y secretas aficiones que se relacionarían como tales con la causa de su muerte.

La violenta muerte de Versace en las calles de Miami, con asesino camaleónico y desaparecido incluido (cuya búsqueda dio, entre otros inesperados frutos, la detención por error de Andrés Pajares, Jr. en Nueva York), fue clave a la hora de hacer del suceso todo un fenómeno mediático. Si el diseñador hubiese muerto de sida, “tras una larga enfermedad contra la que luchó con dignidad” (como podría haber dicho cualquier periódico), la cosa hubiera sido parecida. Porque el sida, como el asesinato, forman parte de los “destinos del homosexual”. Pero una muerte de esas medio absurdas, de las que no pueden dar pie a una historia de destino, no hubiera originado semejante exceso informativo. La suya era, como titulaba un amplio reportaje en un dominical, «La tragedia de un maestro de la moda».

Y es que la muerte de Versace no hubiera supuesto aquella conmoción casi a escala mundial si no hubiera sido por su asesino, Andrew Cunanan. Y a nadie se le ocurrió que Cunanan era sólo eso, “el asesino”. En diversos medios fue llamado “el asesino homosexual”, o “el chaperero asesino”. Sin embargo, Versace no fue en ningún *mass-media* otra cosa que “el genio que llenó el mundo de colores”, “un maestro de la moda”, etc. Gran “visibilidad homosexual” del asesino que refleja y origina la del asesinado. Si la etiqueta del sida no se le pudo colocar a Versace (no hacía falta), sí se le quiso atribuir a su asesino. De nuevo en *El País*, Juan Cavestany escribía: «Se había difundido la teoría de que el joven homosexual, de 27 años, estaba liquidando a sus antiguos amantes en venganza por haber contraído el sida de alguno de ellos. Pero al saberse que no era seropositivo, esta teoría se desinfla». Si acaso, y para demostrar cómo una vez más el círculo se cierra sobre sí mismo, recordemos que Cunanan estaba huido, era perseguido por la policía, fue acorralado y acabó suicidándose. La lógica transitiva que se expresa en tres momentos (1: “Homosexual” Asesinado; 2: Asesino “Homosexual”, y —por lo tanto— 3: Asesino Asesinado —por otro asesino, por otro homosexual; por sí mismo—), se cumple irremisiblemente. Al final, la dimensión “homo” desaparece porque queda implícita en la redundancia de la muerte.

Toda la parafernalia desplegada en Milán con motivo del funeral de Versace (el verdadero héroe de esta historia) no fue otra cosa que las exequias con que nuestras sociedades rinden homenaje al marica que ha sido considerado discreto o armario (aunque fuera a su pesar) y que cumple a la perfección con su fatal destino. El sentido reconocimiento

que recibe cada “homosexual” que es obligado a encarnar ante el mundo el papel de víctima y que al hacerlo le da vida y presencia social al que constituye su otra cara: el asesino. La consagración pesarosa del “homosexual” en su íntima relación con la muerte. La celebración pública del cadáver del marica. La escenificación de la “tanat(homo)cracia”; del poder del gay muerto, de la fuerza de su muerte. Una ceremonia necrófila en la que han participado muchos medios gays con titulares como «Versace ha muerto... ¡Viva Versace!».

Como pudimos leer en *Shangay Express*, «En el Duomo nadie tuvo que ocultar ni disimular nada». En esa «liturgia en que la homosexualidad estaba presente», celebrada en honor de Gianni, encumbrado *post-mortem* al estatuto de “referente normalizador”, «la visibilidad se puso de manifiesto» y «todo transcurrió desde la simple normalidad». Normalidad de que hace gala la Iglesia (y a través de ella toda la sociedad) al conceder y reconocer sólo dos ritos: la confesión (*a posteriori*, secularizada, a través de la policía y de la prensa), y el funeral. Al funeral, por cierto; al único acto de amplio reconocimiento social de su dimensión marica, a su sentida integración de cuerpo presente acudieron, entre muchas otras caras conocidas, Lady Di y Elton John.

3. Lady Di o la muerte espectacular

Lady Di no era gay, qué le vamos a hacer. Pero sí era un icono gay. Desde su traumática separación del Príncipe Carlos de Inglaterra, Diana Spencer, efectivamente, vestía a menudo de Versace: prueba de su madera de ic-homo. Distanciarse de la familia real británica es, pues, un paso previo imprescindible para vestir con estilazo. Como escribe Natalia Espesi, «sus vestidos ceñidos y escotados, claros y brillantes, esenciales y absolutamente nada regios, la consolaron, devolvieron el valor a un cuerpo de muchacha joven y humillada». Además de ser deslumbradoramente elegante, la princesa era una buena amiga suya y despertaba, por otro lado, la admiración entre los gays de medio mundo.

Las razones del éxito de la Princesa de Gales como icono gay son muchas y muy variadas. Primero, el *glamour* de su aspecto. Diana siempre fue una princesa. El día que se casó, su “princesez” se remontó en su biografía hasta el momento mismo de su ya aristocrático nacimiento. Ingenua, ilusionada, deslumbrada, celosa, maternal, bulímica, depresiva, infiel, divorciada, re-enamorada... pero con un halo de realeza. Siempre había estado (siempre estaba) en su sitio, por adversas que fueran las circunstancias, y aunque ese lugar no coincidiera con el que la institución monárquica le había asignado. Y siempre estaba

vigilante, pendiente de que no se le escapara a ella una pluma plebeya, ni a la familia Windsor un exceso de rigor. Se sabía constantemente vigilada y asediada por miradas inquisidoras, pero parecía dispuesta a no claudicar y gestionaba las presiones con profesionalidad. Y si en ocasiones parecía rendirse, ello redundaba en una humanidad de la que las casas reales a veces parecen carecer.

Segundo, su imagen de chica con mala suerte, de desdichada en el amor y víctima de infidelidades, de ingenua que piensa que la felicidad es posible aunque todo parezca estar en su contra. Tercero, su faceta contestataria, su rebelión frente a las normas más estrictas, su desafío a los protocolos, su independencia con respecto a las tradiciones. O, al menos, su aparente deseo de llegar a controlar su vida según esos parámetros, aunque sin excesivo éxito, porque el enemigo era demasiado poderoso y porque contaba con poca ayuda efectiva. Desde su separación y tras una celeberrima entrevista donde aclaraba que en su matrimonio había demasiada gente (en alusión a la eterna amante de Carlos), el coqueteo con el Islam que supuso el encuentro de un nuevo novio (coqueteo que llevaba camino de institucionalizarse), fue su mayor osadía.

Cuarto, su faceta solidaria y muy en particular, su compromiso con la lucha contra el sida, derivado del hecho de que tenía amigos maricas; algo inaudito en un miembro de una familia real. Eternas son ya las imágenes de Diana junto a un enfermo de sida, como lo son las tomadas en apoyo de una campaña en contra de las minas anti-persona. Cuenta José Infante en un artículo titulado «Diana, reina de los gays», que «el entorno más íntimo de la princesa estuvo siempre lleno de gays», y añade el poeta y periodista que otro factor que la aproximaba a la “comunidad homo” era su «preocupación por la belleza, el culto al cuerpo, su amor a la mundanidad y el cuidado de su imagen». En otra publicación gratuita, *Odisea*, haciendo hincapié en cuestiones menos frívolas (y confirmando la tesis que aquí criticamos), podemos leer: «nos defendía, nos apoyaba y nos otorgaba el estatus de ciudadanos de primera que las leyes nos niegan». Algunos nos quedamos deseando saber en qué pudo consistir la defensa o el apoyo que sin duda dio Diana a los trabajadores de dicha publicación y a sus lectores. Seguro que algo ha habido. Por eso, y en su nombre, gracias, princesa.

Y quinto, la dimensión *gore* de su muerte al estrellarse el coche en que viajaba contra un pilar de hormigón (el séptimo) en un subterráneo de París (el del Pont d’Alma), y la ironía de las circunstancias en que se produjo el accidente, asediada por la prensa rosa y precisamente cuando, como no se cansaría de repetir esa misma prensa, la princesa volvía a sonreír. En el caso de la princesa, su muerte ha sido, sin duda, lo más espectacular de su vida.

Las teorías conspiratorias del dueño de Harrods y padre de Dodi no hacen sino abundar en ello. Por esa espectacularidad del final de su vida por la que el pueblo la coronó como “Reina de corazones” (sin haber aquí un homenaje a Lewis Carroll), pero también por todas las otras razones que han hecho de ella un icono, Diana es a los ojos del mundo (y, de manera decisiva, a los ojos de los propios gays), una metáfora de un cierto estereotipo gay. Su vida, como su muerte, conserva y confirma todo su sentido si se la analiza en el contexto del conjunto de estereotipos que determinan la vida (y la muerte) de muchos gays. Seguimos en la prensa del arcoiris; en este caso, la desaparecida revista *Rainbow* decía: «¡Cuánto echamos de menos esa rubia cabeza coronada por diamantes y desgracia!». Lady Di-vina representa las batallas, los éxitos, los fracasos y los anhelos de reconocimiento (aunque sea en la catástrofe) de muchos gays... al menos de los que añoran cabecitas rubias coronadas de pedruscos y desdichas.

Es esa catástrofe como espacio donde “lo gay” cobra sentido para buena parte de la gente heterosexual y también para algunos gays lo que nos interesa cuestionar. Porque por ejemplo, en un fallecimiento más reciente, el del británico John Gielgud en 2000, no hubo visibilidad alguna, por más que el excelente actor fuera un ejemplo de no-armario. Claro que no murió asesinado... El caso es que Diana había estado en el funeral de Versace. Y en el suyo propio, su acompañante de entonces, Elton John, tuvo que contener el llanto para cantarle como si fuera Marylin.

4. Epílogo de supervivencia. Elton John: el duelo eterno

Elton, que en algún momento de su pasado se declaró bisexual, es hoy uno de esos maricas oficiales que dice abiertamente que la vida en el disimulo es un horror y que anima a salir del armario a todo el mundo. Pese a lo clarito que él lo tiene, nada le pone a salvo de caer en los estereotipos con que se representa una cierta “homosexualidad”. La imposibilidad de que ningún rito establecido dé cuenta de la relación que mantiene con el apuesto joven que le ha acompañado en los dos funerales mencionados, se ha convertido en el marchamo de sus recientes apariciones públicas. En la mayor parte de las crónicas se olvida hacer mención del joven (recordemos que en el primero su acompañante era Diana, no su novio, aunque también éste estuviera a su lado). En las narraciones más atrevidas, se menciona brevemente a «su compañero».

Pero muy pocos dudaríamos en calificarlo de “el novio de Elton John” o (desafiando la imposibilidad institucional de utilizar la expresión), “el marido de Elton John”, como

hacemos muchos de manera cotidiana con ejemplos más cercanos. La falta de un rito matrimonial sancionado y reconocido deja al joven en el limbo de la representación, y nos deja a los gays en una situación de visibilidad interesada: se nos ve sólo en los entierros. El desdichado cantante y compositor corre el riesgo de perennizar una imagen de viudo. Pero no de viudo por la muerte de su marido (que parece estar divinamente), sino de único superviviente a unas relaciones de amistad no carnal que sí pueden ser representadas con todo el dramatismo que la concesión a la visibilidad requiere.

El viudo de Versace nunca recibió esos honores porque, en su caso, sí era un viudo de verdad; sí era “su marido” el que había muerto. Ni él ni el marido de Elton John tienen nombre propio. De hecho, la primera vez que Antonio D’Amico fue nombrado coincidió con el momento en que se desvelaron “las aficiones” de la pareja, verbigracia, su ocasional recurso a los servicios de chaperos. Sólo se nombra a los asesinos y a los muertos y a los viudos que no representan matrimonio alguno. Y si acaso, a los que pagan a los chaperos. Viudos sin nombre aunque vayan de dos en dos: en *Mensual* leemos: «el inesperado aporte de las exequias de Diana de Gales ha sido ver ante millones de espectadores a parejas gays mezcladas con el público, igualmente dolientes o abrazados como los demás»; de nuevo estampas de una visibilidad trágica que constituyen «imágenes tiernas y normalizadoras».

La canción *Candle in the wind*, escrita hace muchos años por John en memoria de Marilyn Monroe, y versionada para que encajara en el homenaje a la Princesa de Gales, hizo que se les saltaran las lágrimas a millones de personas. Acaso porque también retrataba el drama de una chica guapa, sensible e ingenua que buscó la felicidad con todo en contra, que coqueteó con todos esos símbolos de poder que le estaban negados: la fama o poder simbólico, el dinero o poder económico y la presidencia o poder político (¿puede alguien olvidar el *Happy Birthday Mr. President* que le cantó a John F. Kennedy?). Una búsqueda y un coqueteo que, en ambos casos, acabó fatal. Y que se parece a las estrategias de supervivencia de muchos maricas. De nuevo en *Rainbow*, edulcorando la cuestión hasta lo intolerable, podemos leer: «Marilyn, Diana. La historia sólo se repite con los seres más irrepetibles».

Nos queda, pues, ser capaces de crear y repetir otras historias con otros finales. Contarnos esas historias y narrarlas al mundo entero. Hacer que esas historias puedan ser pronunciadas por otras voces ante otras audiencias. Reconocer y rendir homenaje a la gente feliz y sana; a quienes ya viven cotidianidades banales. Resistir, en suma, al discreto encanto

que aún tienen los sucesos más espeluznantes y contestar la fascinación que —para algunos— todavía ejercen. Y conquistar los ritos que nos niegan y la visibilidad que de ellos se deriva.

5. Puro morbo, pura vida: Realidad, Realeza y Rito

No nos consta que ningún miembro de la Familia Real Española vista (o vistiera) de Versace. Pudo sorprendernos la escasa representatividad que quiso tener o que se quiso dar a la Casa Real en el funeral de Lady Di, que a fin de cuentas había pasado en tiempos de feliz casada un par de veranos en el Palacio de Marivent. Y además, ignoramos si Elton John se encuentra entre los artistas preferidos de alguno de sus miembros. El caso es que, sin que tenga mucho que ver con ninguno de los eventos señalados, ni con el siniestro rosario de coincidencias que los encadenan, la boda de Cristina e Iñaki (que tuvo lugar apenas unas semanas después de que partiera la comitiva fúnebre de la princesa desde Buckingham hacia el hoy parque temático de Althorp), también estuvo en el centro de los comentarios y preocupaciones de todo el mundo y también, claro, de muchos gays y lesbianas.

Siendo éste un rito de dicha y vida, tan distante de la sutil necrofilia de los funerales comentados, puede ser interesante abordar por qué razones resulta atractiva una ceremonia en que se escenifican para su pública celebración, sobre todo, los valores sentimentales que más inaccesibles nos resultan a los gays. Una ceremonia que representa todo lo que a Elton John, a Versace y a sus respectivos novios se les ha negado siempre. Porque una boda es, además de lo que implica para quienes contraen matrimonio, la escenificación de una prohibición. Uno de los actos de protesta llevados a cabo por la asociación Act Up-París que más hostilidad suscitó trataba, precisamente, de denunciar esa prohibición. Para ello, miembros del colectivo interrumpieron e impidieron el normal desarrollo de una ceremonia nupcial. Invitados y contrayentes reaccionaron con una exacerbada violencia; una hostilidad que refleja hasta qué punto consideran los y las heterosexuales inalienable y sagrado su derecho al matrimonio.

Política de símbolos: si yo no me puedo casar, tú tampoco. Si se prohibiera la pública celebración del amor y el compromiso heterosexuales, habría una revolución. Nosotros (que encima no tenemos ansias de casarnos... ni con quién hacerlo) no alcanzamos a comprender cómo la negación de ese derecho no suscita, como poco, una revuelta sonada. No pasaron muchos meses entre la protesta de Act Up-París y la aprobación en Francia de una Ley de parejas. En España, entre tanto, lejos de señalar la alienación que supone la ausencia de tal

legislación, la comunidad homosexual se entregaba en cuerpo y alma a ver por la televisión una gran boda.

Acaso un elemento en común a todos estos acontecimientos que estamos revisitando sea “el morbo” que despertan. La clave nos la daba un amigo al decirnos respecto al enlace matrimonial: “es que eso tiene mucho morbo”. Y nos preguntamos: ¿Qué rayos es eso del morbo que une acontecimientos aparentemente tan dispares a los ojos de los gays y lesbianas teleadictas? La etimología nos dice que “morbo” viene del latín *morbus*, que significa “enfermedad”. De este modo, la morbilidad de un país hace referencia al número de personas enfermas que en él hay en un momento determinado. Algo mórbido es algo capaz de hacer enfermar. Aunque, por contaminación de una acepción italiana del término, se aplica también a lo suave y blando; con frecuencia a los cuerpos, y sobre todo —de modo harto significativo— a los cuerpos de las mujeres. Y morboso es lo que causa una enfermedad o la favorece; lo que, entrando también en el campo de la psicología, en el de las sensaciones o sentimientos, es asimismo patológico, no sano. Así, no es casualidad que las expresiones “me da un morbo tremendo” y un eufemismo de la erección como “es que me pone malo” sean intercambiables. Aunque su relación con la enfermedad no esté del todo clara.

Suponemos que si lo que La Boda tiene es “morbo”, eso significa que el interés que despertó en muchos gays no se debe a una comunión con los valores que en tal ceremonia se escenificaron, ni a que la ceremonia les causara una enfermedad (... o una erección). Entre estos valores están, por ejemplo, la monarquía como institución, la realeza y la alcurnia como cúspide de una estructura social piramidal, el compromiso de por vida y la pareja como modelo de convivencia, la heterosexualidad como norma de integración social privilegiada cuando no absolutamente única, el matrimonio como rito socialmente reconocido, el catolicismo como sistema de creencias...

Que haya gays y lesbianas que puedan creer en unos u otros de estos valores es perfectamente posible. Es la primera lección de la convivencia en una sociedad plural y diversa. Gays de sangre azul o monárquicos, gays aristócratas o “aristocratófilos”, lesbianas fieles con pareja estable y un compromiso *ad eternum*, que pueden incluso haber afirmado su vocación en una ceremonia (sin dimensión institucional ni reconocimiento social alguno), gays cristianos... Todo ello es, qué duda cabe, posible. En estos casos, el morbo del asunto sería, suponemos, más bien escaso; el interés no sería enfermizo sino, al revés, perfectamente coherente.

Claro que, pensándolo bien, parece poco probable que se pueda comulgar con todos esos valores a la vez. Tal y como están las cosas, casi más enfermizo sería participar del acontecimiento cuando lo que allí se representaba respondía a la propia manera de ver el mundo. Aunque sólo sea porque esos valores parecen conducir a una cierta esquizofrenia. La que se deriva, por ejemplo, de ser gay regio o defensor de la institución monárquica, basada en la procreación, el linaje y la descendencia consanguínea como elementos intrínsecos a la “razón de Estado”. O la esquizofrenia de los gays comprometidos en una relación de pareja exclusiva y para siempre en medio de un mundo donde las parejas heterosexuales cada vez duran menos, cada vez se institucionalizan menos; en medio, en fin, de un submundo gay que anima a la pluralidad de experiencias y promueve el establecimiento de otras solidaridades, compromisos y relaciones donde el sexo no es lo fundamental. O, por último, la esquizofrenia de las lesbianas cristianas, que deben afrontar la iniquidad del máximo representante y embajador infalible en la Tierra de dicho sistema de creencias, sin contar apenas con recursos para defenderse de su violento sexismo y rampante misoginia...

Pero además, al menos uno de esos valores presentaría una contradicción irresoluble: el “gay heterosexual” o la “lesbiana heterosexual” sólo pueden existir como un oxímoron; es decir, como un recurso literario o un ejercicio de estilo que debe emplazarse fuera de la experiencia cotidiana. Algo así como “el hielo ardiente”; una combinación de términos que se excluyen inevitablemente. Se podrá decir que la heterosexualidad no es el valor fundamental que allí se representaba, pero a nosotros sí nos lo parece. No ya (sólo) por las características del enlace, sino sobre todo por el efecto inmediato de éste: las incesantes conminaciones al matrimonio que todos los medios de comunicación lanzaron sin ningún respeto hacia el hermano menor de Cristina y heredero de la Corona. Ni podrían entenderse otras derivaciones, como las medias palabras y los chistes medidos para que todo se entienda sin que nada sea dicho, respecto a otros herederos que mantienen una pertinaz soltería. O las especulaciones sobre si iban a ligar —al fin— unas invitadas con otros, o la asistencia de los invitados emparejados según el esquema chico-chica.

Pocos días después de la ceremonia nupcial, Jaime Peñafiel titulaba una colaboración periodística: «El Príncipe ya tiene novia». En ella, el cronista-oráculo escribía: «Mi amiga, la princesa Diana de Wurttemberg, me dijo en cierta ocasión: “En el Gotha europeo aparecen 150 princesas. Si no la encuentras ahí es que eres imbécil”». Peñafiel debía andar buscándole prometida a Felipe de Borbón en una lista precisa; y da la sensación de que habla de escoger a un ser humano en un “mercado” reducido pero selectísimo. Sus pesquisas parecieron dar fruto

en la persona de «una princesa rubia y católica» cuyo nombre, afirmaba, se daría a conocer días después. Han pasado cuatro años y ésta, como tantas otras elucubraciones, no se ha materializado. La “razón de Estado” es una razón heterosexual.

Lo más triste del asunto es que, a la hora de resistir a semejante explosión de heterosexismo, no hemos podido contar con la colaboración de montones de profesionales del cotilleo. Es ésta, al parecer, la única faceta periodística donde puede expresarse una pluma entre resentida, ingeniosa, meticona y mala. Contamos con abundantísimos expertos en entrometerse en la vida ajena (acaso por carecer de una vida propia que puedan considerar presentable o digna de interés). Todos ellos han participado con bien remunerado entusiasmo en ese acoso tan en boga a las principescas solterías. Cada día han unido sus voces al bramido heterosexista que exige una fachada de compromiso social y desgañitan su machismo y misoginia en comentarios sobre la “profesionalidad” de supuestas princesas y aristócratas postulantes.

Sin embargo, pese a que parece más posible que no se sintonice demasiado con ninguno de los principios mencionados a que se suscriban todos de golpe, puede que no sea ese acuerdo o desacuerdo lo que motivó el interés de muchos por La Boda. ¿Por qué ese interés por una ceremonia en la que “la homosexualidad”, sencillamente, no existe más que en su negación? En los casos analizados previamente, se ha celebrado una “homosexualidad” dicha con la boquita pequeña y emplazada en un espacio de tragedia. Aquí, como se trata de felicidad, de vida, de compromiso ante el mundo, de risas y dicha, no hay lugar para estas cosas. Y donde antes se felicitaban unos y otros por lo bien aceptados que estamos cuando se trata de vernos yacentes o dolientes, aquí que la cosa va de otro palo, nadie se rasga las vestiduras: unas miran a otro lado y otros, incluso, felicitan a la pareja y consumen el espectáculo de su propia alienación.

Admitamos que la cuestión es compleja y que desafía nuestros intentos por explicarla. A título meramente de tentativa, se nos ocurre una idea no sabemos si excesivamente convincente. ¿Puede ser que estemos ante una voluntad de participación vicaria en todo lo que nos es negado? O, por decirlo de otro modo, ¿soñaban los maricas que miraban la retransmisión de La Boda con salir un día a la calle enfundados en tules, del brazo de un apuesto galán?; ¿se veían a sí mismos de chaqué, llevando ante un altar a su novio de siempre vestido de *drag-queen*? ¿Es algo así lo que explica que la gente más pobre contemple emocionada un abrumador despliegue de lujo?; ¿pueden confundirse en los sueños el bocadillo de salchichón de todos los días con las delicias de butifarra que salían por la tele?

Recordemos que, con motivo del enlace, una pastelería barcelonesa sacó a la venta un dulce donde se reproducían los rostros de los contrayentes. ¿No será que se comían los pasteles o devoraban las imágenes con el deseo de que algo, aunque fuera poca cosa, se les quedara dentro?

Acaso el reciclaje de las sobras del banquete en beneficio de asociaciones caritativas sea el máximo exponente de esta idea. Puede que los gays que asistían al evento desde sus saloncitos tampoco aspiraran a gran cosa. Quizás sin saberlo hayan soñado con que la madre del novio les regalara una pluma marengo que en un descuido se habría desprendido de la manga de su vestido.

Otra hipótesis puede resultar digna de exploración. ¿No será que quienes contemplaban el enlace se decían a sí mismos algo así como “de buena me he librado”? Estaríamos, en este caso, ante una sensación tranquilizadora, y la participación en el evento pondría el acento en las ventajas de la desventaja; en lo que hay de positivo en la exclusión y la discriminación. Una boda es un lío; sobre el acto pesa toda la presión social: tiene que haber amor verdadero, tiene que durar para siempre, tiene que ser todo tan perfecto como el arreglo floral de la mesa del banquete, y todo tan impecable como el vestido de la novia o el suave fluir del protocolo. Vengarse de una sociedad que excluye y discrimina sería entonces privilegiar la consideración de los signos de esa presión, y valorar en consonancia lo que de bueno tiene ahorrarse tales ataduras.

Pero hay otra explicación posible. Es la que tomaría en consideración el consumo subversivo de los referentes de la propia exclusión. La que efectuaría una reducción de esos valores de exclusión a un espectáculo. El despliegue de teatralidad (la retransmisión de la boda la realizó Pilar Miró, directora de cine y de ópera), y la multiplicación de los acontecimientos hasta el infinito por el sistema de espejos establecido por los medios de comunicación, hicieron que el amor entre los contrayentes y casi todo lo demás se perdiera en el *show* de su exposición pública. Todos esos valores se consumían con la vistosidad y la fugacidad de un castillo de fuegos artificiales como el ofrecido por la Ciudad Condal a la pareja la víspera del enlace. Lo irreal de esta historia, a fin de cuentas tan lejana, llevó a un espacio virtual todos esos valores que, en la mayoría de los casos, ni se comprenden ni se comparten. Todo sería maquillaje, fachada y decorado; actuación e interpretación; ficción, mito o leyenda; teoría, ideología o superestructura; fascinación, simulacro... en definitiva, representación. Todos esos valores quedarían entonces desprovistos de su trascendencia. Seguirían vigentes, pero en un espacio virtual.

Entonces, lo “morboso” pasa a tener otro significado, porque la enfermedad misma es negada. Y la estrategia de consumo informativo de la boda por parte de buena parte de las lesbianas y los gays (o de cualquiera que no sustente todos los valores que a través de esa boda se representaban), pasa entonces a ser la más cercana, veraz y real (que no Real).

RICOS

Escenarios de falsos oropeles: La Comunidad Saneada

— ¿Sabes que tengo un hijo invertido?

— ¿Ah, sí? ¿Y a qué interés?

El chiste sería sólo eso, un chiste (malo, pero también cosificador en una vena liberal-capitalista), si no fuera porque parece adecuarse con perversa precisión a los tiempos que corren. Esa confusión entre “invertido” como “homosexual”, e “invertido” como “objeto de inversión” es lo que aquí nos interesa. Escribía no ha mucho Joseba Elola en *El País Semanal* que Chueca se ha convertido en un barrio «elegido por los homosexuales para salir, vivir e invertir», haciendo de la cuestión capitalista un eje de la vida gay tan importante como el ocio o la propia vida. Al menos, en sus palabras el gay ya es sujeto de inversión, y no sólo objeto de ésta, como en el chiste. Quien no se consuela es porque no quiere.

Intentamos recordar si hace unos años la prensa ya hablaba de la relación entre la comunidad gay y lesbiana y el dinero con la insistencia que en los últimos tiempos podemos apreciar. Y nos da la sensación de que ésta no era, hasta hace muy poco, una cuestión tan relevante. Indudablemente, algo ha cambiado. Tanto en la imagen que esa comunidad gay y lesbiana quiere dar de sí misma, como en la imagen que los medios de comunicación quieren dar de ella.

La claudicación por parte del sector organizado política o empresarialmente de la comunidad gay y lesbiana frente a las presiones del sistema económico, y la asunción y difusión de esas presiones a toda la comunidad es uno de los elementos que en este artículo queremos abordar. El otro es la ligereza con que los medios de comunicación han construido esa imagen.

1. Resulta que somos (cada vez más) ricos.

No alcanzamos a determinar exactamente cuándo se ha producido ese cambio que ha situado la dimensión pecuniaria en el corazón mismo de la (auto)definición de la comunidad gay y lesbiana. Sabemos que ha sido algo reciente, y que ha coincidido, más o menos, con la llegada del PP al gobierno. O bien puede que el gran salto se haya producido al calor del progreso que han experimentado las cifras macroeconómicas en los últimos tiempos, y que

atribuir el cambio al clima político de avance neoconservador no sea sino interpretar maliciosamente los acontecimientos. Entre aquel “Hacienda somos todos” del PSOE y el “España va bien” (o “El milagro soy yo”) de Aznar, los mariquitas hemos pasado de pagar impuestos con discreción a liderar el espíritu de bonanza económica. Podría decirse, incluso, que nos hemos vuelto de derechas. Puede que todo el mundo tenga razones para el optimismo. Pero, como siempre, cuando las cosas van bien, a unos les va mejor que a otros. Y en este caso, a “los homosexuales”, como quien dice, parece que nos va de perlas. Somos la Comunidad Contenta por antonomasia en una Sociedad Feliz.

El caso, insistimos, es que, sin que se sepa bien desde cuándo ni por qué, “los homosexuales” nos hemos vuelto ricos; y no ricos como los de la época del “pelotazo” (época, como bien sabemos, de armarios sólidos y enriquecimientos de dudosa ética), sino nuevos ricos de esta era popular y saneada en que estamos inmersos. Una época de armarios incólumes y riqueza de *stock-options*. Sí, ricos. Prósperos y gastones. Inversores, tanto o más que invertidos (lástima de chiste, que puede quedar irremisiblemente desfasado). Creadores de riqueza, fuente de beneficios, generadores de plusvalías, reyes Midas y tíos Gilitos. Le tocamos con la pluma a Mónica Naranjo, o le da un arrebató lésbico-literario a Lucía Echevarría y ¡zas! un éxito que se mide en todas las listas de superventas. Inventamos un alucinante *Tío Willy*, o azuzamos homo-pasiones en *El Gran Hermano* o en *El Bus* y podemos pelear por la audiencia con ventaja. Hasta el precedente de este libro, *Homografías*, ha sido considerado parte perversa o prima tonta y pobre de ese *boom*.

Casi incluso, hemos dado un paso más allá en nuestra propia integración social, y nos hemos convertido no ya en creadores de opinión o generadores de debates (las actividades relacionadas con el pensamiento tienen pocos ceros para lo que se mueve por ahí...); no sólo en salvación del *share* y revitalizadores de las listas de ventas, sino además en lanzadores de “tendencias”, creadores de puestos de trabajo, conservadores o restauradores del patrimonio, remodeladores de barrios, impulsores de nuevos sectores de actividad empresarial, punta de lanza del progreso y nueva esperanza de las bolsas de valores. De valores tan en boga como el beneficio o el interés. Y es que cuando aprueben, por fin, una ley de parejas, la fórmula que sustituya al “Sí, quiero” (que por entonces ya sólo se utilizará en Sotheby’s), será algo así como “Por el interés te quiero, Andrés”.

Que la “emp-rosa” hable de dinero o piense en términos de beneficio es, hasta cierto punto, lógico. ¿De qué iba a hablar si no? Pero es que, además, esa parte del movimiento de gays y lesbianas que insistentemente sale en la tele, lleva ya varios años hablando de IRPF, de

pensiones, de desgravaciones, de contratos, de herencias, de declaraciones conjuntas o por separado, de patrimonio... en una palabra, de dinero. ¿Por qué no iba a hacerlo? Claro que (y esto es lo preocupante) habla muy poco de integridad física (aunque sí de reintegros y de impuestos sobre personas físicas); muy poco de libertad de movimientos (aunque sí de libre mercado y movimientos de capital); muy poco de derechos humanos (aunque sí de derechos patrimoniales)... De inversiones pecuniarias y no de inversiones (y mucho menos de subversiones) de los géneros, de los cuerpos, de los placeres. Buena parte de la actividad de ese movimiento se ha resuelto en la promoción de proyectos de *visa-pink* y la proliferación de carnets-descuento en tono fucsia.

Como lo oyen. Igual que el chiste. Papá-Estado nos ha enseñado cómo se debe interpretar eso de la inversión para que resulte gracioso, tolerable, digno incluso de reconocimiento y promoción. Y ya no es Papá quien nos invierte, sino nosotros mismos los que nos invertimos, o le invertimos a él si se despista (en el buen sentido, claro; es decir, en el financiero). Algo se dejaba ver ya cuando en 1995, *El País de los Negocios* traducía un artículo de *Time Magazine* titulado «El gran negocio del turismo ‘gay’». Allí se repasaba el gasto en viajes de asueto de “los homosexuales” estadounidenses, y se incidía especialmente en la promoción del turismo gay que se estaba desarrollando en Florida. Por entonces, estas cuestiones aún sonaban a algo muy lejano; una excentricidad más de los americanos. Pero pronto iban a cambiar las cosas de modo drástico.

El pistoletazo de salida para la carrera hacia el éxito en España lo dio Ruth Baza en 1996, con un artículo publicado en el suplemento dominical “Crónica” de *El Mundo* titulado «Dinero y poder rosa. Auge del mercado homosexual, que mueve dos billones y medio de pesetas». Estamos, según sus datos, ante el 3% del PIB. Como pronto veremos, en el breve plazo de dos años estas cifras, como por arte de magia, aumentan, hasta llegar a doblarse en algunos casos. Los datos que se citan provienen de «Colectivos y Federación Estatal de Gays y Lesbianas» y del Instituto Nacional de Estadística. No se sabe cuáles vienen de un lado y cuáles del otro, pero esperemos que no sea el INE el que maneje unos datos para cuya obtención no queremos ni pensar en lo que habría tenido que hacer. Y si las cifras salen de la parte más financiera del movimiento gay y lesbiano, lo que tampoco es del todo tranquilizador, tomémoslas, además, con cierta cautela.

Seguimos con las cifras del artículo de Ruth Baza; veamos cómo se desglosa ese dineral en partidas algo más precisas. Gasto en alimentación, bebidas y tabaco: 619.000 millones. Ropa y calzado: 280.000 millones. Ocio: 150.000 millones. Sanidad: 65.000

millones. Saunas, *sex-shops* y vídeos X: 4.700 millones. Bares, discotecas y *pubs* gays: 450 millones. Un pastón. En total, 2,5 billones. Es decir, de nuevo, el 3% del PIB. Sólo un repaso a las categorías en que se divide ese gasto nos da una idea de la imagen de la comunidad gay que se promueve: moda, tiempo libre, sexo, lujo y vicios.

Ignoramos la razón por la que nadie estudia cuántos miles de millones gastan los heterosexuales solteros en vídeos X; cuánto las chicas adolescentes heterosexuales en ropa y calzado; cuánto los universitarios de todas las tendencias sexuales en *pubs*; cuánto los jubilados murcianos en tabaco o cuánto las amas de casa trabajadoras de entre 30 y 45 años en bebida. Pero ninguna comunidad salvo la gay (y la lesbiana, más entre paréntesis que nunca) es sometida en el espacio de lo público a una estrategia de representación tan exclusiva. Encima muy agradecidos; mejor inversores y consumidores que psicóticos, imbéciles, neuróticos o moralmente débiles.

Los gastos que se mencionan parecen, en general (y salvo una vena un tanto lúbrica de unos cinco mil millones), ideológicamente asimilables. Casi irreprochables; nada aparentemente ilegal o moralmente condenable por el neoliberalismo imperante. Claro que se podían haber dado cifras igualmente millonarias de gastos en turismo sexual, en drogas ilegales o en promoción de estrategias destinadas a echar a perder a la (hetero) juventud como las campañas que animan al uso de preservativos..., pero eso hubiera puesto de manifiesto una estrategia distinta. De lo que aquí se trata es de promocionar una integración de chequera; de prostituir a toda la sociedad y comprarle su tolerancia. A los ricos nadie les tose. Así pues, todo claro. No se trata de criminalizar; sólo de alienar reduciendo todas las dimensiones de la vida de las personas a su faceta como eslabón de un sistema económico.

Una estrategia más militante habría señalado que también los heteros gastan un pastón en los *sex-shops*, o que los gays y lesbianas tienen gastos más sociales (¡colaboramos con muchas ONGs!; ¡somos supersolidarios!), que pagamos impuestos, que gastamos más en libros, cine o teatro que en películas X (aunque ese gasto se pierda en una categoría imprecisa etiquetada como “ocio”), o que miles y miles de lesbianas y gays tienen ingresos muy limitados, que casi siempre deben disimular para encontrar un puesto de trabajo, que prosperan con mayor lentitud o están más sujetos a la precariedad laboral o el despido improcedente simplemente porque hay mucho jefe homófobo... en fin.

Muy pronto, de la sección de “sociedad” pasamos a la de “negocios”. Ya no hay vuelta atrás (y, de nuevo, tan contentos; cualquier cosa antes que volver a las de “sucesos”). Por ejemplo, a las puertas de la campaña navideña de 1997, en las páginas salmón de *El País*,

aparecía un gran titular: «El mercado ‘rosa’ se abre a nuevos sectores». En el artículo podíamos leer: «El colectivo de gays y lesbianas genera entre 3,5 y 5 billones de pesetas»; «el mercado rosa en España se encuentra en pleno desarrollo»; «la facturación anual de los 500 establecimientos dirigidos al segmento de población homosexual se sitúa en torno a los 2.500 - 3.000 millones de pesetas». Una verdadera inflación de cifras. Nada que tenga que ver con “la homosexualidad” parece que pueda definirse ahora sin poner muchos ceros en esa definición.

Más páginas de color salmón (del mismo color del pescado que, en tiempos previos a las piscifactorías, era un símbolo de *status*). Esta vez en *El Mundo*, y tan solo una semana después del artículo citado, podíamos leer: «Las empresas dedicadas al ambiente gay, un sector en expansión, mueven 2.500 millones cada año». El titular del artículo anunciaba: «El despegue de los negocios ‘rosas’». En ambos casos, las cifras son las mismas; el número de negocios que se cita es el mismo, incluso coincide el interés por las franquicias, las asociaciones de empresarios y otras derivaciones inesperadas de lo que algunos ingenuos considerábamos que era la visibilidad, la liberación y otras niñerías por el estilo.

Por si alguien pensó que esto no era más que una moda que pasaría con el furor de gasto que la natividad impone, varios meses más tarde permanecían todos los signos de un nuevo vector de definición de “la homosexualidad” que hace de los guarismos su fundamento. En *Interviú* se publicó un reportaje titulado «La explosión gay. Los homosexuales españoles manejan 3,5 billones de pesetas al año». Es decir, 3.500.000.000.000 pesetas. De ese 6% del PIB, aprendemos que gastamos:

308.000.000.000 pts. en vestido y calzado

681.000.000.000 pts. en alimentación, bebida y tabaco

165.000.000.000 pts. en inversiones en ocio.

La renta es, según unas estadísticas y unos estudios que nunca aparecen citados, entre un 20 y un 30% superior a la media. Y además, «Cada homosexual cuenta con 50.000 pesetas al mes sólo para ocio». De nuevo, nadie sabe de dónde salen tantos ceros. Ni de dónde salen esos maricas poderosos. Ni por qué son representativos o se les hace representar a toda una comunidad. Las cifras pueden haber salido de la chistera de unos mercachifles y engañabobos. Pero si no es así; si hay un estudio detrás, no sólo debería citarse, sino que

debería explicarse cuál fue su metodología: cuántas encuestas, cuándo y dónde se llevaron a cabo y, sobre todo, cómo se seleccionó la muestra.

Si hubiera siquiera un poquito de seriedad, quienes aventan esos estudios deberían explicar de dónde sacaron la muestra que los sustenta. No existe ni un solo método que pueda presumir de riguroso a la hora de representar a los y las homosexuales. Todos los estudios estadísticos sobre gays y lesbianas reconocen que se enfrentan a una dificultad que sólo autoriza proyecciones arriesgadas. ¿Los sacamos callejeando por el corazón de Chueca? ¿Apelamos a los suscriptores de un periódico musical? ¿A los socios de un colectivo?. Nos sale un perfil mayoritariamente urbano en el primer caso; demasiado joven y sociable en el segundo, y tirando a intelectual o políticamente comprometido en el tercero. En todo caso, aventuremos que la inmensa mayoría de los gays y lesbianas no quedan representados en tales muestras. En concreto, las lesbianas, la gente de pueblos y ciudades pequeñas, los pobres y los viejos quedan bastante fuera de juego. Y quedan fuera (y esto es importantísimo) todos y todas las que no quieren hablar en primera persona como gays y lesbianas; que, como tales, no están siquiera dispuestos a rellenar un cuestionario anónimo. Y éstas y éstos son aún, lamentablemente, la inmensa mayoría.

Pero no pasa nada. El rigor, insistimos, está de más. Si en menos de dos años “los homosexuales” hemos pasado de controlar el 3% del PIB (según *El Mundo*) al 6% (como dice *Interviú*), (o —extrañamente— de 2,5 billones a 3,5 billones), la cosa es verdaderamente revolucionaria, por no decir que hay mucho listillo suelto y mucho cretino dispuesto a dar pábulo a tanta estulticia. Pero miremos las cifras con más atención. Por capítulos, si bien el nivel de gasto no se dobla, su crecimiento, no obstante, es igualmente espectacular. Por ejemplo. En el epígrafe “vestido y calzado” el dispendio sube en 28.000 millones. En “alimentación, bebida y tabaco” el gasto supuesto crece en 62.000 millones. Y 15.000 millones más en ocio. Nadie, por supuesto, se pregunta si eran equivocadas las primeras cifras o si yerran estas últimas, como nadie explica de dónde sale ese crecimiento si es que son acertadas.

Más dudas. No se especifica qué porcentaje de gays y lesbianas compone la muestra. Si estuvieran al 50% (una hipótesis paritaria bastante improbable, pero quién sabe), resultaría que también las lesbianas gastan un dineral en saunas, sex-shops y vídeos X. Pero, ¿a qué saunas acuden las lesbianas?; ¿qué pornografía consumen: la heterosexual, la falsamente lésbica de rubias cardadas con uñas larguísimas y encajes..., o la gay?; ¿puede, acaso, que lo gasten todo en dildos?; ¿o no gastan millonadas en nada de lo antedicho y es éste un

dispendio casi exclusivamente gay? En suma, ¿hay alguna representación lésbica en todo esto?

En fin, también el suplemento local del diario *El Mundo* titulaba en primera página «El “boom” del barrio “gay”. El precio del metro cuadrado en Chueca ha aumentado en un 25%». Estamos en «El Dorado madrileño». Carlos Fernández, director de una inmobiliaria, precisa que «a los caseros les gusta tener inquilinos gays. Cuidan bien las casas, pagan puntualmente y son muy buena gente». ¿Más cifras? El Colegio de Agentes de la Propiedad de Madrid aclara a *El País Semanal* que «la compra de casas se ha revalorizado en un 10%, la demanda de alquiler ha crecido un 30% y ha habido un aumento del 50% en locales nuevos». En palabras de Luis Antonio de Villena (muy poco sospechoso de permanecer acrítico respecto a las exclusiones que en Chueca cristalizan), «gays y lesbianas han dado color, vida y mejora económica al barrio. Han erradicado el camelleo y han vuelto rentables muchos, muchísimos negocios».

A partir de ahora, junto a los cuatro tigres emergentes de las economías del sudeste asiático, habrá que hablar también del lince rosado de Hispania. Aznar no lo sabe, pero su milagro económico es cosa de maricones. Pero de maricones discretos, como el empresario que oculta su rostro, porque una cosa es montar una empresa y sacarle los duros a esos gays ricos que acabamos de descubrir o de inventarnos, y otra cosa bien distinta es que en el mundo de las finanzas, cuajado de tiburones de rígida mandíbula, le vayan a tomar a uno por pierdeaceites. Al parecer, el espíritu empresarial, el dinero y la prosperidad salidos del mundo gay (como la fama) no bastan ni requieren que se rompa con el armario.

El movimiento de gays y lesbianas, recordemos, surgió en el caldo de cultivo de una frágil e inestable comunidad de deseo. No hace tantos años, lo único que unía a los gays era un achuchón compartido, de modo precario muchas veces; o el anhelo de un revolcón que con harta frecuencia no llegaba a materializarse, o el ansia por tener a alguien al lado. Se trataba entonces de transformar esos lazos para establecer una comunidad de otro tipo; algo más público y relevante. De lograr que la gente gay y lesbiana compartiera un compromiso, de que trabajara conjuntamente por cambiar las bases de una sociedad excluyente. De crear, en pocas palabras, una comunidad de lucha. Eso es lo que logró, durante un plazo breve, aquel primer movimiento que hizo de la lucha contra la “Ley de Peligrosidad” franquista su bandera.

Pues bien, de todo aquello ya no queda más que una comunidad de consumo. Se acabó la visibilidad de la movilización o la reivindicación. Ya no se comparten deseos ni luchas, sino patrones de gasto. Ya no brilla el deseo, sino las etiquetas de la ropa. Ya no se exhiben ni

se contemplan anatomías, brillos en la mirada o temblores febriles en la comisura de los labios, sino símbolos de *status*. Nadie tendrá legitimidad alguna a la hora de reclamar derechos, libertad o justicia. Tenemos tanto dinero que nos callarán la boca si nos mostramos indignados. Habrá que encomendarse a la Diosa Fortuna y pedirle que nos ayude a campar este temporal de obsesiones monetarias. Que nos asista con mucha suerte para que podamos resistir el embate de las conminaciones al gasto y la alienación implícita en esa definición exclusivamente crematística de lo que somos. O, por lo menos, que nos ayude a sacar una buena bono-loto.

2. Las mentiras del Edén gay

Es realmente impresionante la cantidad de pastel de fresa que aún queda por repartir. Como si de una locomotora sin freno se tratara, los proyectos empresariales dirigidos a un público gay se han lanzado al unísono a la conquista de parajes de consumo inexplorados. Si parece evidente que entre unos y otros hay algo así como competencia, más significativo es, a nuestro entender, el acuerdo tácito sobre la dirección de ese tren de progreso. Por eso hablamos de una sola locomotora. Las nuevas iniciativas se dirigen todas a unas determinadas tierras vírgenes de riquezas inexploradas, construidas simbólicamente un poco a lo loco y que, lo más curioso del caso, se están confirmando como existentes en potencia, seguramente no al céntimo, pero sí al menos en grado suficiente. En suma (y como no podía ser de otra manera), hay dinero que se mueve en torno a la comunidad gay.

Da la sensación de que lo más importante no es exactamente quién llegue primero, sino el hecho de que se alcance el objetivo, de que se abran las fronteras de una *terra incognita* que esos alegres estudios nos presentan como cuajada de recursos. Y así, pese a algún que otro “quítame allá ese beneficio”, unas y otras iniciativas se felicitan y se animan mutuamente. Todo el mundo de la empresa (o llamémosla ya definitivamente “emp-rosa”) parece saber bien dónde está ese nuevo mundo, y es por eso que más que una aventura de carabelas a la deriva en una mar oceánica, estamos ante un proyecto de apertura de una única vía férrea con un destino preciso. Un ferrocarril que se está tendiendo a la misma velocidad que lleva la máquina que lo recorre. O se colocan más rieles a todo correr, o esa locomotora se va al cuerno.

Pero toda conquista tiene sus trapos sucios y ésta, como no podía ser menos, cuenta con sus propias ignominias. Estamos aprendiendo a marchas forzadas que la lógica del

mercado y el beneficio (o, por decirlo como antes se decía, la lógica del capitalismo) no es en absoluto incompatible con una lógica *rainbow*. La bandera del arco iris, recordémoslo, nació para representar la diversidad de la comunidad de gays y lesbianas. Su representatividad, no obstante, y en sólo unos pocos años, ha perdido bastante credibilidad. Ya han salido banderas concurrentes: la de las comunidades del s/m —con el azul (blu-yin) y el negro del cuero, el neopreno y el caucho (el léder y el ráber) como colores protagonistas—, y la de los osos —en tonos pardos, claro, y con una huella de plantígrado—. Pero, y esto es lo realmente importante, la bandera del arco iris ha perdido todo contenido político y se asocia hoy a un reclamo publicitario.

Poco habría que objetar si esa apropiación de un símbolo de activismo supusiera que éste guardara en el espacio del comercio gay su significado originario. Pero al ser usurpada, la bandera ha pasado a cobrar un significado completamente nuevo. Ahora parece que todos esos colores, al centrifugarse a la velocidad de vértigo de la lógica empresarial, no dan otro resultado que el resplandor del dinero. De aquella gama cromática no exhaustiva, pero al menos variada, hemos pasado a un brillo cegador que enmascara todas las diferencias; que las anula “en beneficio” de una imagen “saneada” de la comunidad. Porque si las autoridades han saneado la economía, una parte de la prensa gay y no gay, y una parte del movimiento de gays y lesbianas han ordenado, limpiado y desinfectado a la comunidad. Así pues, Comunidad Contenta y Saneada.

Porque resulta que la vía que se está tendiendo hacia la visibilidad, la aparente salida del armario a escala global que se está promocionando con el beneplácito (cuando no el protagonismo) del movimiento gay, pretende dirigirse al terreno bien definido de la prosperidad, y no a los de la igualdad, la libertad o la justicia. ¿Quién iba a interesarse por descubrir y explotar parajes baldíos? ¿Quién iba a pelearse por parcelar un desierto sin petróleo en el subsuelo? Y, como ya hemos visto, ¿por qué haría falta salir del armario, con lo respetuosos que somos aquí con los empresarios gays, con los políticos gays y lesbianas, con las famosas lesbianas y gays y con sus respectivas “intimidades”?

Pocas han sido, hasta ahora, las voces que se han alzado en contra de esta carrera de progreso. Ello se debe, fundamentalmente, a esa especie de “liberación” que parece llevar implícita este proceso y que habría que considerar con cautela, si no con cierta desconfianza. Esa visibilidad, esa salida colectiva de los armarios de la clandestinidad, el secreto y la vergüenza que en muchos casos sí se producen, son difícilmente criticables. Parece que todas deberíamos felicitarnos porque ahora tenemos tantas y tantas posibilidades de mostrarnos ante

el mundo con un barniz de respetabilidad y unos aires de incuestionable triunfo. Diríase que existimos socialmente por vez primera, aunque sólo sea en la medida de nuestra rentabilidad.

La única postura de contestación que nos ha parecido atisbar frente al proyecto de explotación de esas nuevas posibilidades responde a una estrategia vagamente quejumbrosa. Todo lo más, alguna voz ya bien aislada que musita ligeros reproches, apelando a una supuesta ética que nadie se atreve a formular. Y muchas referencias, eso sí, a aquello que se ha llamado “movimiento anti-gay”, del que por estas latitudes apenas se conoce otra cosa que un libro deshilvanado y malo cuyo mayor mérito ha sido ponerle una etiqueta “comercial” a una inquietud que ha cuajado en Gran Bretaña.

No son éstas, claro, las estrategias que nos parecen interesantes o efectivas. Ni siquiera creemos que se aproximen demasiado al estado de cosas en que vivimos. Porque en esas tímidas protestas se acepta (o no se cuestiona) la premisa del estatuto desértico y baldío de esos márgenes. Y resulta que, si nos paramos a pensar un poco, al final se hace evidente que esos márgenes están más densamente poblados de lo que nadie quiere admitir. Y que en esos lugares recónditos adonde nadie quiere dirigirse hay tantas riquezas como queramos en ellos descubrir. Quizás no sea el oro que otros buscan; acaso tengamos que empezar a valorar nuestros cadmios, titanios, plutonios... (el neopreno del traje de hombre-rana: menos brillo, pero mejor tacto, o el cromo del dildo, por ejemplo).

Veamos, pues, quiénes estamos en esos parajes yermos donde el comercio rosa no quiere meter sus inversiones. O, por decirlo de otro modo, veamos a quiénes ha habido que hacer desaparecer para que “la nuestra” sea una comunidad convenientemente saneada. Y permítasenos la licencia de ponernos en el pellejo, en ocasiones bien ajeno, de esos márgenes, y de hacer nuestras voces que, de otro modo, nadie va a querer escuchar. Que la primera persona, aunque tramposa, sirva para dar una voz de alerta frente a la tentación de evacuar sujetos que, aunque no estén presentes como redactores de estas páginas, sí queremos que formen parte de estos razonamientos.

De entrada, parece obvio que por allí andamos casi todas las bolleras. Por pobres. O por poco gastonas, por descuidadas, por *hippies*, o por feministas, que tanto da. Como somos mujeres, pocas precisiones más hacen falta. ¿El paro femenino? *Was ist das?* Pero también estamos los viejos, que ya no hay quien nos venda unos modelitos imposibles, ni quien nos mantenga dando brincos y metiéndonos copas desde primeras horas de la noche hasta media tarde del día siguiente. ¿Pensiones de miseria? *Qu'est-ce que c'est?* Por supuesto, los menores de dieciocho seguiremos haciendo la calle a base de botellón y calimocho, o

haciendo la calle en espera de que algún famosete grotesco nos ofrezca un par de billetes, que al final en ocasiones ni llega a pagar, amenazando e insultando si además somos moros. Seguiremos, en suma, salvando el pellejo como podamos. ¿Menores expulsados de sus casas que malviven haciendo chapas? *What does that mean?*

Los ciegos, sordos o parálíticos, como ya estamos discriminados, pues tampoco pasa nada porque no se acuerden de nosotros. A la ONCE y al INSERSO. Los maricas y las bolleras de los pueblos y ciudades pequeñas tendremos que acudir a la megápolis más cercana para tener un poco de vida de fin de semana. Entre tanto, a llamar a los 906. Los sidosos, en general, nos quedamos en casa tomando centenares de pastillas de esas que colocan, pero de otra forma bien distinta de las que centran las conversaciones en el gueto (así no le cortamos el rollo a la gente). ¿Pero no hay grupos de esos de autoapoyo? Los seropositivos mejor que disimulemos. Los sero-no-sé-qué que sigamos sin saber nada: *carpe diem*. Los extranjeros podemos ser exóticos en rasgos, acentos y tonalidades de epidermis, pero no pobres o ilegales. Es que da como mal rollo. Los gordos, peludos, s/m's, promiscuos y solteros que no queremos dejar de serlo, habremos de conformarnos con las oscuridades, porque si no tenemos propósito de enmienda, es mejor que lo nuestro no se vea. ¿Cómo nos van a dar derechos de derechas con semejante pandilla de impresentables echando por tierra nuestros esfuerzos? Como tampoco deben verse las transexuales grotescas que lucen silicona: dan “mala imagen”. Si acaso alguna *drag* muy sofisticada de esas que divierten a las chicas que celebran despedidas de soltera. Pero nada de travestones; ni *pre-op*, ni *post-op*. Y así sucesivamente.

Quizás por ello no se publiquen crónicas sobre el petardeo que hay por las mañanas en un centro de análisis de sangre en Madrid o en los pasillos de un hospital en Barcelona, por las tardes en las estaciones de tren o por las noches en los parques. Puede que eso explique que el sida sea una cosa de lazos y solidaridades, cava y caviar una vez al año, y no algo que llevamos dentro o que tenemos al lado o encima. O que prevalezca la idea de que eso de las “barreras arquitectónicas” es asunto de los ayuntamientos, y no de los locales (se nos ocurre una excepción: “El Barón Rampante”, en Sevilla; el primer bar que vemos con baño accesible para sillas de ruedas).

Lo grave del caso no es que la iniciativa rosa haya creído descubrir un edén limpio y rentable, a costa de ignorar y sumir en la abyección todo lo que ha considerado estéticamente estridente, sexualmente abyecto, sanitariamente peligroso, físicamente inadaptado, económicamente insolvente o políticamente no presentable. Lo peor de este asunto es esa

mansedumbre con que una mayoría de lesbianas y gays parece haberse acostumbrado a acudir desde sus dominios periféricos a la reluciente estación rosa para intentar coger un tren que sólo promete como destino una orgía de gastos. Y que siembra a su paso humillación, displicencia y soberbia.

Lo vergonzoso es que no seamos capaces de denunciar ese espacio subsidiario que se nos otorga graciosamente a las chicas para que todo parezca mixto y moderno. Que nadie diga que es más importante saber qué pasa con las terapias combinadas de antirretrovirales, con los condilomas, y el cáncer de mama o de cuello de útero... que hablar de lipoesculturas y alargamientos de pene. Que haya que pedir perdón o inventar una excusa para irse a casa, para no tomar una copas (más) y (más) drogas. Que dé corte no lucir marcas en la ropa o preferir la tasca del barrio al último mari-restaurante que se ha abierto.

¿Puede alguien decirnos de qué nos sirve esa “liberación” o esa “visibilidad” que se hace indirectamente en nuestro nombre para después dejarnos tirados en la cuneta? No olvidemos, en fin, que con motivo del 25 aniversario de la Revuelta de Stonewall se organizó en Nueva York una contra-manifestación convocada por *Act Up* y a la que se sumaron todas las voces críticas que reivindicaban el verdadero espíritu de Stonewall: el de las travestis que se liaron a pedradas con la policía. Y que por ahí puede estar la solución: dejar de ser las plañideras descontentas y los pepitos grillos; dejar a un lado la “cultura de la queja” y pasar a la acción articulando espacios propios; códigos, citas, foros, discursos propios...

Lo deprimente, en suma, es que nadie diga que ese Edén no existe. Que se lo han inventado. Que nos están vendiendo un decorado falso que, encima, tenemos que subvencionar (cada cual con los medios de que disponga), construir y poblar para que, sin dejar de ser ficticio, sea mínimamente creíble. Y para que pueda atraer a otras incautas hacia ese escenario de falsos oropeles y letreros luminosos. Todas y todos estamos en los márgenes, por una u otra razón, antes o después. Incluso quienes se empeñan en salir sonrientes ante las cámaras aparentando pulcritud estética o inocuidad ideológica. Y las periferias dan mucho juego. Un juego donde las ganancias se miden en multitud de unidades. Y donde están mejor repartidas. ¡Hagan juego!

CRIMEN

Matar lo suficiente. Casquería y pornografía

La colusión entre una determinada imagen de la “homosexualidad” y un estereotipo que la asocia a la violencia y a las pulsiones asesinas, tiene en la figura de Jeffrey Dahmer (más conocido como “El carnicero de Milwaukee”) el prototipo perfecto. Dahmer no sólo encarna al marica(sesino), sino también al marica(sesinado). Su caso no sólo acaparó una atención muy generosa de la prensa norteamericana, sino que incluso aquí fue seguido con entusiasta atención. El libro que a él le dedicó la periodista norteamericana Anne Schwartz, y que prontamente publicó en castellano la editorial Grijalbo en 1994, constituye un ejemplo harto elocuente de cómo se lleva a cabo esa simbiosis, y de cómo dicha asociación es bien recibida en contextos bien alejados

Dahmer, que mató a 17 jóvenes y fue sentenciado a cadena perpetua, acabó a su vez asesinado por otro recluso mientras cumplía la condena, de modo que, una vez más, se cerraba el círculo de la “violencia homosexual”. Recordemos que su *modus operandi* se iniciaba cuando se presentaba a un desconocido. El reiterado rito del asesinato (éste sí —a diferencia de la boda— reconocido como posible y probable para “el homosexual” en tanto que asocial y disfuncional), incluía sistemáticamente la proposición de acudir a su casa para que, a cambio de dinero, el inadvertido individuo posara ante una cámara fotográfica. Dahmer ofrecía una bebida fuertemente narcotizada a sus invitados y, una vez habían caído dormidos, los estrangulaba hasta matarlos. Después descuartizaba los cuerpos ya sin vida y, en ocasiones, conservaba en su apartamento partes de éstos.

En el caso del Carnicero de Milwaukee, también lo innombrable y lo atroz es hablado a partir de (y a través de) otra nefanda categoría: “la homosexualidad”. Pero si éste es el argumento más obvio de los que se pueden desarrollar a partir del análisis del caso que hace la periodista, también ese mismo libro nos ilustra sobre algunas otras cuestiones interesantes. La primera que queremos tratar es la necesidad de una reconstrucción biográfica en busca de razones que se articula paralelamente (y en este caso de manera absolutamente simultánea) tanto para “el asesino” como para “el homosexual”. La segunda es la caracterización de un peculiar “estilo de vida” donde peligro y “homosexualidad” van de la mano y que hace abstracción de los factores más decisivos. Por último, trataremos de poner de manifiesto cómo

se confunden los signos de la violencia con los de “la homosexualidad” a través de la categoría de la imagen pornográfica.

1. Un niño traumatizado y cruel

“La homosexualidad” es una etiqueta que justifica, más que ninguna otra, una afanada búsqueda de motivaciones en la infancia. Cualquier elemento disonante (y cada acto o intención “homo” está potencialmente en disonancia con “la sociedad”) debe tener una explicación retrospectiva y *a posteriori*. Retrospectiva porque ha de localizarse en un pasado lejano; porque es en esa lejanía cronológica donde debe buscarse la explicación del presente. *A posteriori* porque hasta que esa disidencia no se formula explícitamente, no hay necesidad de desencadenar el proceso de indagación biográfica.

Nuestras sociedades presionan siempre para que esa disonancia se manifieste de un modo u otro. Es difícil ser gay o lesbiana sin que se intente hacer de una simple opción sexual distinta de la mayoritaria el germen de una problemática. Por ello, la indagación en el pasado y la búsqueda de una causalidad está siempre vigente. Pero en el caso de que a esa disidencia con el orden sexual se le sume una insistente vocación homicida, el énfasis en la necesidad de un examen biográfico se hace aún más palpable. Se suman o, mejor dicho, se multiplican entonces dos inquietudes.

Jeffrey Dahmer plantea, pues, el reto de buscar causalidad a dos disonancias. “La homosexualidad”, por un lado, y “la pulsión asesina” (o la locura, el sadismo...), por otro. Que se confunda una y otra dimensión de la indagación es algo inevitable cuando el relato parte de una confusión interesada entre ambas esferas.

«Pero algo se agitaba en el interior de Jeffrey, una ira que había estado generándose desde su adolescencia cuando se dio cuenta de que era homosexual».

Así, en cuanto se ha consumado la detención de Dahmer por parte de la policía, y cuando los macabros secretos que escondía su apartamento son desvelados a toda una sociedad estremecida, da comienzo una inquietud por saber cuándo y cómo se fraguó un personaje (o una personalidad; un tipo humano) así. La especulación sobre el momento en que se originó “el carnicero” se resuelve bien pronto en favor de la hipótesis retrospectiva:

«Todos los que trabajábamos en el caso Dahmer, estábamos seguros de que en algún momento de la infancia de Jeffrey Dahmer había comenzado una tétrica fantasía».

Lo que podría no ser más que una vaga intuición, pasa pues inmediatamente a constituirse en hipótesis de trabajo. La investigación sobre el pasado de Dahmer debe arrojar luz sobre sus actos. El público o “la sociedad” parecen exigir certezas, causalidades, motivaciones; como si fuera necesario conocer el programa o la receta que lleva a una persona a convertirse en asesina. Por si pudieran evitarse otros casos similares. Y como si el carácter escalofriante del resultado de dicho proceso requiriese que su inicio se situara muy atrás. Muchos años de “desviación progresiva” debían hacer falta para llegar a un lugar tan apartado de la razón.

Es más. Al alentar una detallada investigación sobre la infancia de Dahmer, lo que se busca son los rasgos que ya entonces y desde siempre lo convertían en asesino. Como si toda una sociedad fuera incapaz de soportar la idea de que otros Dahmer estuviesen gestándose en su seno por desconocidos procesos. O la idea aún más aterradora de que pudieran surgir otros Dahmer sin necesidad de que éstos se hubieran estado gestando; sin razón aparente, sin una historia y un proceso que explicaran y dieran un sentido a esta experiencia traumática.

«Desde que fueron descubiertos sus atroces crímenes, los periodistas habían estado indagando en la infancia de Dahmer para descubrir cualquier indicio que demostrara que ya en aquella época era un asesino en potencia».

La ansiedad por obtener una explicación es asumida por los periodistas, que a su vez la difunden hasta hacer llegar la inquietud a todos los resquicios del cuerpo social. «Me encontré arrastrada por el pasado de Dahmer porque sentía que tenía que haber una explicación». Schwartz, al menos en este punto, no engaña: «Después de hablar con incontables profesionales de la psiquiatría y especialistas en asesinatos en cadena, descubrí que a veces simplemente no la hay». Sin embargo, el libro no es una mera reconstrucción de los hechos; se trata más bien de un intento de explicación. Explicación, en última instancia, fallida y que se resuelve en esa otra dimensión inexplicable del incumplimiento de la ley de “la heterosexualidad”.

En cualquier caso, ya que los periodistas “sienten” ese clamor que exige explicaciones, se desencadenan especulaciones de todo tipo. Dahmer había sufrido abusos

sexuales de niño. Este argumento se repitió abundantemente en diversos medios informativos. El detenido, al que no le dolían prendas al confesar cómo y cuánto había matado y dónde se ocultaban los cadáveres, no confirma esa idea: «le dijo a la policía que no tenía recuerdo ninguno de tal abuso». Y en esa ausencia de recuerdo; en ese “olvido” que el psicoanálisis puede explicar, reside el potencial explicativo último. Puede que Dahmer no recordara aquello, pero pudo suceder. De hecho, si la presión aumentase, sería posible convencerle a él y a la sociedad entera de que así fue.

«Queríamos creer que algo había traumatizado al pequeño Jeffrey Dahmer, ya que de otra forma tendríamos que creer que algunas personas simplemente daban a luz monstruos».

Además de la hipótesis del abuso sexual (a la que también se apela a menudo como explicación a una “homosexualidad” incomprensible o violentamente apartada de la teleología heterosexual), otros factores mencionados fueron la crueldad del pequeño Jeff con los animales o el hecho de que fuera ateo. Pero los argumentos más decisivos se emplazan entonces en la adolescencia y la parte del león de la causalidad se la lleva la conflictiva situación familiar. La sentencia que resuelve el proceso de divorcio entre sus padres llega en julio de 1978. Sólo un mes antes, acabando ya el largo proceso de separación y ruptura de la familia, Jeffrey cometía su primer asesinato. Para Schwartz, el encadenamiento entre un suceso y otro es evidente. «Algo en el interior de Jeffrey Dahmer pareció desmoronarse al mismo tiempo que el matrimonio de sus padres». A lo largo de todo el siglo XX, una línea de explicación de las causas y motivaciones de “la homosexualidad” incide en la importancia del clima familiar, en las crisis de las parejas heterosexuales progenitoras, en la ruptura de una unidad donde lo masculino está encarnado y lo femenino también. Donde hay roles y jerarquías definidas. Así lo señalamos en el artículo titulado «Nenaza» de *Homografías*. Así lo confirmaba también, por ejemplo, el alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano cuando, en 2000, se refería a un caso de violencia doméstica señalando que «en las parejas de hecho» hay más violencia, y sumiendo así en un referente asociado a “la homosexualidad” un caso de violencia heterosexual.

Todas las personas que pudieron conocer al asesino de Milwaukee fueron acosadas por la prensa en busca de testimonios esclarecedores. Tras entrevistar a una compañera de estudios, un titular de la prensa local decía así: «BELLEZA DE INSTITUTO SIENTE ESCALOFRÍOS

AL SABER QUE TUVO UNA CITA CON EL DIABLO». Pero sobre todo, las declaraciones (o las confesiones) más solicitadas fueron las de la madre y el padre de Jeffrey Dahmer. La madre se negó a hacer declaraciones: «Como madre del autor de una serie de asesinatos, puede que tema la condena por parte de la sociedad que cree que los padres tienen alguna responsabilidad sobre aquello en lo que se conviertan sus hijos». El padre tampoco aportó detalles significativos.

En suma, la causalidad retrospectiva no logra proponer una explicación verosímil. Si acaso, incide en la confusión homo-crimen a partir de una de esas típicas apelaciones a una versión vulgarizada del psicoanálisis tan en boga entonces. Y aún hoy. Si desde el periodismo apenas se puede hacer uso de las tecnologías que investigan el código genético de los individuos (al menos de momento), el psicoanálisis, en cambio, es desde hace décadas mucho más susceptible de acoger este tipo de iniciativas.

2. Las víctimas culpables: el “estilo de vida” como causa de muerte

«Todas las víctimas de Jeffrey Dahmer le facilitaron las cosas de alguna forma, lo cual no quiere decir que mereciesen la muerte, sino más bien que sus estilos de vida y su tendencia a correr riesgos innecesarios contribuyeron a sus muertes. El hecho de que muchas de las víctimas de Dahmer tuviesen antecedentes criminales era también una característica típica de los que contribuyen a su propio asesinato».

Hay una forma de vivir que es, en el fondo, una forma de buscar la muerte. Como también hay una categoría de personas que son las que «contribuyen» a su propio asesinato. A ella debía pertenecer Gianni Versace. Recordemos que el informe policial sobre el asesinato del modisto mencionaba «aficiones» como utilizar los servicios de chaperos. Rechazar, como en este caso hace la autora, la idea de que las víctimas de Dahmer «mereciesen la muerte» suena a una cláusula introducida *in extremis* en su discurso para salvar su argumentación de un exceso de homofobia que, de todos modos, está presente de manera bien palpable. Como si, en el último momento, se arrepintiese de explicar esas muertes de —claro— “homosexuales” hasta acabar justificándolas. Una vez expuesta esa lógica fatal que lleva a la autodestrucción por mano ajena (pero, significativamente, también “homosexual”), la periodista se quiere salvar a sí misma.

«Los jóvenes salían de los bares de homosexuales con hombres a los que no conocían, llevaban vidas llenas de riesgo y al final fueron asesinados como resultado de su propia negligencia e imprudencia. Estaban buscando relaciones sexuales sin nombre ni rostro».

Tradicionalmente, esas «relaciones sin nombre ni rostro» (“anonimato” y “promiscuidad” son los términos que suelen salir a colación) se explican a partir de dos razonamientos. El primero abunda en la libertad de los placeres con respecto a las normas sociales. No hace falta conocer los detalles biográficos o la filiación de otra persona (ni siquiera tener una visión completa de ésta) para compartir con ella una experiencia física de placer sexual. El segundo razonamiento incide en el clima represivo que el prejuicio homofóbico impone en nuestras sociedades. El imperativo de discreción puede ser resultado del miedo a ser identificado, a perder, de golpe, la posición social o laboral, el cargo institucional o el papel simbólico que algunos ocupan (...recordemos a George Michael). Pero en el caso que nos ocupa, quizás no haya que hilar tan fino.

Y es que la propuesta de Dahmer incluía una recompensa económica. El estilo de vida que para Schwartz es un estilo de muerte, es el de los jóvenes, maricas, pobres y, a menudo, negros, hispanos o asiáticos. Así eran la mayor parte de los asesinados. Éstos son los que tienen una «tendencia a correr riesgos innecesarios». Atribuir la violencia a un “estilo de vida” de ciertos sujetos y no a la organización social capitalista, homofóbica y racista es un argumento de un cinismo insoslayable. Pero la autora, además, da rienda suelta a su fantasía, y añade de su cosecha lo que en ningún momento parece plausible. Quienes se fueron con Dahmer a su casa conocían su nombre y habían visto su rostro. Habían hablado y accedido voluntariamente a acompañarle. Muchos aceptaron su propuesta a plena luz el día. Habían hablado de la sesión de fotos; habían negociado. El relato de la periodista, sencillamente, es engañoso y radicalmente falso; pura tergiversación.

El “caso Dahmer” tuvo obviamente un fuerte impacto en el seno de la comunidad gay de Milwaukee. Pero la periodista parece sorprendida por el hecho de que en esa comunidad no se hubiera instalado un clima de conmoción eterna. Seguramente la primera sonrisa pública del doliente universal, Elton John, causará cierto estupor en quienes han decretado un estado de funeral permanente cuya única alternativa es el renacer de los coqueteos con la parca.

«Cuando el furor se aquietó, la vida homosexual volvió a ser igual que antes, con los muchachos de piel suave deambulando por las paradas de autobús en el exterior de los locales nocturnos, y los hombres buscando en el interior amor y aceptación, aunque sólo por una noche. Continúan esperando en esas paradas de autobús, y algunos encuentran lo que buscan. Es ya demasiado tarde para los que cayeron en manos de Jeffrey Dahmer».

En suma, en su análisis, Schwartz retrata una comunidad incapaz de aprender la lección. Al clima de paranoia le sucedió –a sus ojos con sorprendente prontitud–, un regreso a los hábitos tradicionales. Un retorno al “peligro”. Todo volvió a ser como antes y, por ejemplo, los «muchachos de piel suave» siguieron tirados en la calle porque la legislación continuaba impidiéndoles establecer un marco de relaciones mínimamente estable; porque más claramente, esa misma legislación les impedía aún acceder a dichos locales por no tener la edad requerida; porque, en fin, ser joven y pobre y marica y no blanco sigue siendo difícil. Persistió la política de aislamiento de los jóvenes, y se mantuvieron sus efectos en desarraigo y precariedad. Se mantuvieron también, sin duda, las desventajas económicas y los prejuicios racistas. Y la violencia, lejos de atajarse, cuestionarse o combatirse, sigue siendo justificada. Dahmer no es un ejemplo de homosexual psicópata, sino la metáfora de una sociedad de violencia que castiga más a quienes más excluye. O, al menos, así lo consideramos nosotros.

Además, Dahmer es una metáfora de una sociedad paranoica que intenta escapar a la violencia que ella misma genera, y que acaba por encontrar esa misma violencia incluso en sus refugios más aparentemente inexpugnables:

«Después del acaudalado suburbio de Bath, Ohio, la siguiente residencia de Jeffrey Dahmer sería otro lugar tranquilo: West Allis, Wisconsin. Entre las modestas casas de acicalados jardines a las que se mudaba la gente para huir del rápido aumento del índice de criminalidad de Milwaukee, Dahmer mataría y descuartizaría a cuatro jóvenes».

Dahmer, en definitiva, es la prueba de que hay un modelo de “homosexual” listo para ser expuesto, y que hay un estereotipo que presenta a toda una comunidad gay dispuesta a ser reducida a la inconsciencia, a la temeridad, a la irresponsabilidad. La prueba de que interesa el asesino; de que los asesinados son, en cierto modo, responsables; de que, en suma, esa

violencia se gesta y se resuelve en el seno mismo de esa instancia alienada. Ese individuo asesino y esa comunidad suicida son modelos de explicación de “la homosexualidad” vigentes y a disposición de cualquiera. Y son, además, metáforas a través de las que se hace hablar al horror. Si no fuera porque resulta que esas muertes hacen también sufrir a otras gentes, acaso no merecerían siquiera el estremecimiento que señala la periodista.

3. Asesinato y pornografía

En el relato de Schwartz se confunden las señales de “la homosexualidad” de Dahmer con los signos de sus crímenes. En la narración periodística ocupan el mismo lugar los cuerpos descuartizados y los signos de “la homosexualidad” que constituyen las imágenes con vocación erótica. La obscenidad de tipo pornográfico con que unos y otros se le aparecen a la narradora del suceso es un ejemplo paradigmático de extrañamiento de “la homosexualidad”. El espectáculo de la pornografía (único modo bajo el que “la homosexualidad” se le aparece a la periodista) es tan obsceno a sus ojos como el espectáculo de la muerte.

El primer capítulo del libro nos presenta el descubrimiento por parte de la policía de una “casa de los horrores”, la residencia en la que Dahmer había cometido varios asesinatos y en la que conservaba restos de los cuerpos de las víctimas. Es en un segundo momento del libro cuando se inicia la investigación biográfico-histórica, para acabar relatando, uno a uno y cronológicamente, los asesinatos a partir de los testimonios accesibles, de las declaraciones del acusado y los testigos durante el juicio, y de las deducciones de la policía.

Schwartz fue la primera periodista en enterarse del descubrimiento de aquel museo del horror. Poseedora del privilegio de la primicia, alentada por el periódico en que trabajaba, embriagada por un interés desmedido en los pormenores del caso y entregada a la investigación con una dedicación más digna de mejor causa, cubrió la información durante los muchos meses que mediaron entre la noche de la detención de Dahmer y el final del juicio. Experta en cubrir noticias de crímenes, amiga de varios miembros del cuerpo (el libro se lo dedica a Robert Enters, «el amor de mi vida, mi mejor amigo y el mejor poli que conozco»), a menudo le permitían traspasar los cordones policiales. Es así como pudo entrar en la casa de Dahmer y dar su particular impresión de lo que allí había.

Primera aproximación descriptiva y primera aparición simultánea de los signos del desorden, la suciedad, la locura y “la homosexualidad”.

«Entre la cocina y el salón había una mesa sobre la que se veían latas de cerveza, una bolsa de patatas fritas abierta, alimentos para la pecera, un cenicero con colillas y una revista pornográfica de hombres. En las paredes del salón había colgadas grandes láminas en blanco y negro de torsos de culturistas; hombres en las clásicas poses de estilo masculino para hacer resaltar los músculos. En otra pared se veía una litografía del pintor surrealista Salvador Dalí, que representaba el mundo infernal».

La periodista confiesa que no tuvo valor para hacer un registro detallado de lo que Dahmer guardaba en su apartamento: «sentí que el periodismo activo tenía sus límites». Y así, entre la prudente actitud de evitar que sus propias huellas estropearan las posibles pruebas, y la prudente actitud de evitar horrores que podrían plagar posteriormente sus más turbios sueños, se abstuvo de abrir el frigorífico donde Dahmer guardaba una de las cabezas de sus víctimas. Su exploración debió ser somera, ya que buena parte del relato descriptivo lo elabora a partir de los testimonios policiales.

Es así como descubrimos que se encontró «una sopera metálica grande que contenía manos en estado de descomposición y un pene». Y también «algunos frascos en los que se conservaban órganos genitales masculinos en formol». La exposición sigue articulando la estrategia de confusión:

«En el baño, donde según confesó el propio Dahmer, había descuartizado a muchas de sus víctimas, había una fotografía de un hombre desnudo pegada junto al espejo».

Por la abundancia de imágenes, por la insistente sucesión de referencias, llega un momento en que no se sabe si los torsos están en formol o en un póster, si los genitales son parte de una exhibición pornográfica o restos humanos insepultos, si las manos son parte de una revista gay o están a remojo en una olla, si las cabezas forman parte del ritual macabro del asesino o de los presupuestos de una sexualidad desquiciada.

La imagen pornográfica, tanto hetero como homosexual, descompone el cuerpo. Es decir, lo divide en sus partes constitutivas. Los encuadres y los planos se centran en uno u otro órgano, en su interacción y en su *performance*. Es lo que podemos denominar una “lógica quirúrgica” de la que la literatura libertina de un Marqués de Sade es un claro ejemplo. Pero las láminas que decoraban el apartamento de de Dahmer, por las descripciones

que de ellas proporciona el relato de la periodista, no eran exactamente pornografía, sino fotos con pretensiones artístico-estético-eróticas.

El problema de los restos reales o retratados de los cuerpos de las víctimas de Dahmer (ya que éste conservaba también fotografías de cadáveres, éstos sí troceados) es su estatismo, su quietud, su desconexión con un organismo, su ausencia de movimiento, su falta de vida. La imagen pornográfica es móvil (cuando es imagen fílmica), o señala ese potencial de movimiento (cuando es fotográfica). Es decir, lejos de apelar a un posible encanto necrófilo, incide, al revés, en su dimensión metafórica: hay una realidad palpitante y viva detrás de esas imágenes. O, al menos, una ilusión de vida suficientemente verosímil. Es eso lo que las hace funcionar como medios de excitación sexual.

A nuestro modo de ver, lo que hace que esas imágenes de los cadáveres estén absolutamente desprovistas de cualquier credibilidad porno acorde con una ética de la convivencia y el respeto es su falta de libertad, su encierro inerte, su imposible autonomía. Lo que le añade todo el *plus* del horror es el modo en que se les arrebató la vida a esos cuerpos humanos; una vida que les hizo en su momento libres e independientes para entrar o salir, para gozar o no...; libres, al menos, dentro de las restricciones que imponen el sistema económico, el prejuicio racista y la homofobia. Para la autora del libro, el póster de una revista gay tiene la misma valencia que la imagen de un cuerpo descuartizado; el erotismo o el porno gay (y más generalmente “la homosexualidad”) es siempre *snuff*.

Lo que le resta y al fin le quita toda credibilidad porno a las imágenes de Dahmer (autor sólo de unas cuantas *Polaroid*) es lo que también, al parecer, constituía una ventaja del dispositivo a los ojos del “carnicero”: su permanencia, la imposibilidad de que los jóvenes que había matado huyeran y lo abandonaran. El terror al abandono, consubstancial al “homosexual”, lo lleva a la acumulación de imágenes y, un paso más allá, a la apropiación definitiva de los cuerpos, previa aniquilación de la vida que hay en ellos.

Lo que le resta y al fin le quita toda credibilidad periodística o ética a las imágenes de Schwartz (que son todas porque ella es la narradora: desde las patatas fritas a la foto del torso, pasando por la cabeza en la nevera y la lámina de Dalí) es que las iguala y las precipita en una dimensión porno. La periodista, efectivamente, construye en sus descripciones su propia pornografía. Describe los cuerpos (vivos y muertos) como si fueran (a ojos ajenos) elementos de una excitación parasexual. Esos ojos ajenos, esa mirada que ella trata de descubrir, es “la mirada homosexual”. Para ella, el consumo de pornografía que realizan los gays es el mismo

que el consumo de casquería. Para ella, el intercambio carnal entre hombres se manifiesta en expresiones como “abrir en canal”.

Al confundir imágenes pornográficas con imágenes de crímenes, Schwartz no sólo pone de manifiesto la particular locura de Dahmer. Además, autoriza una lectura homofóbica que sitúe en plano de igualdad la catadura ética de unas y otras imágenes. Y, de paso, sume en el limbo de la imposibilidad de encontrar una salida digna a quienes no consumimos de igual modo la fotografía de un torso desnudo (perteneciente a un hombre vivo) que la de una mano (amputada a un hombre muerto).

CIBORG

El nuevo hombre (gay)

Ciborgman(ía)

Todo el mundo ha oído e incluso utilizado alguna vez la palabra ciborg y muchas otras que empiezan por ciber- lo que sea: ciberespacio, cibernauta, cibercafé, ciberdrag, cibernética. Pero basta que le preguntemos a cualquiera lo que quieren decir estos nombres para darnos cuenta del despiste generalizado que reina sobre la cuestión a pesar de que, en nuestro fuero interno, los más ilusos de nosotros creyéramos saber su significado. La cosa se pone aún peor si encima se nos dice que el mundo de los ciborgs y el mundo de los gays lo tienen todo en común y que no hay gay que no sea un poco ciborg, ni ciborg que no tenga su pequeña dosis de plumerío.

Vayamos por partes. La palabr(ot)a de marras, “ciborg” o, en inglés, *cyborg*, se compone de la fusión de otras dos: “*cybernetic*” y “*organism*”, de las que se han extraído las unidades, decenas y centenas de millar respectivamente, o sea, las tres primeras letras de cada una, así: *cyb(ernetic)* & *org(anism)*. Con lo que “ciborg” viene a significar algo tan sencillo como “organismo cibernético”. La cibernética, por más señas, se encarga de estudiar cómo se las apañan los seres vivos para intentar construir máquinas o *robots* que se comporten como los animales o como los seres humanos. Un ciborg sería, de este modo, un extraño ser mitad máquina (cib-), mitad animal o persona (-org).

Manfred E. Clynes, investigador especializado en el diseño de complicadísimos instrumentales electrónicos para uso científico, y Nathan S. Kline, médico psiquiatra, fueron los primeros en acuñar el término “ciborg” allá por el año 1960, en una ponencia conjunta presentada en el *Simposio sobre los aspectos psicofisiológicos de los viajes espaciales*. Su principal preocupación se centraba en la necesidad del ciborg, híbrido de máquina y hombre, para solucionar los problemas que habrían de presentarse en los viajes espaciales tripulados que, por aquel entonces, aún eran un sueño. Bajo la consigna “El ciborg libera al hombre para explorar”, estos doctores pretendían insertar en el organismo humano pequeños artilugios que “ampliaran la función de autoregulación y control del organismo para adaptarlo a nuevos entornos”, como la vida en el espacio.

Lo fundamental era que el acoplamiento de estas máquinas o implantes diminutos con el ser humano no supusiera trabajo ni esfuerzo alguno, sino que fuera automático, sin necesidad de que interviniera la voluntad o la conciencia, funcionando el cuerpo a la

perfección con todas sus facultades amplificadas y permitiendo al ciborg conducir la nave con la mayor soltura. “Si el hombre en el espacio, además de tener que pilotar su nave, debe estar continuamente comprobándolo todo y haciendo ajustes únicamente para seguir con vida, se convierte en un esclavo de la máquina. El propósito del Ciborg es proporcionar un sistema de organización en el que esos problemas se solventen sin más, inconscientemente, dejando al hombre libre para explorar, crear, pensar y sentir”.

Si todo se hubiera quedado en los estrechos parámetros de la definición de ciborg que propusieron Clynes y Kline, lo cierto es que el tema no habría dado para mucho. Fue Donna Haraway, profesora de la Universidad de California en Santa Cruz, especialista en teoría feminista y *cultural studies*, la que convirtió al ciborg en una aportación cultural de incalculable trascendencia. Hollywood y la industria del cómic se encargarían por su parte de hacer de ello un fenómeno de masas. En su obra *Un manifiesto ciborg: ciencia, tecnología y feminismo social en los años ochenta* da el pistoletazo de salida para la proliferación de estudios feministas y de teoría gay y lésbica que, inspirándose en su libro, tomarán el ciborg como metáfora de la situación social de la mujer y de los gays y lesbianas en el mundo actual. Su propuesta de que un ciborg no se reduce necesariamente a tener una ametralladora en vez de brazo, una cámara de visión por infrarrojos en vez de unos bonitos ojos verdes, o un gadgetocóptero en el sombrero, sino que ciborg es todo aquel ser humano incapaz de subsistir sin apoyo tecnológico, resultará definitiva.

Haraway emplea la metáfora del ciborg como estrategia política de liberación de la mujer: por su independencia y autosuficiencia, por haber roto con unos orígenes de opresión, esclavitud y sumisión; por dinamitar el concepto de familia y de servil ama de casa; por proporcionar unas expectativas de construcción de la propia identidad libres de cualquier condicionamiento previo; por permitir pensar una feminidad de una vez por todas no anclada en la maternidad, en la naturaleza, en la burguesía, en el ámbito de la privacidad del hogar, en la estrechez de la oposición masculino/femenino. Como ella misma dice, ser un ciborg le abre tantas posibilidades que “preferiría ser un ciborg antes que una diosa”.

Se pueden poner muchos ejemplos de ciborgs conocidos por todos: Robocop, con su reluciente cuerpo de metal cromado que recubría los pocos despojos del policía Murphy que quedaban en su interior; Terminator, donde, al revés que Robocop, esta vez era el musculado pellejo de Arnold Schwarzenegger el que recubría un endoesqueleto de metal, cables, relés, bombillas y fusibles; o el estupendo Darth Vader, que ahora sí sabemos que de pequeño era un insoportable niño rubito y marisabidillo, pero que en su día, cuando todos pensábamos que

era un robot malísimo a lo C3PO o a lo R2D2, sólo que algo más evolucionado, nos dejó de piedra al quitarse la careta (cibernética) y le vimos el careto (orgánico).

Con el tiempo, sin embargo, el ciborg logró salir fuera de los filmes Hollywood, e introducirse en otros ámbitos como la sociología, el cómic, la filosofía, el discurso feminista, los *queer studies*, Almodóvar, etc. Tanta proliferación lo llevó a ampliar su significado hasta llegar a querer decir casi cualquier cosa, con tal de que hubiera algo de hombre o mujer y de máquina por medio, no necesariamente mitad y mitad. Ser un ciborg es una forma de ser y de vivir necesariamente vinculada a las máquinas y a todos los aparatos técnicos e informáticos que nos rodean en nuestra existencia cotidiana. Cualquiera que utilice un ordenador, sin necesidad de tener implantado un chip en su cabeza o tener cables en vez de tripas, es un ciborg; utilizar y mantener una cierta relación de dependencia con la cafetera, el tostador, el exprimidor, la maquinilla de afeitar, el teléfono, el ascensor, el equipo de música, la batidora, el coche, el cortacésped, la aspiradora, la cámara de vídeo, son todas conductas típicas de un ciborg, es decir, alguien que ya no puede sobrevivir sin la ayuda de la tecnología.

Sigourney Weaver (Teniente Ripley), la audaz tripulante de la nave interestelar que lleva de polizón a un desagradable y antipático *Alien*, protagoniza una memorable escena donde la fusión mujer-máquina es antológica. Todos recordaremos la épica lucha de Sigourney con el monstruo alienígena, al que ataca manejando un singular armatoste, entre *bulldozer* y cacharrito de feria, al que se adapta como un guante, como si fuera una prótesis, una prolongación de su cuerpo. Otra ciborg estupenda, esta vez española, que ilustra esto a la perfección es Andrea Caracortada (Victoria Abril, en *Kika* de Pedro Almodóvar), con su negra vestimenta charol-látex y la cámara de vídeo incorporada en el casco surrealista ése que llevaba, tan práctico a la vez que elegante y muy Gaultier. El mundo gay y lésbico, con estos precedentes, se fascinó muy pronto por la estética ciborg y entró de lleno en este sinvivir constante que supone ser un ciborg y andar todo el día pegado al móvil o al chat, cambiar el vídeo por el DVD antes que nadie, hacer la compra por Internet, llevar Adidas con cuentakilómetros incorporado, etc. Y sin necesidad de llevarlo implantado: desenvolverse con naturalidad entre lo *hi-tech*, no como elefante en cacharrería, es suficiente. Todos somos ciborgs en mayor o menor medida. Basta con llevar gafas, un *piercing* o varios, un audífono, un tatuaje, un marcapasos, enchufarse a diálisis o a un dildo, hacerse un *lifting* o un trasplante, manejar nuestra silla de ruedas o ponernos una prótesis.

Cibergay

Pero nos queda por responder la cuestión más peliaguda: ¿por qué, si todo el mundo, heteros incluidos, es un ciborg, tendríamos que ser los gays más ciborg que nadie? Pues, porque más allá de nuestra desmedida afición por los cachibaches electrónicos de línea blanca y línea marrón, la vida de un ciborg se parece mucho a la nuestra, por no decir que un ciborg y un gay son como dos gotas de agua: los mismos problemas, las mismas inquietudes, la misma gente empeñada en ponernos las cosas difíciles, la misma discriminación. No sólo se trata de que nos identifiquemos y nos sintamos necesariamente ciborgs, sino de que, desde afuera, lo queramos o no, se nos trata como tales. Volvamos al cine para verlo más detenidamente.

Los ciborgs, por ejemplo Robocop, aunque hay muchos otros casos, el mismo Darth Vader, suelen tener unos problemas de identidad enormes. Para empezar no saben a ciencia cierta ni quién, ni qué son, ni que “lo” son. Incluso se arrepienten de serlo y no se aceptan como ciborgs. Al principio de la película todo va como la seda hasta que el ciborg se cortocircuita y empieza a hacerse este tipo de preguntas que acaban por acarrearle muchísimos problemas: “Por un lado, todo el mundo, la sociedad, me dice que soy Robocop, un robot de la policía programado para proteger y servir; pero, por otro lado, yo siento que no soy como ellos me dicen y que, aparte de robot, tengo mi corazoncito y me gustaría hacer otras cosas aparte del bestia”. Ya tenemos el típico dilema de la marica adolescente, sólo que ésta, al cortocircuitarse, en vez de preguntarse si es robot o persona, se pregunta por qué le gusta su profesor de matemáticas en vez de la vecinita de al lado, tan mona; o por qué muñecas y no fútbol.

Como normalmente al ciborg se le han borrado sus recuerdos o se le han implantado otros nuevos, desconoce no sólo su identidad, sino que no sabe de dónde viene, cuál es su origen, la causa de que sea así y no como los demás. Está desarraigado y desvinculado de todo. Pasa momentos de increíble soledad y desconcierto hasta que logra vencer su aislamiento y empieza a vivir su cibervida. Todo esto, claro, nos suena muy cercano.

Los problemas de integración del ciborg corren parejos a los nuestros. En *Blade Runner*, los ciborgs *Nexus 6* tienen que soportar durante toda la película a Harrison Ford que se empeña en quitarlos de en medio en su desmedida ciborgfobia u homofobia, tanto da. La semejanza con la marica perseguida es obvia si consideramos que los *Nexus 6* son tan perfectos que se confunden con el resto de las “personas normales” y pueden permanecer en el ciberarmario todo el tiempo que quieran hasta que se les escapa una pluma y allá que va

Harrison a por ellos. Un ciborg, como un gay o una lesbiana, se puede hacer pasar por humano, o sea, por heterosexual, cuando y cuanto quiera y según más le convenga. Es la estrategia que utiliza el *T 1000* en *Terminator II*, licuándose para adoptar cualquier forma humana, desde policía a enfermero o madre de familia, para no ser reconocido y poder hacer tranquilamente sus fechorías.

En esto también nos parecemos. A ojos del sector más paranoico de la sociedad, gays y ciborgs somos una amenaza para el orden público sólo por no coincidir con lo que se considera “normal”. Y lo peor es que un ciborg puede serlo cualquiera y estar en cualquier parte, tanto se parecen a los seres humanos. Lo mismo tienes al malévolo *T 1000* en tu casa y no te habías dado cuenta. O resulta que tu hijo es gay o tu madre lesbiana y tú sin saberlo. La posibilidad de estar compartiendo techo, cariño y comida con un cibergay está siempre ahí y obliga a estar vigilantes. Habiendo ciborgs y gays buenos y malos, hay una tendencia generalizada a demonizarlos y creer que todos son como Darth Vader, el carnicero de Milwaukee, violadores de niños o el dichoso *T 1000* con lo buenos que son Robocop y el *T 800* interpretado por Schwarzenegger y todos nosotros.

Aparte de que los ciborgs no se reproducen así como así, ni formando ciberparejas de hecho, el que sean aceptados socialmente requiere casi siempre de un derroche de valentía, heroicidad, sagacidad y bondad que no se les exige al común de los mortales. Para ser un cibergay aceptado por todos se tiene que demostrar que se poseen una serie de cualidades excepcionales y destacar muchísimo en el mundo de las letras, de las artes, de las ciencias, haber pintado la Capilla Sixtina o haber escrito el *Romancero gitano*. Ser un genio, vaya. Robocop era el mejor poli de su ciudad y el pobre *T 800* acaba autoinmolándose en una cubeta de acero hirviendo por el bien de toda la humanidad.

Cibersexo

La sexualidad del ciborg es compleja y, como es de esperar, se sale de la norma. Para empezar, salta a la vista que Hollywood sucumbe a la estética gay más histriónica a la hora de crear sus ciborgs, predominando la caricatura del macho heterosexual, exagerando sus rasgos de exuberante masculinidad, muy en la onda *leather/SM*. Así, nuestro amigo *T 1000* lleva encima toda la parafernalia de policía yanqui, gafas de sol incluidas; *T 800* se viste directamente de cuero de arriba a abajo conduciendo su indispensable moto, estando provistos ambos de enormes ametralladoras y otras penetrantes armas; Andrea Caracortada, Darth

Vader y Robocop, por su parte, lo tienen todo de *drags*; Sigourney/Ripley no puede menos que rendir culto al estilo más *butch*, cabeza afeitada, incansable luchadora, fuerte y heroica.

Pero, aparte del envoltorio, la procesión va por dentro. Nuestro inseparable *T 1000* es el sueño de cualquier aficionado a travestirse. En dos ocasiones se transforma en mujer, una en la propia protagonista, Sara (Linda Hamilton), y otra en la madre adoptiva del pequeño John, hijo natural de la primera. Como dirían en los *States*, *T 1000* es un ciborg *polygendered*. El caso de Robocop es más complejo. Los críticos, y cualquiera, ven en él una metáfora de la vivencia transexual, a saber, no sentirse a gusto con el propio cuerpo que se siente como algo extraño. En efecto, Murphy echa de menos otro cuerpo, uno menos metálico y con “algo más” que le haga sentirse “hombre”, aparte de la inútil hipermasculinidad de su coraza que simula un estupendo cuerpo de *body-builder*, pero que, a la hora de la verdad, nada de nada. *T 800* pasa por el mismo trance, aunque Sara está encantada. Es un buen hombre o un buen ciborg, la quiere a ella y a su hijo, los protege y mantiene, es guapo y, lo que es más importante, nunca la molestará por la noche ni tendrá que fingir dolores de cabeza para quitarse de encima a *T 800*. El marido ideal, vaya.

En esto del *coitus interruptus*, del flirteo, del tonto y del coqueteo para que todo quede al final en agua de borrajas, los ciborgs se las pintan solos. La apuesta por un máximo de erotismo y un mínimo de sexo, de venga a dar vueltas y vueltas para no llegar a nada y que todo quede en sonrisas, atracción y juegos de seducción ha saltado de las pantallas a la vida real. El deseo se desexualiza y se queda en lo visual porque al ciborg lo de la culminación le cuesta un trabajo enorme y, a la postre, le resulta imposible por limitaciones físicas. Todo es simbolismo, juego, desplazamiento y aplazamiento *sine die* de un polvo que nunca llega, pero ¡qué bien nos lo hemos pasado mientras tanto en el gimnasio, en la piscina, en el parque, en la playa, en las terrazas de Chueca, en la disco! Como se ve, la tensión sexual no resuelta no es sólo un truco para que funcionen series como *Ally McBeal*, *Expediente X* o películas como *X-Men*, es el secreto del día a día de mucha gente para no caer en el hastío.

De aquí al teléfono erótico, al chat y al cibersexo internauta hay un paso. Lo mismo ocurre con la generalización de juguetes sexuales de todo tipo, para que en el “acto” sólo intervengan prótesis, fetiches, maquinolas, látex, cadenas. O nos excite más cualquier tatuaje ingenioso, la cicatriz de turno, todos los *piercings* imaginables, que lo obscuro, aburrido y tosco de un cuerpo sin adorno de ninguna clase. La hipermasculinidad y falicidad desmedidas del ciborg, tan prometedoras, conducen paradójicamente a tener que apretar la tecla de “*Enter*”, sustitutiva de algo más sustancioso, para lograr *introducirnos* en lo que tiene el sexo

de más cibernético y de menos orgánico. Sin la generalización del cibersexo, o sea, de marear la perdiz indefinidamente, los *afterhours* habrían cerrado ya hace tiempo.

Clynes y Kline, los inventores del ciborg, pensaban que sólo éste podría sobrevivir en las duras condiciones de vida del espacio. Sin irnos tan lejos, con la vida que llevamos los gays aquí en la Tierra, verdaderamente hace falta ser un ciborg para no sucumbir a tanta homofobia, a tanto ajeteo, a tanto estrés y a tanta noche absurda. *Insert coin.*

Cibermonstruos: galería de retratos

El ciborg, aparte de la combinación de un organismo (humano) y una máquina, se concibe también como la yuxtaposición o la mezcla de otros dos tipos de naturalezas: humana y animal. Como escribe Donna Haraway: “Tenemos un ciborg cuando nos hallamos ante dos tipos de fronteras que resultan problemáticas simultáneamente: 1) la frontera existente entre los animales (u otros organismos) y los humanos, 2) la frontera entre las máquinas autorreguladas y autocontroladas (autómatas) y los organismos, especialmente humanos”². En este sentido, aparte de los ciborgs mecánicos que ya hemos comentado, hemos de contemplar también otro tipo de singulares criaturas con las que nos hallamos perfectamente familiarizados y que también entran dentro del concepto, entendido en un sentido lato, de ciborg. Nos referimos a los monstruos de las películas y relatos de terror de toda la vida: Frankenstein, Drácula, etc. Frankenstein, como resulta a todas luces evidente, antes de todo el aparataje de los filmes de ciencia ficción y de la desbordante imaginación de los diseñadores de los personajes y héroes cibernéticos, puede ser considerado como el primer ciborg de la historia. Fruto de la mezcla y desmezcla de la naturaleza humana y otras especies animales son Drácula (cruce con un vampiro) y el hombre lobo. La galería puede completarse con el fascinante personaje del Dr. Jeekyll, en cuyo ser convivía, autónomamente, otra naturaleza animal que afloraba de tiempo en tiempo mediante la ingesta de un fármaco diabólico.

Lo más señalado de la cuestión es que también se aprecia de forma nítida una semejanza entre este otro tipo de ciborgs orgánicos y las peripecias vitales de lesbianas y gays. Veamos cómo estos monstruos y sus sanguinarias gestas se vieron teñidos con el tiempo de un incierto pero evidente tinte de homosexualidad subliminal que perseguía oscuros fines

² Jennifer González comenta esta cita como sigue: “Si tomamos este texto como una definición de trabajo, podemos considerar ciborg cualquier cuerpo que es a la vez su propio agente y se encuentra sujeto al mismo tiempo al poder de otras instancias. Para conservar el espíritu de esta definición, pero queriendo hacerla algo más específica, se puede definir un

difamatorios, no de los monstruos en la ficción, pero sí de las maricas en la realidad. La homosexualidad, aparte de haber corrido a lo largo de la historia toda suerte de desagradables y mortíferas persecuciones, tampoco escapó de ser demonizada y convertida en esperpento. Una de estas maniobras de propaganda consistió en hacerla formar parte de las leyendas negras sobre los más horribles seres que han sido creados por la imaginación humana.

Insensiblemente, como quien no quiere la cosa, un componente oculto de homosexualidad se colaba subrepticamente en la descripción y en el carácter de las espantosas criaturitas (como comentamos en otro capítulo acerca del Carnicero de Milwaukee y del asesino de Versace, lo monstruoso de sus crímenes sólo es explicable haciendo referencia a su homosexualidad). De este modo, estos amenazantes y terroríficos engendros de ficción, además de cumplir el propósito de quitarle el sueño a niños y mayores, cumplían la doble función pedagógica de hacer a la homosexualidad portadora y causante de tan terribles desmanes. Siendo tan feos, tan malos, tan escurridizos y taimados, amigos de la noche, las tinieblas y la sangre, devoradores de niños... estos perversos bichos no podían de ningún modo ser heterosexuales. Su sexualidad también tenía que apartarse de la norma...

La moraleja de estos relatos suele ser la conveniencia de no dejarse llevar por los impulsos desviados que algunos llevamos dentro. Más vale reprimirlos que darles rienda suelta. En todos los casos, la naturaleza corrompida y degenerada conduce siempre al mal, despierta miedos, sospechas, celos; en el mejor de los casos, la compasión. Sólo la muerte libera a estas pobres almas descarriadas, evitando al resto el riesgo de la infección y la extensión de la epidemia.

El conde Drácula, al igual que la marica en el imaginario heterosexual y homófobo, es portador de una doble personalidad: por un lado, es un personaje galante, educado y refinado donde los haya, con maneras aristocráticas rayanas en el plumerío; por otra parte, cuando tiene hambre, por la noche, se desata la fiera que lleva dentro y comienza a frecuentar los más siniestros lugares. Tiene el defecto de morder indiscriminadamente tanto a las más bellas mujeres como a los más tiernos mancebos. Sufre problemas de visibilidad: no se ve en los espejos ni le gusta la luz. Sólo sale por las noches hasta el amanecer. Más bien tímido y solitario, vive apartado del mundo en su ataúd-armario. No sólo seduce a otros sino que lo suyo es contagioso. A veces es directamente mariquita como en *El baile de los vampiros*, rubio, aniñado y de ojos azules, persigue a muchachitos ingenuos. En *Entrevista con el*

ciborg orgánico como un monstruo de múltiples especies, mientras que un *ciborg mecánico* puede considerarse como una amalgama tecno-humana”.

vampiro, entre Antonio Banderas, Tom Cruise y Brad Pitt, las tendencias homosexuales de los murciélagos humanoides quedan fuera de toda duda. Muere por salir (de su armario) a la luz pública o por penetración violenta (como el carcelero malo, bruto, antiamericano y maricón de *El expreso de medianoche*).

Frankenstein es una criatura horrenda pero con un corazón de oro. No obstante, al ser tan diferente del resto, asusta a todo el mundo. Se lleva bien con los niños y las niñas pero los mata sin darse cuenta. Le gusta la música y hacer coronas de flores. Sufre injusta persecución y linchamiento. Es bueno pero no imbécil. Si le agreden, se harta y responde. No se acepta a sí mismo y le gustaría ser normal. Suscita la compasión del espectador condescendiente. Todos sus problemas derivan de un cerebro mal(in)formado. Profundiza en el prejuicio de la marica como resultado de una degeneración orgánica de la que no es culpable, de ahí el tono compasivo y lastimero con el que la sociedad juzga a este ciborg, a diferencia del odio visceral que despierta Drácula. La homofobia se mueve en el amplio arco que va desde el terror y las hordas de campesinos armados de bieldos y tridentes a las puertas del castillo de la fiera y la penita que da Frankenstein... aunque se le acabe linchando. La proyección homosexual de este ciborg se ve llevada al límite o al terreno de lo evidente en el musical *The Rocky Horror Picture Show*, donde Frankenstein pasa a convertirse en un gay musculoso, joven y rubito, creado para satisfacer los más íntimos deseos de su hacedor.

La marica incontrolada y esquizofrénica de doble vida halla su mejor representante en el Dr. Jeekyll o Mr. Hyde, según le pille. La causa está en un excesivo consumo de psicotrópicos. Al principio, esta esquizofrenia le destroza, luego se va acostumbrando y le coge gusto. Al final prefiere su “cara oculta” a la convencional desoyendo todos los bienintencionados consejos. No querer ser “normal” y sacar de sí sus facetas más oscuras le lleva a la perdición. Algunas versiones del mito lo convierten en Mrs. Hyde, entre transexual y travesti. Lo matan cuando está “transformado” y la muerte lo libera de su perversión. En la impactante escena final con que suelen obsequiarnos todos los filmes, ya muerto, vuelve a ser el respetable Dr. que nunca debiera haber dejado de ser.

El hombre lobo se decanta más del lado del homosexual por naturaleza. La luna llena le afecta cantidad. Su doble vida le lleva a mal traer. No sabe lo que le pasa ni por qué. Ni siquiera se da cuenta de sus cambios de estado. Suele arrepentirse y sentirse culpable de las andanzas nocturnas de su “otro yo”. Sus problemas de identidad, al derivarse de su naturaleza anormal, no tienen arreglo. No logra reconciliarse consigo mismo y se martiriza en la ignorancia de por qué le ha tenido que tocar a él. Su mal es contagioso y el licántropo acaba

siempre fatal. La muerte también le resulta curativa: lobo muerto, lobo bueno. Resulta estremecedor darse siquiera un breve paseo por las fantasías narrativas de ayer y hoy del imaginario heterosexual acerca de nosotros. No dejan de tener cierto *glamour* pero, por conflictiva que resulte, nuestra visibilidad desarmarizada y sin complejos de unos años acá resulta sin duda preferible, lo que no quita para que, pedagógicamente, siga siendo inútil y no logre en modo alguno disolver la monstruosa imagen que la sociedad conserva de nosotros: nadie renuncia así como así a pensar que la marica no es un ser nocturno de doble vida, esquizofrénico, sufriente y doliente, con tendencias criminales y de aspecto indescriptible, para empezar a pensar que es su abogado o su médico de familia y que, de noche, duerme como un bendito emitiendo leves ronquidos, cambiando de postura de vez en cuando abrazado a su almohada a falta de algo mejor.

GATTACA

Cómo ser una marica armaria y acabar en la luna Titán

¿Y tú de quién eres?

Normalmente, los gays nos mostramos reticentes a las investigaciones sobre el origen de la homosexualidad por varios motivos: porque nos mostramos reticentes ante cualquier cosa, gato escaldado huye del agua; porque la reticencia aumenta si se trata de algo sobre nosotros mismos; porque dicha reticencia se multiplica si procede del entorno heterosexual; porque en su día se vinculaba la investigación etiológica con la curación y la eugenesia; porque muchas maricas tontas tranquilizan su conciencia y dejan de autoculpabilizarse si saben que lo suyo es orgánico, natural, querido por Dios o por la Naturaleza. Hoy necesariamente las cosas no tienen por qué ser así. Nos pasaríamos de previsores si impidiéramos cualquier investigación sobre nuestros orígenes, sobre las causas de la homosexualidad, tan sólo porque la ignorancia, en este caso, nos resulta más protectora que dañina. Aunque ello también es discutible: los cabezas rapadas que desconocen hasta el significado del vocablo “etiología”, no necesitan saber demasiado acerca de la homosexualidad para desahogar su instinto criminal con nosotros. Tal vez la ignorancia de las causas de la homosexualidad impida un exterminio masivo y absolutamente eficaz, caso de que se deba a un factor monocausal perfectamente localizable en el que no intervengan otro tipo de caprichosas variables imposibles de controlar, pero a estas alturas no es razón para echar pestes de todas las investigaciones que se hacen sobre la homosexualidad y a qué se debe. La razón para hacerlo, aparte de las que señalamos al comienzo, es que, hasta ahora, éstas han sido peregrinas en exceso y demasiado baratas como para considerarlas ciencia antes que amarillismo pseudocientífico. Y, definitivamente, en este campo, la contaminación resulta tan inevitable como la subvención del amarillismo.

Negarnos a que se investigue el origen, las causas y factores que intervienen en la génesis de la homosexualidad no es adoptar una postura vaticana, a saber, estar en contra de la investigación genética y cualquier otra cosa que no sea el tomismo porque se daña no se sabe bien qué cosa. No se trata de defender a ultranza nuestro *statu quo*, la tranquilidad de que, si así estamos bien, para qué cambiar las cosas y buscarnos líos. Sobran razones para escamarnos ante la curiosidad científica por los orígenes de la homosexualidad. El miedo a las consecuencias que ello pudiera acarrear es libre, aunque tal vez no sea una razón muy poderosa. Pensar en la absurda hipótesis de que alguna vez alguien logrará borrarlos de la faz

de la tierra es una imperdonable falta de autoestima que no casa nada con nuestras tendencias narcisistas. El último ser humano que pisará este planeta será un gay o una lesbiana (probablemente judíos) para desgracia de la homofóbica pulsión de exterminio.

Lo más interesante de todo ello (en nuestra actual época de bonanza homofóbica occidental que nos permite frivolar, haciendo gala de un estremecedor humor negro, con nuestra propia historia de persecución y la eventualidad de otras huidas futuras a la carrerita para salvar el pellejo) es que, a nuevas técnicas de persecución, nuevos, más seguros y futuristas armarios para refugiarse de las temibles lenguas de fuego de Yahvé. Una de las razones que se nos antoja puede justificar el pánico homosexual ante los embates de la ciencia es lo inseguro que vemos nuestro armario actual frente a sus resultados. Lo que hasta la fecha era una institución represivo-protectora de la marica, se convierte de casa de ladrillo en precaria casita de paja que se derrumba ante la sofisticación de las investigaciones genéticas, psicológicas y de todo tipo. Antes bastaba esconder la pluma para pasar por heterosexual: nuestro armario, de puro complicado, es muy simple en el fondo.

En un futuro, esconder la pluma no bastará si nuestra opción sexual resulta que se halla escrita en nuestro código genético o en cualquier otra parte de nuestro cuerpo (el pánico de hace unos años frente al psicólogo provisto de una batería de tests que supuestamente averiguarían nuestro secreto, no es nada al lado de un genetista o de un neurólogo a quienes parece cuesta más trabajo engañar y cuyo trabajo *a priori* se reviste de una seriedad y un rigor inapelables). Y lo que es peor, habrá que revisar todo el planteamiento identitario y las consignas de visibilidad. Habrá intensos dramas personales unidos a espantosas crisis de identidad: una *drag queen* con un código genético heterosexual, una bollo con genes de servicial esposa. El armario, la pluma, el *coming out*, el *outing*: son términos que necesitarán redefinirse para no empezar a sonar a cosa tan antigua como el amor dorio o el safismo en los tiempos en que se hayan inventado artilugios como el alcoholímetro de la guardia civil: soplas y tienes un porcentaje de 0,8 de lesbiana. Habrá países en que sólo se tolere un 0,3 de lesbianismo en sangre, otros lo subirán un poquito. En fin, la homofobia de siempre (eso no cambia) adaptada a los nuevos tiempos. Los mismos perros con distintos collares. No hay de qué alarmarse, lo mismo que las juanolas despistan al alcoholímetro, igual se comprueba que, si te comes un osito de goma antes de soplar por el lesbómetro, te baja la homosexualidad en sangre unas décimas.

Tres ensayos de etiología sexual: LeVay, Hamer y Breedlove

Volviendo a cosas más serias, la punta de lanza de la ciencia en lo que a escudriñar nuestros orígenes se refiere está representada en la actualidad por tres investigadores que, cada cual a su modo, han vuelto a poner sobre la mesa una rancia idea decimonónica: la posibilidad de un origen orgánico y no educacional, social o comportamental, de la homosexualidad.

Simon LeVay llevó a cabo una investigación (publicada en 1991 en la revista *Science*) en la que defendía el origen fisiológico de la homosexualidad. La tesis de su artículo, que llevaba por título “Una diferencia en la estructura del hipotálamo de hombres heterosexuales y homosexuales”, era que nuestro hipotálamo es más pequeño que el de los heteros, asimilándose en su pequeñez al hipotálamo femenino. Lo mismo que a Breedlove las lesbianas le salen machas (*cfr. infra*), a LeVay las maricas le salen afeminadas. ¿Casualidades del destino?, ¿prejuicios seculares que no son tales porque por fin la ciencia corrobora que estaban en lo cierto?, ¿ciencia que no es ciencia porque lo único que busca es confirmar el prejuicio, y su investigación no es objetiva sino sesgada y, por tanto, sin valor alguno? A LeVay se le reprochó en su día que los hipotálamos que había observado no eran una muestra suficiente porque no cumplía criterio científico alguno: se había reducido a examinar los hipotálamos de 41 cadáveres, de los que 19 eran homosexuales muertos por las funestas consecuencias del sida. Lo más curioso del asunto es que Simon LeVay es gay, por lo que en esta ocasión no podemos acusar a ningún heterosexual de querer ir por nosotros, quedando su curiosidad científica libre de cualquier sospecha concerniente a una voluntad de hallar una “solución final” para las maricas y lesbianas del planeta.

Dean Hamer, también gay, especialista en genética y director del Instituto Nacional del Cáncer de Estados Unidos, por su parte, profundizó en la brecha abierta por los estudios fisiológicos sobre la homosexualidad estudiando el ADN de 40 parejas de hermanos homosexuales y comparando su código genético. Según él, la homosexualidad parecía heredarse por línea materna, por lo que centró sus estudios en el cromosoma X, llegando a la conclusión, en un artículo publicado en *Science* en 1993, de que la homosexualidad debía inscribirse en algún lugar de una región de dicho cromosoma llamada Xq28, lo que luego vino a conocerse como el “gen gay”. En 1995 volvió a repetir su investigación con otras 33 parejas de hermanos homosexuales obteniendo los mismos resultados. Curiosamente, LeVay y Hamer parecen querer hacer coincidir sus resultados, habiendo publicado en común el

artículo *Evidence for a biological influence in male homosexuality*, no descartando Hamer que el Xq28 pueda influir de algún modo en el desarrollo del hipotálamo (si, por paradojas del destino, llegara a trabarse una amistad entre Hamer y Breedlove, lo mismo nos enterábamos que el Xq28 también controla la longitud del dedo índice). Tampoco deja de llamar la atención el diferente camino que, según Hamer, siguen las lesbianas hacia la homosexualidad: no hay constancia de un factor genético en su caso, habiendo fracasado todas las investigaciones hechas con parejas de hermanas lesbianas. La polémica que despertó en su momento y aún sigue suscitando la hipótesis del “gen gay” dio lugar a numerosas críticas venidas no sólo desde el activismo gay, sino desde el propio ámbito científico. En 1999, en la misma revista *Science*, investigadores de la Universidad de Western-Ontario en Canadá publicaron un estudio según el cual realizaron un seguimiento genético similar al de Hamer en homosexuales, no encontrando evidencia alguna de que sus genes tuvieran nada en común que pudiera llevar a plantear una hipótesis como la de Hamer, desmintiendo, por tanto, los estudios de éste y la estrecha vinculación entre la homosexualidad y la susodicha región Xq28.

El caso más reciente sobre la polémica cuestión acerca de “¿de dónde venimos?” es el del doctor Marc Breedlove, de la Universidad de Berkeley, quien en una investigación realizada en el año 2000 intentó establecer una relación entre la diferencia de longitud de los dedos índice y anular de la mano derecha de hombres y mujeres y su orientación sexual. La repercusión de semejante hipótesis, a primera vista descabellada, se debió a su publicación en la prestigiosa revista *Nature*. Artículos como éste, aparecidos en prestigiosas revistas científicas, en poco tiempo han caído en el más profundo olvido o se ha demostrado que patinaban sobre hielo: es el caso de Simon LeVay o de Dean Hamer³. En líneas generales, la

³ Una postura distinta, decididamente a favor de estas investigaciones, y de marcados tintes esencialistas, es la sostenida por J. A. Herrero Brasas. El apasionamiento del autor llega a hacerle perder los estribos y hacer afirmaciones ecuestres como ésta: “¿Cómo no va a haber una raíz común entre el *pederasta*, el sodomita, el homosexual y el gay? Sería como decir que el *equus* de los romanos y el caballo de nuestros días son dos cosas absolutamente diferentes y que buscar una raíz común a ambos es carente de todo rigor científico, etcétera. Lo que encontramos es diferentes términos que reflejaban los modos de conceptualizar el fenómeno por parte de la sociedad en cada momento histórico. Los romanos podrían llamar al caballo *equus* y colocarlo en otra categoría teórica que nosotros, pero no por eso el caballo en la época de los romanos dejaba de ser el mismo animal que el caballo actual”. El problema fundamental de este enfoque científico-médico-esencialista es la categorización externa del homosexual, del pederasta o del gay: se lo clasifica como si de una especie animal se tratara, qué más da caballos que maricas o conejillos de Indias. Por otra parte, convertir al homosexual en objeto de estudio siempre conlleva su despersonalización, su animalización,

tesis principal del artículo es que la sobreexposición a una elevada tasa de andrógenos (hormonas masculinas) de un feto en el útero materno incide en la orientación sexual del individuo cuando llega a adulto. De este modo, según el estudio, “se han encontrado pruebas de que las mujeres homosexuales están sometidas a una mayor exposición de andrógenos en el estadio prenatal que las mujeres heterosexuales”. El caso de los hombres es más complicado. Sea como fuere, también en ellos se produce esta exposición a una elevada tasa de andrógenos. ¿Cómo se mide dicha tasa? Recurriendo a la diferencia de longitud entre los dedos índice y anular, que, al parecer, sirve como baremo para precisar esta sensibilización androgénica.

Las mujeres heterosexuales tienen los dedos índice y anular de similar tamaño o con escasas diferencias. Las lesbianas presentan un dedo índice significativamente más corto. Como les sucede a los hombres, homosexuales o no. Tener el dedo índice más corto que el anular es un signo de masculinidad. Las lesbianas, así, tendrían una mano *masculina*. Esto suena a lo de siempre y viene a confirmar el prejuicio lesbofóbico de toda la vida, pero qué quieres, la ciencia avanza a pasos cortitos y dando trompicones: ya se enmendarán. Como hemos señalado, los hombres homosexuales tienen, lo mismo que los heteros, el dedo índice más corto que el anular. Pero esta diferencia proporcional se hace significativa si se incluye el factor de que el individuo en cuestión tenga algún hermano mayor. “Cuanto más hermanos mayores tiene un hombre, más probable será que desarrolle una orientación homosexual”, dice textualmente el artículo. Y añade que los varones homosexuales suelen tener más hermanos mayores que el resto de la población. Otro dato curioso es que “en los varones homosexuales sin hermanos mayores, la proporción entre los dedos segundo y cuarto resulta

su desubjetualización, su silencio, prefiriendo el investigador centrarse en la “esencia” homosexual de los cadáveres, de una muestra de hueso, de pelo, de hipotálamo que en el discurso y la vida del gay en cuestión. Finalmente, nos sorprende que Brasas no caiga en la cuenta de que la autopercepción (que no heteropercepción) del sujeto, de su producción cultural, literaria, artística, de su conciencia identitaria, de su lugar en el entorno socio-político, si bien en el caballo permanecen casi idénticos a lo largo de los siglos (no sabemos lo que piensa un caballo de sí mismo ni de los cambios históricos y su papel en ellos), en el gay, dotado normalmente de uso razón, sí varían, con lo que, aunque llamar caballo al *equus* romano puede no ser anacrónico *porque para los humanos* un caballo siempre es nada más que un caballo y no puede ser otra cosa en virtud de su esencia tomista inamovible, llamar *drag queen* a Leonardo da Vinci puede ser tan problemático como considerar *absolutely queer* los frescos de la Capilla Sixtina. *Para los humanos*, los gays hemos sido siempre lo mismo, una esencia silente invariable e inamovible: maricones y maricones y, esencialmente, nada más que maricones (sobre la sospechosa afición a utilizar metáforas de animales para designar a gays y lesbianas, *cfr.* “Quetzal: especie protegida. El estatuto problemático de gays y lesbianas como animales sujetos de derecho”, en R. Llamas y F. J. Vidarte: *Homografías*).

indistinguible de la de los primogénitos heterosexuales”. Todo se va liando y muchos gays y lesbianas se van quedando fuera del homosexual modélico del artículo. Será cuestión de ir a alguna clínica a hacerse un *alargamiento de dedo índice*: lo de alargarse el pene ya es historia y, como veremos, según Breedlove, no nos hace falta.

El autor del artículo, acto seguido, nos advierte de que va a decir algo que puede desbaratar los prejuicios usuales sobre las maricas (cuando acaba de confirmar los prejuicios lesbófobos), a saber, que los varones homosexuales son fruto de esta hiperandrogenización. En otras palabras, que los gays tienen más hormonas masculinas que cualquier hetero que se precie. Y no sólo eso sino que, además de la desproporción entre el índice y el anular, presentan otros indicios de hipermasculinidad: mayor número de parejas que los heterosexuales, más andrógenos en sangre y, lo dejamos en inglés, *larger genitalia*. Marc Breedlove parece ir de honrado y admite que no sabe cómo el útero materno es capaz de acordarse de los hijos varones que ha traído al mundo y por qué eso aumenta cada vez los andrógenos uterinos. Freud ya dijo en su día, sin recurrir a la genética, que los benjamines tenían todas las papeletas para llegar a ser homosexuales, pero le echaba la culpa a la madre, harta de tanto niño, que los educaba como su niña del alma y nosotras tan contentas de ir con ella a todas partes: al mercado, a la peluquería, a El Corte Inglés, a tomar chocolate con sus amigas, a la modista, etc. Puede que no todo se deba a la genética, pero hay que estar preparados para todo. Que nadie piense que Breedlove, LeVay y Hamer son los últimos de la lista: ni los primeros, y seguro que en breve plazo podremos leer hipótesis y teorías algo más serias y convincentes. Para quienes anden asustados, quieran permanecer para siempre en el armario, sean tan cenizos como para pronosticar un exterminio próximo y se vean sin la posibilidad de ocultar su homosexualidad, o quieran tanto a esta institución que sólo pensar en su desaparición les produzca una tristeza de la que nunca podrán recuperarse, un buen consejo tan simple y entretenido como alquilar una interesante película: *Gattaca*, y leerse después (o antes) nuestro comentario.

El armario en un futuro no muy lejano

Gattaca, película escrita y dirigida en 1997 por Andrew Niccol, protagonizada por Ethan Hawke (Vincent/Jerome) y Jude Law (Jerome Morrow)⁴, es tal vez el filme en el que

⁴ Ethan Hawke interpreta el papel de Vincent, sólo que, después, cambiará su identidad, haciéndose pasar por Jerome Morrow, siendo interpretado el verdadero Jerome por Jude Law. Nos referiremos siempre al protagonista, Ethan Hawke, indistintamente como Jerome o

mejor y con más agudeza se vea retratada la vida de un gay o una lesbiana en todas las dimensiones que abarca la existencia en el armario (y fuera de él), así como las secuelas y las consecuencias personales, afectivas, físicas y psíquicas que necesariamente conlleva. Y ello sin proponérselo, porque *Gattaca* no es en absoluto una película de temática homosexual ni ésta aparece siquiera tratada de soslayo⁵. Podría decirse que la homosexualidad no tiene una presencia real en el filme. Incluso para algunas miradas poco acostumbradas a leer entre líneas, la homosexualidad tampoco alcanza a tener ni una presencia subliminal tan solo. Sencillamente se encuentra ausente. *Gattaca* no va de eso. Pero ¿de qué va entonces *Gattaca* y por qué puede considerársela la expresión modélica y, sin duda, la más acertada y elegante de determinada etapa de nuestras vidas?

La primera imagen que contemplamos a toda pantalla, mientras aún aparecen los títulos de crédito, son unas extrañas láminas blanquecinas curvadas de forma rectangular y una especie de cables oscuros alargados que descienden hasta estrellarse en el suelo, o lo que quiera que sea, sobre un fondo azul celeste en el que también vemos caer una fina lluvia de partículas incoloras de diversa forma y tamaño, para rebotar levemente y volver a caer. Luego, comienza la película y nos quedamos sin saber qué era aquello, si es que era algo o únicamente un logrado estilismo minimalista. Primer guiño al espectador: *Gattaca* va de lo que parece ser una cosa y acaba siendo otra completamente distinta, de las engañosas apariencias, de no poder llegar a saber nunca lo que son las cosas o las personas simplemente por su aspecto externo o interno. La primera secuencia nos muestra a Ethan Hawke

Vincent; sólo en caso de equívoco especificaremos si se trata de el Jerome interpretado por Jude Law.

⁵ Tal vez, decir que la homosexualidad o el homoerotismo no se hallan presentes en *Gattaca* no sea más que una exageración retórica. También podría decirse todo lo contrario: que es algo omnipresente y palpable. Lo cierto es que hay situaciones en las que resulta evidente, y mucho más evidente cuando se lo quiere percibir a toda costa. La relación entre Jerome y Vincent, incluso algunas escenas entre Vincent y su hermano Anton, harían volar la imaginación de más de uno. No tiene desperdicio el médico que le hace los análisis de sustancias. Su primera intervención, mientras observa cómo Jerome/Vincent rellena su muestra de orina, es antológica: “Estás muy bien equipado. Tu ejemplar es sencillamente excepcional”. No hay ambigüedades. Está hablando de lo que está hablando. Que el chico es observador, se confirma justo antes de acabar la película, cuando nos vuelve a sorprender su tremenda capacidad de aséptica observación médico-científica: “Los diestros no se la sujetan con la izquierda”. Quizás sean éstas conversaciones típicas entre varones heterosexuales y reflejen situaciones muy corrientes. Pero, dada nuestra lejanía de este misterioso mundo del que, en ocasiones, nos gustaría ignorarlo casi todo y que miramos con ojo clínico, como observadores no participantes, a nosotros nos parece que, en cierto modo, podría apreciarse en ellas algo de homoerotismo.

afeitándose y más tarde en la ducha cepillándose con fuerza la piel y el pelo. A estas alturas resulta difícil deducir, aunque no es imposible, qué eran esas extrañas formas del principio: tan sólo uñas, células muertas de la piel y pelos que se precipitaban en el lavabo, resultando irreconocibles al mostrársenos a tamaño macroscópico. Seguidamente, vemos recoger a nuestro protagonista una bolsa de líquido amarillo de una nevera donde también había otras bolsas de líquido rojo, sangre y orina al parecer. Fija la bolsa de orina a su muslo e inyecta un poco de sangre en una pequeña almohadilla color carne que se coloca en el dedo índice como si fuera su propia huella digital, perfectamente camuflada.

Aún no han desaparecido los créditos y, siendo unas fieras, quizás caigamos en la cuenta de que en cada palabra aparecen destacadas unas letras en negrita, sólo unas letras, al parecer escogidas anárquicamente. No es así. En esta película todo está medido al milímetro y ningún detalle se deja al azar: desde el comienzo se nos está entrenando para que nos convirtamos en unos magníficos observadores y que no se nos pase nada por alto. Como veremos más tarde, será cuestión de supervivencia. Las letras en negrita son: A, T, C, G. Con ellas se puede formar GATTACA, el título de la película, que a su vez hace referencia a las iniciales de los componentes de los ácidos nucleicos que conforman el ADN, nuestro código genético: Guanina, Adenina, Timina, Citosina. Nuestra vista y capacidad de observación, a los cinco minutos de película, se encuentran ya más que sobreestimuladas. Pero así es el “futuro no tan lejano” que se nos pinta en *Gattaca*, nombre también de un centro de investigación en el que se realizan y planifican viajes al espacio y adonde acude Ethan Hawke a trabajar. El acceso se facilita poniendo el dedo índice en un dispositivo que extrae una gota de sangre de la yema del dedo y comprueba, mediante un análisis genético de la misma, la identidad de su portador. Frente a su ordenador, el protagonista pasa periódicamente un mini-aspirador por el teclado, no dejando sobre él ni una mota de polvo ni de nada. En medio de esta operación, quien parece ser el jefe de todo aquello se asombra por la pulcritud de la mesa de trabajo de Jerome y lo felicita por su elaboración del plan de vuelo hacia Titán: “Ni el más mínimo error en un millón de tecleos”. Y le anuncia que tiene un “análisis de sustancias”. Antes de partir, Jerome saca un frasquito lleno de no se sabe qué y lo espolvorea por encima del teclado. De otro frasquito saca un pelo y lo coloca cuidadosamente en un peine que deja en su escritorio. El análisis de sustancias resulta ser un análisis de orina. El médico la analiza en un ordenador y vemos aparecer en pantalla una foto de Jerome, con su nombre y la especificación “válido”.

Por fin, una voz en *off*, la del propio protagonista, nos orientará entre tantos datos y toda la información que hemos ido recibiendo sin saber cómo darle un sentido: “Jerome Morrow, navegante de primera clase, está a punto de embarcarse en una misión tripulada de un año a Titán, la decimocuarta luna de Saturno, un cometido de gran prestigio, aunque para Jerome la selección estaba virtualmente garantizada al nacer. Fue bendecido con todos los dones exigidos para tal empresa: un coeficiente genético insuperable. No, ciertamente no hay nada de extraordinario en el progreso de Jerome Morrow, a excepción de que yo no soy Jerome Morrow”.

Detengámonos por un instante. Estamos en el futuro, en una sociedad que valora a los individuos únicamente por su código genético. Sólo aquellos cuya dotación genética sea perfecta accederán a los puestos de privilegio, serán “válidos”. Los poseedores de un código genético defectuoso, los “inválidos”, se verán relegados a los puestos más inferiores del escalafón laboral y social. Para hacer esta división, no hace falta complicarse las cosas en exceso: una gota de sangre basta para encumbrar o arruinar la existencia de una persona. En este contexto, algo pasa con Jerome Morrow, poseedor de un magnífico ADN: “Solo que yo no soy Jerome Morrow”. Ahora comprendemos cuanto estábamos viendo. Jerome/Vincent se cortaba las uñas, se cepillaba la piel y el pelo para no dejar ni el más mínimo rastro orgánico de sí mismo. Burlaba los controles de acceso con su huella digital inoculada de sangre de “otro”; en los análisis de orina se las arreglaba para dar la orina de ese mismo “otro” en vez de la suya, mediante el artilugio de la bolsita que observamos al comienzo. Aspiraba asimismo las pestañas, células de la piel y partículas de su cuerpo que hubieran podido caer sobre el teclado, reemplazándolas por las del “otro” que llevaba guardadas en el frasquito; colocaba como descuidadamente un pelo de ese “otro” en el peine... porque aparte de los controles rutinarios y de acceso, se realizaban otros en los que se recogía todo tipo de rastros corporales para comprobar de cuando en cuando la verdadera identidad de los trabajadores. Para evitar que se “colara” algún “inválido” en una sociedad gobernada y controlada por los “válidos”.

Jerome/Vincent se pasa cada instante del día ocultando su verdadera identidad, borrando cualquier pista que pudiera denunciar que él no es como los demás, que él no es “válido”. Jerome vive en el armario. En el más horrible y exigente de los armarios en un mundo, en un futuro no muy lejano, que ni siquiera nos parece de ciencia ficción. Jerome es un especialista en fingir, en hacerse pasar por otro, en hacer creer a los demás que él no es como es, que él no es quien es, que él sólo es quien aparenta ser, que ni siquiera aparenta, que

él es como los demás lo ven. Para ello corta sus uñas, se cepilla, se lava, se aspira compulsivamente. Jerome no deja tras de sí ni tan solo una “pluma”. Jerome es una mariquita a la que no se le escapa ni una sola pluma, y las que se le “caen” porque no puede evitarlo, las recoge y las disimula aplastándolas con el peso de su otro yo, heterosexual. Jerome es una mariquita armaria que se hace pasar por heterosexual. Jerome es una mariquita del futuro que nos muestra cómo tendrán que ingeniárselas las mariquitas del futuro para permanecer en el armario y que no se les note nada su Xq28. Pero no necesariamente hemos de ver en *Gattaca*, si es que lo del Xq28 tiene algún parecido con la realidad y no es pura ficción, una funesta premonición de lo que sería una sociedad donde se persiguiera a las maricas rastreando su código genético, lo más interesante del filme es su valor metafórico actual prescindiendo de la verosimilitud o el realismo de la hipótesis que plantea.

Gattaca simboliza ya, sin necesidad de echarle ninguna fantasía, lo que supone la existencia en el armario, y los sinvivires de Jerome no son más, ni peores, ni la esquizofrenia en la que vive está más acentuada que los de la vida de cualquier marica en su período presente o pasado de vida en el armario. La identificación con el personaje que representa y la angustia que vive el espectador marica ante el riesgo de que descubran que Jerome es un no-válido resulta indisociable y por fuerza se halla contaminada de su propia experiencia y vivencias a la hora de esconder la pluma y no revelar su homosexualidad. Pedagógicamente, los heteros tienen en *Gattaca* una magnífica ilustración de cómo nos obligan a sentirnos durante una parte, corta o larga, de nuestra vida. Viendo *Gattaca*, están viendo a una marica oprimida y reprimida, lo mismo que *El planeta de los simios* es un perfecto ejemplo de h(uman)omofobia llevada al extremo.

Homofobia y genoísmo

En un momento dado, Jerome/Vincent nos relata en un *flash-back* cómo sucedió todo para verse inmerso en tan penosa situación. Había sido concebido no mediante ingeniería genética, como era lo habitual, sino “a pelo” en un coche y, claro, su dotación genética dejaba mucho que desear. Nada más nacer, cuando aún estaba gritando de la impresión, le analizan sus genes y el supuesto destino que la naturaleza le tenía reservado: 99% de posibilidades de un fallo cardíaco y una media de vida de 30,2 años. El padre, no contento con su engendro, decide no ponerle su propio nombre, y lo llama Vincent. El pobrecito, llega a confesar: “Desde pequeño llegué a considerarme lo que me consideraban los demás: un enfermo crónico”. Esto nos suena a todos un poquito: cómo el imaginario social de la marica nos

estigmatiza desde pequeños y llegamos a considerarnos unos seres desdichados, imperfectos, degenerados, no-válidos, anormales y demás lindezas que vamos internalizando hasta llegar a destruir la dosis normal de autoestima que debemos tener cada uno.

El padre de Vincent, después de la experiencia, decide que su próximo hijo lo va a diseñar para que le salga perfecto y pueda llevar su nombre esta vez. Y así ocurre. Anton, el hermano de Vincent, es un humano sin un pelo que ponerle. Uno y otro hermano se pasarán toda la vida rivalizando y Anton procurará, con la crueldad propia de los niños, recordarle a Vincent a cada paso que es un perfecto inútil. Su juego favorito era adentrarse en el mar hasta que uno de los dos se rendía del esfuerzo o del miedo por no poder volver. Más adelante, este simbólico juego resultará decisivo. Entre tanto, Vincent decide ser astronauta: “Quizá fuera mi amor a los planetas o quizá mi creciente aversión por éste en el que vivía pero, desde donde alcanzo a recordar, siempre he soñado con ir al espacio”. Papá y mamá se ponen de los nervios porque saben que nunca lo admitirán con su defectuosa retahíla de aminoácidos. Su padre, que le quiere ahorrar un disgusto y lo quiere mucho, lo consuela diciéndole de cuando en cuando: “Tienes una posibilidad entre cien de que no te falle el corazón” y “Tú sólo verás una nave espacial por dentro como limpiador”.

Las cosas se le habían puesto muy difíciles a Vincent y su sueño. Legalmente no lo podían discriminar por ser “mariquita”, bueno, esto en nuestra interpretación, en la película, por tener un código genético espantoso. Dicha discriminación se contemplaba bajo la figura de “genoísmo” (tres años después de *Gattaca*, sus hipótesis de ciencia-ficción acerca del “genoísmo” han dejado de serlo, desde octubre de 2000, las compañías de seguros del Reino Unido pueden aumentar las primas de sus pólizas a los asegurados que tengan un código genético propenso a ciertas enfermedades hereditarias) y era tan irrelevante y se hacía tan poco caso de ella como de la homofobia. Si alguien se negaba a que lo analizaran genéticamente en una entrevista, le tomaban pruebas del pomo de la puerta, de la mano del entrevistador que se la había tendido para despedirse. La homofobia, como el genoísmo, son supuestos legales que nunca llegan a ponerse en práctica y tan tremendas conquistas se ven reducidas a papel mojado.

Total, que los que eran como Vincent empezaron a formar una nueva clase baja encargada de los trabajos más serviles e inmundos y viviendo en la marginalidad más insoportable. Harto de todo, se va de casa y que los zurzan. Al irse, arranca de la foto de familia la esquina en la que se hallaba retratado su rostro y la deja como todos querían que hubiera sido: sus padres felices con un hijo deseado y maravilloso que pudiera llevar el

nombre de su progenitor. Vivencia familiar. Familiar a muchos gays y lesbianas: “¡qué feliz sería esta banda si yo no existiera!”. Vincent no esperó a que lo echaran, se fue. Intentaría cambiar las cosas.

El síndrome del olimpismo: citius, altius, fortius

Decidió tomar el camino más difícil pero que muchos gays y lesbianas han tomado consciente o inconscientemente. Como la vida no le iba nada bien siendo un humano imperfecto, decidió ir de ser humano perfecto. Es decir, meterse en el armario y ser como los demás para evitar cualquier tipo de estigmatización. Lo que en *Gattaca* aparece como una decisión voluntaria y reflexionada, una estrategia para burlar heroicamente la presión social, encuentra un perfecto paralelismo en nuestras vidas. El resultado es similar: más nos vale esconder la pluma si no queremos tener problemas y aspirar a lo que todo el mundo o... a lo más alto. Una triste consecuencia de que el entorno familiar y social del homosexual haya logrado destruir por completo su autoestima es el síndrome olímpico que en ocasiones se desarrolla en nuestro interior para compensar en cierto modo lo bajos de moral que hemos llegado a sentirnos todos en algún momento de nuestra vida.

La marica o la lesbiana, en un momento de renacimiento espiritual, llega a proponerse el reto más descabellado: voy a ser mejor que nadie y destacaré por encima de todos. Como si tuviera que redimir alguna culpa o rehacerse de algún defecto real, resarcirse por una naturaleza, una condición o una opción sexual equivocada. Esto lleva a muchos gays y lesbianas a convertirse en fueros de serie y destacar escandalosamente por encima de la media de la clase, del colegio, de la Universidad, en su trabajo, en arte, literatura o en cualquier otra disciplina o dedicación. Algo del orgullo gay se cimenta en esta rabia que nos impulsa a “ser más” y nos hace mitificar a nuestros ídolos. Todos conocemos a grandes hombres y mujeres homosexuales. Es maravilloso que muchos gays y lesbianas sean tan listos, tan brillantes, tan formidables y que sirvan de modelo a los niños mariquitas (lo cual es un engaño, ya que los niños nunca tienen acceso a dichos modelos cuando más falta les haría: el “mari-Parnaso” sólo se descubre en la edad adulta). Pero si la sola razón de ello es esta motivación que hemos expuesto, resulta enormemente triste: nos condenan desde pequeños a la marginalidad, a la estigmatización o a la genialidad. Menudo favor. Como los atletas olímpicos, que los cuelgan de unas paralelas a los cuatro años para que se vayan acostumbrando y no se bajan hasta que su vida está destrozada completamente, por el oro.

A Vincent le pasó lo mismo. Un día que andaba nadando con el canalla de su hermano, va y le gana. Anton casi se ahoga de no ser porque Vincent lo salva. “Ocurrió lo imposible. Fue el único momento de nuestra vida en que mi hermano no fue tan fuerte como él creía ni yo fui tan débil. El momento que hizo que todo lo demás fuera posible”. David y Goliat. El sueño americano. La mayor bestialidad de la mitología heterosexual. “No estás condenado a ser siempre una mierda, a lamerme los zapatos y a dejar que te pise el cuello. Tienes una oportunidad. Aprende de David y Goliat y del botones que llegó a ser el dueño de la multinacional en la que trabajaba. Sé la marica más lista y lo mismo te haces hueco, llegas a ser jefe de muchos heteros y consigues un nivel económico y social mejor que el de muchos homófobos”. Pero ¿es que no puedo llevar una vida normal y corriente, absolutamente gris, como hace todo el mundo?, ¿tengo que ser tu jefe para que no puedas insultarme porque te planto de patitas en la calle?, ¿es que no puedo salir a echar una agradable carrerita por el parque los domingos para disfrutar?, ¿por narices tengo que ganar el oro en los mil metros? En el fondo, el mensaje de *Gattaca* es bastante facha: ensalza al héroe individual que logra sacudirse la presión social aunque, todo hay que decirlo, la mirada crítica a la sociedad en la que vive Vincent también está presente.

Entonces llegará la metamorfosis de Vincent en Jerome Morrow, una estrella de la natación que se rompió la columna y ahora se desplaza en silla de ruedas. Por dinero y por sus cuidados (motivación que nos parece algo pobre y necesitada de un refuerzo homoerótico para que se sostenga), Jerome (Jude Law) le proporcionará a Vincent (Ethan Hawke) su identidad: su sangre, su orina, su pelo, sus pestañas, sus uñas. “Hoy será el último día en que tú serás tú y yo seré yo. Aún podemos dar marcha atrás”. Comienza la esquizofrenia y la progresiva armarización y despersonalización de Vincent, que se va olvidando cada vez más de quién es en realidad, y se verá obligado a recoger pluma, a “limitar la cantidad de mi yo no-válido que pudiera quedar en el mundo válido”. Lo que todos hemos pasado, solo que tuvimos que tomar esta decisión que se nos caía encima como una losa nada más salir de nuestro peculiar Edipo. En *Gattaca*, los no-válidos que se hacen pasar por válidos tienen un nombre: “degenerados” y “escalones prestados”. Vincent se va a convertir en un “escalón prestado”, aquellos individuos “que se niegan a jugar con las cartas que les han repartido”. Cuando un escalón prestado es descubierto, el escándalo es mayúsculo y la indignación no conoce límites: ¿un obispo gay?, ¿un oficial del ejército gay?, ¿una ministra lesbiana? Nuestro mundo está lleno de escalones prestados. No llegamos a saber si en *Gattaca* existe el *outing*. Pero es bastante probable.

Al final, Vincent/Jerome logra sus propósitos, llega a ser el mejor astronauta y parece que, si no ocurre nada, acabará viajando a su queridísima luna Titán, preciosa metáfora de sí mismo, del resultado de toda su trayectoria vital: “Titán es exactamente así. [Llena con el humo de su cigarro una copa de vino vacía y la humareda queda atrapada en el interior del vidrio esférico.] Siempre está rodeado de una nube tan espesa que nadie sabe qué hay debajo... Quizá no haya nada”. Como él mismo, como las maricas armarias, “siempre rodeados de una nube tan espesa que nadie sabe qué hay debajo”. Y es que quizás ya no haya nada. Jerome ya no es nada. Años de reclusión en el armario nos reducen a la nada. Si salimos, carecemos de identidad. Tal vez el mayor mal de la comunidad gay desarmarizada: en su salida, tiene que construirse una identidad propia, una identidad que ni siquiera puede recordar porque nunca la tuvo. Cuando empezábamos a forjarnos nuestra propia identidad, de infantes e infantas, adoptamos una prestada, completamente distinta. Si nos la sacudimos, siempre ya de mayorcitos, nos quedamos en humo y nos confrontamos, individual y colectivamente, con la tarea de tener que inventarnos quiénes somos en una labor de autocreación desmesurada y descomunal. Que tanto nos cuesta a cada uno en particular y a la comunidad gay en general.

A Vincent le pasan toda clase de malandanzas. Expone su vida al límite sólo para conseguir reconocimiento, mejor, para que nadie lo reconozca. La primera bestialidad que se ve forzado a realizar es aumentar cinco centímetros de estatura, para medir igual que Jerome, cortándose los huesos de las piernas y alargándolos artificialmente, quedando postrado durante meses. En un control imprevisto de la policía, tiene que quitarse las lentillas y se ve obligado luego, a cruzar una autopista cegado por su galopante miopía en pos de su novia para que ésta no lo descubra (sí, Jerome tiene novia. ¿Absurdo, verdad? Es de esos personajes que el cine introduce con calzador para desautorizar cualquier lectura homoerótica del filme, pero que se caen por su propio peso o, mejor dicho, por su falta de consistencia). En la escena final con su hermano, vuelven a jugar a adentrarse en el mar y el tonto de Anton vuelve a acojonarse y a casi ahogarse. En medio de su desesperación le pregunta a Vincent: “¿Cómo lo consigues, cómo has podido conseguirlo?”, obteniendo esta respuesta: “¿Quieres saber cómo lo conseguí? Así es cómo lo conseguí: jamás me reservé nada para la vuelta”. Estremecedora confesión de una marica obligada a vivir al límite, a ir a tumba abierta, a no pensar más que en el triunfo y nunca en su bienestar, en su felicidad, en su propia supervivencia. Las maricas no nos reservamos nada para el regreso, porque no hay regreso ni vuelta atrás. No tenemos adónde volver ni lo queremos. A toda máquina, a fondo perdido, enloquecidas, dándolo todo.

No hay espíritu menos conservador ni más temerario que el de la marica o la lesbiana afectados del síndrome olímpico.

Condenados a la heroicidad y a una existencia vertiginosa, no se nos concede un respiro: esto no es para estar orgullosos. Los gays y lesbianas que han triunfado y andan por las nubes de Titán pueden estar tan orgullosos como un ratoncito de Skinner que ha logrado atravesar el laberinto en el que lo ha metido el investigador. “Vamos a soltar a una marica en un entorno social homófobo a ver si consigue llegar al final de laberinto, aprieta la tecla y consigue la comida”. Y la marica tan orgullosa de que jueguen con ella. Aunque sea para convertirla en un hombre o una mujer excepcional. La alienación radical de Jerome se consume en su confesión final, camino de Titán: “Para ser alguien que nunca estuvo hecho a la medida de este mundo, debo confesar que me está resultando difícil abandonarlo... Quizá no me esté marchando. Quizá esté yendo a casa”. No podemos evitar pensar en tantas maricas y lesbianas que no están hechas a la medida de este mundo heterosexual pero que no tienen más remedio que adaptarse a él como pueden mientras sueñan con viajar a otro planeta para, en el colmo de la desestructuración de su personalidad, acabar prefiriendo el planeta hetero que habitan a cualquier otro y creer que la sociedad homófoba terráquea es su verdadera casa, su único hogar. El exilio de Jerome, como el nuestro, huye perennemente sin tener adónde ir, haciendo de su hogar un lugar cualquiera que confunde (a sabiendas o habiendo perdido ya el norte por completo), sumido en el cansancio y la desesperación, con su patria inexistente.

VISIBILIDAD

¡Cómo hemos cambiado!⁶

“De maricas y vampiros”: un documento desclasificado de la extinta Radical Gai⁷

“El tema de la visibilidad es un asunto que entre vampiros lleva siglos resuelto mientras nosotras seguimos aquí enredadas tirándonos del moño en interminables polémicas internas, sin plantearnos siquiera la posibilidad de ir a buscar un poco de ayuda fuera. Quizá también porque las pocas veces que esto ha ocurrido, se han buscado los consejos de amigos equivocados, concluyendo casi siempre las iniciativas aperturistas y dialogantes en insólitos pactos con el diablo que, en lugar de presentarse abiertamente como vergonzantes fracasos y traiciones a la causa, se nos quieren vender, cuando no imponer, como exitosas negociaciones, más allá de las cuales ni parece posible, ni merece la pena llegar.

La verdad es que uno empieza ya a estar bastante harto de tantas claudicaciones, tantos barcos sin honra, tanta ley de parejas, tanto homosexual entrevistado en televisión ofreciendo una imagen esperpéntica de todos nosotros, que a nadie representa. Y es que, en lo que a visibilidad se refiere, se da normalmente por sentado que más vale salir a la luz pública a toda costa, no importa cuáles sean las consecuencias, que no salir. Visibilidad entendida aquí como el acceso, la presencia en los medios de comunicación de masas, de modo indiscriminado, ejerciendo de tímidas marionetas, espectros maquillados ante los micrófonos y los focos de una maquinaria infernal, que asfixia el más mínimo rasgo de autenticidad que quiera exponerse en ellos, así como los pactos con las instituciones que no pretenden sino darse un baño de legalidad y moralidad públicas para ofrecer una buena imagen de todas nosotras de cara a la galería. Evidentemente no es una tan ingenua como para pensar que la manipulación pueda evitarse, ni siquiera controlarse un poco para que no nos resulte tan funesta, haciendo debates internos sobre cómo deba ser nuestra presencia en los medios de comunicación.

Cuando se pacta con el enemigo, la contaminación es inevitable. Pero la alternativa a la visibilidad, no se reduce necesariamente al silencio, al olor a naftalina del armario de la abuelita donde nadie quiere volver a recluirse. Quizá una breve reflexión, acompañada de otro poco de historia, nos ayude a comprender por qué la luz de los focos, empeñada en improvisar una espontánea y fresca cita con la vida, destruye de modo fulminante nuestra

⁶ Capítulo redactado en colaboración con Manuel Andreu Cuevas.

⁷ Artículo extraído del fanzine de la Radical Gai, *De un plumazo*, n.º 4, año 1993.

identidad homosexual y convierte en esperpentos risibles lo que antes eran unas estupendísimas maricas llenas de encanto.

Lo que en un principio sólo fue la mera constatación de un hecho cotidiano como la diferencia entre noche y día, luz y oscuridad, claridad y tinieblas, visible e invisible, fue, con el paso del tiempo, revestido de connotaciones morales, valoraciones éticas y un carácter de verdad y falsedad que vino a complicarlo todo sobremedida. El ser, lo bueno, lo verdadero, puro, auténtico, amable, vino a confundirse y expresarse metafóricamente a través de todo el campo semántico de la luminosidad. Por el contrario, lo malo, lo ominoso, lo falso, lo inauténtico, lo temible, lo abominable, se vio relegado al ámbito de la negra oscuridad, de lo invisible, espectral, vale decir, lo inexistente.

Y hete aquí que, para mayor tranquilidad de los hombres de bien, fuimos vampiros y maricas condenadas a penar en la frialdad de la noche oscura de la inexistencia, pues, hechos invisibles por esta insólita estrategia, ya no contábamos para nada, ni nadie sabía cosa alguna de nosotros, aunque nuestra inadvertida presencia empezaba a inquietarles un tanto e intentaron calmar su temor a lo desconocido haciendo películas de terror. Un hetero sabe tanto, incluso hoy día, de nuestra vida sexual, como de la de los vampiros. Miento. Sabe mucho más en todos los órdenes de la vida, costumbres y sexualidad de los vampiros que de la nuestra. O al menos eso creen. En todo caso, vampiros y maricas, tras tantas idas y venidas, hemos acabado formando parte de la gran mitología blanca heterosexual que occidente ha venido forjando sobre todo aquello que quiere desconocer y mantener alejado de la luz: somos espectros.

Y es que la luz es la morada del hetero, en la luz están como en casa. La luz, con todo lo que ella implica, es el invento heterosexual por excelencia. Ser heterosexual es ser visible, habitar en la luz, ser la luz. La luz es heterosexual. Y el vampiro lo sabe, sabe que salir a la luz, hacerse visible, significa su destrucción, dejar de ser vampiro, porque la visibilidad supone tanto como acceder al ámbito de la moralidad, de la familia-ridad, de lo cristiano, de lo purísimo e inmaculado, de lo inofensivo. Y es por ello que, para no perecer, permanece en el reino de lo invisible, de lo espectral. Le parece maravilloso que su imagen no se refleje en ningún espejo, menos aún en el de la pequeña pantalla. No lo necesita. Nosferatu quiere conservar su maravilloso halo espectral y no verse metamorfoseado en un Brad Pitt kitsch y esperpéntico.

¿Qué le pasa a una marica que, no contenta con su pluma, con manifestarse por la calle gritando hasta desgañitarse, con mostrarse en público tal cual es, con responder a

cuantas agresiones se le hacen a lo largo del día, decide hacerse visible -siempre en el sentido restringido que le hemos venido dando al término-, salir a la luz, ponerse ante los focos televisivos para ser entrevistada en profundidad o ser contemplada bajo el brillo infamante de la ley de parejas? Pues eso, que se hace visible y, al hacerlo, corre la misma suerte que el vampiro. Y quien antes era una marica estupenda, ahora la vemos herida de muerte, fulminada por el luminoso rayo purificador de la luz-heterosexual. Quien antes era una petarda despendolada, se ve transformada en un aséptico homosexual producto de marketing, listo para su comercialización, tolerado, bien visto, “casado”, con “hijos”, con derecho a herencia, arreglado y elegante, pero sin pintarse un ojo, preferiblemente intelectual de carrera o, en su defecto, empresario, si no artista de renombre o estrella de lo que sea.

Antes, la visibilidad corrompía a la marica y la reducía a simple diversión de barraca de feria que provocaba la risa y/o la admiración del público y televidentes. En todo caso, ello venía a justificar su existencia, no tolerada en modo alguno en ningún otro contexto. Ahora, porque una panda de homosexuales de buen ver, de buena familia, de buena situación económica, de carrera, han ampliado un milímetro la esfera de la visibilidad y los contextos donde quedaría poco correcto insultarnos o darnos una paliza de muerte, parece que ése ha de ser el triste destino y ¡deber! de toda marica: ir por la vida de “ser humano con prácticas homosexuales que no se diferencia en nada del resto y cuya presencia no dé motivo de escándalo”. Vergonzoso.

Las cosas andan tan mal, que las pocas petardas invisibles, i.e., que huimos aterrorizadas de las cámaras, que vamos quedando, empezamos a sentirnos estigmatizadas como traidoras, no comprometidas, insolidarias, sucias y vergonzantes, reprimidas por cuatro, más bien por cuatrocientas, que ya son muchas las engañadas, estúpidas televisivas que presumen de su fuerza para vivir frente a nosotras folclóricas, amigas de la noche, sin más techo que el del cuarto oscuro o las pocas hojas de los escuálidos árboles del parque de turno, que volvemos la cara y cerramos los ojos porque nos deslumbra la simple luz de un mechero impertinente que hiere nuestra invisibilidad, obligándonos a un outing, no por más breve, menos deseado. Una petarda jamás haría semejante cosa, y menos a gran escala. Es tan absurdo, contradictorio y mortífero el outing como un vampiro persiguiendo a otro con un foco de mil vatios, un crucifijo y una ristra de ajos en la mano. Y es que, en los tiempos que corren, hasta el que menos pinta no duda en hacerse nuevo apóstol esclarecido de la luz hetérea, exorcista conjurador de espectros, que confunde al enemigo, transformado en

inquisidor o, mejor, mercenario de una causa que no es la suya, utilizando equívocamente la homosexualidad como arma y motivo de escándalo para otros.

Y es que algún hetero espabiladillo y malintencionado nos ha jugado una mala pasada, introduciendo sagazmente en nuestro mundo de tinieblas su peculiar caballo de Troya, su mortífera caja de Pandora: la luz que nos hace visibles, haciéndonos perder el rumbo y, nosotras, inocentes, tan contentas con el regalito, formando parejitas de hecho, saliendo por la tele, i.e., yendo de cabeza al suicidio colectivo, al sacrificio de nuestra identidad, cuando no es bautizada toda marica como homosexual casadero dispuesto a formar una familia, por mucho que le horrorice portar tan funesto nombre.

Que no se haga la luz en los cuartos oscuros porque dejarán de existir, que no llegue la visibilidad a los servicios ni a las saunas, ni a los cutregaritos porque se transformarán en lugares inhóspitos para los amantes del claroscuro, la sombra y la pluma. La pluma, sí, nuestro más genial invento, que desde siempre ha jugado con la ley y se ha burlado de ella, de la dicotomía de lo visible y lo invisible. La pluma que nos hizo ambiguos, sembrando el equívoco, la incertidumbre y el desconcierto entre aquellos que sólo toleran las cosas claras y distintas, legalizadas. Hay que acabar de un plumazo con el intransigente y autosatisfecho discurso hetéreo de la visibilidad, pura mala conciencia de occidente que sólo concede carta de existencia a lo que se refleja deformado en su maléfica pantalla, para así dominarlo, controlarlo, aseptizarlo, clasificarlo, archivarlo. Mas maricas y vampiros estamos ahí, por todas partes, ellos lo saben y eso es lo que más les inquieta: sentirse incomodados, asediados, criticados por un enemigo invisible que se les escurre entre los dedos, cuyo número y fuerza no pueden calcular, que vive con ellos en casa, que les besa en la boca, que se acuesta en sus camas, que les paga el colegio, que les plancha sus camisas, que escribe a los Reyes Magos... que les hace el amor. Nada ni nadie nos hará visibles. Contra el exorcismo televisivo y reformista: ¡Espectros del mundo, uníos!”.

Ahora que ya somos visibles

No hace ni diez años de este artículo aparecido en el fanzine de la Radical Gai, *De un plumazo*, en un monográfico dedicado a la visibilidad. No hace ni diez años que se publicó este texto y ya hace casi diez años que salió a la luz. Releerlo provoca sentimientos contradictorios: por una parte, parece estar de rabiosa actualidad ya que su crítica de las maricas mediáticas y mediatizadas, ahora que pululan por doquier en la pequeña pantalla en sus más variadas formas, sigue siendo necesaria y, tal vez, más necesaria que cuando fue

escrito, cuando tímidamente comenzábamos a ver algún que otro gay y alguna que otra lesbiana en la televisión, aún con muy pocas tablas catódicas; por otra parte, huele a antiguo, aunque muchas maricas de hoy ya no se hagan tales preguntas ni tengan el nivel de conciencia crítica del que hace gala el panfleto en cuestión. Precisamente por eso se percibe un cierto olor a naftalina entre sus líneas. No la naftalina del armario, pero sí la naftalina de un discurso radical que ha desaparecido ¿para siempre?, un tono grandilocuente, directo, movilizador, sin pelos en la lengua, con tan poca vergüenza que es capaz de llamar, en su retórica marxista revolucionaria de andar por casa, a medio camino entre el mitin y la harenga callejera, a la comunión de los espectros gays, confundiendo el 28-J con un 17 de Octubre cualquiera.

Sin embargo, pese a su empaque trasnochado, *ahora que ya somos visibles*, y que la particular “transición” de la comunidad gay se da por concluida en el Reino de España, como en toda transición, a muchos temas se les ha dado carpetazo sin que jamás hubieran llegado a resolverse y siguen planeando aún sobre nuestras cabezas como asignaturas pendientes que no nos dejan avanzar con soltura. Más bien a trompicones, dejándonos deslizar por la inexorable pendiente del progreso, de la liberación gay, sin rumbo alguno, sin habernos fijado tampoco ninguna meta, dando por descontado que cuando se acabe el tobogán pisaremos tierra firme y no caeremos en medio de un charco que ensucie nuestros zapatitos de hebilla y nos llene de fango nuestros calcetines blancos caladitos.

Ahora que ya somos visibles: suena a discurso autosatisfecho, a labor cumplida. No queremos ni imaginar lo que la Radical Gai haría con esta frase y con el sujeto que se atreviera a pronunciarla, así, sin más. Sólo pensar en su indignación y en la asamblea de urgencia para responder, cuestión muy importante que no debe demorarse, a este eslógan con otro, da la risa. Decididamente corren otros tiempos y cualquier tiempo pasado fue peor. Pero que andamos como *equus* sin cuádriga es algo que no deja de ser cierto y que se aprecia viendo cómo hace años la gente, algunos gays, se inquietaba por su destino y expresaba sus temores (sin duda, un tanto conservadores por prudentes) para no meterse de lleno en la vorágine mediática sin una sólida base ideológica que convirtiera a la comunidad gay en un esperpento y nos dieran sopas con (h)ondas hertzianas.

Ahora que ya somos visibles no es tiempo para lamentarse y, no obstante, hay mariconas lloriqueando por todos los rincones porque no les acaba de gustar la visibilidad conseguida. Pues esto es lo que hay y mejor esto que nada. Nostálgicas del pasado quedan bastantes, tantas como para darle la bienvenida a todo un portaaviones de la Royal Navy y

llenar los muelles de un puerto costero mediterráneo, entre cabos, estibas, redes, mandando a paseo todo el orgullo gay y esperando a lo Genet en la oscuridad de un laberinto de *containers* algún marinero despistado o no tan despistado. Y tatuarse su nombre para poder llevar en adelante una trágica existencia preguntando por su muchacho rubio como la cerveza de mostrador en mostrador. Algo sí se ha conseguido. A saber, que lo patético parezca patético y haya perdido definitivamente cualquier halo de romanticismo. Creámoslo al menos.

Tampoco es anecdótico el hecho de que un artículo de fanzine pase a insertarse ahora en un libro de gran tirada y difusión publicado por una editorial que, en aquella época, nos hubiera dado con la puerta en las narices. No por nada, sino porque en aquel entonces todo el mundo consideraba normal darle a una marica con la puerta en las narices. Entre tanto, hemos dejado de ser espectros y se nos ve por todos lados. A todos. Y volvemos a tener un lío. Parece que al baile de los vampiros no están todos invitados. Es un baile de etiqueta o, cuando menos, de media etiqueta. Algunos deberán quedarse en el ataúd un tiempo más o para siempre: una entrevista con ellos, dicen algunas voces, no nos haría ningún bien. *Ahora que ya somos visibles* se abre el debate sobre la visibilidad y se formulan preguntas que llevaban diez años enterradas en un cajón de pino. *Ahora que ya somos visibles*, no queremos serlo, o no del todo, o sí pero no, o sí sólo que a ratos, o sí, pero tú sí y yo no, o sí pero sin orgullos ni cabalgatas.

Sácame del lado bueno

De maricas y vampiros sostenía una tesis de hondo calado filosófico, aunque no lo parezca, inspirada directamente en el inevitable Foucault: aceptar hacernos visibles implica aceptar ser vigilados y vernos enredados en las estrategias normalizadoras de la sociedad. La propuesta que se ofrecía como alternativa, empero, pecaba de armarizante, temerosa, dubitativa, conservadora, prudente, pretenciosa, pura pose : mostrándose a favor de la visibilidad en todos los niveles de la vida cotidiana, se reducía ésta al ámbito, por así decirlo, “privado”, huyendo de los pactos con las instituciones y de cualquier tipo de presencia en los *mass media*. Por lo menos, hasta haber conseguido forjar un “gay mediático”, o un conjunto aceptable de ellos, con el que nos sintiéramos a gusto y más o menos representados. No es necesario decir que las cosas no iban por ahí, como el tiempo se ha encargado de demostrar. La única forma de llegar a ese gay mediático ideal ha sido la tan antigua como humana y animal estrategia del ensayo y el error. Hemos hecho mucho el ridículo en todo tipo de foros públicos, pero también hemos aprendido bastante a no meter la pata más de lo necesario y,

todo hay que decirlo, muchos gays han hecho muchísimo dinero entre tanto y se han convertido en estrellas. Maticemos. Tal vez haya un par de excepciones que sí hayan hecho dinero haciéndose visibles; pero no nos engañemos: quienes se han forrado lo han hecho desde la discreción (empresarios) o directamente desde el armario (artistas, cantantes). Hacerse visible no es abrir precisamente un rentabilísimo fondo de inversión, más bien pertenece a una omnipresente censura social que expresa de ese modo su malestar: “Maricas y lesbianas están por todas partes, claro, han visto el dinero fácil...”.

Sólo a una organización radical con las cosas muy claras, dogmáticamente claras, se le podía ocurrir intentar normativizar nuestra presencia pública, aunque en una línea muy distinta de la de los homosexuales ¿radicales? de hoy en día que persiguen esa misma uniformidad, sólo que de chaqueta y corbata, evitando la pluma y demás estereotipos y sambenitos con los que la sociedad nos ha obsequiado. La Radical, por lo que se deduce del artículo, pretendía una visibilidad resistente a los regímenes de normalización, haciéndose portavoz de las mariconas, las petardas, los habitantes de los cuartos oscuros, parques y saunas sin saber muy bien cómo llevar esto a cabo, optando finalmente por dejarlo todo a media luz. Su ataque furibundo al homosexual yupi y de buena presencia todavía sigue rechinando hoy en los oídos de los colectivos gays más conservadores. La resistencia a un cambio de imagen forzado, sólo para salir en la tele, está lo más lejos que se pueda imaginar de la visibilización por la que ahora se viene luchando: que nos saquen a gays y lesbianas “del lado bueno”. Que no se hable del gueto, del dinero rosa, de la pluma, de nuestras prácticas sexuales... al final no se hablará de nada porque, de tanto renunciar, nos habremos quedado hasta sin sangre en las venas, no seremos nada, seremos prácticamente heterosexuales, prácticamente normales, espíritus puros. La vampirización a la que se puede ver sometida nuestra imagen no sólo afecta al hecho de no querer exponernos a la luz de los focos de los platós; más sutil es la vampirización que lleva a desenzalzarnos, a desidentificarnos, a perder lo poco de idiosincrásico que pudiéramos tener y a lo que muchos están dispuestos a renunciar. Como querrían renunciar también a que se los llamara gays u homosexuales. Pero, puestos a que se vea todo, tampoco hay por qué considerar que los homosexuales sin pluma, que no comparten esa supuesta identidad o esencia colectiva del gay posmoderno, sean sin más traidores a una supuesta causa que deberían compartir a toda costa: sencillamente hay gays sin pluma o con ella, que ni se acercan por el gueto, conservadores de toda la vida o anarquistas furibundos que no entran ni salen de este juego porque les resulta completamente

ajeno. De su indiferencia no se puede concluir una voluntad expresa de traición ni de provocar daño alguno. Son así y punto.

El vértigo que trae consigo el acelerado proceso de visibilización de la comunidad gay crea individuos absolutamente alienados, en el sentido más brutal del término, que antes que hacerse visibles prefieren desaparecer por propia voluntad. Se borran a sí mismos del mapa. Yo no soy gay, no comparto nada con la comunidad gay, ni siquiera voy a locales de ambiente, no asisto a manifestaciones, no leo nada que tenga que ver con literatura o ensayo gay, no tengo pluma, tan sólo me gustan los hombres, pero eso es algo que pertenece a mi vida privada, por lo demás, soy completamente normal y quiero que me dejen en paz porque no estoy en deuda ni con los gays ni con nadie, ni estoy traicionando ninguna causa. Esto, los liberales o los conservadores, tal vez lo considerarían un alegato encomiable de la defensa a ultranza del inviolable ámbito de la privacidad del individuo y de la inviolabilidad de la libertad de cada sujeto para hacer con su vida lo que le parezca. Otros, desde otro enfoque, lo llamarán, alienación. El problema de ver un gay o una lesbiana alienado allí donde encontremos un individuo totalmente a gusto consigo mismo, sólo que no coincide con nuestra propia estrategia emancipatoria y los propios deseos de ver un movimiento gay unido y fuerte cual proletarios oprimidos con conciencia de clase, tal vez estribe en un pelín de dogmatismo y esencialismo por parte de quien, considerándose auténtico e incorruptible, anatemiza al resto excomulgándolo en nombre de la Verdad Absoluta. Este proceder, amén de bolchevique, es mucho más antiguo. Los hombres con faldas ya decían desde tiempos inmemoriales aquella sobrecogedora sentencia: *Extra ecclesiam nulla salus!*

Los sujetos que no renuncian a la visibilidad, pero que se someten a las pautas que establece la sociedad para que una marica aparezca públicamente, acatando todas y cada una de las reglas del “pudor” y del “decoro”, lo único que consiguen es invisibilizarse y seguirle el juego a quienes no quieren vernos, o sólo quieren vernos en la medida en que no hiram su sensibilidad heterosexual. En vez de supervitaminarnos y mineralizarnos, nos desexualizamos y desmaquillamos, fortaleciendo de este modo la homofobia. El tímido paso que se pretende dar es, como mucho, llegar a decir a regañadientes: Soy gay, no quiero estar en el armario, pero no soy diferente. ¡Bravo! Decir que se es gay cuando, previamente, se ha vaciado este concepto de cualquier contenido, es quedarse dentro de un armario mucho más difícil de abrir. Renunciar a la propia diferencia, mientras ésta subsista, equivale a borrar unilateralmente nuestra diferencia, dar la batalla por perdida y darles el triunfo en bandeja: no ha hecho falta que acaben con nosotros, nos hemos autoeliminado. Por fin hemos reconocido

y nos hemos llegado a creer que no somos diferentes, que no somos nada, que somos como ellos en pensamiento, palabra, obra y omisión.

Este tipo de discurso ha de reconocer, no obstante, que hay gays y lesbianas cuya actitud pública, cuyos parámetros de visibilidad, aun apartándose de la “norma” que parece estar establecida de lo que significa ser visible, no lo hacen por acatar ningún tipo de “pudor” o de “decoro” social, simplemente se comportan como les viene en gana y articulan su visibilidad de las maneras más variadas, en todas las combinaciones posibles: tengo pluma pero no voy a cuartos oscuros, chillo por las calles pero me niego a ir al 28-J, me niego a pisar el gueto pero no me bajo de mis plataformas, etc. Por otra parte, deberíamos señalar que es posible, muy posible, que la pretendida “desencialización” y “desidentificación” que se rumorea y denuncia está afectando a los gays, no vaya en la línea de un “vaciamiento” de contenidos irrenunciables: por lo general, quien acusa a un gay o a una lesbiana de que están vacíos, lo único que está haciendo es confesar su propio desconcierto y la molestia que le produce darse cuenta de que, en realidad, no están vacíos, de que su modo de articular el concepto de “gay” no es pura vacuidad, sino que se ha llenado de otros contenidos que no le gustan al ojo que todo lo ve de la visibilidad fetén y normativa.

El marido del capitán

El capitán siempre ha tenido marido y siempre se ha sabido. Otra cosa es que no acudiera con él a los actos oficiales del brazo, con el uniforme de gala. La discreción ante todo. El ejército norteamericano en 1993, y ahora también el español, se ha visto envuelto en la polémica de si aceptar o no a los gays en sus filas. Una vez más, cuando de gays se trata, este tipo de consideraciones llega demasiado tarde. Resulta irónico ver a las instituciones preguntarse cínicamente y reglamentar el acceso o no de los gays en su seno y qué harían si éstos quisieran entrar a formar parte de ellas. O ver a un opusino padre de familia montando en cólera porque él jamás toleraría que uno de sus hijos fuera maricón. O escuchar al padre de la Iglesia escandalizarse en los mismos términos porque los gays le han estropeado su jubileo. Decimos que la preocupación por los homosexuales es una cuestión que siempre se plantea con retraso, porque cuando salta la liebre ya estamos metidos dentro. El ejército no sabe si abrirles o no la puerta a los gays; la Iglesia y el padre opusino tienen claro que de ningún modo: ¡banda de hipócritas! Llevamos desfilando, consagrando hostias y dejando que papaíto nos firme las notas desde la prehistoria.

Hacerse visibles no es inventarse nada que no estuviera ya ahí previamente. Romper el silencio no es que antes no hubiera gays y ahora ya sí. Sencillamente es evitarles a los heterosexuales que tengan que poner en práctica un ejercicio de cinismo sin precedentes y, a todas luces, ridículo. Amén del colaboracionismo que la invisibilidad implica. Si todos los maridos de capitanes y esposos de sacerdotes, no casados con Dios precisamente, e hijos de padres fascistas dieran la cara, que no debe confundirse con ofrecer la mejilla, los homófobos de turno ya no podrían decir: “En este pueblo no hay vampiros, o están contados, sabemos los que son”. Pero, por alguna extraña razón, sabiendo que estamos por todas partes, no les gusta reconocerlo ni vernos con demasiada nitidez. En este sentido, cabe recordar la estrategia que puso en marcha y que aún hoy perdura, el ejército de los Estados Unidos cuando se vio en la tesitura de tomar una postura frente a los gays que querían entrar en el ejército y aquellos que, de pronto, a manadas, ya estaban dentro y comenzaron a declararse como tales. Vale, sabemos que estáis por ahí, ocupando todo el escalafón, que encima tenéis unas hojas de servicio intachables y que sois magníficos soldados, pero tampoco hay que ir predicándolo a los cuatro vientos. Yo, el ejército, no preguntaré nada de las preferencias sexuales de los soldados ni de los mandos y, a cambio, ningún soldado hará ostentación de su opción sexual: *don't ask, don't tell*. Yo me hago el tonto, pero tú tienes que ayudarme un poquito, ya que si no, me daría cuenta enseguida. Ésta es la postura oficial del ejército yanqui, un pacto de silencio con el que se logra evitar la persecución de los gays uniformados reduciéndolos a la invisibilidad. No sabemos qué diría Foucault de semejante encaje de bolillos.

Lo preocupante es que muchos gays parecen encontrarse muy a gusto dentro de esta política. Nada de ande yo caliente y ríase la gente, sino algo mucho mejor, al parecer, ande yo caliente y encima la gente no se ríe porque no tiene de qué, estando mi boca sellada y mis brazos bien pegaditos al cuerpo. ¿Cómo explicarle a los cada vez más numerosos gays que se dejan escurrir por esta pendiente que las supuestas ventajas de mantener la boca cerradita se cobran un precio demasiado alto? Esto de poder hacer con nuestro “estigma” lo que nos dé la gana, enseñarlo u ocultarlo, ha sido siempre el caballo de batalla de toda la militancia gay, prácticamente centrada en la cuestión de la visibilidad. Y no pocos militantes, en sus arrebatos místicos y en lo más crudo de sus pesadillas han soñado con que nuestra visibilidad fuera algo tan evidente como el color de la piel. Para poder por fin dejar de hacer campañas de salidas del armario, olvidarse de las engorrosas distinciones entre lo público y lo privado, el *outing* y demás sandeces, concentrando todas las fuerzas en estrategias efectivas de liberación.

La homosexualidad está bien mientras se mantenga invisible. Esta barbaridad, a fuerza de repetirse por el discurso dominante, está llegando a ser casi una consigna normal contra la que resulta difícil luchar. Más aún si se acompaña de algún tipo de supuesto beneficio. Los principales culpables de que ello sea así seguimos siendo nosotros debido a nuestra incurable afición por las tinieblas y lo divertido que puede llegar a ser hacernos visibles, de repente, jugando al sí pero no, al cucú-trastrás. Sin olvidar la parte de culpa de quien empuña el látigo, claro. No cabe duda de que éste es nuestro mayor rasgo diferencial como colectivo oprimido y renunciar a esta habilidad no es cosa fácil. Hacernos completamente visibles por decreto, por obligación, por compromiso, porque sí, hasta puede llegar a verse como una abdicación de nuestra singularidad más irreductible. Sólo que, una cosa es que podamos aparecer y desaparecer, y otra muy distinta es convertir esta posibilidad en un deber: como podéis ser invisibles, debéis serlo.

Invisibilidad a cambio de derechos: ésta es la atractiva y novedosa oferta de la homofobia institucional. ¿Oferta? ¿Novedosa? En verdad, ¿qué es lo que se nos ofrece? Nada. Se nos dice, más bien, podrás seguir disfrutando de los mismos derechos que tenías hasta ahora en cuanto ciudadano o ciudadana heterosexual siempre que no me digas que entiendes. Si me lo dices, los perderás de inmediato, caerás en la persecución y en el ostracismo. Nada nuevo bajo el sol: se trata de lo de siempre, so capa de intento negociador y manga ancha. Éste es el nuevo trato que yo, el Estado, os propongo: ¿hacemos como si todo siguiera igual que siempre en vez de la manía esa que os ha dado a todos de salir del armario? ¡Y hay maricas que pasan por el aro! Que parece que llevaban toda la vida deseando oír una oferta tan atractiva que lo único que hace es reformular la homofobia de toda la vida en forma de contrato social. Un contrato social, éste del silencio a cambio de que no nos pregunten ni nos investiguen, que en cuanto lo firmamos, nos disuelve como sujetos de derecho específicos. Y nos quedamos sin un sujeto que oponerle al sujeto homofóbico.

Un sujeto que no tiene por qué ser único, sino que puede y debe ser múltiple y plural. Hay varios en circulación. El buen hombre gay, el hombre prudente gay, el gay modélico oscila entre varios tipos, según la ideología de cada uno: el armario, la petarda, el ejecutivo, el leñador, el militar, el militante *queer*, etc. No se trata de que haya que escoger uno por fuerza ni de que haya que seguir pauta alguna de comportamiento preestablecida. No hay un canon de visibilidad y cada cual es perfectamente capaz de hacerse visible a su modo sin tener que seguir al pie de la letra ningún manual de instrucciones. El tan extendido prejuicio de que la marica visible cae por fuerza en el estereotipo es tan falaz como verdadero es su contrario, a

saber, que el único estereotipo es el de la marica armaria, donde no hay lugar para la diversidad ni para el despliegue de seña de identidad personal alguna que nos haga diferentes. Los armarios son todos iguales, lo invisible es siempre y nada más que invisible: sólo la visibilidad permite matices de color, de tono, de sabor, de textura y de olor.

Quienes más en contra están de una supuesta identidad gay, de una subjetividad gay, son precisamente quienes más se refugian en el armario y en el silencio. Es normal, la invisibilidad nos ahorra tener que crearnos identidad alguna. Quien permanece en el armario no es un sujeto ni tiene identidad. Hacerse visibles muestra, por el contrario, la urgencia de saber quiénes somos una vez hemos salido, la urgencia de empezar a ser alguien una vez estamos fuera. Cuando el armario deja de ser lo que todas las maricas tenían en común, se inicia la ardua tarea de ver qué tenemos ahora en común, a falta de armario. Renegar de una identidad visible no es renegar de la identidad, es morir de miedo porque el armario, pese a todo, era estructurante y nos permitía decir: soy una marica armaria y como yo hay muchas. El problema es qué hacer y qué decirles a quienes cimentaban su identidad gay en el armario y siguen prefiriendo compartir éste como cosa común, en vez de, por ejemplo, la pluma. El armario es algo que todas las maricas pueden tener en común sin avergonzarse de ello; la pluma, hablar en femenino, el gueto, sin embargo, provoca las mayores reticencias porque no es una estructura tan universal ni tan aséptica como el primero. Son conflictos que cada cual debe resolver a su modo. Los espectros no se conjuran de un día para otro.

Espectros rojigualdas

Buen ejemplo de ello es nuestro más célebre teniente coronel, José María Sánchez Silva, quien ha resultado ser, con su salida pública del armario, el caso de visibilidad marica con más repercusión en los últimos tiempos en nuestro país, y asimismo fuera de él⁸. Y repercusión entre los heterosexistas, porque ha dejado claro de manera manifiesta que el heterosexismo cuenta también con un discurso acerca de la visibilidad homosexual, con el fin de que ésta no se produzca, para que maricas y lesbianas sigan en el armario, para que éste siga existiendo. No es sorprendente que así sea, el armario es un mueble heterosexista, fue el heterosexismo el que lo inventó; a fin de cuentas, es de justicia, le pertenece. La estrategia por la que se ha optado para mitigar la incontrolable emigración homosexual que se está

⁸ La declaración de Sánchez Silva afirmándose homosexual tuvo lugar en una entrevista concedida por el militar a la revista *Zero* (20 [2000]). Se hicieron eco del caso numerosos medios extranjeros, como el diario francés *Le Monde* (5/9/2000), que sacó la noticia en portada.

produciendo desde hace unos años ha sido algo tan absurdo como efectivo: negar que el armario exista: los homosexuales no están discriminados, no están encerrados en ningún sitio, no tienen que salir de armario ninguno. Que te pegan una paliza por maricón en medio de la calle. Mentira. Demuestra que te la han dado. Demuestra que ha sido por maricón. A ver si los que te la han dado no resulta que también son maricones. Aquí nadie tiene nada en contra de los maricones. La estrategia no es nueva, el machismo lleva tiempo aplicándola para controlar la salida del armario de la mujer: «¿No sería que tu minifalda pedía a gritos una violación?», «A ti, viciosa, lo que en el fondo te va son los bofetones».

Ésta ha sido la tesis de numerosas reacciones ante la declaración del teniente coronel, incluidas las del Ministerio de Defensa. Así, nos hemos encontrado con los que se sorprenden inocentemente de que esta acción sea algo noticiable: ¿es que los homosexuales, por serlo, han tenido alguna vez problemas para pertenecer al Ejército?, ¿es que los homosexuales, por serlo, han tenido alguna vez problemas de la índole que sea? Se trata de una curiosa y peligrosa tipología de heterosexual, que, a fuerza de ver tanta normalidad —ellos no tienen nada en contra de los homosexuales—, no ven discriminación alguna. Es el caso de Francisco Umbral, ese periodista que nunca necesita hablar de su opción sexual, sólo comparte con sus lectores su pasión por tetas y coños: «Sánchez Silva se encuentra diferente, dentro del Ejército, y lo ha dicho, lo ha escrito sin ninguna necesidad, porque esas cosas se saben y se comentan en silencio sin molestar a nadie, incluso dentro de nuestro civilizadísimo Ejército actual» (*El Mundo*, 7/9/2000).

En el mejor de los casos, si hay casos mejores, que se llegue a tal conclusión no puede venir sino de una absoluta falta de conocimiento de que sí hay muchos heterosexuales que sí tienen algo en contra de los homosexuales, lo que demuestra, o bien un desinterés absoluto, o bien una estupidez ingente. Tanto en un caso como en otro, es evidente el juego que se le hace a la homofobia, cuando no se está jugando a la homofobia directamente.

La postura del Ministerio de Defensa ha venido por este camino de la inocente y cómplice negación. El primero en hablar, justo cuando saltó la noticia, fue un portavoz suyo, que, mientras observaba que legalmente no hay discriminación en el Ejército, añadía: «No obstante, me parece desafortunado que utilice su rango militar para un pronunciamiento de estas características. Otra cosa es que lo hiciera a título personal». Tan desafortunado, por ejemplo, como cuando un militar se casa, a título personal, de uniforme.

El segundo comentario vino de la mano del propio ministro de Defensa, Federico Trillo. En una entrevista concedida a *El País* (Karmenxu Marín, 17/9/2000), declaraba con

regocijo que, para mantenerse entretenido en el Ministerio, no hay nada como un desfile inesperado, un submarino nuclear o una salida del armario: «Un día me sorprenden con un desfile que no esperaba; otro, me sale uno del armario; otro día me aparece un submarino nuclear... No hay tiempo de aburrirse». Hay que ver cómo se lo pasa Trillo en el Ministerio; una risa, vaya. También, no podía ser de otro modo, dedicó unas palabras para negar cualquier homofobia dentro del Ejército: «De las 180.000 personas que componen las Fuerzas Armadas no se habrá visto ni una sola palabra de recriminación, sino antes al contrario: el respeto por la decisión del teniente coronel». Aquí Trillo sufre un pequeño lapsus de memoria: es imposible que nadie en la institución ni recriminara ni respetara nada porque, tras la salida del armario, el Ministerio de Defensa mandó una circular a todos los altos mandos prohibiendo cualquier declaración al respecto. Una pena, con la lluvia de adhesiones solidarias que Sánchez Silva habría recibido de sus compañeros, de haber podido. También se olvida el ministro en su defensa del respeto castrense de que, desde aproximadamente 1989, en el civilizadísimo Batallón de Instrucción Paracaidista de Javalí Nuevo, en Murcia, se pasaba a los reclutas una encuesta que preguntaba, además de otras cuestiones: «¿Tienes conocimiento de casos de homosexualidad dentro del Cuartel? Explícalo y di quién». La encuesta parece ser que dejó de hacerse en 1996, cuando el caso fue denunciado en el diario *El Mundo* (Juan Redondo, 16/11/1996), sin que, ni ahora ni entonces, se haya imputado a nadie en el Ejército la responsabilidad de esta violación del derecho constitucional a la intimidad. Tampoco se conoce qué se ha hecho con estas encuestas; si no se han destruido, el Ministerio de Defensa tiene actualmente un registro ilegal de todos los homosexuales delatados. (Trillo dejaba claro en la misma entrevista que los católicos tienen una opinión muy determinada acerca de qué respeto se merecen los homosexuales: «tenemos una doctrina muy clara del respeto a la condición sexual de las personas». Lo que no llegaba a aclarar era en qué consiste exactamente esa doctrina del respeto. Quizá sea la misma que sostuvo el papa el 9 de julio de 2000 en la plaza de San Pedro: «los actos homosexuales son contrarios a la ley natural. Un número no despreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales de raíces profundas. Esta inclinación, objetivamente desordenada, constituye para la mayor parte de ellos una prueba».)

Sin embargo, hay casos en los que algún incompetente delata esta estrategia de negación. Esto es lo que le ocurre al compañero de Trillo en eso de dirigir a uniformados, Santiago López Valdivielso, director general de la Guardia Civil, que cuenta en su currículum con méritos como haber firmado la orden general número 6 de 24 de marzo de 2000 de la

Dirección General de la Guardia Civil. Se trata de una modificación de una orden general anterior, la número 54 de 8 de agosto de 1994, que regulaba, entre otras cosas, las solicitudes para habitar los pabellones que la Guardia Civil tiene asignados para alojar a su personal.

En el artículo 16 de la primera orden, se consideraba qué personas estaban autorizadas a vivir en un pabellón de la Guardia Civil: «Podrán habitar en el pabellón el adjudicatario, su cónyuge y los familiares de ambos hasta el segundo grado de parentesco», matizándose que «tendrá la consideración de cónyuge la persona unida al titular por una relación afectiva y estable, análoga a la del matrimonio». Ahora, con la modificación, se restringe el derecho de admisión: «Podrán habitar en el pabellón el adjudicatario, su cónyuge o persona con la que forme pareja heterosexual estable y los familiares de ambos hasta segundo grado de parentesco». El motivo aducido por López Valdivielso para la modificación de la orden de 1994 son «los cambios sufridos en la sociedad española [...] desde aquella fecha» y así «adecuar su contenido a la nueva organización y a la realidad actual», esto es, ahora que los homosexuales parece ser que se atreven a considerar la posibilidad de institucionalizar sus relaciones, ahora que a un guardia civil homosexual se le puede ocurrir cohabitar con su pareja en la casa cuartel, es hora de poner un poco de orden. Pero estas cosas hay que hacerlas bien. Un director general de la Guardia Civil un poco más listo habría dejado la orden general de 1994 como estaba y se hubiera limitado a rechazar las solicitudes de subalternos homosexuales aduciendo razones que no tuvieran nada que ver, aparentemente, con discriminaciones homofóbicas. Así habría matado dos pájaros de un tiro: habría conseguido que ningún homosexual cohabitara con su pareja en uno de sus pabellones sin que nadie le hubiera podido acusar de homófobo. Además, habría demostrado su competencia para el cargo. Porque no hay nada más estomagante que un homófobo incompetente.

En fin, que algunos andamos remodelando antiguos patrones de visibilidad por su obsolescencia e ingenua timidez, al tiempo que, paralelamente, otros actualizan la eficacia, la desvergüenza y la visibilidad de sus comportamientos homofóbicos, cada cual caminando hacia su propia idea de un futuro mejor. No todo está conseguido y menos cuando nuestra visibilidad se hace directamente proporcional a la homofobia institucional y social, superada ya la fase de la hipocresía y de la corrección política, mientras se abren paso con descaro proyectos de mundos mejores en los que gays y lesbianas habríamos dejado de existir... como ciudadanos sujetos de derecho. El “Todo por la patria” que se le exige a la comunidad gay sigue siendo mucho más oneroso que el que se le reclama al benemérito resto de la

ciudadanía: España sigue siendo una casa cuartel donde, por supuesto, los homosexuales no encuentran más cobijo legal que la frialdad de los ficheros.

JACQUES DERRIDA. *ORA PRO NOBIS*

Los baluartes metateóricos de una minoría

Puede que todo escrito al final acabe siendo terriblemente autobiográfico y que éste sea un defecto o una virtud inevitable de la escritura. Yo, sin embargo, soy muy reticente a hacer este tipo de confesiones en público, negro sobre blanco y todavía me siento más violentado y a disgusto cuando, como es el caso ahora, aquí, me decido a realizar un ajuste de cuentas conmigo mismo que a nadie tiene por qué resultarle interesante y que, más que por ser un ejercicio intelectual, lo que dudo sinceramente, si acaso tendrá algo de valor por su carácter de testimonio. Testimonio de una escisión, de una disyunción entre homosexualidad y deconstrucción. Escisión que no necesita justificarse, redimirse, hacerse coherente ni, mucho menos, confesarse. Testimonio también de la sinvergonzonería de muchos gays y lesbianas que adornan sus supuestas reflexiones con términos muy de moda: “posmodernidad”, “deconstrucción”, “constructivismo”, “diferencia” para darse aires de gran calado teórico y acceder al mercado de la *queer theory*, subiéndose ilícitamente a un carro que va muy deprisa para ellos e intentando sacar una rica ganancia pecuniaria y de prestigio, consiguiendo únicamente con su discurso espurio y advenedizo que a todos nos tomen por tontos. Testimonio, por último, del endiosamiento, dogmatismo, falta de ironía y autocrítica de buena parte de nosotros, que nos refugiamos en complicadas estrategias discursivas sobrecargando metateóricamente nuestro mensaje, construyendo baluartes lingüísticos, para disfrazar las más de las veces lo que no son sino simples opiniones, puro sentido común, verdades de perogrullo, insensateces y desbarros. Sin que ello suponga un ejercicio de cinismo desmesurado ni una confesión de mala conciencia, ya va siendo hora de que cale en la opinión pública la convicción de que un gay o una lesbiana, por el hecho de serlo, no necesariamente tienen derecho a que se considere válido su discurso, ni que echar por tierra las sandeces que puedan llegar a proferir sea un ejercicio de homofobia, dando por sentado algo que a mí me parece evidente y tal vez la cosa más necesaria a la hora de hacer teoría torcida, aunque levante algunas ampollas, a saber: “que somos propensos a hacer declaraciones que nadie, ni siquiera la persona que las hace, puede creer verdaderamente”.

Una cosa es el silencio y otra la inflación de un sobretecho teórico bajo el que resguardarnos, a cuyo abrigo sentirnos menos desamparados y compensar con un discurso, a veces traído por los pelos, pero atractivo por su brillante esmalte de modernidad, elitismo e ininteligibilidad, el innegable hecho de una absoluta carencia de poder real y de una situación

de marginación, cierta en ocasiones, algo más incierta en otras. El establecimiento de un discurso propio es una necesidad para cualquier grupo minoritario que desee constituirse como sujeto público y, con suerte, político. Sólo que la voracidad y la urgencia por consolidar la propia identidad y por abrirse un espacio, aunque únicamente sea en el vasto campo de las opiniones, lleva a menudo a querer fagocitar y utilizar otros discursos en beneficio propio, planteándoles exigencias políticas e imponiéndoles toda clase de solidaridades forzadas.

Pudiera verse en este afán un desesperado intento por rentabilizar el margen que ocupamos gays y lesbianas, disputándole sus espacios de poder a otras minorías, a otros márgenes más marginales o no tan bellamente adornados de sesuda metateoría. No sé si la comunidad gay cuenta entre sus proyectos el de instalarse en la cultura mediante esta operación intelectual, utilizando la teoría con fines espurios, aunque no sé si hay otros, ni si la teoría sirve para algo, o si la filosofía sirve en el sentido de que “nos sirve”. Desde luego, la institucionalización del margen, siempre que este último se adecue y muestre su mejor rostro, cultísimo, codeándose con los discursos más en boga, más elaborados, por supuesto minoritarios, reservados para unos pocos, también ellos marginales en cierto modo, pero por su carácter sublime, no deja de presentar notables rendimientos y generar incontables beneficios. Elevar nuestro estado inerte, impotente, nuestra penuria y descorazonamiento al estado de lo sublime es una antigua estrategia que, mientras espera recoger los frutos de su cosecha y sigue sin poder llevar a cabo una eficaz intervención en lo real, resulta entretenida, enfervoriza, prestigia y hasta consuela.

Una de estas formas excesivas, descaradas, insolentes por lo raro, de prestigiar⁹ la homosexualidad a nivel discursivo es querer emparentarla a toda costa, teñirla, darle un baño de deconstrucción. Sobre todo, cuando hablar de deconstrucción y homosexualidad en

⁹ Prestigiar tiene en castellano el doble sentido de 1. “Dar prestigio, autoridad o importancia” y 2. “Hacer prestigios o juegos de manos, embaucar”. Siendo el prestigio, en la primera acepción: “Realce, estimación renombre, buen crédito”; “ascendiente, influencia, autoridad”, y en la segunda acepción: “Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio”; “engaño, ilusión o apariencia con que los prestigiadores emboban y embaucan al pueblo”. Mi posición es delicada porque, como deconstructivista no quiero caer en la trampa de embobar ni embaucar a nadie haciendo juegos de manos deconstructivos y dándole una capa de barniz a la teoría torcida para hacerla aún más lustrosa. Bajo ninguna circunstancia desearía verme utilizado ni degradado hasta ese punto. Pero sí creo firmemente que éste es uno de los riesgos que corre una conjunción o una alianza apresurada entre estos dos discursos. El riesgo del prestigio, es decir, del renombre a través del engaño. En buena medida, será mi intención, casi exclusiva, en este artículo paliar en la medida de lo posible los nefastos efectos de semejante mezcolanza, dando por sentado que las consecuencias positivas caerán por su propio peso y se irán asentando y consolidando por sí solas.

absoluto consiste en constatar las afinidades existentes entre ambas, sino en una operación violenta de aproximación de ambos términos, operación que tal vez obedezca a intereses inconfesables o demasiado evidentes. Yo, que practico, profeso, disfruto, defiendiendo tanto la deconstrucción como la homosexualidad, sin embargo, confieso, que por mucho que ambas estructuren mi vida en ciertos aspectos y lleguen a invadirla casi por completo -aparte de deconstructivista y gay soy muy pocas otras cosas-, no logro sintonizar ambas hasta el punto de poder vincularlas con la conjunción copulativa “y”, ni con ningún otro tipo de conjunción, preposición o conector. Y cuando veo que otros lo hacen, cuando menos, sospecho. Me interesa, pero sospecho. Por muchas razones. Y más, cuando dicha asimilación se produce en el reino de España. Donde, por otra parte, quienes nos dedicamos a la deconstrucción somos habas contadas, con un significativo predominio de habas heterosexuales. Aunque sean muchos los que utilizan este término, deconstrucción, sin saber ni por asomo a qué se refiere y sin haber, por supuesto, leído una sola línea relacionada con el tema.

La deconstrucción, si no está de moda, se está poniendo de moda, qué duda cabe, entre ciertos sectores diletantistas afectados de dandysmo y grandilocuencia. La deconstrucción vende, da imagen: cocina deconstructiva, moda deconstructiva, arquitectura deconstructiva, pintura deconstructiva. Y si algo está de moda, enseguida arrastrará a un tropel de gays sedientos de subirse al carro del relumbrón: “¡Deconstruyámonos!”. Sin saber lo perjudicial que puede llegar a resultar dicha consigna, aunque, a primera vista, suene fascinante. Quisiera, no obstante, adentrarme en lo más profundo de la cuestión y analizar qué sentido pueda tener la vinculación de estos dos vocablos, análisis que habrá de realizarse a posteriori, porque partimos de una vinculación previa, apresurada, interesada e irreflexiva.

Si hay algo que la deconstrucción no soporta es la precipitación. Y la comunidad gay, por motivos evidentes, tiene mucha prisa, la tarea que tiene ante sí es demasiado urgente y casi no deja tiempo para pensar, ni siquiera para improvisar. Nuestra impaciencia justificada nos inclina hacia aquello que parece proporcionar una utilidad inmediata, hacia estrategias eficientes que acorten la demora de lo que no puede hacerse esperar ya por más tiempo. Nos interesa la cercanía de nuestro futuro y no tenemos tiempo para preocuparnos por lo inanticipable del porvenir, que sí le preocupa a la deconstrucción, con miras a más largo plazo. Distinguir entre futuro y porvenir es algo que no tiene sentido para la comunidad gay, para mí como gay, pero que distingo y considero fundamental, para mí como deconstructivista. He dicho en demasiadas ocasiones, en ambientes filosóficos, que a mí la deconstrucción no me sirve para militar, para echarme a las calles, para escribir un eslogan en

una pancarta, para manifestarme, para gritar, para reivindicar mis derechos. Pero tampoco me lo prohíbe. Ni mucho menos. Al contrario. Pero el tiempo apremia. Sé que habría elementos que podría poner en práctica, sé que la deconstrucción es una filosofía que se halla a años luz de la homofobia, que Jacques Derrida es una persona magnífica: con una y con otro me siento muy cómodo como “filósofo” y como gay. Tal vez sea mi opción personal, pero cuando escribo, cuando intento hacer algo de lo que se llama *queer theory*, nunca confundo ni mezclo ambos registros. Es una decisión. Mi decisión. Tal vez la decisión más “responsable” que puedo tomar en este momento. La decisión que se me impone es ésta: no recurrir a la deconstrucción para hacer teoría torcida. Y lo considero una decisión por la sencilla razón de que jamás aprobaría el intento de “justificar”, “apoyar”, “razonar”, “respaldar”, “sustentar”, mi opción sexual ni su defensa en la deconstrucción ni en ninguna otra filosofía. Considerar que mi “obligación”, que lo más “consecuente” en mi caso o que la única forma de ser responsable es hacer deconstrucción en este contexto y dada mi situación personal me parece una conclusión aberrante. Ser cortés por cortesía. Recurrir a la deconstrucción para “apuntalar”¹⁰ la *queer theory* es, aparte de una irresponsabilidad, una contradicción en los términos. Si algo logra la deconstrucción es librarnos, a la hora de decidir, de cualquier apoyo, de cualquier sustento firme, de cualquier punto de anclaje, precisamente para poder decidir sin sentirnos respaldados. Si algún gay o alguna lesbiana consideran que están en puerto seguro porque tienen tras de sí el baluarte teórico deconstructivo, sencillamente no se han enterado de nada. La deconstrucción podrá rentabilizarse en muchos aspectos, menos en términos de seguridad. Sinceramente, la deconstrucción, fuera aparte de lo *fashion* que pueda resultar deconstruir nuestra identidad, creo que nos desarbola y echa por tierra buena parte del proyecto identitario que la comunidad gay intenta a duras penas consolidar. Nos desarbola tanto como a la identidad heterosexual, pero lejos está el día en que, desarbolados unos y otros, logremos una convivencia no conflictiva. Torpes estamos deconstruyéndonos antes siquiera de haber logrado conseguir una identidad sólida, mientras la heterosexualidad campa por sus respetos, sin plantearse absurdas inquietudes. Esto me recuerda el título de un breve artículo de Freud: “Los que fracasan cuando triunfan”. No dudo que la deconstrucción

¹⁰ En todo momento mi crítica se refiere a los intentos de manipulación de la deconstrucción por parte de la intelectualidad gay y lésbica para utilizarla como escudo, plaza fuerte o arma arrojadiza, cuando no como etiqueta de modernidad y de estar a la última. Evidentemente, se puede hacer y se hace teoría torcida desde la deconstrucción, lo que quedaría fuera de esta crítica. Otro asunto es que yo me sienta incapaz para semejante tarea, que la admire en la distancia y que considere más eficaces, en estos momentos, otras formas de intervención y escritura en las cuales estoy empeñado.

aportaría innumerables beneficios teóricos a la comunidad gay. Lo que sí creo es que dicho triunfo discursivo, amén de producir un excelente corpus textual, conllevaría un estrepitoso fracaso político y un doloroso descalabro en lo real. La pasión por la deconstrucción nunca debe conducir al martirio. No hay nada más estúpido. Ni menos deconstructivo.

¿Pero, por qué la deconstrucción vendría, en cierto modo, a desestabilizar las estrategias de lucha y confrontación de la comunidad gay, en vez de fortalecerlas y darles un nuevo impulso? Por varias razones. En primer lugar, porque el discurso identitario sobre el que se apoya la mayor parte de los presupuestos teóricos del movimiento se vería gravemente puesto en cuestión. Evidentemente, la apelación del enfoque esencialista a cualquier tipo de entidad transgeneracional, a un núcleo duro que garantizara la continuidad de la “homosexualidad” como noción sustantiva más allá de los avatares históricos, sea de carácter físico, biológico o psicológico, saldría muy mal parada del diálogo con la deconstrucción, poco amiga de estos extraños seres ideales, significados trascendentales que perduran a través del tiempo debido únicamente a su condición abstracta, espiritual, desvinculada de las peripecias de la materialidad del significante. La homosexualidad sería así una especie de carta robada, significante o significado indestructible, que siempre llegaría a su destinatario, aunque fuera hecha trizas, aunque aquél que la recibiera hubiera vivido veinte siglos hacia atrás o hacia adelante en el tiempo. Hay quien piensa que esta clase de significados ideales, no sometidos a cambio ni corrupción, existen, que algo así como “la homosexualidad” existe, creen en ello firmemente y derivan de esta creencia políticas más o menos eficaces. Nada en contra. Sólo que a un nivel puramente teórico, yo no me lo creo ni me convencen sus argumentos. Y la deconstrucción, los que hacemos deconstrucción, las deconstrucciones, tampoco lo creen. No debe llevar a confusión la utilización que el esencialismo hace del término “diferencia”. Tomada directamente del feminismo, la reivindicación de la propia diferencia en absoluto puede conducirnos a asimilar esta “diferencia esencial” con la *différance* de la que habla Derrida, que si hay algo que la caracteriza es su labor de sollicitación de estos enclaves cerrados, solidificados, petrificados; la disolución de estas cristalizaciones con apariencia de unicidad y mismidad; la *contaminación* de estos espacios por la permeabilidad de sus fronteras; la ruptura de una lógica oposicional en pro de una *diseminación* y de la *indecidibilidad* de lo que habrían de ser los propios límites, el ámbito excluyente de un hogar privado, la determinación de un adentro y un afuera, los rígidos perfiles de una identidad perfectamente diferenciable de otra; la *divisibilidad* infinita de todo cuanto se presenta como un todo único y homogéneo. Dicho esto, de necios sería no

reconocer las aportaciones y triunfos del feminismo y del movimiento gay que apuestan por esta diferencia esencial y sustantiva. ¿Por qué renunciar a ello si presta tan buen servicio? ¿Y nos sitúa además en el mismo campo de batalla del enemigo, permitiendo una confrontación directa, mi diferencia contra la tuya, o mejor, mi diferencia contra tu indiferencia? Que esto reproduzca las estructuras de poder establecidas, reconozca que existe una identidad masculina heterosexual primigenia respecto de la cual, secundariamente, aparece la diferencia homosexual, etc., es ya otra cuestión.

El enfoque constructivista, de Foucault y Weeks, no cae en este tipo de dificultades y viene a subsanar buena parte de las críticas dirigidas contra el esencialismo, porque fue el propio constructivismo quien se las hizo. Esta posición, que postula la constitución del sujeto homosexual a partir de una intrincada y compleja red de relaciones sociales, institucionales, culturales y geopolíticas, las cuales, llegado un momento, hacen posible y exigible la denominación y el establecimiento de dicho sujeto homosexual, plantea sin duda, menos flancos débiles para una crítica deconstructivista. Por muy lábil y contingente que sea este sujeto, no obstante no deja de reclamar para sí una cierta identidad y especificidad, así como la constitución de una comunidad *sui generis* que desarrolla una dinámica de enfrentamiento contra el polo opuesto y dominador de la heterosexualidad, sujeto al que se le podrían aplicar los mismos parámetros de este análisis en lo que a su constitución histórica se refiere. Ambos sujetos permanecerían incontaminables, tanto como la homofobia y la heterofobia. Paradójicamente, el constructivismo corre el riesgo de crear nuevos espacios de marginalidad fuera de ese sujeto constituido, espacios que ni siquiera llegan a ese nivel de subjetualidad casi normativo. El sobretecho teórico del constructivismo parece no superar demasiado airoosamente la prueba de realidad a la que deben someterse sus principios y deja tras de sí un “resto” excluido por completo del debate político, no formulable, ni denominable, más allá de la homosexualidad y de la marginalidad. Ese resto que siempre queda excluido, que no es susceptible de integrarse en ninguna de estas estrategias liberadoras será precisamente el que más le interese a la deconstrucción. La gente que no cabe en ninguna parte, que no debe caber en ninguna parte y que, precisamente viene a desestabilizar los entramados estructurales que permiten constituirse a los diferentes sujetos que, por ser tales, y por muy marginales que pretendan ser, ocupan un “margen” entre comillas que ya ha accedido al discurso y a una pequeña parcelita de poder.

Judith Butler, desde posiciones afines a la deconstrucción, retoma este debate y hace aportaciones valiosas que vienen a dar al traste con ambos planteamientos. Pero,

reconozcámoslo, vuela tan alto, su filosofía escala cotas de ocho mil metros una tras otra con tanta soltura, que los que vivimos, al menos una parte de nuestra vida, como gays, a nivel del mar, sólo podemos contemplar sus hazañas de alpinismo por televisión. Butler sitúa sus análisis “al filo de lo imposible” aunque llega a resultar en extremo convincente. Por ejemplo, señala que la cancelación del esencialismo natural por el constructivismo social no supone más que una simple inversión del problema, con la consiguiente repetición de un idéntico esquema de pensamiento. La “construcción” o “constitución” del sujeto hereda entonces el carácter ideal y abstracto de la inefable esencia. La construcción sigue siendo una estructura anónima y autosuficiente, ilocalizable, que opera como fundamento y causa última de un indudable carácter místico. Por otra parte, decir que el discurso es el que construye al sujeto es conservar la posición subjetivista, sólo que esta vez se la atribuye al discurso y el sujeto se ve desplazado hacia la estructura. Más allá y antes de ésta y del propio discurso, parecería haber una “materia” aristotélica amorfa, presta a ser configurada y estructurada a posteriori por la “forma” discursiva. En fin, objeciones típicas contra el estructuralismo del que seguimos viviendo gays y lesbianas, invocando a Foucault de cuando en cuando, como fuente inagotable de recursos.

Las llamadas de atención de Butler para no volver a caer en una dinámica de oposición y en una consagración de la primacía de la heterosexualidad o de la detentación del falo son recurrentes. Sus estrategias de evitación de un conflicto imaginario en parámetros lacanianos son de una sutileza inestimable. Pero, desde mi total afinidad con sus planteamientos teóricos, con la introducción de la performatividad y la citacionalidad en el ámbito de la ley y de lo simbólico que sólo se sustenta por las veces que se repita, corriendo siempre el riesgo de desaparecer porque deje de citarse y, por tanto, deje también de existir, sin embargo, en otro respecto, dichos planteamientos me dejan frío y como paralizado. Tal vez por el mal de montaña, por la altura a la que me he visto conducido que me deja sin oxígeno, aterido de frío en una inmensidad glacial que amenaza con congelar todo el *gay pride* que pudiera haber transportado tras semejante escalada en mi mochila.

En el primer número de la revista *Reverso* (“La producción del silencio”, Madrid, 2000) encontramos un magnífico y lúcido resumen de las propuestas de Judith Butler, junto con la traducción de un texto indispensable de la autora, que me producen idéntica sensación, fruto de la escisión personal que me vertebra. A saber, por una parte, como fraile, como aficionado a la deconstrucción, me invade la euforia de haber ascendido a tan altas cimas de la reflexión y ver hecho trizas el discurso dominante con tanta elegancia; pero, por otra parte,

mi primitiva alma de cocinero gay tiritita de estupefacción. En psicoanálisis, comunicarle al analizante que lo suyo es puro teatro o una “parodia sin original cuya verdad no se estabiliza jamás y que debe, por tanto, ser reinstituída una y otra vez por medio de sanciones y regulaciones punitivas” se sabe desde hace tiempo que sirve para muy poco y que tiene unos efectos terapéuticos nulos, suponiendo además que la parodia sea la del analizante y no la del analista, y que, desgraciadamente, no estemos habitando, como en efecto estamos, su parodia, la heterosexual, y no la nuestra. En lo que respecta a la estrategia de “habitar las fallas del sistema heterosexual”, y ocupar “este margen de intervención entre las palabras y sus efectos performativos, como un espacio de resistencia y confrontación política en el interior de los discursos dominantes”, me ocurre otro tanto de lo mismo. Mi adhesión a este enunciado es incondicional, pero me faltan “puentes”¹¹ con lo real. Creer en la eficacia política de una intervención filosófica desde los intersticios de la performatividad y la citacionalidad es algo que queda muy lejos de mi alcance como ciudadano de a pie. Pretender cambiar el sistema heterosexual habitando sus fallas suena bien, pero primero habría que bajar de la montaña a lo

¹¹ Siendo sincero, quien echa en falta estos puentes no soy yo, sino José M^a Ripalda. Yo únicamente me he dejado convencer por su (des)encanto: “Lo dramático de la filosofía, incluso cuando, lo que no ha sido mi caso, se despliega más libremente, es que carece de puente con la intervención en la realidad. Hay una serie de volatineros expertos en fingir ese salto al abismo. Los hay de buena voluntad y oficio, los hay estafadores; pero no suelen hacer sus piruetas del lado difícil, de la filosofía [...] No es que de la filosofía se pueda deducir nada; no es fundamento y lo más vivo en ella viene de fuera; vampiriza o más bien es vampirizada por otros saberes. Característico de la situación postilustrada: la invocación de razón no sirve de ariete transformador, ni siquiera de corrección [...] La filosofía no es disponible ni pretende disponer de la realidad; es subversiva, pues no se deja apresar por la realidad dada, pero apenas actúa sobre ella. Por tanto, puede ser tolerada e incluso servir de imagen invertida para prestigiar la pirámide social: excelsitud de la ‘profundidad’ [...] En la situación española, la filosofía se presta al engolamiento ridículo de la modernización gesticulada, se parece a la importación tercermundista de bienes de lujo” (*De Angelis*); “Si algo nos ha enseñado la historia posterior es seguramente que el filósofo es un mal agitador o, mejor dicho, un mal guía incluso cuando es un buen agitador [...] La filosofía no guía. Napoleón no salió de la escuela de Hegel. Al contrario, Hegel tuvo que aprender el fracaso de los héroes ante la inmensa masa de la historia [...] Mi tesis es que la filosofía carece de puente para intervenir en la realidad como Platón debió de aprender a su costa en Siracusa [...] Si antes el filósofo podía hacerse ilusiones -y de ilusorio apenas creo que haya pasado su influjo real- sobre su papel político orientador, general, estas ilusiones se han hecho más difíciles. O el filósofo comparte con la gente la indefensión, la singularidad que es ahora el lugar expreso de todo ‘ciudadano’. Es ahí, en esa indefensión, donde la filosofía puede actuar, comunicando la consistencia, nada banal, de su propia insignificancia, precisamente en el momento en que se reconoce incapaz de aportar soluciones suficientemente técnicas; incluso éstas requerirán, no sólo para aplicarse, sino quizá hasta para poder producirse, del apoyo de los poderes constituidos” (*Políticas posmodernas*).

Zaratustra y verse increpado, incomprendido, rechazado por la multitud. Mi urgencia me lleva por otros derroteros, creo que hay que hablar de otro modo y a otra gente. Estoy expresando aquí, sin demasiado tiempo para explicarlo, un cierto desencanto acerca de la eficacia política de la deconstrucción en general, de la deconstrucción en el tema concreto que nos ocupa aquí, y de la filosofía sin más cuando se pone a hacer política, cuando se cree política, y de la política cuando recurre a la filosofía en busca de un faro que le muestre el camino. Pero que nadie sueñe con que, al decir esto, constato alguna debilidad o carencia por parte de la deconstrucción o de la misma filosofía. Más bien pienso que no es su tarea, que no es mi tarea como filósofo.

Jamás le pediría a la deconstrucción que “me sirviera” y en innumerables ocasiones he criticado la solicitud, la perentoria exigencia que a ésta se le hace desde todas las instancias para que ofrezca perspectivas, soluciones, proyectos políticos. Como si la deconstrucción tuviera que justificarse por algo y mostrarse útil o, al menos, políticamente correcta. Peggy Kamuf, especialista en deconstrucción y profesora de Literatura comparada en la University of Southern California (Los Angeles), me comentaba la operación de acoso, derribo y extorsión a la que llegó a verse sometida por parte del alumnado y del profesorado, que la perseguían abanderando la necesidad de la corrección política. El problema no consistía en que Peggy estuviera en contra de las minorías (feministas, raciales, gays), hipótesis descabellada, sino que en sus clases de literatura no se hablara del tema ni se comentaran textos referentes a dichas minorías. La amenaza era contundente: o se plegaba a estos designios o pasaría por ser y, con ella, la deconstrucción, una indeseable reaccionaria conservadora. Jacques Derrida, en su amplio corpus filosófico, tampoco lleva a cabo una reflexión explícita sobre la cuestión gay, aunque sí es verdad que, en ocasiones, aparecen algunas referencias, en este o aquel otro campo, a la homosexualidad. Pero, en líneas generales, del mismo modo que la mujer y la feminidad sí ocupan abundantes páginas en su reflexión, gays y lesbianas brillan por su ausencia como punto de interés específico y autónomo. Evidentemente, esto no es criticable. Sí me gustaría, egoístamente, que trabajara un poco sobre el tema. Pero por pura curiosidad y porque siempre me resultan interesantes sus escritos. Aunque supongo que su tarea no es hablar de todo, y menos por obligación. Y mucho menos para quedar bien. Pretender a toda costa que Jacques Derrida o/y otros deconstructivistas se pronuncien por extenso sobre la homosexualidad a mí no deja de parecerme un *ora pro nobis* patético, siendo la eficacia de esta intervención, por no decir rogativa, de la misma índole que las repercusiones en lo real del entorno de lo milagroso.

He señalado que, de pasada, Derrida alude en ocasiones a la homosexualidad y las repercusiones que su prohibición, marginación o desconsideración tienen en el seno de la cultura europea. No es éste el lugar para explayarme aquí, pero la crítica derridiana del falogocentrismo¹² puede constituir un buen punto de partida para pensar nuestra propia exclusión por parte del mundo heterosexista y homofóbico, así como, en otro registro, la permanencia de la falicidad dentro de nuestros esquemas identitarios, nuestra estructura deseante, la jerarquización dentro del movimiento, el desentendimiento entre gays y lesbianas, la misoginia irónicamente larvada, el conformismo una vez lograda cierta integración en el sistema, la búsqueda de privilegios más allá de una lucha política utilizada como pretexto, etc. Ya he hablado de las dificultades que tendría un discurso deconstructivo para aceptar cualquier forma de proyecto identitario, no obstante, Derrida, en la ya citada entrevista acerca de la deconstrucción y el feminismo, deja abiertas muchas vías de intervención que no necesariamente habrían de estar reñidas con su pensamiento: “Ocurre con frecuencia que el feminismo no es, a su vez, más que una traducción invertida del falogocentrismo. Por ello, apuesto más bien por una doble estrategia. Por una parte, en nombre de una deconstrucción radical no hay que neutralizar las jerarquías y pensar que se debe abandonar el combate feminista en su forma clásica. En un cierto aspecto, hay, pues, que aceptar el feminismo en una cierta fase [...] teniendo en cuenta al mismo tiempo que, a menudo, se basa todavía en presupuestos falogocéntricos y que, por lo tanto, mediante otro gesto, es preciso seguir cuestionándose dichos presupuestos”.

¹² “El falogocentrismo es una jerarquía que se presenta bajo la forma de la neutralidad. Se habla del ‘hombre en general’ y, detrás de la tapadera del hombre en general, es el hombre-varón el que se lleva el gato al agua” (Entrevista con Jacques Derrida, por Cristina de Peretti). Cfr. también en *Políticas de la amistad* las observaciones que hace Jacques Derrida acerca del concepto “amistad” greco-cristiano, sólo concebible entre hombres en términos de fraternidad, excluyendo la posibilidad de una amistad heterosexual hombre-mujer, u homosexual entre mujeres, así como, añadido yo, limitando dicho concepto de “amistad” la posibilidad de ir más allá de la fraternidad en una relación homosexual masculina y su nula repercusión en el espacio político. La democracia occidental estaría de este modo construida sobre una noción de amistad teñida de falogocentrismo, que excluiría de antemano la posibilidad de pensar cualquier otro tipo de relaciones homo o heterosexuales en términos diferentes a los ya descritos y, al mismo tiempo, la posibilidad de pensar la democracia más allá de la fraternidad viril como piedra angular de este modo de organización política. Poner en cuestión la hermosa fraternidad masculina e intentar pensar la democracia a partir de otro tipo de relaciones amorosas o amistosas entre hombres con mujeres, mujeres con mujeres y hombres con hombres es una tarea que está aún por hacer y a la que, en cierto modo, podría contribuir el movimiento gay y lésbico. Casi sin darse cuenta.

Para Derrida tampoco sería posible elegir entre, por una parte, el feminismo de la igualdad y, por otra, el feminismo de la diferencia (establezcamos nosotros el paralelismo con los movimientos de liberación gay esencialistas, constructivistas, identitarios, a favor de la disolución de las categorías, etc.): “Yo diría que la elección de uno de estos dos feminismos conduce al fracaso. Si optamos por el feminismo igualitario, de la Ilustración, según la política democrática clásica, si nos atenemos a él, reproduciremos una cultura que tiende a borrar las diferencias, a regular simplemente el progreso de la condición de las mujeres sobre el progreso de la condición de los hombres. Permaneceremos así en la superficie de las condiciones profesionales, sociales y políticas, desembocando en una especie de interiorización del modelo masculino. Pero si nos limitamos a un feminismo de la diferencia, nos arriesgamos también a reproducir una jerarquía, a hacer caso omiso de las formas de lucha política, sindical, profesional, so pretexto de que la mujer, en la medida en que es diferente y para afirmar su diferencia sexual, no tiene por qué rivalizar con los hombres en todos estos planos”. Lo más interesante de estas respuestas es, en primer lugar, que Derrida parte desde el principio de los movimientos feministas ya existentes y no proclama algo así como la necesidad de un feminismo deconstructivo, que supere las deficiencias de los demás, aunque, por otra parte, dicho feminismo ya exista y haya entrado en singular pugna con los demás. En segundo lugar, hay que señalar que, “en nombre de una deconstrucción radical” sería absurdo empezar por la disolución de las categorías y la neutralización de las jerarquías como si hubiésemos alcanzado ya el paraíso. Una cosa es no creer en binarismos ni en oposiciones rígidas, y menos cuando hablamos de la diferencia hombre-mujer y de la opción sexual, y otra muy distinta considerarlas como cosa del pasado. En este caso, la urgencia por la igualdad de derechos exige una confrontación directa, por muy teñida que esté de resabios falogocéntricos, pero que, sin duda alguna, resultará más eficaz. En tercer lugar, por supuesto, independientemente de las acciones concretas que se lleven a cabo, “es preciso seguir cuestionándose dichos presupuestos”. En otras palabras, que cabe la persuasión y hasta una pizca de cinismo. A saber, la construcción de un proyecto identitario, al que tal vez haya que renunciar en un futuro, en el que, en el fondo, no creamos, pero que, hoy por hoy, resulta útil. Eso que se viene a llamar, filosóficamente hablando, el “error necesario”. Jamás nos obligará la deconstrucción a empezar la casa por el tejado ni a perder el sentido común. Y, a mi parecer, en el intervalo espacio-temporal que separa la doble estrategia deconstructiva¹³, aún

¹³ “La ‘lógica’ de toda relación con el afuera es muy compleja y sorprendente. La fuerza y la eficacia del sistema, precisamente, transforman con regularidad las transgresiones en ‘falsas

no nos hallamos en situación de hacer encajes de bolillos, sino en una primera fase de inversión de las jerarquías y principios establecidos a los que el movimiento gay se enfrenta como puede, seguramente no desde la filosofía, sino directamente desde la política (si es que se puede estar u ocupar un espacio “directamente político”), o lo más parecido a la política que nos dejen hacer. Cuando los políticos hagan filosofía, será cuestión de enfrentarse a ellos lo mejor pertrechados posible, deconstrucción incluida; pero, mientras su quehacer se halle lejos de la filosofía, a mí me sobran tantas alforjas. Además, como dice el propio Derrida, “un discurso es tanto más deconstructivo cuanto menos se refiere a la deconstrucción como un método general. La deconstrucción no es un método, no es un sistema de reglas o de procedimientos. Hay reglas limitadas, si se quiere, recurrencias, pero no hay una *metodología* general de la deconstrucción. El juego deconstructivo debe ser, en la mayor medida posible, idiomático, singular; debe ajustarse a una situación, a un texto, a un *corpus*, etc. [...] En cierto modo, toda crítica del falogocentrismo es deconstructiva”. En eso estamos.

salidas’. Teniendo en cuenta esos efectos de sistema, no tenemos, desde el adentro en el que ‘estamos’, sino la elección entre dos estrategias: 1. Intentar la salida y la deconstrucción sin cambio de terreno, repitiendo lo implícito de los conceptos fundadores y de la problemática original, utilizando contra el edificio los instrumentos o las piedras disponibles en la casa, es decir, también en la lengua. El riesgo reside aquí en confirmar, consolidar o elevar-superando constantemente a una profundidad cada vez más firme aquello mismo que se pretende deconstruir [...] 2. Decidir cambiar de terreno, de manera discontinua y abrupta, instalándose brutalmente fuera y afirmando la ruptura y la diferencia absolutas. Por no hablar de todas las demás formas de perspectiva engañosas en las que puede caer semejante desplazamiento, habitando más ingenua y estrechamente que nunca el adentro del que se dice desertar, la simple práctica de la lengua reinstala constantemente el ‘nuevo’ terreno en el más antiguo suelo [...] Es obvio que esos efectos no bastan para anular la necesidad de un ‘cambio de terreno’. Es obvio también que entre ambas formas de deconstrucción, la elección no puede ser simple ni única. Una nueva escritura debe tejer y entrelazar ambos motivos. Lo que equivale a decir que hay que hablar varias lenguas y producir varios textos a la vez” (*Márgenes de la filosofía*).